



# **Zona de conflicto**

**Peter David**

*Título original: STRIKE ZONE*  
*Traducción de Diana Falcan*

*Marzo 2003*  
*ISBN: 84-253-2730-X*

*Para Myra, Shana y Guinevere,  
que me dejaron acabar mi trabajo.*

## Agradecimientos

Muchos lectores se sienten irritados por los agradecimientos debido a que tienen la sensación de que el autor se permite un lujo a expensas de ellos. Pero no quieren saltárselos porque temen perderse algo, o porque quizás el autor podría ofenderse.

Considere que éste es un puerto libre. Si desea saltarse los agradecimientos, hágalo sin sentimiento de culpa ni miedo a represalias. Pero, por favor, no envidie la existencia de las palabras siguientes. Verá, para la gente que aparece mencionada aquí, esto será sin duda el punto culminante de sus aburridas y pequeñas vidas.

Doy las gracias (y echo la culpa, supongo), porque la responsabilidad de esta obra esté dividida entre los siguientes:

Howard Weinstein (o, como lo llaman sus amigos, el señor Weinstein), que me fastidió hasta conseguir que llamara a Bob Greenberger, hace siete años, y me metió en el tortuoso sendero que lleva a la creación literaria;

Bob Greenberg, editor y experto en *Star Trek* que, años después, me fastidió hasta conseguir que llamara a Dave Stern;

Kurt Busiek, escritor, que también me fastidió hasta conseguir que llamara a Dave Stern;

Dave Stern, editor del presente libro, que contestó la llamada;

Sharon Jarvis, mi agente, y su capaz ayudante Joanie Winston, que también contestan a mis llamadas;

De la *August Party Crew*: Mary Bloemker (que todavía saca a relucir mis primeros trabajos publicados en revistas con el único fin de verme gritar); los Burnside (T. J., Jamie, Malcom, Robin y los pequeños Brunsides); Tom Chafin (cuyo retrato del primer oficial Riker debe ser visto para ser creído); Rosie Ianni (que parece increíblemente dispuesta a cuidar de mis crios); Rich Kolker (la única deidad que conozco personalmente); Pat y Jill O'Neill y los pequeños O'Neill; Sheila Willis («Esto no es ciencia ficción. ¡Esto es *Star Trek!*»); más otros demasiado numerosos como para contarlos (alrededor de 27);

A. E. La Velle, Sara Paul y el resto de los miembros de STC y la *Secong Age gang*, y Steve Kitty, que nos presentó;

David Peters, el brillante escritor de la serie *Photon*;

Wendy Goldstein, que estaba desde el principio;

Tinker y Susan... vosotros sabéis quiénes sois;

A toda la gente que ha elogiado mi primera novela, *Knight Life*, (la cual no tiene nada que ver con *Star Trek* pero tenía que enchufarla);

Bill y Miggy, por su apoyo;

Max y Steve, por substituirme;

A todo el personal de Marvel, DC and First Comics, simplemente porque me da la gana, pero en particular a Bobbie Chase y Howard Mackie, que no me rompieron la mandíbula durante el crítico plazo límite de este libro; Carol Kalish, también porque me da la gana; Steve Saffel, que me dio la mejor idea que no he llegado a utilizar, y quien también desea dejar claro que su aburrida y pequeña vida aún está por llegar a un punto culminante;

A la Televisión Educativa, particularmente a Moriarty, el reverendo Mom, Karen Williams, Doc Samson y Jayembee;

Gunter y Dalia David, que me permitieron asistir a una convención de *Star Trek*; y Martin y Claire Kasman, que me dieron a conocer a encantadoras personas en la misma;

Y, finalmente, Keith Roberts, que me hizo interesarme por *Star Trek* cuando estábamos en

el séptimo curso. Llámame por teléfono, ¿eh?

## Prólogo

La arena crujió bajo la suela de la bota de tres dedos de Budian. Entonces, él se detuvo de forma tan repentina que sus pies resbalaron ligeramente, para diversión de su grupo formado por tres. Él giró sobre sí, susurrando entre los dientes afilados:

—¡Callad! ¡Callad todos!

Si uno no hubiera tenido un traductor universal habría oído sólo una serie de ronquidos, toses y gruñidos, con ocasionales golpes corporales para dar énfasis a los mismos. Los kreeel, pues así era llamada su raza, era notable por tener uno de los idiomas singularmente menos elegantes de toda la galaxia conocida.

Su aspecto externo era igual de atractivo que su idioma. Los kreeel tenían piernas zanquivanas que, en una de las aberraciones más curiosas de la naturaleza (junto con el abejorro y el ornitorrinco), daban soporte a un torso musculoso casi triangular. Los brazos eran largos y los nudillos les llegaban casi hasta las rodillas. Se enorgullecían tremendamente de sus cuerpos y no se mostraban tímidos a la hora de lucirlos; solían llevar calzones y casacas que apenas cubrían, confeccionados de forma que exhibieran la mayor cantidad de musculatura. Esto era desagradable para otras razas, dado que la piel de los kreeel era increíblemente rugosa, seca y roja, como si todos padecieran de forma permanente quemaduras solares. Además, una fina capa de pelo grueso y enmarañado remataba sus cuerpos.

Las cabezas parecían salirles directamente de los hombros. En consecuencia, cuando se volvían a mirar a un lado o detrás de sí, se veían obligados a torcer prácticamente todo el cuerpo. Tendían a ostentar grandes mandíbulas y ser chupados de cara, y sus ojos eran enormes, casi tanto como una pelota de balonmano..., apropiados para una raza cuyo planeta de origen parecía estar sumido en las tinieblas de forma casi permanente. El planeta en el que se encontraban ahora —bajo una abrasadora estrella— resultaba tan espantosamente opuesto a su planeta de origen que les resultaba doloroso.

En respuesta a la orden de Budian, los otros tres miembros de la expedición kreeel se apresuraron a bajar la cabeza (por el sistema de doblarse ligeramente por la cintura como marcaba la antigua tradición japonesa). Entonces Budian sonrió, enseñando los dientes una vez más, antes de hacer un gesto para indicar que su segundo al mando debía reunirse con él.

—¿Tú qué crees, Aneel? —preguntó Budian—. ¿Qué dicen los instrumentos?

Aneel sacó un aparato de detección que estaba basado a grandes rasgos en el diseño de los tricorders de la Federación, un instrumento maravilloso que la actual tecnología kreeel no tenía ni la más remota posibilidad de construir. Hizo girar el instrumento con seguridad y luego dijo, nervioso:

—No capto nada. Creo que está roto.

—¿Y bien?

—¿Y bien, qué? —inquirió Aneel con cautela.

—¡Repáralo! ¡Repáralo, condenado idiota!

Intimidado por el despliegue del temperamento de su comandante, Aneel hizo lo único que podía. Golpeó el detector con el flanco de su puño de tres dedos.

El detector se encendió obediente y comenzó a zumbar animadamente. Aneel parpadeó de sorpresa y luego miró a su comandante en busca de aprobación. Budian le hizo un breve gesto de asentimiento y dijo:

—¿Hacia dónde?

Aneel comprobó las lecturas del detector y señaló.

—Hacia allá.

Con lentitud, avanzaron en la dirección en que Aneel los condujo. Budian se mantenía un paso más atrás y a la derecha. Intentaba vigilarlo todo al mismo tiempo: vigilar a Aneel, vigilar a sus propios hombres que marchaban tras él porque no se fiaba de uno solo de ellos y, lo más importante de todo, vigilar el cielo.

Él sabía que lo último no le habría servido absolutamente para nada, porque si esa maldita raza se presentaba por allí (maldito fuera su nombre y estériles fueran sus mujeres) para armar jaleo y llenarse la boca con tonterías respecto a este planeta (que era de forma incuestionable territorio kreeel), no habría forma posible de que Budian pudiera verlos en órbita desde la superficie del planeta. La idea era absurda. Él lo sabía, y sin embargo no podía evitar mirar de modo constante hacia las alturas.

Era mediodía, el aire se limitaba a quedarse donde estaba, y el cielo presentaba un rojo uniforme abrasador. A lo lejos, Budian podía oír el incesante zumbido de los insectos. No era una amenaza, pero resultaba fastidioso.

—Hay que atravesar por ahí.

Budian alzó la mirada al tiempo que se reprendía por su lapso de atención. Semejantes lapsos podrían resultar fatales.

—¿Atravesar por dónde, Aneel? —exigió saber.

Aneel señaló directamente delante de sí, pero delante sólo había una pared de roca sólida..., parte de una gran cadena montañosa que se extendía frente a ellos.

—¿Atravesar por ahí?

—Sí, señor.

—¿Cómo demonios vamos a atravesar por ahí?

Aneel hizo un gesto de impotencia.

—No lo sé, señor.

Budian dejó escapar un suspiro como el de alguien que no soporta a los tontos... o se trataba del suspiro de alguien que teme que estén a punto de dejarlo como un tonto. Bajó la mano hasta su cinturón y desenfundó su arma.

—Retiraos —dijo al tiempo que sujetaba firmemente el disruptor con ambas manos y se preparaba. El efecto de retroceso de estas armas no era algo que pudiera tomarse a la ligera. Disparó a tres metros de la ladera de la montaña, enviando una onda constante de sonido contra la misma. La roca estalló, cubriendo a los kreeel con una fina capa de polvo. Esto no los molestó; los kreeel no eran famosos por su limpieza.

—¡Lo está consiguiendo, señor! —gritó Aneel.

Budian asintió y continuó disparando hasta que se arremolinó tanto polvo que ni siquiera ellos con sus enormes ojos pudieron ver demasiado.

Su dedo dejó de pulsar el gatillo y el arma se desactivó.

—¡Maravilloso, señor! —dijo Aneel.

—Cállate.

—Sí, señor.

Budian permaneció de pie, observando, instando en silencio al polvo a quitarse del camino con el fin de que ellos pudiesen ver qué había estado oculto allí detrás, si es que había algo que ver.

Al cabo de unos minutos los restos se habían posado y Budian contuvo el aliento por la sorpresa.

Había una abertura. Clara como la luz que los iluminaba. Había habido alguna especie de puerta antes; aún resultaban visibles brillantes bordes metálicos donde el disruptor la había destrozado. Pero ahora tenían acceso a lo que fuera que había en el interior.

Los kreeel se miraron los unos a los otros y luego, por deferencia, se apartaron a un lado e indicaron que Budian debía pasar primero.

Había ocasiones, pensó Budian, en las que ser la máxima autoridad era todo lo agradable que se decía que era.

El pulido crucero de guerra *Kothulu* entró en órbita alrededor del planeta que, en el presente, era designado simplemente como DQN 1196. El resplandeciente sol, uno insignificante que se hallaba a varios millones de millas de distancia, arrojaba un suave fulgor sobre el brillante casco de la nave.

—¿Comandante?

El comandante no alzó la mirada de inmediato. Uno nunca alzaba la vista de inmediato cuando un subordinado solicitaba su atención. Eso daba la impresión de que uno estaba ansioso por oír lo que tenía que decirle. Un buen comandante, en particular un buen comandante klingon, siempre hacía que pareciese que ya se había dado cuenta de lo que el subordinado estaba a punto de decir, fuera lo que fuere. El mensaje implícito era: «¿Por qué ha tardado tanto en informar de lo que es obvio?».

—¿Comandante? —repitió el subordinado.

«Cuenta hasta tres, vuélvete, mira, luego habla.»

—Sí, Tron.

—Estamos captando lecturas de formas de vida en la superficie del planeta.

El comandante asintió.

—Apuesto a que son kreeel.

Una pausa. Luego Tron asintió a su vez. Manteniendo fuera de su voz el apenas leve deje de admiración, dijo:

—Así lo creo, señor.

Los subordinados sabían que uno nunca debía permitir que los oficiales superiores se dieran cuenta de que uno estaba impresionado por alguna proeza de ellos.

El comandante asintió una vez más con un ligero movimiento de su cabeza coronada por una prominencia vertical.

—Así que Inteligencia estaba en lo cierto, entonces. La escoria kreeel anda husmeando por este sistema.

—¿Qué hay por aquí que pueda interesarles, comandante? —preguntó Tron, y luego se censuró mentalmente al punto. «Nunca formules preguntas. Eso implica que no sabes.»

Pero ya era demasiado tarde. El comandante lo había oído.

—¿Qué hay, Tron? —dijo, en un tono de voz suficientemente alto como para que fuera oído por toda la tripulación del puente—. Nada. Nada de interés excepto para una raza atrasada como los kreeel.

Con lentitud, el comandante se puso en pie. Los dedos de Tron se movieron sobre el intercomunicador, adelantándose a los pensamientos del comandante.

—La sala del transportador está preparada para transferirlos a bordo en cuanto usted lo ordene, señor —dijo.

El comandante sorbió por la nariz con desdén.

—¿Permitir que esa porquería kreeel ponga los pies en nuestra magnífica nave? Ni siquiera encadenados serían dignos de eso. Llévase un grupo de descenso, Tron, y averigüe qué se

traen entre manos. Vea qué han encontrado.

—Sí, comandante. A pesar de que —agregó con su voz grave y ronca—, usted ha dicho que no hay nada de interés ahí abajo.

—Cierto —respondió el comandante con calma.

—Entonces, ¿cómo es posible que ellos...?

El comandante giró sobre sí y dio varios pasos, deteniéndose y mirando a Tron a los ojos.

—Incluso los gusanos —dijo—, pueden extraer buenos bocados de un cadáver en estado de putrefacción.

Los kreel parpadearon, atónitos, incapaces de desplegar ni una pizca de su habitual fanfarronería y arrogancia.

Cuando hubieron atravesado el recién abierto agujero en el flanco de la montaña, descubrieron una escalera que descendía directamente hacia la oscuridad. Bajaron una luz al interior, pero el rayo de la misma parecía hacer sólo una ligera mella en la abrumadora oscuridad. Budian, como era natural (y con renuencia, aunque lo ocultó), bajó primero, y los demás lo siguieron en fila.

Descendieron con lentitud por escalones de metal que parecían perderse en el infinito. En un momento dado, Aneel bajó la mirada y en silencio advirtió que los escalones no estaban polvorientos ni en lo más mínimo, tras lo cual le mencionó el detalle al comandante.

—Es como si —agregó Aneel— repelieran la suciedad.

—Entonces —le espetó Budian a modo de respuesta—, es una suerte que no te repelan a ti.

A partir de ese momento, Aneel decidió que se guardaría para sí sus observaciones.

Por fin llegaron al pie de las escaleras y allí, a varios metros delante de ellos, había una gran puerta metálica pulida. Sobre la misma había grabados símbolos, símbolos que los kreels, que los contemplaban confusos, no podían ni sospechar su significado. Pero cuando llegaron a pocos pasos de la puerta, ésta se abrió en silencio.

Los kreel parpadearon ante la súbita luz que los abrumó. Desenfundaron sus disruptores, preparados para el caso de que algo los atacara mientras estaban momentáneamente desorientados. Pero nada los atacó y la desorientación cesó al momento.

Entraron en la luz y quedaron aturridos por lo que vieron.

Se encontraban al principio de un corredor que se ramificaba en dos direcciones diferentes. Ambos pasadizos eran túneles gigantescos de brillante metal que se arqueaban en elevadas bóvedas de cañón.

Los túneles tenían al menos seis metros de altura, y al inspeccionarlos con mayor atención se veía que estaban revestidos de baldosines curvos, cada uno de unos sesenta centímetros de lado, unidos con tal perfección que las juntas resultaban apenas visibles. Budian pasó los dedos sobre ellos, y a pesar de que podía ver las divisiones no podía sentir las mediante el tacto. Sacudió la cabeza (y, en consecuencia, el torso) con asombro.

—¿Qué pudo haber hecho esto? —susurró. En el silencio, su voz pareció resonar.

Aneel hizo gestos vagos y no fue capaz de darle una respuesta. No importaba. La verdad es que Budian no había esperado que se la diera.

Les hizo un gesto a los otros dos miembros del grupo.

—Vosotros dos —dijo—, id por ahí. —Les indicó el corredor que se desviaba hacia la izquierda—. Aneel... tú ven conmigo.

A Aneel, esta noticia no le resultó muy reconfortante. No sólo habría preferido estar con otro que no fuese Budian sino que, con franqueza, habría preferido, en primer lugar, quedarse en la nave. La nave que estaba en ese momento posada serenamente en la

superficie del planeta, aguardando a que ellos regresaran.

Cuánto más fácil, pensó Aneel, sería si los kreeel tuvieran la tecnología del transportador. Pero esas técnicas eran utilizadas por razas más ricas y avanzadas. No por los kreeel. Por los kreeel no, que eran conocidos como belicosos y atrasados carroñeros. ¿Qué podrían hacer ellos con la clase de armamento usado por los... los...

Escupió. Budian lo miró, algo sorprendido.

—¿Debe considerarse eso como una crítica? —inquirió Budian en un tono muy inquietante.

—No, señor —contestó Aneel de una forma tan brusca que Budian se dio cuenta de que decía la verdad—. Sólo estaba pensando en los klingon.

—Que sus naves se conviertan en pilas de herrumbre y su sol se vuelva nova —se apresuró a decir Budian.

Los dos escupieron, luego continuaron adelante, dejando tras ellos una pequeña estela de burbujeante esputo sobre el piso. Obtenían un cierto grado de consuelo al maldecir a los klingon en cualquier oportunidad que se les presentaba, sencillamente porque sabían que los klingon estaban tan avanzados con respecto a ellos que maldecirlos y escupir eran las únicas cosas que podían hacer.

Al alejarse ambos, una pequeña sección del piso despertó a la vida. El metal onduló de una forma casi imperceptible y los escupitajos desaparecieron sin dejar huella.

—No cabe duda de que no están aquí —dijo Spyre.

Tron asintió, al tiempo que asomaba la cabeza al interior de la nave exploradora kreeel a través de la escotilla abierta. La parte de dentro estaba conformada por restos de otras naves, y Tron advirtió al menos cuatro tecnologías diferentes. Entró con precaución, asegurándose de no activar por accidente algo desagradable. Contempló asombrado el panel de control, luego metió la mano detrás del mismo y la sacó con un puñado de cables... y cinta aislante.

¡Cinta aislante! ¡Por el emperador, cinta aislante! Era un milagro que esta nave no hubiera explotado. Dejó caer el racimo de cables y se volvió hacia sus hombres.

—Encuéntrenlos —dijo Tron.

—¿Los matamos cuando los encontremos?

La frente de Tron se arrugó ligeramente. Cuando los dejaban que hiciesen su voluntad, en la época anterior a los días de la Gran Iluminación, eso era sin ningún género de duda lo que habrían hecho.

—Su suerte está en las manos del comandante —dijo—. Entre ustedes y yo, matarlos sería sin duda mi preferencia. Lo que con toda probabilidad haremos... —e hizo hincapié en la palabra probabilidad con leve aversión—, es arrojarlos dentro de su nave, remolcarlos y dejarlos, sin energía, en algún punto del espacio. A partir de ese momento, su suerte quedará en sus propias manos. Sin embargo, no tienen que mostrarse amables cuando los encuentren.

Budian y Aneel no podían creer en su buena suerte.

Pasaban ante una habitación tras otra, cuyas puertas se abrían con un suspiro ante ellos. Era como si esta guarida subterránea estuviese llena de secretos que no podía aguardar para entregárselos. Y cada habitación estaba repleta de...

—Armas —dijo Aneel, que se detuvo para acariciar con gesto reverente un arma de mano. A diferencia de las enormes y toscas armas que llevaba el grupo explorador kreeel, éstas eran más pequeñas, más pulidas, más avanzadas, aunque inconfundiblemente mortales.

Budian arrebató el arma de las manos de su segundo al mando.

—Podrías hacerte daño con esto —le espetó. «O hacérmelo a mí», pensó en silencio—. Continuemos. Veamos que hay al final del corredor.

—Pero... —Aneel hizo un gesto de impotencia—. ¿No deberíamos examinar algunas de estas habitaciones? ¿Explorarlas? ¿Catalogar las armas?

—No van a irse a ninguna parte. Han permanecido aquí durante quién sabe cuánto tiempo, y continuarán estando aquí. Descubramos todo lo que este hallazgo tiene que ofrecernos antes de comenzar a catalogar lo que hemos encontrado. Es bastante sencillo de entender, ¿no es cierto, Aneel?

—Sí, señor —repuso el interpelado con acentuada falta de entusiasmo.

Continuaron avanzando; Aneel hacía ahora un esfuerzo consciente para no mirar ni a izquierda ni a derecha. Por fin, el corredor describió una ligera curva, luego otra, y entonces Budian retrocedió alarmado al aparecer de forma repentina delante de él una silueta. Sin vacilar, levantó la pequeña arma que llevaba en la mano y tiró del gatillo.

Una fracción de segundo demasiado tarde se dio cuenta de que era uno de sus propios hombres.

El infortunado kreel había alzado las manos, gritando:

—¡Espere! —comenzó... y desapareció. Del arma no salió rayo alguno, sino un mero fulgor suave y difuso, y de pronto el kreel sencillamente ya no estaba. Fue como si Budian hubiese tenido en las manos un aparato de control remoto mientras observaba algo en un monitor, y entonces lo hubiera apagado.

—¡No me alarmes! —le gritó Budian al aire vacío, pues todo había sucedido con tal rapidez que no tuvo el tiempo suficiente para darse cuenta de que su subordinado había desaparecido—. Detesto que... —Y entonces comenzó a comprender.

Contempló de hito en hito el espacio que había ocupado el miembro de su tripulación, y luego miró a los dos restantes miembros del grupo. Los dos dieron un paso atrás, como si los pusiera nerviosos la posibilidad de ser el siguiente.

Budian sujetó el arma con un poco más de firmeza.

—Vamos —dijo, haciendo un gesto con ella. Los otros lo siguieron obedientes.

Así pues, los dos corredores que se ramificaban habían vuelto a unirse, y ahora los tres miembros de la fornida raza kreel avanzaron a lo largo de otros veinte metros, pasando ante más salas que contenían tecnología fascinante, ante curiosas inscripciones que había en las paredes y no tenían ningún sentido para ellos.

Y finalmente, llegaron a un callejón sin salida.

La puerta ante la que se encaraban era más enorme que cualquiera que hubiesen visto jamás. Las dos hojas de ésta se unían entre sí en un dibujo de *zigzag* vertical que tenía aspecto de dientes dispuestos a triturar a cualquiera que intentase entrar. A la derecha había un pequeño panel compuesto por un conjunto de rectángulos más pequeños de diversos colores. Diez en sentido ascendente, cuatro de ancho, cuarenta en total.

La puerta no mostraba ninguna posibilidad de franquear la entrada.

Budian avanzó hasta ella y aguardó con toda la paciencia de que era capaz, pero la puerta no se movió. Había permanecido cerrada durante incontables años y, al parecer, permanecería cerrada durante incontables más.

—Retiraos —ordenó con voz tensa. Levantó su nueva arma y la disparó a quemarropa contra la puerta.

La puerta no pareció tomárselo a bien: el arma de mano de Budian desapareció.

Junto con la mano que la sujetaba.

Así de sencillo. El brazo derecho de Budian acababa ahora en un muñón pulcramente cauterizado a la altura de la muñeca.

Budian lo contempló, sin habla. Había sucedido con tanta rapidez que no tuvo tiempo de reaccionar. Se produjeron horrorizadas exclamaciones por parte de sus hombres, y ésa fue la primera confirmación de que no lo estaba imaginando. Tras comprender cabalmente lo ocurrido, llegó la primera reacción física: se tambaleó, apoyándose contra la pared y sujetándose el muñón, presa de una fuerte impresión.

Intentó flexionar los dedos que ya no tenía. Podía jurar que estaba haciéndolo. Sabía que estaba haciéndolo. Incluso mientras tendía la otra mano y de hecho tocaba el muñón de carne endurecida, su mente continuaba gritando: «¡Todavía está ahí! ¡Tiene que estar todavía ahí!».

—Señor... —susurró Aneel—. ¿Se encuentra bien?

La cósmica estupidez de la pregunta quedó ahí flotando, y ni siquiera Budian se atrevió a denunciarla.

—Nosotros... —dijo Deni, el otro miembro de la tripulación—. Tenemos que llevarlo de vuelta a la nave.

—No. —La respuesta de Budian fue débil.

—Pero...

—¡No! —contestó Budian con más fuerza; y ahora, el dolor comenzaba a aparecer y él lo forzó a retirarse. Más tarde, en privado, aullaría y gritaría. Ahora no. Aquí no—. No, primero pasaremos por esta condenada puerta.

Resultaba claro lo que estaba pasándoles por la cabeza. Pensaban que ellos iban a tener que intentar dispararle. Se miraron el uno al otro, acordando en silencio que si era dada esa orden, dispararían contra Budian antes de tener que emprender una acción suicida.

Afortunadamente para ellos (y para Budian, habría pensado alguno, de no ser que al final no significó gran diferencia), no era ésa la opción que Budian estaba considerando.

Budian recobró sus fuerzas, se apartó de la pared y avanzó hasta el panel. Ahora llevaba apoyada la muñeca mutilada en la curva del brazo izquierdo, y el dolor inicial estaba comenzando a ceder aunque de forma muy leve. Sin embargo, tenía la seguridad de que pasaría meses imaginando que flexionaba la mano que ya no tenía.

Tocó el panel y los cuarenta cuadrados de colores se iluminaron. Un zumbido bajo llenó el área, y los colores se reflejaron en su rostro tenso.

—Es una especie de cerradura de combinación —murmuró—. Es probable que haya que tocarlos en un orden específico.

—Entonces... ¿cómo vamos a entrar? —preguntó Aneel.

—Nos limitaremos a pulsar diferentes cuadrados hasta dar con la combinación correcta.

—Pero eso podría llevarnos...

Budian se volvió a mirarlo con una furia apenas contenida.

—¡Esta maldita puerta me ha costado una mano! ¡Haya lo que haya tras ella, quiero saberlo! Quienes construyeran esta instalación, dejaron al alcance de cualquiera armas más avanzadas que las que nosotros tenemos, tal vez más que las que tienen los klingon, pero sentían el suficiente respeto hacía lo que hay tras esta puerta como para dejarlo encerrado. ¡Yo quiero saberlo! ¡Me lo merezco!

Dio media vuelta y, con la mano que le quedaba, comenzó a pulsar furiosamente los cuadrados. Cada uno emitía una nota distinta, un débil «ping» que sonaba cuando se lo pulsaba. Y cada una brillaba bajo su contacto, de modo muy breve. Pero ninguna combinación hacía que la puerta se abriese y revelara sus secretos.

De pronto se produjo un brusco silbido agudo.

Budian se volvió a mirar a sus hombres, que se encontraban a alrededor de un metro y medio de distancia, y preguntó:

—¿A qué creéis que se parece ese sonido?

Comenzó de una forma casi ridícula. Budian estaba mirando a sus hombres, esperando a que Aneel hablara, y entonces el rostro de Aneel se contrajo de horror, al igual que el de Deni. Eso fue lo primero que vio.

Luego Budian pensó que los otros dos hombres de su tripulación estaban haciéndose más altos. Este pensamiento fue reemplazado por la parcialmente correcta toma de conciencia de que, de hecho, él estaba haciéndose más pequeño.

Bajó la mirada y toda la verdad, el pleno horror de aquello, comenzó a hacerse evidente. Estaba disolviéndose.

Sus pies ya habían desaparecido, reducidos a una irreconocible masa informe. Mientras su mente estaba aún consiguiendo registrar lo que ocurría, le desaparecieron parte de las piernas, luego las rodillas. Se oía un claro sonido sibilante, pero nada más. Ni olor a carne quemada. Ni sangre. Nada.

Y cuando el terror consiguió penetrar del todo en su mente, fue cuando Budian se puso a gritar.

Budian comenzó a chillar con palabras incomprensibles para un k reel. Su discurso era incoherente a causa del terror al mirar hacia abajo y ver su cuerpo, su magnífico cuerpo, que era destruido molécula a molécula.

Y sin embargo, a pesar de todo su horror, en ningún momento pidió ayuda, en ningún momento suplicó auxilio, divino o no. Porque los k reel no ruegan. Mueren, de forma horrible si cabe, pero no ruegan.

Ahora su pecho había desaparecido y él continuaba estando monstruosamente consciente; aún podía ver y sentir lo que sucedía.

«Oh, Dios —pensó Budian—, que acabe, que acabe, que acabe...» Pero no terminó. De alguna forma, perversamente, fue consciente hasta su último momento, cuando la cabeza llegó al suelo y también ésta comenzó a derretirse; su cerebro continuó funcionando y registrando las imágenes que los ojos le transmitían.

La última imagen que registró fue la de sus hombres, sonriendo.

Momentos más tarde el suelo onduló y los restos del oficial k reel fueron tragados.

Tron se encontraba ante la entrada de la cueva, la entrada que había sido volada, y la contemplaba asombrado.

—¿Cómo pudo haber estado esto aquí? —preguntó—. ¿Cómo pueden haber inspeccionado todo el planeta nuestros primeros equipos de reconocimiento, y no haberlo encontrado?

Era una pregunta retórica, por supuesto. Ninguno de los otros klingon había formado parte de esos primeros equipos exploradores, así que no había en la frase contenido personal alguno. Uno de los klingon pensó: «Quizás estaba preparado para que no lo encontraran». Se trataba de una especulación privada, hecha más por lo que sería fantasía klingon que por otra cosa y, como tal, no expresada en voz alta.

Resultó ser cierta. Pero de todas formas, de haberla expuesto, no se le habría dado crédito.

—Muy bien —dijo Tron al tiempo que le hacía un gesto a su pequeño grupo—. Vayamos a ver qué hay dentro.

Y entonces, una voz gutural habló:

—En lugar de eso, deja que nosotros te lo enseñemos..., cerdo klingon.

Provenía de la zona inmediatamente interior de la abertura, y el acento era inconfundible. El rostro de Tron se contrajo con una mueca de asco mientras decía:

—¿Está dentro el k reel que huelo...?

El suelo inmediato a la izquierda de Tron explotó, llevándose al klingon que se hallaba de pie sobre él.

Tron reaccionó de modo instantáneo.

—¡Retrocedan! —gritó, y los klingon restantes obedecieron de inmediato al tiempo que hacían fuego hacia el interior del agujero. Dispararon a discreción decididos a reducir a los k reel a moléculas que flotaran libremente.

Los k reel les dispararon a su vez. Los klingon no sabían, no podían saber, que los k reel estaban agachados bajo los escalones, cosa que los colocaba a salvo de los disparos que pasaban, inofensivos, por encima de sus cabezas.

Un rayo de luz, fino como un lápiz, salió del agujero y pasó como una lanza por encima de la cabeza de uno de los klingon que se encontraba tras una roca. Luego, invirtió su curso, como si tuviera ojos, dio media vuelta e hizo desaparecer al klingon de la existencia.

Tron había visto lo suficiente. Pulsó su comunicador de muñeca y por él gritó:

—¡Comandante!

La respuesta le llegó imperturbable.

—¿Sí, Tron?

—¡Transporténnos a bordo señor! ¡Ahora!

—Informe, Tron.

—Si no nos transporta a bordo... señor... ¡no viviré para darle el informe!

Un instante más tarde Tron sintió el reconfortante fulgor del rayo transportador en torno de sí. Él y el resto del desafortunado grupo klingon se materializaron en la cubierta del transportador de su nave.

Tron apenas había tenido tiempo para bajar de la plataforma cuando le llegó del puente una llamada que decía que sería mejor que subiera inmediatamente y explicara qué demonios había sucedido, y cómo era posible que una sencilla misión de búsqueda y destrucción llegara a salir tan mal.

—El grito, señor.

Tron hizo una pausa y se volvió a mirar a los otros supervivientes del grupo de descenso. Uno de ellos, un técnico en su primer año de servicio, dijo:

—El grito de muerte klingon, por nuestros camaradas muertos en la superficie del planeta.

Tron nunca había sido muy tradicionalista, pero eso nunca era algo que resultara saludable admitir. No obstante, dijo:

—Según mi opinión, novato, mi primer deber es acudir al puente o podría haber muchísimos más gritos klingon.

En la superficie del planeta, Deni y Aneel se habían retirado rápidamente a los confines de la caverna al oír el gemido del transportador. En otra época, habrían sentido una punzada de celos por la tecnología klingon. Ahora, sin embargo, no sintieron más que una embriagadora sensación parecida a la de un niño al que se le entrega la llave de una tienda de dulces.

Aneel estaba asomando la cabeza al interior de una sala cuando unos pasos lo hicieron volverse en redondo con el arma a punto de disparar. No obstante, Aneel fue un poco más cauteloso que el difunto Budian y, en consecuencia, no hizo estallar a Deni en átomos. Esto fue una suerte, porque Deni llevaba un arma tan enorme que la tenía rodeada con ambos brazos y aun así sus manos no acababan de juntarse. Era plateada, reluciente, y casi

completamente pulida. La parte que parecía ser el cañón era lo bastante grande como para que un niño k reel se metiera dentro a gatas.

Los grandes ojos de Aneel se abrieron aún más.

—¿Qué *flarg* es eso?

La achatada cabeza de Deni salió de detrás.

—¡No lo sé! ¡Pero es... es grande!

—Entonces tiene que ser buena.

Y en ese momento la enorme arma comenzó a emitir un pitido.

Los dos k reel se miraron el uno al otro.

—¿Qué has hecho? —exigió saber Aneel.

—¡Nada! ¡Nada, lo juro! Se ha puesto en funcionamiento ella sola.

—¡Saquémosla al exterior! ¡Si va a explotar, no va a hacerlo aquí dentro!

Deni se puso a arrastrar, frenético, la gigantesca arma, y Aneel se echó sobre el hombro un extremo de la misma. Entre los dos, rompieron todas las marcas de carrera al llevar el arma hacia arriba y sacarla de los túneles. Cuando se encontraron a una distancia prudencial de la entrada, dejaron el arma sobre el suelo con el cañón apuntando directamente hacia arriba. Entonces la cosa comenzó a ladearse, en dirección a Aneel.

—¡Ayúdame! —le ladró a Deni.

En aquel momento fue cuando el arma les habló.

En una agradable voz femenina que, cosa increíble, hablaba k reel, el arma dijo:

—Apuntando.

Ellos quedaron petrificados, mirándose mutuamente. Entonces, el rostro de Deni se distorsionó con una mueca de asco y dijo:

—Es un arma de mujer.

—No seas imbécil —le espetó Aneel.

Luego, cuando ambos ejercieron todo su peso en la tarea y enderezaron el arma, Aneel preguntó con cautela:

—Arma... ¿a qué le estás apuntando?

—A una nave en órbita. ¿Requerido auxilio visual?

—Por supuesto.

El aire que tenían delante pareció vibrar levemente y allí, suspendido ante ellos, con un sector de estrellas titilando a su alrededor, apareció un crucero de batalla klingon. En contraste con el diseño de la nave, y con sus intenciones, parecía casi pacífica.

—Aguardando instrucciones —dijo el arma.

Aneel y Deni volvieron a mirarse entre sí. Durante un breve momento, Aneel se sorprendió deseando que Budian aún se encontrase allí para hacerse cargo de la situación. En eso era bueno. Pero en ese momento sólo era un pequeño charco viscoso, y dado que no parecía probable que su estado fuese a cambiar en un futuro cercano, era Aneel quien quedaba para tomar las decisiones.

—Dispárale —dijo.

—Como usted ordene.

De forma silenciosa y eficiente, unas pequeñas patas de trípode salieron de la parte de abajo del arma, proporcionándole estabilidad. Aneel y Deni la miraban de hito en hito. Cuando fueron aliviados del peso del arma, se dieron cuenta de pronto de lo que estaba a punto de suceder. También se les ocurrió que, cuando disparara, estarían más seguros si se encontraban en otra parte.

Echaron a correr.

—¿Permitió usted —dijo el comandante klingon con lentitud—, que los derrotaran unos pocos y patéticos kreel?

Cada una de las palabras flotó en el aire del puente, cargada de incredulidad y desdén. Tron se removió, incómodo, pero continuó mirando al frente con resolución.

—¿Y tiene el valor —continuó el comandante al tiempo que se ponía de pie y describía un círculo en torno a su subordinado—, de regresar a la nave con un informe de esa naturaleza? ¿Está dispuesto, Tron, para vivir en la ignominia el resto de su vida?

Tron no respondió. No podía haber respuesta ninguna. Sobrellevar la ignominia era el equivalente de una sentencia de muerte, porque ningún klingon podía vivir en una situación semejante. Despojado de amigos, de propiedades y privilegios, de todo. Incluso... de su nombre.

—¡Comandante!

La advertencia llegó del terminal científico. El comandante se volvió al punto, pues la alarma controlada de la voz del oficial científico resultaba muy evidente. Tron susurró una silenciosa plegaria de agradecimiento por la distracción, y luego el comandante volvió a mirarlo. El silencioso mensaje estaba claro: «Esto no ha terminado».

—¿Qué sucede, oficial científico?

—Lecturas de energía en la superficie del planeta, señor. Un flujo enorme.

El comandante frunció el entrecejo y se inclinó para verlo por sí mismo.

—¿Qué se traen entre manos esos pequeños roedores? —exigió saber—. Ya he tenido suficiente. Fije el transportador sobre ellos y tráigalos a bordo. Detesto contaminar la nave pero no hay otra alternativa, gracias a su mal manejo de la situación. —Lanzó una mirada airada a Tron.

—¡Comandante, acaban de levantarse los escudos!

De inmediato, el aludido giró sobre sí para mirar hacia la pantalla principal del puente, esperando ver otra nave que se acercara a ellos. Pero sólo un planeta apareció en la misma.

—¿Fuente? —preguntó.

Y el crucero de batalla klingon perdió de golpe la órbita.

Como si una mano gigante les hubiera dado un revés, la nave recibió un impacto lateral que la hizo girar en redondo, y la lanzó por el espacio como una pieza de ajedrez fuera de control. La gravedad artificial no pudo ni comenzar a ajustarse mientras los klingon eran arrojados por la nave. En un momento se estrellaban contra una pared para salir nuevamente despedidos, y al siguiente rebotaban contra los techos. Por milagro, no se produjo más que una baja, en ingeniería, al aterrizar mal uno de los técnicos y partirse el cuello.

—¡Estabilícenos! —gritó el comandante, una orden algo innecesaria pues el piloto, frenéticamente, intentaba hacer precisamente eso. Lo primero que debía conseguir, sin embargo, era alcanzar los controles.

El comandante salió volando, fuera de control, a lo largo del puente, y se estrelló contra Tron.

—¡Computadora! —gritó el comandante—. ¡Anule al control manual! ¡Estabilice!

Las funciones de la nave, como el timón, quedaban siempre, al menos en esta nave, en manos de los propios klingon. Al fin y al cabo, ¿cómo podía uno ser un klingon si no mantenía el control de su destino en sus propias manos? Pero ahora el comandante levantó la prohibición contra la computadora, y los sistemas de a bordo entraron en funcionamiento al punto y frenaron el impulso. Lentamente, la nave klingon dejó de girar.

Una vez se hubo detenido, el puente quedó en silencio durante un largo momento, mientras

todos miraban al comandante.

El comandante, a su vez, miraba la pantalla. Ahora no se veía rastro del planeta... no, espera. Allí estaba, una mota tan pequeña que resultaba casi indetectable. A tal distancia habían sido arrojados.

—Timón —dijo con lentitud—. Llévenos a distancia de disparo. Armas a punto. Céntrense en las lecturas de vida y abran fuego. Tron —agregó al tiempo que se volvía—, ¿no debería estar usted en su puesto? —una admisión implícita de que tal vez Tron se había encontrado con una situación que lo superaba en la superficie del planeta.

La tensión desapareció del cuerpo de Tron.

—Como usted quiera, comandante —dijo.

Los klingon avanzaron con deliberada cautela, pues querían entrar justo dentro del radio desde el que podrían disparar contra esos advenedizos que los habían tratado con semejante indignidad.

Sin embargo, había una cosa que no tuvieron en cuenta. Quizá se debía a que tenían la sensación de que, ahora que estaban en guardia, se hallarían mejor preparados. Tal vez fue por su firme convicción de que tal anomalía no podía tener lugar dos veces.

Fuera cual fuere la razón, no se les ocurrió en ningún momento que el arma que había en tierra podía tener un alcance mayor que las suyas. Y cuando el fuego de la superficie volvió a ser disparado, quedó claro que lo de antes no había sido más que un tiro de advertencia.

Un rayo de energía apareció atravesando sus escudos como si no existieran. Hendió la barquilla hiperespacial izquierda y la hizo saltar en pedazos. Y ahora se produjeron en verdad gritos de muerte klingon, al ser éstos incinerados de forma instantánea o desgarrados por la energía del disparo, o absorbidos fuera de la nave y arrojados al implacable vacío del espacio.

En el puente de la mutilada nave, el comandante no retrocedió en ningún momento. La muerte no le inspiraba miedo alguno. Ahora, sin embargo, la supervivencia era algo más que evitar la muerte. Tenía que advertir al imperio klingon acerca de lo que estaba sucediendo. Tenía que avisarles que en el equilibrio de poder se había operado un cambio peligroso, y que éste se había inclinado de pronto hacia una raza inmadura agraviada durante siglos y de gatillo fácil.

—Sáquenlos de aquí —dijo.

—Motor hiperespacial gravemente dañado, señor. La consola de navegación...

—Sáquenlos de aquí —repitió—, aunque tenga que salir afuera y empujar.

Consiguieron salir de allí.

# 1

Wesley Crusher escuchó con cuidado, tratando de bloquearlo todo, incluido el sonido de su propia respiración.

Estaba agachado contra un árbol, pistola fásica en mano, examinando cada arbusto para averiguar dónde residía el peligro potencial. Una brisa suave hacía susurrar la vida vegetal que lo rodeaba.

¿Una brisa? ¿O se trataba de...?

Hizo girar rápidamente la pistola fásica, y apuntó a un arbusto en particular que parecía estar moviéndose más de lo debido. Apretó el gatillo para realizar un disparo rápido y aguardó, rogando que un cuerpo inconsciente cayera del mismo.

No sucedió nada. El arbusto continuó meciéndose tranquilamente. Nada ni nadie se desplomó.

La boca de Wesley se torció en señal de fastidio. Apartó con un golpe de mano las moscas que zumbaban sin cesar en torno a su cara.

Luego percibió, más que sintió, que algo se arrastraba por su bota. Bajó la mirada, y vio que tenía instalado sobre la misma un bicho feo con tenazas que le pinzaban el dedo gordo como dispuesto a tomarse un bocado.

Wesley retrocedió de un salto, al tiempo que profería un sonido de asco y se sacudía aquel bicho del pie.

Y en ese momento un disparo fásico pasó por el lugar que su cabeza había ocupado apenas un instante antes, y acertó a un árbol volándole un trozo de corteza.

Wesley se fue contra el suelo, cayendo sobre un codo, de la forma precisa para hacer que un dolor entumecedor le recorriera en espirales el brazo.

—Qué situación —masculló mientras se lanzaba a través de una hilera de arbustos que parecía ofrecer más seguridad.

Sin embargo, difícilmente podía decirse que hubiera en ellos seguridad, pues los arbustos se alineaban al borde de una caída repentina y abrupta del terreno. Wesley no tuvo tiempo de reaccionar mientras rodaba por el terraplén levantando polvo y haciendo saltar rocas pequeñas. «Odio esto, lo odio», decía, repitiéndolo como un sonsonete meditativo mientras se aferraba a las raíces con la intención de aminorar la velocidad de caída. Las raíces, poco cooperadoras, insistían en soltarse de la tierra.

Wesley acabó al pie del terraplén, con los cabellos que solía llevar cuidadosamente peinados hechos un desastre, la ropa cubierta de tierra, y la cara con varios arañazos. En el brazo todavía sentía los alfilerazos de dolor. Y mientras el mundo daba vueltas en torno a sí mismo —el sol caía sobre él, fijo, como si estuviera pasando un relajante día en la playa—, Wesley se quedó allí tendido y dijo:

—De verdad, de verdad, odio esto.

Luego el sol fue eclipsado por una figura que se detuvo ante Wesley. La figura le sonrió con una mueca feroz desde lo alto del declive de seis metros.

—Estás muerto, Naranja —dijo la figura.

Con un repentino estallido de fuerza interior que él no habría pensado tener, Wesley rodó hacia la derecha cuando el disparo fásico proveniente de lo alto erró por poco. «Está jugando conmigo —supuso Wesley—. Se arrepentirá.»

Rodó hasta quedar acuclillado, alzó su arma y disparó.

Al menos, ése era el plan. Pero Wesley se encontró mirando estúpidamente un racimo de

raíces que tenía aferradas en el puño.

Wesley tardó sólo unos segundos en darse cuenta de que tenía que haber soltado la pistola física en medio de los esfuerzos que realizó para detener el descenso. Pero entonces era ya demasiado tarde, pues Wesley fue arrojado hacia atrás por el disparo físico que le dio de lleno en el pecho.

Wesley cayó de espaldas y quedó inmóvil.

Quieto.

Muerto.

—¡Otra vez muerto, Naranja! —le gritó su atacante—. Nunca podrás conmigo.

Absolutamente ignorante del reciente fallecimiento de Wesley Crusher, el primer oficial William Riker avanzaba a pasos decididos corredor adelante.

El saludo militar era algo que había pasado de moda hacía mucho tiempo en la Flota Estelar, y aunque hubiese estado aún en boga, los numerosos civiles con los que Riker se cruzaba no estaban familiarizados con la tradición militar. Y sin embargo había algo cuando se cruzaba tanto con civiles como con miembros de la tripulación. No un saludo militar, pero siempre algún gesto de saludo con la cabeza, una sonrisa, un leve toque de los dedos en la frente. Todos los de a bordo de la nave sentían la compulsión de acusar recibo de la presencia de Riker.

«¿Respeto?», se preguntó. Sí, sin duda era eso, pero había más. Genuino afecto. La gente, los tripulantes, le tenían cariño. Antes de servir a bordo de una nave estelar con su importante población de un millar de personas, Riker habría jurado que resultaba imposible ser a la vez popular y respetado. La autoridad era la autoridad, y se acabó. William Riker decidió, en una etapa temprana de su carrera, que exigir el respeto de su gente sería siempre de una importancia suprema. No le importaría si les caía bien o no, siempre y cuando su autoridad no fuese puesta en tela de juicio.

Y casi había llegado a convencerse de que el hecho de caer bien carecía de importancia.

Casi.

A pesar de que, cuando una joven particularmente bien formada se cruzaba con él y le dedicaba un apreciativo alzamiento de cejas, la popularidad sin duda tenía sus ventajas.

Y con el reavivamiento del interés de Riker por agradecer, otros aspectos de su personalidad también surgieron a la luz.

Su sentido del humor, para empezar.

En concreto, dos semanas atrás había tenido un permiso de tierra de setenta y dos horas. Eran las más largas vacaciones que William Riker había tomado durante una misión en su carrera dentro de la Flota Estelar, y no había sido algo voluntario.

—Necesita tomarse unos días de descanso, número uno —había dicho Jean-Luc Picard con absoluto convencimiento.

Picard, el veterano capitán de la *Enterprise*, había estado sentado en sus habitaciones con la serena confianza y paz de un Buda. Riker conocía esa posición. Era la que Picard adoptaba cuando la decisión ya estaba tomada, punto, nada que discutir, pero aceptaría la discusión sólo para darles a los subordinados la sensación de que habían tenido la ocasión de opinar.

—Con todo el debido respeto, capitán, no estoy de acuerdo. ¿Ha detectado usted alguna disminución en mi actuación o capacidad?

—Ninguna en absoluto —repuso Picard, con las manos formando una cúpula delante de sí.

—Entonces, no veo la necesidad de esta orden.

—Esto no es una «orden», número uno —respondió Picard—. La mayoría de las personas difícilmente considerarían unas vacaciones como algo impuesto, como un castigo. En

general, se las considera una recompensa por un trabajo bien hecho.

—Mi trabajo está aquí, en esta nave —dijo Riker.

—Por una asombrosa coincidencia, también lo está el mío. Y parte de mi trabajo es decidir cuáles son los trabajos de los demás. Y ahora mismo su trabajo es tomarse un permiso de tierra de setenta y dos horas en Gamma Origi III. Es un planeta muy relajante que guarda un notable parecido con las más agradables áreas de Alaska. Y no me diga que puede sencillamente pasar un tiempo extra en el simulador. Por eficaz que resulte el simulador, GO III lo es más. Se sentirá como en casa.

—Señor, ya sé que crecí en Alaska y que le tengo mucho afecto —dijo Riker con un gesto de impotencia—, pero mi hogar está...

—En esta nave —acabó Picard la frase—. Aprecio su dedicación...

—Capitán...

—Número uno —lo interrumpió Picard en un tono de voz que indicaba de modo claro que la conversación había llegado ya tan lejos como él estaba dispuesto a permitir—, su protesta queda debidamente anotada y grabada en el diario de a bordo. Pero yo le ordeno que baje al planeta y se divierta, o lo haré meter en una cápsula de torpedo de fotones y lo dispararé personalmente hacia la superficie.

—Deduzco que ésa es su última palabra, señor —dijo Riker con rigidez.

—No. Ésta lo es: Hasta la vista.

Y así, Riker se había marchado, refunfuñando durante todo el camino. Sabía con toda exactitud quién era la responsable de esas vacaciones forzosas: Deanna Troi, la consejera de la nave. Tenía que serlo. Quién más tendría la presunción de decidir que ella, y no Riker, sabía qué era mejor para Riker.

Podía oír la conversación en su mente:

—Percibo un cierto grado de estrés en el primer oficial Riker —diría ella en tono cuidadosamente modulado—. Exige demasiado de sí mismo, y se responsabiliza de todos los que están en esta nave incluido, en una gran medida, usted mismo, capitán. Se esfuerza tanto en tenerlo todo bajo control, incluido él mismo, que eso está comenzando a tener efectos adversos sobre él, y yo recomendaría muy en serio unos días de relajación fuera de la nave, tanto si él pone objeciones como si no.

¿Qué era lo que en una ocasión Geordi LaForge había mascullado en un susurro acerca de ella? «Deanna Troi, *yenta* interplanetaria.» Lo había dicho con intención cómica, y Riker había examinado los bancos lingüísticos para entender la referencia. Pertenecía al argot yiddish, significaba «entrometida». Una vez sabido el significado, había reído entre dientes la broma (siempre sin dejar que nadie lo percibiera), durante bastante tiempo. Era bastante fiel a la realidad. Aunque la misión de Deanna no hubiese sido el preocuparse por la salud mental de la tripulación, ella habría actuado exactamente de la misma forma. La diferencia es que no hubiera contado con su rango para respaldar su actuación.

Lo irritante era que ella había tenido razón. Riker necesitaba un descanso. Él se había dado cuenta de ello durante su segundo día de «exilio», mientras estaba colgado como un murciélago de la ladera de una montaña que estaba escalando. Una sensación vagamente familiar lo inundó poco a poco. La relajación. Fue como si hubiera estado conteniendo el aliento durante años y de pronto lo exhalara de golpe.

Por supuesto que el hecho de que Deanna hubiera tenido razón no alivió el fastidio que Riker sentía por haber sido arrojado fuera de los confines de la *Enterprise*. Decidió, por consiguiente, que una pequeña venganza, aunque inofensiva, debía ser tomada contra aquellos que se habían encargado de su «exilio». Aún no estaba seguro de qué le haría a

Deanna Troi, pero un método para desquitarse con el capitán se le había ocurrido en el mismísimo momento en que estaba escalando la montaña.

Lo divertido era que el capitán Jean-Luc Picard, por quien el respeto que sentía Riker no tenía rival, jamás admitiría que Riker había conseguido irritarlo. Jamás.

Así pues, allí estaba Riker, cuando sus obligadas vacaciones eran ahora un recuerdo de apenas una semana, y mientras los pensamientos le daban vueltas por la cabeza, percibió, más que vio, la presencia cercana. Habló sin volverse a mirar.

—Buenos días, capitán.

—Número uno —acusó recibo Picard al tiempo que igualaba su paso con el de Riker. En realidad lo aminoró. Era algo curioso: a pesar de que Picard era media cabeza más bajo que Riker, de alguna forma Riker siempre tenía la sensación de verse obligado a apresurar el paso para igualarlo con el de Picard—. ¿Va camino del puente?

Picard no lo miraba directamente. Riker sabía por qué, y sonrió para sus adentros.

—Sí, señor.

—Excelente. ¿Cuánto falta para que lleguemos a Daedalus IV?

Riker luchó contra la sospecha de que Picard lo sabía y sólo estaba poniéndolo a prueba.

—Catorce horas, señor.

Picard asintió.

—Ha pasado demasiado tiempo desde que los colonos recibieron la visita de rutina de una nave estelar.

—Estoy de acuerdo, capitán.

—En ese caso, me alegro de que concordemos, número uno.

¡Y Picard continuaba sin mirarlo! ¡Era maravilloso!

Llegaron al turboascensor y la puerta se abrió obedientemente con un silbido. Riker se detuvo para permitir que el capitán entrara primero. Justo en el momento en que Riker traspasaba las puertas, una voz gritó:

— ¡Esperen!

Riker dio media vuelta; su cuerpo de anchos hombros ocultaba al capitán de la vista. Una muchacha de unos dieciocho años de edad («¿Pero, cómo se llamaba?», se preguntó Riker, en blanco), vestida con un mono dorado con aberturas en ambas piernas, corrió hasta el turboascensor como si éste fuera el último de la nave.

Se detuvo en la entrada, evitando que la puerta se cerrase. El turboascensor aguardó, cortés y paciente.

—Primer oficial —dijo la muchacha, sin aliento.

—¿Sí? —Él sonrió—. ¿Qué puedo hacer por usted —(logró encajar su rostro)—, señorita Chase?

—Mis amigos me llaman Bobbi —contestó ella—. Y sólo quería decirle —y pasó los dedos por la parte inferior del rostro de Riker—, que me gusta de verdad. ¿Va a dejársela de forma permanente? Es realmente atractiva.

De detrás de Riker llegó el sonido de alguien que con muy poca sutileza se aclaraba la garganta, y Bobbi miró al otro lado del hombro de él. Sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Oh! ¡Yo... yo no había visto que estaba usted ahí, capitán! Lo siento.

—Resulta obvio que su atención estaba en otra parte —respondió Picard irónico.

—No tenía intención de entretenerlo.

—Qué suerte.

Y entonces, la temperatura del área descendió unos diez grados más.

Ella retrocedió con rapidez y la puerta se cerró. Picard y Riker se miraron fijamente el uno

al otro, estableciendo contacto ocular por primera vez desde que se habían encontrado en el corredor.

—Solicito permiso para ser atractivo, señor —dijo Riker al tiempo que luchaba para que la sonrisa no le aflorase al rostro.

—No es gracioso, número uno —le espetó Picard—. Tanta familiaridad con los miembros de las familias o la tripulación es inapropiada... Puente —le ordenó al turboascensor.

—Usted me ha dicho en el pasado que me encargara de ser el lado agradable y accesible del mando, capitán, y le dejara a usted hacer su trabajo en paz. Eso, ciertamente, es lo único que cualquiera de nosotros dos desea.

Si el capitán captó la ironía, hizo caso omiso de ella.

—Sí, bueno, existe algo que puede definirse como exceso de celo en el trabajo.

Sonriendo levemente, Riker levantó una mano y se acarició el mentón. Allí, con un tacto confortante y masculino, estaba el nuevo rasgo facial que había provocado un entusiasmo tal en la joven señorita Chase (y, en verdad, de varias otras mujeres miembros de la tripulación). Mientras estaba de vacaciones, Riker se había dejado crecer la barba. Creció con bastante rapidez y, una vez de regreso a bordo de la *Enterprise*, él se la había recortado cuidadosamente para darle la forma habitual en los queteros. Le confería una cierta gallardía a su imagen rígidamente convencional, y le realizaba los ojos.

Picard no había dicho nada. Nada en absoluto. Cuando Riker regresó, él se había limitado a asentir con la cabeza y decir:

—Me alegro de tenerlo de vuelta, número uno.

No había hecho comentario alguno, ni en uno ni en otro sentido, presumiblemente debido a que carecía de importancia. La falta de reacción de Picard fue, para Riker, la prueba que necesitaba. Picard miró a Riker, los ojos atraídos involuntariamente hacia el rostro, y luego Picard volvió a mirar al frente.

Y Riker supo qué estaba pensando, o creyó saberlo, y la creencia sería sin duda más que suficiente para satisfacer su necesidad de venganza.

Porque Riker estaba seguro, completamente seguro, de que Picard estaba pensando: «Es de una injusticia cósmica que mi primer oficial tenga más pelo en la cara que yo en toda la cabeza».

Sin embargo, las meditaciones de Riker acabaron de modo instantáneo cuando la insignia-comunicador de Picard emitió una señal. Picard la pulsó y dijo:

—Aquí Picard.

—Capitán, aquí Worf. —Las últimas dos palabras eran bastante innecesarias. La voz profunda de bajo sólo podía pertenecer al klingon—. Se necesita su presencia en el puente.

—Estaré allí tan pronto como pueda —dijo Picard—. Corto.

Menos de un segundo más tarde, el turboascensor se abrió sobre el puente, en la sección de popa. Picard avanzó, pasando junto a Geordi LaForge, hacia Worf que estaba ante el terminal de seguridad.

Geordi LaForge era supuestamente ciego de nacimiento. No obstante, le habían colocado un visor protésico que un inteligente científico había llamado VISOR. Éstas eran las siglas de Instrumento visual y sustituto de órgano sensorial<sup>1</sup> (Geordi se había preguntado durante cuánto tiempo habían tenido que pensar para encontrar ese acrónimo), y el resultado final era que Geordi podía «ver» casi la totalidad del espectro.

Y sin embargo, Geordi, a pesar de su especial visión, tuvo una reacción retardada cuando

---

<sup>1</sup> En inglés, *Visor Instrument and Sensory Organ Replacement*. (N. de la T.)

Picard entró en el puente apenas un segundo después de haber sido llamado. Pero LaForge se recobró de inmediato. Cuando Riker llegó cerca de él, Geordi habló:

—¿Qué los ha retrasado?

—El tráfico.

Picard se detuvo detrás de Worf.

—¿Sí, señor Worf? ¿Me había llamado?

El enorme klingon dio media vuelta y miró a su oficial superior. No manifestó ninguna reacción en absoluto; era como si de verdad esperase que Picard se materializara como el genio de una lámpara en el momento en que le llegara la llamada.

—Una nave pequeña, en dirección 121 punto 3. Parece ser de diseño kreeel, y —y adoptó una expresión de extrema repugnancia—, por la actitud del oficial al mando de la nave, parecería que son kreeel, sin lugar a dudas.

—¿Una nave kreeel? ¿Tan lejos de su espacio?

—Sí, señor.

—Hmmm. Una nave kreeel —repitió Picard, intentando entenderlo—. ¿Han dicho qué quieren?

—Sí, señor. —Worf hizo una pausa momentánea.

—¿Y es...? —lo instó Picard.

—Nuestra nave.

Durante largos momentos, Wesley Crusher se quedó allí tendido, sin moverse. Su asesino permaneció de pie donde estaba y, cuando Wesley no dio señales de vida, dijo en tono nervioso:

—Eh, ¿Naranja? Di algo.

Cuando Wesley continuó sin moverse, el asesino saltó por encima del borde del terraplén, deslizándose cuesta abajo e intentando no perder el equilibrio. Sus brazos giraron como las aspas de un molino cuando, en una ocasión, estuvo a punto de resbalar y caer. Finalmente se detuvo junto a Wesley Y dijo:

—Vamos, Naranja. Dime algo.

Con lentitud, Wesley abrió los ojos.

—De verdad que odio esto —contestó—. No dejo de decirlo y sin embargo permito que me arrastres.

—Lo lamento.

—No, no lo lamentas, Jaan. Nunca lo haces.

—Déjame que te ayude a levantarte.

—Yo puedo hacerlo perfectamente, gracias —replicó Wesley, aún irritado consigo mismo. Se puso en pie, se quitó con las manos las hojas y el polvo, y sacudió la cabeza—. ¿Por qué dejo que me convenzas de intervenir en estos juegos estúpidos? Tengo dieciséis años de edad. Soy alférez provisional. Si queremos competir de alguna forma, ¿por qué no jugamos una buena partida de ajedrez?

—Porque es aburrido.

—Eso no viene al caso.

—Y porque tú siempre ganas.

—¡Aja! —dijo Wesley mientras se encaminaban hacia la salida—. Así que es por eso.

Atravesaron el bosque. Alguna clase de insecto zumbante insistía en perseguir a Wesley. Entonces, una fina mano de largos dedos salió disparada y quitó de en medio el fastidio.

—Gracias, Jaan —dijo Wesley.

Jaan era una cabeza más alto que Wesley y, en realidad, muchos años mayor. Pero la raza de Jaan vivía más tiempo que la humana, y él era aún el equivalente a un adolescente.

La raza de Jaan, los seelvianos, estaban entre los más hermosos de la galaxia. Él era un brillante ejemplo del porqué, si bien algo excéntrico.

Alto y delgado, con largas y gráciles extremidades, Jaan tenía un cabello pelirrojo tirando a oscuro, que le caía hasta justo por encima de sus hombros, y su boca torcida reflejaba un perpetuo aire divertido.

Las ropas que llevaba eran extravagantemente multicolores y holgadas. No parecía tanto caminar como deslizarse.

Por todos los rasgos que tenían los seelvianos, el apodo que los seres humanos les habían dado como grupo era, obviamente, «elfos».

Otro insecto más había comenzado a perseguir al desdichado Wesley, pero para entonces habían llegado a su destino. El bosque parecía extenderse de forma indefinida ante ellos, pero Wesley dio una orden que la computadora de la nave obedeció al punto. En el bosque apareció una abertura, y a través del bosque pudo verse el corredor de la *Enterprise*.

Los dos jóvenes la atravesaron. El insecto los siguió, decidido a atravesar la piel de Wesley y chuparle toda la sangre. No obstante, el insecto, al igual que el bosque, era un producto del simulador. En el momento en que salió al corredor, el insecto desapareció. Wesley tuvo el gran placer de observar cómo el fastidioso bicho desaparecía en la nada de la que procedía.

—El usar el cerebro está muy bien —estaba diciendo Jaan—, pero necesitas ejercicio, Naranja.

—¿Por qué lo llamas Naranja?

Los dos se giraron y Wesley sintió que la boca se le secaba. Bobbi, que un rato antes había estado alabando la barba de Will Riker, los contemplaba con curiosidad.

—¿Por qué? —repitió, con los brazos cruzados sobre los pechos.

Wesley Crusher intentó encontrar lo más adecuado para decir, llamando en su ayuda toda la destreza de su reputado genio intelectual.

—Duhhhh... —fue el único sonido que consiguió proferir, mientras Bobbi lo contemplaba con candidez.

—Es una antigua bebida de la Tierra —se apresuró a decir Jaan—. Lo encontré en unos viejos archivos del sintetizador de comida. Naranja Crush. Crush. Crusher. ¿Captas?

—Ah —dijo Bobbi, y parpadeó—. La verdad es que no tiene gracia.

—Bueno, no se supone que deba hacerla —respondió Jaan con la simpática arrogancia con la que sólo su raza era capaz de salir airosa. Los elfos podían decir prácticamente cualquier cosa, y tenían tan buen aspecto haciéndolo que se los perdonaba casi de inmediato, por muy socarrones o despóticos que pareciesen.

De todas formas, Wesley le dio un sutil codazo en las costillas.

—No es más que un apodo estúpido —dijo Wesley.

—Ah. Vale.

Satisfecha su curiosidad, Bobbi se alejó.

Jaan sacudió la cabeza.

—¿Puedes recoger tu baba del suelo?

—Oh, por favor, no he estado tan mal. Dime que no he estado tan mal.

—¿Qué le encuentras? —preguntó Jaan, perplejo—. Es agradable de mirar, pero por nada del mundo está a la altura de...

—¡Estoy tan harto de eso! —dijo Wesley con una irritación inesperada, incluso impropia de

él. Echó a andar pasillo abajo, y ahora fue Jaan, para gran sorpresa suya, quien tuvo que apresurarse para mantener el paso—. ¡Estoy tan harto de que todo el mundo piense en mí como si fuera una especie de... de genio!

—Pero bueno, en el nombre de Kolker, ¿por qué iba a pensar nadie eso?

Wesley le echó una mirada de soslayo.

—Fantástico. Ahora estás hablando con sarcasmo.

—Bueno, ¿y qué esperabas? Vas por ahí montando aparatos que dejaron a dos jefes de ingenieros hechos un mar de lágrimas porque apenas podían entender cómo funcionaban. Todo el mundo supone que Picard puso a Geordi a cargo de ingeniería porque al menos él no puede ver el último milagro Crusher.

Y Wesley se volvió contra él con sorprendente vehemencia, señalándolo con un dedo.

—No se te ocurra jamás decir nada semejante sobre Geordi. Cuando yo esté presente, ni siquiera cuando no lo esté.

—Lo siento, ¿de acuerdo? —se apresuró a decir Jaan—. No ha sido más que un chiste malo. Olvida que lo he dicho.

Volviéron a ponerse en camino, avanzando en dirección a la sala *Diez-Cuatro*, una de las más frecuentadas por la tripulación de la *Enterprise*. Jaan podía tomarlo o dejarlo, pero Wesley se sentía más parte de la verdadera tripulación de la nave estelar siempre que estaba allí.

—¿Sabes cómo me llaman? —estaba murmurando Wesley—. Lo oigo decir a mis espaldas. Me llaman *El Trust Cerebral*.

—Eso no es exactamente un insulto.

Wesley se volvió y se detuvo en seco, mirando a su amigo.

—Yo siento como si eso estableciera una distancia entre mi persona y todos los demás —dijo—. Yo no puedo evitar las cosas que hago. Deanna Troi percibe emociones, y nadie piensa que eso sea una cosa del otro mundo. Los vulcanianos pueden dejar a la gente inconsciente con sólo tocarles los hombros, y les parece algo corriente. Ésas son sus capacidades, sus habilidades. En mi caso, monto algunas cosas que me andan por la cabeza, y soy Wesley Crusher, *El Trust Cerebral*. La gente está comenzando a tratarme casi con tanta distancia como al capitán Picard.

—¿Eso es un agravio para ti, o un cumplido? —preguntó Jaan.

Wesley lo miró fijamente y se dio cuenta de que la pregunta era muy válida.

—¿Sabes?... no estoy seguro.

—Puede tomarse de la forma que quieras —añadió Jaan con tranquilidad—. Por si te sirve de algo, Naranja, da la casualidad de que yo pienso que puedes hacer absolutamente cualquier cosa.

—Sin duda sabes cómo hacer enojar a una persona —comentó Wesley sin acalorarse.

Y en ese momento, el sonido de la sirena de alerta amarilla resonó por toda la nave. La cabeza de Wesley giró sobresaltada, y oyeron la voz de Picard por el intercomunicador. Había una indiferencia controlada tal en ésta, que uno habría pensado que estaba anunciando el tiempo atmosférico.

—Atención a todo el personal —estaba diciendo Picard—. Nos hemos encontrado con una nave posiblemente hostil. En este momento estamos intentando razonar con los tripulantes. No obstante, desearíamos que los no combatientes se recluyeran en sus habitaciones, por si se hiciera necesaria la separación.

Se trataba de una maniobra que le había resultado útil . a la *Enterprise* en varias ocasiones anteriores. Siempre que amenazaba el peligro, el platillo se separaba de la sección de popa.

Esto le permitía a la más rápida sección de popa, auxiliada por las barquillas hiperespaciales, enfrentarse con cualquier oponente con el que tropezaran mientras el platillo cargado de familias se alejaba del área peligrosa, aunque a velocidad sublumínica.

—¡Vamos! —dijo Jaan con urgencia, tirando del codo de Wesley.

—Tú ve delante. Yo voy a subir al puente.

—¡Naranja! ¡Por el amor de...!

—¡Soy alférez provisional! Mi lugar está allí. Además, no voy a perderme la oportunidad de ver al capitán Picard en acción en medio de una emergencia. —Entró a toda prisa en el turboascensor más cercano y ladró—: ¡Puente!

Jaan se quedó de pie en el corredor, impotente, y dijo:

—Pero, Naranja, ¿qué hay de...?

—¡Ya has oído al capitán! ¡Muévete! —le gritó Wesley, y la puerta del turboascensor se cerró con un silbido.

Jaan suspiró, dio media vuelta... y se dobló en dos. Mientras otros pasaban corriendo junto a él, se aferró el estómago al dejarlo sin aliento los calambres. En medio del dolor, se enderezó y recostó contra la pared.

—Ahora no —murmuró—. Ahora no...

—¡Ahora no, Crusher!

Picard no apartaba los ojos de la pantalla principal mientras Wesley decía:

—¡Mi lugar está aquí, señor!

—Crusher, por admirable que sea la labor que usted ha hecho hasta ahora, si vamos a entrar en una situación de combate, prefiero a alguien más experimentado en el puesto de navegación.

—Por favor, capitán. El lugar de un oficial de la Flota Estelar está donde pueda servir de más ayuda.

—¿Quién le ha dicho eso? —preguntó Picard.

—Usted.

Picard frunció el ceño y se volvió a mirar a Wesley por primera vez.

—¿Yo se lo dije?

—Sí, señor.

Wesley le sostuvo la mirada. Sabía condenadamente bien que Picard nunca había dicho nada semejante. Pero sonaba como algo que él diría. Sin embargo, si Picard le acuciaba para que le diera más detalles, no había forma de que Wesley fabricara más inventos.

—Marks —ordenó Picard—. Entréguele el puesto de navegación a Crusher.

Wesley abrió la boca y volvió a cerrarla. Giró prestamente, antes de que Picard tuviera oportunidad de cambiar de parecer, y se encaminó hacia el puesto de navegación. Marks, alto y desgarbado, apenas tuvo tiempo de levantarse antes de que Wesley ocupara su lugar. Y Wesley oyó que Marks mascullaba con voz susurrante:

—*Trust Cerebral.*

—Crusher —le llegó desde detrás la severa voz del capitán.

«Lo sabe», pensó Wesley con alarma, y consiguió decir:

—¿Sí, capitán?

—La próxima vez que se presente en el puente, ¿puedo sugerirle que no lo haga como si acabara de llegar del área de juegos?

Wesley se miró y profirió un suave gemido. Sus ropas estaban aún sucias y arrugadas a causa de los juegos de supervivencia del simulador. Sin duda tenía también el rostro cubierto de suciedad. Había olvidado completamente su aspecto en la prisa de los acontecimientos.

Estaba a punto de presentar una disculpa, pero Picard no esperaba que se la diera. Además, ya no tuvo la oportunidad cuando una voz rasposa, una serie de gruñidos apenas traducibles, sonó por el canal de comunicaciones.

—Ésta es la nave kreeel *Zonobor* —dijo la voz—. ¿Dónde está el cobarde besa suelos de su comandante?

Picard no mordió la carnada.

—Aquí el capitán Picard —repuso en un tono cuidadosamente neutral—. ¿Quieren hablar de algún asunto con nosotros?

La nave kreeel estaba suspendida allí, en el espacio, dentro del radio de alcance de los rayos fásicos, como si la *Enterprise* no representara ningún peligro en absoluto.

—Sí, de un asunto —contestó la voz—. Van a rendir su nave... a nosotros.

Worf habló desde detrás de Picard.

—Permiso para borrarlos del espacio, señor.

Picard se volvió y frunció el entrecejo. Incluso para provenir de Worf, aquello era extremadamente agresivo.

—¿Hay algún problema, señor Worf?

—No puede razonarse con los kreeel —respondió el klingon—, ni negociar con ellos, ni siquiera tratarlos como a una raza civilizada. El intento de hacerlo es, en mi opinión, un desperdicio del tiempo y las capacidades de esta nave.

—En mi opinión, no lo es. —El capitán se volvió a mirar a Deanna Troi. La consejera se encontraba sentada a su izquierda, erguida y tensa como una cuerda de piano—. Consejera, ¿qué impresiones está captando?

Troi comenzó a hablar, luego se detuvo y pareció echar marcha atrás.

—Nada que usted no haya adivinado ya, capitán.

A Picard le pareció que había algo que no estaba diciéndole, pero optó por no interrogarla al respecto. La siguiente pregunta, que por lo general le correspondería responder al jefe de seguridad, fue deliberadamente dirigida a otra persona.

—Data —dijo con lentitud—, ¿está usted enterado de algún tipo de tecnología kreeel que represente una amenaza para esta nave?

Ante el puesto de observación al lado de Wesley, el androide de piel blanca comenzó de inmediato a procesar la solicitud de información de su capitán. Durante apenas una fracción de segundo, sus ojos parecieron volverse de verdad hacia dentro, como si sus nervios ópticos estuvieran de alguna forma sondeando los recursos de su propio cerebro. Ladeó ligeramente la cabeza, como un perro que escuchara un silbato inaudible.

—En este momento —respondió Data con tal rapidez que la pausa entre pregunta y respuesta fue indetectable—, los kreeel continúan siendo una de las razas más primitivas en términos de tecnología. Tienen capacidad de viaje intergaláctico, pero hasta la fecha han fallado todos sus experimentos de transporte de materia, por lo general, de una forma más bien horripilante. Sus armas de mano son simples disruptores, y el armamento de sus naves está constituido básicamente por vibraciones lumínicas que no representan amenaza alguna para nuestros escudos.

—Lo que yo pensaba —dijo Picard.

—Su desarrollo armamentístico —continuó Data, y por el tono de su voz se hizo evidente que estaba a punto de embarcarse en un excursión gigantesco—, se remonta a...

—Eso será más que suficiente, Data. —Picard cerró los ojos durante un momento. Era el riesgo que uno corría al pedirle información a Data en lugar de a una computadora. Era un viejo hábito que Picard conservaba, pues prefería escuchar los hechos de boca de un ser parlante que de la incorpórea voz de una computadora. Sin embargo, a veces parecía ser un problema mayor de lo que merecía la pena. El capitán se volvió hacia la pantalla principal —. Picard a la nave kreeel.

La irritada voz le ladró, a modo de respuesta:

—Han tardado un condenado rato en volver a comunicarse con nosotros.

—Sí, bueno... estaba comentando el ultimátum de ustedes con la tripulación de mi puente. Me temo que el rendirnos está, en este momento, completamente fuera de discusión.

—¡Qué inconveniente! Ya había oído decir que eran todos unos cobardes... eso explica por qué los cobardes klingon se han aliado con ustedes.

Picard sintió que los ojos de Worf le taladraban la nuca. Hizo caso omiso de ello.

—No creo que ése sea el caso —replicó Picard.

—¡Si no se rinden ustedes, nos veremos obligados a destruirlos!

Al oír esto, Geordi rozó con los dedos la parte superior del panel de actividad de su puesto.

Los indicadores se encendieron ante él, mostrándole, entre otras cosas, a la *Enterprise* con la señal de los escudos levantados a su alrededor. Se dio cuenta de que Worf estaba comprobando lo mismo.

—Haced vuestro mejor disparo, cabrones —murmuró Geordi LaForge.

—Escudos levantados —anunció Worf.

—Picard a la *Zonobor* —dijo Picard con su voz más seria—. No rendiremos la nave. Ésa es nuestra última palabra. Sin embargo, si tienen alguna emergencia para la cual necesiten ayuda...

A Picard no se le permitió acabar la frase, pues la *Zonobor* abrió fuego.

El informe de Worf fue una mezcla de seria reacción profesional y asombro ante la arrogancia de los k reel.

—Están disparando contra nosotros, s... —Y luego, si la voz de Worf hubiera sido capaz de subir una octava, lo habría hecho—. ¡Capitán! ¡Las lecturas de energía se salen de las escalas! Es...

El disparo de la nave k reel atravesó los escudos frontales como si sencillamente no estuvieran.

El impacto se hizo sentir por toda la nave, como si acabara de abrirse una gigantesca fisura en el espacio y la *Enterprise* hubiese caído dentro de ella. Wesley, aferrado a un flanco del asiento de navegación, imaginó oír los alaridos de los civiles que recorrían la nave.

— ¡Maniobras evasivas! —gritó Picard a través del estruendo.

Wesley se quedó petrificado. No sabía qué hacer. Se encontraba en el puesto de navegación, era responsabilidad suya; pero estaban bajo el fuego de una nave que disponía de una energía de disparo desconocida por la ingeniería presente. De inmediato su mente comenzó a imaginar campos energéticos, intentando adivinar cómo demonios era posible atacar a la *Enterprise* con una cantidad tan enorme de energía...

Y Picard, que no estaba acostumbrado a repetir las órdenes, dijo:

— ¡Pase a alerta roja! ¡Navegación, maniobras evasivas! Marks, hágase cargo de...

Eso captó la atención de Wesley.

— ¡Maniobras evasivas, señor! —se apresuró a responder en voz alta, y ejecutó la orden.

Grácilmente, la *Enterprise* describió un ángulo cerrado hacia popa.

La nave k reel, como un furioso perro callejero testarudo, la siguió y volvió a abrir fuego.

Esta vez la asombrosa arma rasgó el escudo de estribor y lo eliminó.

En el Terminal de ingeniería, Geordi no sabía hacia dónde mirar primero. Sintió el fugaz deseo de que su visor tuviera un interruptor de encendido y apagado.

— ¡Deflectores frontal y de estribor desactivados! ¡Circuitos sobrecargados!

— ¡Compense! —le espetó Picard.

— Estoy trabajando en ello, señor.

Deanna Troi se sintió impulsada a decir:

— El pánico ha hecho presencia en toda la nave, capitán. Puedo percibirlo.

— También yo —dijo Picard.

— ¿Separación? —preguntó Riker.

— No hay tiempo, número uno. Además, difícilmente los k reel tendrían la deferencia de dejarlos marchar —contestó pesimista el capitán.

Y a modo de respuesta, la voz del comandante de la nave k reel gruñó por la línea de comunicación.

— Podríamos haberlos destruido hace un instante, *Enterprise*. Si intentan disparar contra nosotros, los destruiremos. Si vuelven a intentar escapar, los destruiremos. No tienen otra

opción que la de rendirse.

—¡Antes la muerte!

El grito no provino de Picard, sino de Worf.

Con absoluto asombro, Picard miró a Worf. Estaba claro que el fornido klingon echaba chispas, furioso como nunca le hubiera conocido Picard.

Con la voz cargada de inquietud y alarma, Picard dijo:

—Worf... guarde... silencio.

Pero el daño ya estaba hecho.

—¿Es un klingon lo que huelo a través del espacio? —les llegó la voz socarrona.

Picard no necesitaba decir nada más. Worf había recobrado el control de sí mismo, y realizaba un visible esfuerzo por mantener la boca bien cerrada.

—¡Qué maravilloso! Además de su nave, capitán, queremos al klingon. Para jugar.

Worf apretó los puños, los nudillos flexionándose bajo la piel, como si imaginara el cuello de un kreen entre sus dedos.

Picard comprendió ahora la breve vacilación anterior de Deanna Troi, cuando él le preguntó qué impresiones captaba. Había estado a punto de informar de una hostilidad abrumadora, no sólo por parte de los kreen, sino también de Worf. El volver la vista sobre los acontecimientos inmediatamente pasados, sin embargo, no iba a servir para nada.

—De acuerdo —dijo Picard—. Ustedes ganan. Pueden quedarse con la nave.

La tripulación del puente, como un solo hombre, se volvió a mirar a Picard. Picard tuvo la clara impresión de que, de haberse hallado al mando de una nave klingon de las épocas más salvajes del imperio, habría sido incinerado más o menos en este momento por su propia gente.

—Excelente —declaró la voz—. Transpórtense el klingon y usted hasta aquí para que tengamos una garantía. Luego transporten a nuestro grupo de abordaje hasta allí... y nada de trucos con el transportador, o son hombres muertos.

—Estaremos allí dentro de un momento, corto.

Se alejó del asiento de mando, encaminándose en dirección a la puerta de la sección de popa del puente, que conducía a la sala de reuniones.

—¿Reunión, señor? —inquirió Riker.

—Al diablo con eso —le espetó Picard—. ¿De qué sugeriría que tratáramos, número uno? ¿Del paisaje?

Y ahora, Picard avanzó hacia donde se dirigía desde el principio, la terminal científica que se encontraba justo a la derecha de la puerta.

—Señor LaForge, le necesito.

Obedientemente, Geordi fue a colocarse junto a su capitán. Riker, que aún no comprendía del todo qué estaba sucediendo, intentó establecer algún tipo de dominio sobre la situación.

—Capitán, no puedo permitir que usted se ponga en sus manos.

—Nadie va a ponerse en las manos de nadie, número uno. LaForge, ponga en pantalla un esquema del diseño normal de una nave kreen.

Así lo hizo Geordi, y un contorno parpadeante de la *Zonobor* apareció en el monitor.

—Ahora —dijo Picard—, imagen y análisis completo de nuestro oponente. Compare y contraste.

Una imagen detallada de la verdadera *Zonobor* apareció junto al esquema inicial. Y había algo más. En la parte de abajo de la nave real se veía iluminada, en amarillo, una imagen muy pequeña. Por su forma y diseño, sólo podía tratarse de algún tipo de arma.

—Bueno, bueno, bueno —dijo Riker—. Accesorios.

—Ése debe ser el motivo por el que no tienen levantados los escudos —exclamó Geordi—. Toda la energía va a parar al arma. Si se la quitamos, eso debería desactivar el arma.

—Transmita las coordenadas a la sala de transportes de bodega —ordenó Picard. Ladeó levemente la cabeza—. Puentes a sala de transportador D.

—Aquí sala de transportador —fue la respuesta algo sorprendida que le llegó. La D era la más grande plataforma de transportador de la nave, y sólo se utilizaba cuando había que subir a bordo cargamentos muy grandes. Este momento, en estado de alerta roja, no parecía el adecuado para que se produjeran movimientos de carga semejantes.

—El señor LaForge está enviándole unas coordenadas. Prepárese para activar el transportador cuando dé la orden.

—Sí, señor. ¿Qué vamos a traer a bordo?

—Todos nos sorprenderemos, sala del transportador. Corto. —Luego hizo una pausa, saboreando el momento—. Picard a nave kreeel.

—Para alguien que corre tanto peligro como ustedes, difícilmente podría decirse que se encuentran en posición de demorarse tanto —fue la respuesta irritada que obtuvo.

—Estábamos preparándonos para activar el transportador —dijo Picard—. Sala de transportador, preparada... y... active.

Durante cinco segundos no hubo nada más que silencio.

—Han levantado los escudos —dijo Worf—, aunque demasiado tarde.

Entonces, un aullido de indignación resonó por el puente.

—¿Qué han hecho?

—Lo mismo que haríamos con cualquier niño beligerante —replicó Picard con una gran dosis de satisfacción—. Les hemos quitado el juguete.

— ¡Devuélvannoslo! ¡Es nuestro!

—Y la *Enterprise* es nuestra, pero ustedes no parecían muy dispuestos a reconocer la propiedad ajena. Ahora, o nos cuentan qué es todo esto, o nos veremos obligados a disparar contra ustedes. Yo preferiría no hacerlo, aunque por otra parte puede que tenga interés en ver cómo sus escudos resisten nuestros rayos fásicos.

— ¡No se atreverían!

—Oh, sí que nos atreveríamos —respondió Picard—. Y una vez que los hayamos incapacitado, los traeremos a todos a bordo de esta nave hasta que hayamos aclarado todo el asunto.

Y la voz, repentinamente histérica, dijo:

—No pueden. Hay un klingon a bordo de esa nave. Al menos uno. Podría haber más.

Sin volverse a mirar a Worf, Picard contestó:

—Tiene razón.

— ¡Antes la muerte!

La cabeza de Picard giró de forma brusca, pensando por acto reflejo que era Worf quien había hablado una vez más. Luego se dio cuenta de que, de hecho, era la furiosa voz del comandante kreeel cuyo nombre desconocía.

— ¡Espere! —gritó Picard—. ¡Sala de transportador! ¡Fijación sobre...!

Demasiado tarde.

La detonación de la nave fue inquietantemente silenciosa al estallar ésta en todas direcciones. La orden de Picard murió en su garganta mientras los kreeel morían en el espacio, y él sintió que una oleada de furia lo recorría.

—Inútil —exclamó—. Completa... completamente inútil. —Dio media vuelta sin aguardar para ver apagarse el último fragmento de la nave kreeel, convertida en nada. Cuando la

explosión rasgó la nave se había producido una breve bola de fuego, pero el vacío del espacio la extinguió con gran eficiencia—. Riker, quiero que se lleve a LaForge y a Data con usted a la sala del transportador de la bodega, y vea qué es exactamente lo que hemos pescado. Worf, venga conmigo.

Giró hacia la sala de reuniones, situada justo al lado de la sección delantera del puente. Deanna Troi se puso de pie y se detuvo lo justo en su camino como para no impedirle el paso pero, al mismo tiempo, convirtiéndolo en una imposibilidad que no se le hiciera caso.

—¿Sí, consejera? —preguntó él con apenas un leve rastro de fastidio.

—Capitán, si puedo...

—Consejera, estoy al mando de la situación. Tenga la amabilidad de dejarme hacer mi trabajo.

Troi se mordió la lengua para no contestar, y sólo dijo:

—Nada más lejos de mi voluntad que interferir.

—Gracias.

Entró en la sala de reuniones, y Worf lo siguió en silencio. Riker, por su parte, se encaminó hacia el turboascensor de popa con Geordi y Data que lo seguían a un paso de distancia.

La puerta se cerró tras ellos. Wesley los miró marchar, y luego se hundió en su asiento de navegación, cerró los ojos y profirió un suspiro.

De detrás le llegó el exótico acento de Deanna.

—No se preocupe, Wesley. Su vacilación no fue más que momentánea... y comprensible.

Él no tuvo el ánimo suficiente ni para mirarla.

—Pero usted se dio cuenta de que había vacilado, ¿verdad? Fue evidente ¿no?

—Sí.

—Todos... —Wesley se llenó los pulmones de aire y se obligó a mirar al frente, hacia el campo de estrellas que flotaba ante ellos—. Todos esperan demasiado... condenadamente demasiado de mí. Como le estaba diciendo antes a Jaan. Me ponen a demasiada altura, por encima de todos los demás.

Deanna se agachó hasta que sus ojos quedaron al nivel de los del muchacho.

—Y cuando uno está tan arriba, la altura de la caída es mucho mayor, ¿verdad?

—Sí.

—Hummm. Usted no puede cambiar quién ni qué es, Wesley. Lo único que puede hacer es vivir con ello. Y yo haré todo lo que pueda para conseguir que lo logre. —Hizo una pausa

—. La marcha de su madre ha sido muy difícil para usted, ¿no?

Wesley puso los ojos en blanco.

—Fantástico. Un tipo se siente mal consigo mismo y lo primero que a usted se le ocurre decir es que echa de menos a su mamá.

—No es eso lo que yo estaba diciendo, Wesley.

—Olvídelo, ¿vale? Aprecio de verdad su ayuda, Deanna, pero yo puedo solucionarlo todo perfectamente bien. —Se puso a comprobar con diligencia los rumbos—. Perfectamente bien —repitió, y Deanna supo que en ese punto no habría forma de comunicarse con él.

Deanna suspiró. Tenía el don que le permitía alcanzar las emociones de los demás, que la penetraban. Pero cuando llegaba el momento de reaccionar hacia la fuente de esas emociones, a menudo era como llevar una venda en los ojos y tener las manos atadas a la espalda. Podía ver con mayor claridad que cualquiera pero era, en rigor y por su naturaleza, muda.

Cuando le decía al capitán, en una situación difícil, que percibía dolor, Picard asentía con la cabeza y actuaba como si eso le dijese algo. ¿Pero cómo podía transmitirle, a él o a

cualquier otro, lo que estaba sintiendo en realidad? Pensamientos, emociones y sensaciones bramaban dentro de ella, pero sólo disponía de palabras torpes e ineficientes para expresarlos.

Quién era ella, pensó con amargura, como para aconsejar a Wesley en contra de su sensación de incapacidad. Ella era el más grande fracaso de la nave, con su inválida capacidad unilateral y su vano trabajo.

Y luego miró al alicaído Wesley, e hizo una bola con su autocompasión y las dudas sobre sí misma y la echó a rodar hacia la oscura y raramente visitada región de su mente donde esperaba no volver a verla nunca más; y esperaba aún con más fuerza que no saliera de ahí. «¿Quién —se preguntó—, aconseja a la consejera?»

—¿Quiere hacer el favor de decirme qué demonios ha sido todo eso? — espetó Picard. Apenas había esperado a que la puerta de la sala de reuniones se cerrara antes de volverse contra su jefe de seguridad. Worf permanecía de pie, estoico, con los brazos cruzados a la espalda.

—Le pido disculpas si mi conducta ha sido inapropiada, capitán.

—¿Sí? ¿Sí? Es una forma indulgente de expresarlo, Worf. —Picard estaba sacudiendo la cabeza con gesto de incredulidad—. Resulta incomprensible. Ya sé que los klingon y los kreeel nunca se han llevado bien, pero esto sobrepasa cualquier cosa que yo hubiera imaginado.

—¿Tengo permiso para hablar con libertad, señor? —preguntó Worf.

—Permiso denegado.

Worf parpadeó un poco pero no dijo nada.

Picard se paseó por la sala, finalmente se sentó y se puso a manosear un pequeño *souvenir* como para concentrar sus pensamientos.

—Sé que hay ciertos imperativos klingon que forman parte de su configuración emocional, Worf..., pero éstos nunca han interferido en su capacidad para cumplir con las responsabilidades que tiene, ni con su lealtad hacia la Federación.

—Siempre he sentido un gran orgullo por eso —respondió Worf, rígido.

—Como debe ser. Por supuesto, usted tuvo la ventaja de ser criado por seres humanos, aunque —agregó, anticipándose a lo que Worf estaba pensando—, imagino que la mayoría de los klingon considerarían eso como un inconveniente.

—Yo no iba a decir eso.

—Pero lo ha pensado.

—Por supuesto.

El soslayar los problemas, decididamente, no era uno de los defectos de Worf. Picard se sintió casi tentado de sonreír, hasta que recordó la nave kreeel destruida.

—En cualquier caso, ¿qué sucede entre los klingon y los kreeel?

—Tengo permiso para...

—Sí, sí, concedido.

—Los kreeel siempre han roído los huesos de las conquistas klingon, como lo hacen los chacales después de que el león se ha comido su presa. Los klingon son guerreros. Los kreeel son salvajes, siempre tras los despojos klingon, envidiosos, conspiradores, completamente repulsivos en actitud y apariencia.

Picard se sentía impresionado. Era el más largo discurso que jamás le había oído a Worf. Estaba claro que se trataba de un tema respecto al cual tenía hondos sentimientos, algo que le había sido inculcado en una época muy temprana de su vida y con gran esmero. La

existencia de los kreeel era un hecho aborrecible para los klingon, tanto como el incesto o el canibalismo lo eran para los humanos.

Sin embargo...

—Todas las cosas, teniente, tienen sus aspectos positivos... si uno se toma el tiempo necesario para mirar dónde están.

—En lo tocante a los kreeel, señor, prefiero mirar desde lejos —dijo Worf.

—Tomo debida nota. Pero, Worf... ése es un defecto en su carácter... tanto si es herencia cultural como si no, es un defecto. Le sugiero que haga todo lo necesario para corregirlo.

—Sí, señor.

—Y si alguna vez vuelve a gritar cuando no le corresponda de la forma en que lo hizo en el puente, lo expulsaré de la tripulación del puente. ¿Queda claro?

—Como el cristal, señor.

Picard hizo un gesto hacia la puerta, oyó el silbido al salir Worf. Bajó la mirada, intentando comprender qué había sucedido. Le llevó varios segundos darse cuenta de que la puerta no había vuelto a cerrarse. Alzó los ojos y, a pesar de que Worf se había marchado, otra silueta se encontraba de pie en la entrada.

—¿Sí, Crusher?

—Capitán, yo... yo quiero disculparme.

—¿Disculparse?

—Sí, señor. Antes ordenó usted maniobras evasivas y yo me quedé inmóvil. —Wesley avanzó un paso, inseguro—. Quería reconocer mi error y hacerle saber que me esforzaré para mejorar.

Picard hizo un ademán para quitarle importancia al tema.

—No es culpa suya, Crusher.

—¿No lo es?

—No. Las simulaciones y las maniobras son una cosa, pero arrojar a un adolescente, inmaduro... por muchas habilidades que tenga... a una situación de vida o muerte, fue inapropiado por mi parte. Lo tendré en cuenta para la próxima vez.

Wesley no se sintió precisamente tranquilizado por esto.

—Señor, yo, de verdad...

—Eso es todo, Crusher.

Wesley dudó. Había tantas cosas que quería decir... pero no conseguía decirlas. Necesitaba con desesperación que Picard lo entendiera, no que se mostrara condescendiente. Aunque, en realidad, qué más podía esperar él, Wesley, considerando la forma en que había actuado. Sin embargo, no podía dejarlo pasar.

—Capitán, yo...

En ese momento, la insignia-comunicador de Picard emitió un sonido. Picard la pulsó para responder a la llamada.

—Capitán. —La voz de Riker se filtró a través del dispositivo—. Creo que será mejor que baje usted a la sala del transportador de la bodega. No va a creer esto.

—Voy hacia allí, número uno. —Se puso de pie y alzó una ceja mirando a Wesley—.

¿Algo más, Crusher?

—No, señor.

—Bien. La próxima vez que le escriba a su madre, por favor, hágale llegar mis saludos.

—Lo haré, señor.

Wesley se apartó a un lado mientras Picard pasaba ante él y salía al puente, diciéndole en voz alta a Worf que ahora quedaba él al mando.

Wes se quedó allí, de pie, durante un largo momento, contemplando el interior de la sala de reuniones del capitán. Luego dio media vuelta y se encontró con que Deanna estaba detrás de él.

—Ni una palabra, ¿de acuerdo? Ni... una sola palabra —dijo el muchacho, alzando un dedo. Regresó al puente y lo recorrió con los ojos.

—Eh, Marks... ¿quiere que le devuelva el puesto de navegación? Es todo suyo.

Marks, que se hallaba de pie ante el terminal científico Dos, miró con una ligera sorpresa a Wesley.

—¿Está seguro? Por lo general hace falta una palanca o una detonación para sacarle del puente.

—Bueno, ya sabe cómo somos los genios. Erráticos como nadie —contestó Wesley con una amargura que no pudo siquiera intentar disimular. Luego se volvió y salió del puente.

Deanna lo observó marcharse y tomó nota mental de hablar con el capitán, largo y tendido, sobre el alférez provisional Wesley Crusher.

### 3

Taka Nagai, jefa del departamento de asuntos internos de la Federación, sentía un cierto grado de expectación. Sentada en su despacho, tamborileando con los dedos sobre la mesa, miraba al frente con resolución y redactaba exactamente lo que diría cuando esa persona de lo más respetada atravesara la puerta.

El intercomunicador emitió un suave zumbido y ella lo pulsó.

—¿Sí?

Por el intercomunicador, la recepcionista anunció, con voz enérgica:

—El embajador ha llegado.

—Hágalo pasar.

Nagai se puso en pie, por respeto. No era particularmente alta y comenzaban a notársele los años, pero de todas formas proyectaba un aura de poder de forma casi inconsciente.

La puerta se deslizó hasta abrirse y dos fornidos klingon, «escoltas de honor», un alegre eufemismo que substituía al término «guardaesaldas», entraron en el despacho y lo recorrieron cuidadosamente con los ojos. A pesar del hecho de encontrarse en el entorno, lujoso, de una de las más importantes personas de la Federación, no daban nada por sentado.

Luego se apartaron a un lado y entró el embajador.

Taka Nagai se sorprendió por un momento. Había visto una imagen suya, pero no la habían preparado para la experiencia «en persona».

—Honorable Kobry —dijo, inclinándose apenas a la altura de la cintura.

Kobry parecía un anciano. La esperanza de vida de los klingon era uno de los grandes enigmas de la ciencia médica dado que, hasta hacía pocos años, pocos klingon habían tenido la oportunidad de morir tranquilamente en sus lechos. Así que nadie estaba seguro de qué era «viejo» para un klingon. Pero fuera lo que fuere, Kobry lo era.

También era el klingon de estatura más baja que Taka hubiera visto en su vida, puesto que a ella le llegaba apenas hasta la cintura. Sus cabellos, indicativos de su edad, eran largos y ondulados pero bastante descoloridos. Su piel tenía un aspecto relativamente normal, y unos ojos bastante claros.

Lo más extraño de él era que estaba... sonriendo.

Taka Nagai, en todos los años que llevaba tratando con los klingon, nunca había visto sonreír a uno. Bueno, Kobry no estaba sonriendo precisamente de oreja a oreja. Era una sonrisa pequeña, que iluminaba sus labios como si él fuera consciente de todo lo que a ella estaba pasándole por la cabeza.

Le devolvió la reverencia.

—Honorable Nagai —dijo y, cosa que a esas alturas no resultaba sorprendente, su voz era bastante suave, casi musical—. Es un placer conocerla.

—Lo mismo digo, embajador.

Nagai volvió a sentarse y entonces se dio cuenta, para su horror, de que había olvidado ajustar las sillas a la estatura de él. Pero el klingon, que subió de un salto al asiento que se encontraba delante de ella, no pareció preocuparse en lo más mínimo porque sus pies no llegaran al suelo.

Pasaron un momento en silencio, midiéndose el uno al otro. Luego, Kobry habló.

—Está enterada de que tenemos dificultades.

—Perfectamente enterada.

Ella ni siquiera tuvo que consultar los informes que relumbraban para su inspección en la pantalla del ordenador cercano.

—La situación es incendiaria —dijo Kobry—. Nos encontramos ante algo que podría llevar a una guerra entre los klingon y los kreeel.

Cuando pronunció el último nombre, uno de los guardias klingon escupió. Kobry le lanzó una mirada y dijo:

—No vuelva a hacer eso. Es descortés.

—Es una tradición —tronó el klingon.

—No... aquí —replicó Kobry en un tono que indicaba que no estaba bromeando. El klingon más alto guardó silencio, y Kobry se volvió nuevamente hacia Taka Nagai.

—Si esto es llevado ante el Consejo de la Federación —prosiguió Kobry—, a un foro abierto, los ánimos se inflamarán y tendremos una guerra. Yo preferiría que eso no ocurriese. Y estoy seguro de que ustedes son de mi opinión.

—La Federación prefiere las actitudes moderadas siempre que sea posible. Deben evitarse la guerra y la violencia, puesto que por lo general no consiguen nada —dijo Nagai.

—No obstante —respondió Kobry—, los klingons han tardado siglos en aprender esto y, de hecho —les echó una mirada a sus guardias—, mucha gente está todavía un poco irritada, por decirlo de alguna forma. Dentro del imperio existen facciones a las que no les importaría en lo más mínimo que estallara la guerra; y considerando la provocación de que hemos sido objeto, resultaría comprensible. Se ha derramado sangre klingon.

—Cierto. Pero también se ha derramado, según tengo entendido por los informes sobre las escaramuzas, sangre kreeel. Éste es el peligro de la guerra... que ambas partes intentan acabar con las hostilidades mediante la fuerza y, en lugar de conseguirlo, sólo logran agravarlas.

Kobry asintió.

—Es verdad. Pero el pedirle al imperio klingon que haga tratos con los kreeel..., eso es algo que no sentará bien en muchos sectores.

—Los kreeel han recurrido a nosotros para que intercedamos.

Kobry no hizo ningún esfuerzo por ocultar su sorpresa ante esto.

—¿De verdad? —preguntó por fin.

—La desgracia acaecida hace un mes en DQN 1196 ha ido a más. Los kreeel desean ponerle fin antes de que acabe en una guerra a gran escala.

—Pero los kreeel no son miembros de la Federación.

—No, pero la Federación está deseosa de evitar la guerra, razón por la que nos sentiremos encantados de actuar como mediadores.

—Eso está muy bien —dijo Kobry. Se inclinó hacia delante—. Es una suerte que haya mencionado DQN 1196. Resulta que ese planeta está dentro del territorio klingon.

—Los kreeel dicen que está dentro del suyo.

—Sí, ya lo sé. —Kobry sonrió con tristeza—. Absurdo, ¿no cree? Estrellas y planetas que han estado allí mientras nosotros aún estábamos saliendo del barro primordial y que continuarán estando mucho después de que los «gloriosos», Federación e Imperio, hayan desaparecido de la historia del universo; y nosotros tenemos la temeridad de discutir sobre a quién les «pertenece». De todas formas, el emperador se muestra muy firme en ese punto.

—Lo mismo sucede con los kreeel. Y puesto que en la actualidad tienen el control del armamento del planeta, eso hace que resulte difícil hacer tratos con ellos.

—Muy cierto. —Kobry hizo una pausa, adoptando un aire pensativo—. Tal vez lo mejor para ambas partes sería que se trasladaran al lugar en disputa. Al fin y al cabo, allí fue

donde empezó todo.

—No sé si los kreeel consentirán en eso —dijo Taka Nagai.

Kobry alzó una ceja.

—Pensaba que habían acudido a ustedes para solicitar que actuaran como mediadores.

—Oh, sí —dijo ella de inmediato. Para ser exactos, con una rapidez excesiva.

—Siendo ése el caso, estoy seguro de que desearán cooperar de todas las formas posibles.

—Por supuesto. Por supuesto. Hablaré con ellos. Y tal vez lo mejor sería que ambas partes fuesen llevadas hasta allí en una nave de la Flota Estelar. Sólo para hacer hincapié en el interés que la Federación tiene en evitar una escalada de las hostilidades.

—Excelente idea —declaró Kobry—. Permítame sugerirle que, sea cual sea la nave que escojan, cuente con una gran cantidad de espacio. Si va a meter a un grupo klingon y otro kreeel en una misma nave, va a necesitar espacio.

—Creo que es una sugerencia muy válida.

Al instante, puso en pantalla la lista y emplazamientos de las diversas naves, fijando su atención de forma particular sobre la clase «Galaxia».

—Aquí tenemos varias posibilidades excelentes —dijo.

—Bien —respondió Kobry—. En ese caso, dejaré los detalles en sus manos.

Nagai se levantó al ponerse en pie Kobry, y permaneció en esa posición hasta después de que hubiera salido. Luego, cuando la puerta de su despacho quedó bien cerrada, envió una llamada al embajador kreeel que se había presentado un día antes en respuesta a los repetidos requerimientos de la Federación.

«Dioses, sí que es repulsivo», pensó ella al aparecer la imagen en la pantalla, aunque se apresuró a hacer a un lado el sentimiento, por lo inapropiado.

—¿Y bien? —dijo el embajador kreeel—. ¿Durante cuánto tiempo más se supone que va a continuar esta tontería?

Utilizando el mismo tono y las mismas frases empleadas con Kobry unos momentos antes, ella dijo:

—Los klingon han acudido a nosotros para que intercedamos.

—Me parece muy sorprendente —gruñó el kreeel—. Los klingon han dicho en el pasado que preferirían acabar sus vidas a temprana edad antes que sentarse a hablar de nuestros agravios.

—Ha quedado en el pasado.

—Escupen siempre que nuestro nombre es mencionado.

—Es algo que me resulta difícil de creer —repuso Nagai, forzando una cara inexpresiva.

—Es obvio que ha hecho falta la amenaza del armamento avanzado para hacerlos cambiar de opinión. Está claro que ahora nos tienen miedo. Siendo ése el caso —dijo con astucia—, ¿por qué tendríamos que molestarnos en hablar con ellos? Que haya guerra.

—Y si la hay —respondió Nagai con tirantez—, la Federación tendrá que prestarle apoyo a sus aliados, es decir, a los klingon. ¿Están ustedes preparados para entrar en guerra con la Federación?

La respuesta fue inmediata:

—Sí.

Se miraron de hito en hito durante un largo momento a través de la pantalla, y luego el kreeel dijo, en tono indiferente:

—Sin embargo... si los klingon quieren reunirse con nosotros, los kreeel podemos demostrar que en la fuerza también hay cordura. Ellos piensan que somos unos salvajes, pero podemos ser... civilizados.

Taka Nagai no creyó eso ni por un segundo, pero estaba dispuesta a aceptar cualquier cosa si eso significaba evitar la guerra interestelar. Y ante el aumento del número de escaramuzas entre los klingon y los kreeel, la Federación tenía que hacer algo ahora mismo. Incluso, pensó renuente, decirle a cada bando que el otro había estado dispuesto a dar el primer paso. La diplomacia era un juego peligroso; pero la guerra también lo era. La única diferencia consistía en que la diplomacia se centraba en la preservación de las vidas, y la guerra en arrebatárselas.

Y así, caminando por una cuerda floja con navajas por red de seguridad, Taka Nagai comenzó a tratar los puntos específicos con el representante de los kreeel...

La sala Diez-Proa o *Diez-Cuatro*<sup>2</sup> como había sido rebautizada, estaba atestada de gente. Solía ser así tras una situación particularmente difícil. Los miembros de la tripulación se reunían allí para echarse al colete vasos de sintehol y describir cómo no se habían sentido preocupados en ningún momento durante cualquier emergencia que acabara de concluir. No había habido problema ninguno, contaban.

Guinan alzó la mirada desde detrás de la barra al entrar Wesley. Él avanzó hacia ella y se obligó a sonreír. Guinan acusó recibo mediante un gesto de la cabeza.

—¿Un refresco? —preguntó sin comprometerse.

Wesley negó con la cabeza.

—Sintehol.

Guinan alzó una ceja.

—No creía que lo tuyo fuera el sintehol, Wes —le dijo—. ¿Está seguro de que quiere eso?

—Se detuvo, con una mano en el aire por encima del dispensador.

Wesley vaciló y profirió un suspiro.

—El refresco soda estará bien.

—Ah-hah.

Como por arte de magia, un refresco apareció delante de él. Cerca de sí oyó que alguien decía:

—¡Por los ferengi! —y otros se unían al brindis.

La sala *Diez-Cuatro* era el único lugar en el que uno podía oír decir algo agradable de los ferengi. Eso se debía a que había sido esa raza de «fenicios espaciales» la que había inventado el sintehol, la bebida que actuaba como el alcohol cuando entraba en el cuerpo, pero cuyos efectos podían ser eliminados a voluntad.

Al principio no era muy conocido el hecho de que existía el sintehol. Uno simplemente estaba bebiendo con un ferengi, en cantidades iguales, vaso por vaso, y lo siguiente de que uno tenía noticia era de encontrarse completamente borracho y estar haciendo tratos comerciales ridículos con un vendedor que, de forma misteriosa, se hallaba sobrio como una piedra. Cuando se corrió la voz, los ferengi se molestaron por el hecho de que su secreto se convirtiera en algo del dominio general. Pero con rapidez, y bastante inesperadamente, descubrieron que ahora había una demanda tal del brebaje que el dinero que pudieran haber perdido al no poder engañar a sus indefensas víctimas, quedaba más que compensado por la venta directa del sintehol.

No obstante, a pesar de la característica de no provocar resaca, el sintehol continuaba siendo considerado como una bebida de adultos. Por este motivo, la abortada solicitud de éste por parte de Wesley fue más que suficiente para despertar el interés de Guinan.

—¿Hay algo que le preocupe? —preguntó.

Wesley miró a Guinan de hito en hito. Nunca había conseguido hacerse una idea del todo clara respecto a ella. Su aspecto era principalmente humano, pero tenía rasgos de otras razas alienígenas que él no podía definir. Sabía que Picard había tenido muchísimo que ver con el hecho de que destinaran a Guinan a la *Enterprise*, pero no estaba seguro del porqué.

—No. Bueno... —y no sabía por qué, pero siempre sentía que tenía que contarle lo que realmente le andaba por la cabeza—. Bueno, sí. Pero la verdad es que no es nada de lo que

<sup>2</sup> El principio de la palabra *forward* (de proa, hacia proa en el caso de las embarcaciones), *for*, se pronuncia igual que *four*, cuatro. (N. de la T.)

tenga ganas de hablar.

—Sientes compasión de ti mismo.

—Sólo estoy un poco deprimido, ¿vale? —dijo Wesley—. ¿Es un crimen? La gente normal llega a deprimirse.

—Ah, no lo sé. —Guinan sonrió—. La gente siempre parece querer alegrar a alguien cuando le ve alicaído. Forma parte de la naturaleza humana.

—Bueno, pues yo desearía que formase parte de la naturaleza humana el saber cuándo alguien quiere que le dejen en paz —replicó Wesley al tiempo que acariciaba su refresco.

—No hay problema —contestó Guinan.

Wesley sintió que le tocaban un hombro, y se volvió al tiempo que Guinan decía:

—Por favor, no toques a Wesley. Quiere que lo dejen en paz.

—Lo siento —dijo Jaan—. En ese caso, me marcharé.

—No, puedes quedarte —intervino Wesley—. No me refería a ti.

—Bueno, vale. Si estás seguro... —Jaan ocupó un asiento junto a Wesley, que lo miró fijamente, el ceño fruncido.

—¿Qué estás mirando? —preguntó Jaan.

—A ti. ¿Te encuentras bien?

Jaan profirió un sonido como para quitarle importancia a la pregunta.

—Nunca me he sentido mejor.

Guinan se inclinó hacia delante, y la preocupación de Wesley se reflejó en su rostro como en un espejo.

—¿Estás seguro de que te encuentras bien? Pareces un poco sofocado.

Jaan y Guinan se mantuvieron la mirada, y Wesley tuvo la clara sensación de que entre ambos se estaba produciendo algún tipo de lucha. Miró de uno al otro, sintiéndose como el espectador de un partido de tenis.

—No, no lo estoy. No estoy seguro, quiero decir —replicó Jaan con repentina sinceridad—. Antes tuve unos retortijones de estómago, y he estado sintiéndome un poco mareado.

—¿Sabes qué es? —preguntó Guinan.

Una vez más se miraron fijamente y ahora, para asombro de Wesley, Jaan se puso en pie de un salto con las piernas temblorosas.

—Tengo... tengo que marcharme ya.

Guinan tendió una mano y la posó sobre un antebrazo de Jaan.

—Espera, Jaan.

—¡No! —gritó Jaan, y se apartó de Guinan a toda velocidad como si su contacto fuera venenoso.

Wesley gritó el nombre de Jaan, y todos los presentes en la sala *Diez-Cuatro* se olvidaron por completo de lo que estaban hablando y clavaron los ojos en el elfo repentinamente violento.

— ¡Dejen de mirarme! —gruñó Jaan.

— ¡Jaan! —gritó Wesley.

— ¡Tú también, Naranja!

Se apartó de Wesley con tal velocidad y fuerza que tropezó con sus propios pies y cayó al suelo. Fue un momento impresionante, porque los elfos eran famosos por su gracilidad de movimientos. Jaan se puso en pie y volvió a caer.

Y ahora, otros miembros de la tripulación habían despertado de la sorpresa inicial y se acercaron. Jaan estaba retorciéndose en el suelo, rodeándose el estómago con los brazos y gimiendo levemente, las piernas encogidas. Guinan había pulsado una línea de

comunicaciones y estaba llamando a un equipo de la enfermería.

—Aguanta —dijo Wesley, que tenía entre los brazos al dolorido elfo—. Aguanta sólo un poco, Jaan. Te pondrás bien. Todo saldrá bien. Mi m... la doctora Pulaski —se apresuró a corregir—, se encargará de todo. Ella averiguará qué te sucede.

—¿Qué diablos es?

Picard estaba contemplando el aparato que había sido transportado a la plataforma de la bodega, tomado sin siquiera con-su-permiso por la *Enterprise* de los frustrados (y posteriormente muertos) kreen.

Era extraordinariamente pequeño, de alrededor de un metro veinte de largo. A la vista estaban las señales de las abrazaderas que habían sido utilizadas para sujetar el pulido cilindro a la parte inferior de la nave kreen. También a la vista había ciertos cuadrantes y dispositivos con inscripciones cuyo significado era completamente desconocido para Picard. Mientras Data estudiaba las inscripciones sin que su rostro, como de costumbre, proporcionara indicio alguno de los pensamientos que estaban pasando por su cabeza de androide, Geordi se dedicaba a examinar la parte trasera del cilindro. Ambos se aseguraban de mantenerse apartados de lo que a todas luces era el extremo disparador del arma.

—Aquí —dijo Geordi, señalando con un dedo—. Aquí están las modificaciones que realizaron los kreen para poder hacerla funcionar desde dentro de la nave.

—Resulta claro que tenían toda la confianza depositada en este artificio —observó Picard—. De hecho, demasiada. Pensaban que eran invencibles, y no se les ocurrió en ningún momento que podíamos limitarnos a quitarles el juguete.

—Exceso de confianza —comentó Riker—, o sencillamente falta de experiencia. Recuerde que los kreen aún no han desarrollado la tecnología del transportador.

—Sí, y ningún miembro de la Federación, ni de ninguna de las razas más avanzadas, ha tenido un interés particular en proporcionársela. Ni siquiera los ferengi quieren hacer tratos con ellos...

Geordi alzó la mirada.

—Creía que los ferengi hacían tratos con todo el mundo.

Riker miró a Geordi, confuso (y se preguntó de forma distante si Geordi, que era capaz de detectar tantas cosas que nadie podía ver, podría percibir algo tan delicado como una sonrisa), y dijo:

—Ni siquiera los ferengi están dispuestos a darle una cerilla encendida a un niño que está dentro de la caja de la yesca.

—¿La caja de la yesca? —preguntó Data con curiosidad.

Riker contestó:

—En la época en la que la gente alumbraba sus casas con fuego, la mantenían en una caja fuera de la casa para que estuviera seca.

—¿Cómo encendían la madera? Supongo que eso fue antes del rayo fásico.

—Ligeramente. Utilizaban cerillas.

—Ah. Entonces, no entiendo el problema —dijo Data de esa desquiciante forma tan propia de él.

—¿Qué? —dijo Picard con resignación, pues sabía que no saldrían del tema hasta que la infinita curiosidad de Data quedara satisfecha—. ¿Qué es lo que no entiende?

—Si las cerillas es lo que se requiere para encender la yesca, ¿qué tiene de malo darle una al niño para que la encienda? Si es necesario...

—Sí, pero el niño está dentro de la caja, así que se quemaría él mismo, y posiblemente

quemaría toda la ciudad.

—¡Ah! —dijo Data—. Ya entiendo.

Se oyeron suspiros de alivio por parte de todos, y Picard abrió la boca para volver a llevar por fin la conversación a su curso inicial.

—¿Y cómo se metió el niño en la caja de la yesca? —preguntó Data.

—¡Sus padres lo encerraron allí porque hacía demasiadas condenadas preguntas! —dijo Picard.

Data asintió, con un aire pensativo en sus dorados ojos.

—Es probable que actuaran con prudencia.

—Capitán —se apresuró a decir Geordi antes de que Data tuviera oportunidad de derivar aún más la conversación fuera del tema que tenían entre manos—, esta arma parece extremadamente potente para su tamaño.

—De lo que no cabe duda es que superó nuestros escudos —comentó Picard mientras observaba con detención el arma—. ¿A alguien se le ocurre cómo lo consiguió?

—Yo calculo que se limitó a causar, de alguna forma, un efecto disruptivo —conjeturó Geordi—. Quiero decir que, si los hubiera hendido con algún tipo de rayo de alta intensidad o cosa parecida, habría continuado adelante y habría hendido también la nave.

Data estaba estudiando con atención las inscripciones.

—Muy bien podría haber sido capaz de hacerlo —comentó—. Si estoy descifrando esto de modo correcto, el arma estaba ajustada en uno de sus potenciales más bajos.

Geordi y Picard se miraron entre sí.

—Está bromeando —dijo Picard.

—¿Bromeando? Es muy improbable, señor —contestó Data.

—Por supuesto, eso ya lo sé, pero... ¿cómo es capaz de traducir los símbolos?

Data volvió su mirada ámbar fija hacia Picard.

—Han aparecido inscripciones similares en artefactos hallados dispersos por toda la galaxia durante varias excavaciones arqueológicas —respondió.

—Increíble —comentó Geordi—. No sabe qué es una caja de yesca, pero puede traducir símbolos de polvorientas excavaciones arqueológicas.

—De hecho, no estaban muy sucias y no representaba amenaza alguna para la salud...

—Data, no nos vayamos ahora por las ramas... otra vez —intervino Picard—. Los kreeel... ¿fueron capaces ellos de leer los símbolos y ajustaría a su nave? ¿Y cómo fueron capaces de hacerlo?

—Oh, lo dudo mucho, señor, considerando lo que sabemos acerca de los kreeel. Es mucho más probable que se hayan limitado a utilizar el arma como está, sin una comprensión real de cómo modificarla más allá de conectarla a las funciones de su nave.

—Así que lo que usted está diciendo es que en lugar de haberla desarrollado ellos mismos, es probable que los kreeel encontraran el arma.

—Es probable que sea lo correcto, señor.

—¿Cuáles son con exactitud las capacidades máximas de esta arma, LaForge?

—No lo sé, señor. Tendré que llevarla a ingeniería y hacer que mis técnicos la examinen. Hasta donde sé... según nuestra investigación inicial, no explotará. No parece tener ninguna fuente energética.

Luego Geordi hizo una pausa. Aunque no había dicho nada en el momento, sabía que Wesley estaba aún trastornado por lo sucedido con anterioridad en el puente. Sin duda, Wesley tenía que haber sentido que había «perdido puntos» ante Picard. Ésta podía ser una buena ocasión para recordarle a Picard no sólo las capacidades de Wesley sino también el

hecho de que, como cualquier persona de dieciséis años, necesitaba que le jalearan y apoyaran de vez en cuando.

La pausa fue breve, casi indetectable, y luego Geordi continuó:

—Me gustaría contar con Crusher en esto, si a usted no le importa, capitán.

—¿Crusher? Muy bien —dijo Picard encogiéndose de hombros—, hágalo.

Geordi miró en dirección a Riker por un momento y luego, con la sensación de dar un paso en el vacío desde el borde de un precipicio, comentó:

—Creo que sería mejor que lo informara usted mismo de esto, señor.

Picard pareció sorprendido.

—¿Yo? ¿Por qué motivo?

—Bueno, si procediera de alguna otra persona él pensaría que se trata de una especie de degradación. Pensaría que lo están castigando.

—Eso es absurdo —le espetó Picard—. ¿Por qué iba a pensar eso? No es más que una asignación de cometido.

Con resolución, Geordi cruzó los brazos sobre el pecho.

—A los adolescentes se les meten ideas raras en la cabeza. Ya sabe cómo son.

Picard se irguió poniéndose rígido.

—¿Está usted insinuando, teniente LaForge, que yo fui adolescente alguna vez?

—Eso nunca, señor.

—Supongo que no. —Se encaminó hacia la pared y pulsó un panel de comunicación—.

Capitán al alférez Crusher. Responda.

No hubo respuesta.

Era asombroso. Por lo general, la respuesta a una llamada llegaba casi de inmediato.

—Capitán al alférez Crusher. Responda.

Al fin, Wesley respondió.

—Aquí Crusher.

Había algo raro en su voz. Algo lo trastornaba. Parecía que apenas estuviese prestando atención. Quizá al principio ni había reparado en la llamada.

—¿Hay algún problema, Crusher?

—¿Problema?

Picard frunció el entrecejo. ¿Qué, si podía saberse, estaba pasándole a Wesley? ¿Estaba volviéndose senil a la avanzada edad de dieciséis años?

—Sí, Crusher. Un problema. Una dificultad.

—Una confusión —intervino Data, servicial—. Una desgracia, un infortunio, un contratiempo, una...

—Cállese, Data. Crusher, ha sido solicitada su asistencia, y ahora yo le ordeno que la preste.

La respuesta que obtuvo Picard no era en absoluto la que había esperado. Para empezar, oyeron la voz de una mujer, grave y atractiva. Picard sabía que la mujer que acompañaba a esa voz era también atractiva, muy atractiva (aunque en absoluto grave).

—Aquí la doctora Pulaski, capitán —dijo ella. Picard parpadeó sorprendido.

—Doctora, le agradeceré que no interrumpa. Resulta que estoy manteniendo una conversación con el alférez Crusher.

—Ya lo sé, capitán. Está aquí en la enfermería, conmigo.

Eso sí que era algo inesperado. Había interrumpido su comunicación... una falta de educación pero, en cualquier caso, no era algo que le importase a una mujer como la doctora Katherine Pulaski.

—¿Se encuentra bien Wesley, doctora?

Si Pulaski se dio cuenta del hecho de que Picard había abandonado el empleo del grado de Wesley al pensar que estaba enfermo, no hizo mención alguna al respecto.

—No, está bastante bien. Sin embargo... —Se produjo una vacilación, como si ella estuviera buscando la mejor manera de expresarlo—. Sin embargo, está ayudándome en un asunto de bastante urgencia. ¿Puede arreglárselas sin él por un rato?

La espalda de Picard se puso rígida, como le ocurría a menudo en los últimos días en los que estaba llegando a conocer a la formidable doctora Pulaski.

—La nave estelar *Enterprise* se las ha arreglado bastante bien durante casi un siglo antes de que apareciera el alférez Crusher, doctora. Sin duda podremos salir del paso sin él durante un rato, y más, si usted lo necesita ahí abajo.

—Vaya —fue la sorprendida respuesta que obtuvo—. ¿Casi un siglo, dice usted? ¿Puedo hacerle notar el hecho de que éste es el quinto modelo de la nave *Enterprise*? ¿Y no sólo eso sino además que, según tengo entendido, el alférez Crusher ha contribuido en varias ocasiones a retrasar la necesidad de un sexto? Tal vez si el alférez Crusher hubiera nacido una generación antes, todavía estaría usted en la NCC-1701, sin el sufijo «D».

Picard hizo una mueca.

—¿Ha terminado, doctora?

Él podía imaginar los hermosos ojos de ella (y, maldición y condenación, ¿por qué sus ojos tenían que ser tan hermosos?), chispeando de regocijo.

—Casi, capitán.

—Bien. Quédese con Crusher todo el tiempo que lo necesite. Nosotros saldr..., nosotros podemos pasar sin él. Corto.

Apagó el comunicador con un golpe brusco. Luego se volvió a mirar a Riker y dijo:

—Número uno, tenga la amabilidad de bajar a la enfermería y averiguar qué diablos está pasando ahí abajo. Si uno de mis alféreces, provisional o no, va a quedarse en los dominios de la doctora Pulaski, quiero conocer las causas. —Se reconvino el ceño a sí mismo—. Tendría que habérselo preguntado yo, pero esa mujer puede ser tremendamente irritante, a veces. Le aseguro que no tengo ni idea de qué le encuentra usted, número uno.

Riker sonrió ante eso. Había servido con Pulaski en una de las primeras naves a las que fue destinado y, con el paso del tiempo, se había convertido en un entusiasta partidario de ella. Pero sabía que hacía falta un período de adaptación al estilo de esta mujer, y secretamente simpatizaba con lo que Picard estaba pasando. Aunque muy secretamente.

—Uno llega a acostumbrarse, señor.

—Como con un grano —masculló Picard.

—O una barba —sugirió Riker.

Picard le echó una mirada concentrada, pero Riker ya había adoptado un aire inexpresivo.

La insignia-comunicador de Picard emitió una llamada.

—Aquí Picard.

—Capitán —contestó la voz grave de Worf en un tono que indicaba que la tarea que encontraba menos interesante era la de transmitir mensajes—, tenemos un comunicado de la Flota Estelar.

—Subo de inmediato —dijo Picard y cortó la conexión—. Geordi, llévese esa cosa a ingeniería. Pero si la desmonta, asegúrese condenadamente bien de que puede volver a montarla.

Con un tono algo herido, Geordi respondió:

—Por supuesto, señor.

—Bien. Riker, Data, acompáñenme. El alférez Crusher tendrá que esperar.  
Se volvieron para salir y Picard estaba mascullando algo para sí. Riker oyó lo suficiente como para sentirse tentado de preguntar:  
—¿Disculpe, señor?  
—He dicho —admitió de mal talante Picard—, que su amada doctora Pulaski parece decidida a poner en tela de juicio mi autoridad.  
—Más probablemente está intentando establecer la suya propia, señor.  
Los tres oficiales entraron en el turboascensor.  
—¿Sabe usted —dijo Picard con lentitud—, qué dijo Nietzsche sobre las mujeres? Cada vez que Data intentaba hacer un chiste, fracasaba. Ésta no fue una excepción.  
—No, pero si me tararea unos cuantos compases lo sacaré con la armónica.  
Riker se inclinó hacia delante y apoyó la cabeza contra la puerta del turboascensor. Picard cerró los ojos con expresión de sufrimiento.  
Para Data, eso fue prácticamente una ovación. Así alentado, con la misma intensidad con que hubiera anunciado un ataque romulano, dijo:  
—Un hombre deja a su gato con su hermano y se marcha de vacaciones...  
Y Picard, que podría haberle ordenado que se callara, en un ataque de masoquismo lo dejó continuar.  
«Si puedo sobrevivir a estar atrapado en un turboascensor con Data intentando contar chistes —razonó—, sin duda alguna podré sobrevivir a cualquier misión o comunicado de la Flota Estelar.»

Sentados en la sala de reuniones, Picard, Riker, Data, Troi y Worf miraron la holografía del almirante Westerby con una combinación colectiva de asombro y fastidio.

—Almirante —dijo Picard con lentitud—, ¿está diciéndonos que la Flota Estelar estaba enterada de este aparente avance armamentístico de los kreeel, y no lo había puesto en conocimiento?

—Lo que nosotros sabíamos, capitán —replicó Westerby haciendo hincapié en el rango para recordarle de una forma no muy sutil quién estaba al mando—, no era nada. Nada que no fueran rumores, vagos informes de Inteligencia. Si los kreeel hubieran atacado a los vulcanianos, por ejemplo, habríamos sabido de inmediato todo lo que podía saberse. Los klingon, por desgracia, tienden a mantener la boca cerrada cuando se tropiezan con dificultades. No tengo intención de ofender, teniente Worf.

Worf guardó silencio por un momento, y Picard se preguntó qué estaría pasándole por la cabeza.

—No puedo sentirme ofendido —declaró Worf—, ante la verdad. A los klingon, como raza, no nos gusta comentar los problemas. Pensamos que es un signo de debilidad.

—Los problemas son una cosa, Worf —dijo Picard—, ¡y otra los ataques por parte de enemigos con armas altamente perfeccionadas!

La mirada de Worf lo atravesó.

—Le aseguro, señor, que yo no tenía ni idea. Puede estar seguro de que se lo habría contado, de haberlo sabido.

—Por supuesto que usted lo habría hecho, Worf —se apresuró a decir Picard—. Nunca he tenido intención de insinuar lo contrario. —Se volvió a mirar a Westerby—. ¿Pero ahora usted quiere que yo exponga mi nave, mi tripulación, a los riesgos de esta... esta situación?

—Precisamente —dijo Westerby—. Tanto los klingon como los kreeel han llegado a darse cuenta de que una guerra a gran escala es inminente. Nosotros creemos que los kreeel no contaban con eso. Simplemente se tropezaron con estas armas y ahora la situación los supera y están intentando encontrar una salida airosa. A lo que han accedido es a compartir entre todas las partes las armas que han encontrado.

—Equilibrio de poder —dijo Data—. Que todos los bandos tengan el mismo armamento con el fin de que ninguno desee emplearlo puesto que está asegurada la destrucción mutua.

—Sabemos qué es el equilibrio de poder, Data —dijo Picard, que aún estaba un poco irritado por el chiste largo y mal contado con que Data les había castigado en el turboascensor.

—Y el acuerdo —continuó Westerby—, es que tanto una representación klingon y otra kreeel sean transportadas a bordo de una nave de la Federación hasta el lugar del descubrimiento.

—¿Lugar? ¿Qué lugar?

—Bueno —dijo Westerby—, en los registros aparece como DQN 1196.

—Eso es territorio klingon —afirmó Worf.

—O kreeel —replicó Westerby—. Depende de con quién hable uno. A estas alturas, los kreeel le han dado otro nombre, cuya traducción aproximada es «Pozo del Infierno».

Picard asintió.

—Según lo que yo sé, una región infernal muy bien podría ser el lugar de procedencia de estas armas.

—Lo que resulta aterrador es que nosotros sólo hemos visto aquellas cuyo funcionamiento ha podido ser descifrado por los recursos que poseen los kreeel —comentó Westerby—. La Federación no quiere ni pensar siquiera en el potencial no explotado depositado en el planeta. Ésa es la razón por la que hemos decidido que la Flota Estelar debe adoptar un papel activo en la situación. De hecho, la solicitud en concreto de la *Enterprise* llegó directamente del despacho de Taka Nagai.

Los oficiales de la *Enterprise* se miraron entre sí con sorpresa.

—Nos sentimos, por supuesto, honrados —dijo Picard—. Sin embargo, tal vez los klingon y los kreeel podrían viajar cada uno en sus naves respectivas, con la *Enterprise* como escolta.

Westerby ya estaba sacudiendo la cabeza.

—Consideramos que no es prudente tener a una nave klingon y otra kreeel cerca la una de la otra. El resultado podría ser... desagradable.

—En ese caso, quizá nosotros podríamos transportar a un grupo, mientras otra nave estelar transporta al otro.

—Ya sugerimos eso. Por desgracia, los klingon y los kreeel quieren vigilarse mutuamente.

—Así que nosotros tenemos que mantenerlos lo bastante cerca para que puedan vigilarse, pero lo bastante alejados para que no se maten los unos a los otros. —Picard meneó la cabeza con gesto cansado—. Almirante, con el debido respeto, tiene que haber otra manera.

—Tal vez la haya —contestó Westerby con calma—, pero ésta es la forma que nosotros hemos escogido. ¿Hay algún problema, capitán Picard?

Había vuelto a hacer hincapié en el rango. Sin esforzarse en lo más mínimo para que la irritación no se reflejara en su voz, Picard respondió:

—Ningún problema que no podamos solucionar, almirante.

—Lo que yo había pensado —dijo el almirante en tono satisfecho—. Primero iré a recoger a la representación klingon, y luego a la kreeel. Dentro de poco le serán transmitidas las coordenadas del encuentro. Corto.

La holografía, obediente, desapareció. Como si lo hubieran acordado de antemano, Riker y Troi se hundieron ligeramente en sus asientos con un sonido a medio camino entre el suspiro y el silbido. Picard se inclinó hacia delante, los dedos entrelazados.

—Bueno... es maravilloso —dijo.

—Señor, quiero hacer constar una protesta en el acta —dijo Worf con una rigidez notable. Picard lo miró pensativamente.

—Tomo nota. Me aseguraré de que quede archivada inmediatamente después de mi protesta.

—¿Por qué se muestra hostil hacia esta misión, capitán? —preguntó Data—. No cabe duda que el hacer de intermediario entre razas que están en disputa no es nada nuevo para la *Enterprise*.

—Es por la naturaleza de las razas, Data. Más la naturaleza de la disputa. Más los civiles...

—Picard sacudió la cabeza, consternado—. Los civiles. Hasta la fecha, es la única decisión importante en política tomada por la Flota Estelar que me desazona. Y veo que no está conforme, Riker.

—Ya hemos estado antes en desacuerdo al respecto, capitán, y pienso que continuaremos estándolo —dijo Riker—. Muchas de las personas que están a bordo de la *Enterprise* son científicos, geólogos, exploradores que están haciendo la clase de trabajo que sólo puede llevarse a cabo a bordo de una nave estelar.

—Por no hablar de los cónyuges e hijos de los miembros de la tripulación de la *Enterprise*

—agregó Troi—. Parte del programa destinado a integrar familias comenzó cuando los estudios demostraron que las largas separaciones de las personas queridas iban en detrimento de la salud psíquica del personal de la Flota Estelar.

—Mi segundo al mando y mi consejera, una vez más se ponen de acuerdo, ¿eh? —dijo Picard. Troi y Riker se miraron el uno al otro y desviaron los ojos de inmediato; Troi mantuvo su distanciamiento profesional, pero Riker se permitió una pequeña sonrisa. Picard prosiguió—. Pero no dejamos de volver sobre un problema abrumador. Usted, Riker, y usted, Troi, y todos los que estamos en esta habitación, hemos pasado por la academia de la Flota Estelar. Se nos ha proporcionado un intenso entrenamiento especial para que podamos afrontar cualquier tipo de situación.

«Ahora bien, cuando nos encontramos con dificultades que pueden ser resueltas por la tripulación del puente, todo marcha bien. Pero la Flota Estelar está arrojándonos a unas circunstancias en las que un problema potencialmente letal va a andar dando vueltas por los pasillos de esta nave. A mí me gustaría confinar a los klingon y los kreeel en sus habitaciones mientras dure el viaje, pero los klingon son demasiado orgullosos y los kreeel peligrosos. Lo último que nos interesa hacer es recoger a los miembros de una misión diplomática y ponerlos de mal humor desde el mismo principio. Aunque, si las dificultades surgen, me preocupa en extremo que todos los civiles vayan a encontrarse atrapados en medio de un fuego cruzado.

Picard imaginó a niños tendidos quemados por disparos fásicos, muertos o agonizando en los corredores mientras los klingon y los kreeel desenfrenadamente libraban su guerra sin pensar en las consecuencias. No era un cuadro bonito.

—Lo que a mí me preocupa —continuó después de una pausa—, es que a la Flota Estelar le haya parecido adecuado escoger a la *Enterprise* y convertirla en una... una...

—¿Una caja de yesca? —sugirió Data, esperanzado. Picard lo meditó y asintió con lentitud.

—Corno de costumbre, estoy impresionado por sus capacidades de aprendizaje, señor Data. Sí, ya lo creo... una caja de yesca. Y tenemos que mantener la caja de cerillas fuera del alcance de sus manos.

—Decididamente —asintió Riker.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Worf.

—¿Qué es una caja de cerillas? —preguntó Data.

Wesley estaba de pie junto al banco de diagnóstico con la mirada baja, fija sobre el inmóvil cuerpo de su amigo. Contempló la lenta respiración del pecho de Jaan, y luego alzó los ojos hacia el panel de control. Ni siquiera miró cuando entró la doctora Pulaski y se le aproximó por detrás.

—Parece estar descansando —dijo.

—Es verdad —repuso ella—. ¿Alguna recomendación, doctor?

Las palabras podrían haber sido sarcásticas, pero el tono era cuidadosamente neutral. Era como si estuviera poniéndolo a prueba.

«Está poniéndome a prueba», pensó él. Luego se dio cuenta de que era una excesiva simplificación. Katherine Pulaski no «ponía a prueba» a la gente para ver si podía pillarla o ver cuánto sabía. En cambio, parecía eternamente interesada en ver hasta dónde eran capaces de llegar los seres humanos, de qué intuición y lógica eran capaces cuando se les ponía ante un reto. Era una actitud desinteresada.

También condenadamente irritante.

Sin apartar la mirada del monitor, Wesley dijo:

—Cincuenta centímetros cúbicos de andromorfina.

Su enérgica prescripción quedó flotando en el aire. Cerca de ellos se encontraba un ayudante técnico sanitario que, naturalmente, no estaba actuando según lo prescripto por Wesley.

—Ya lo ha oído —ordenó la doctora Pulaski.

La dosificación fue administrada con prontitud y, al cabo de un momento, Wesley pensó que la respiración de su amigo parecía menos trabajosa.

Luego, Jaan abrió sus tenues ojos oscuros. Permanecieron borrosos por un segundo, y luego se aclararon y sonrió.

—Hola, Naranja —le dijo con voz débil—. Venga... larguémonos de este mausoleo.

—Me temo —fue la severa orden que le dio la doctora Pulaski—, que tendrás que quedarte en cama durante algún tiempo. Al menos veinticuatro horas en observación.

La voz de Jaan pareció convertirse en miel.

—Oooohh, ¿no será cierto que tenga que quedarme aquí durante tanto tiempo, verdad? No, claro que no. Sólo he tenido un pequeño problema y desde luego que usted no tiene que...

Ella se inclinó sobre el borde del banco de diagnóstico y le puso un dedo sobre los labios, inmovilizándoselos.

—No eres mi primer elfo —le dijo—. Así que puedes olvidarte de trucos. Los conozco, y eso los convierte en algo ineficaz. ¿Vale?

Él suspiró.

—Usted ha leído mucho.

Wesley los miró al uno y al otro, aturdido.

—¿Trucos? ¿Qué trucos? No entiendo nada.

—El truco por antonomasia —dijo la doctora Pulaski apartando la mirada de su paciente—, es un aspecto poco documentado de la conformación seleviana. Cuando lo miran a uno con esos maravillosos ojos negros que poseen, tienen una forma de engatusarlo a uno para conseguir que haga lo que ellos, los elfos, quieren que haga. Sin embargo, si uno está enterado de ello y... —sonrió—, tiene un sentido de su identidad bastante fuerte, se pueden resistir sus... ¿sugestiones?

—Es una valoración bastante acertada —comentó Jaan, y estaba sonriendo, pero se advertía una punzada de dolor en su rostro que resultaba evidente que él estaba intentando disimular.

Pulaski cruzó los brazos.

—¿Así que quieres decirme qué es todo esto? Y puedes decírmelo en privado, si lo deseas

—dijo al tiempo que le lanzaba una mirada a Wesley.

Jaan no parecía entender de qué estaba hablando ella.

—¿Se refiere a Naranja? No, puede quedarse. De hecho —hizo una pausa—, sospecho que usted ya sabe de qué se trata y que sólo está teniendo la cortesía de permitir que sea yo quien lo diga.

—Es una interpretación —repuso Pulaski con calma—. Entonces, estás enterado de qué te sucede.

—Por supuesto.

Wesley miró a uno y a otro.

—Bueno, pues yo no estoy enterado —dijo frustrado.

Por primera vez desde que lo había conocido, Wesley vio a Jaan buscar torpemente las palabras, intentando decir de la mejor forma posible una cosa que era claramente incómoda para él. Y cuando fue claro que tenía dificultades para conseguirlo, Pulaski intervino.

—Hay un nombre muy largo y muy complicado para definirlo —dijo ella, y Wesley supo, por todas las veces que había observado a su madre en acción, que estaba ante el ejemplo de un médico haciendo uso de sus mejores dotes diplomáticas—. El apodo seleviano es *La Podredumbre*. Se transmite genéticamente y puede atacar en cualquier momento del ciclo vital seleviano, aunque por lo general esto no sucede hasta la mediana edad.

—Correcto. —Jaan hizo una mueca de dolor. Se enjugó el sudor que le perlaba la frente, y Pulaski sacó un pañuelo, aparentemente de la nada, y se la secó con toques ligeros—. Ya me conoces, Naranja. Siempre derroto todas las probabilidades. Tal vez un tres o un cuatro por ciento tienen la enfermedad siendo tan jóvenes como yo. Jóvenes, relativamente hablando, quiero decir.

—Vale —dijo Wesley con lentitud, como si le llevara tiempo asimilar lo que acababa de oír—. Vale. ¿Cómo se cura, doctora? ¿Cómo podemos hacer que sane?

Katherine Pulaski profirió un largo suspiro.

—Yo puedo tratar los síntomas, Wes —respondió poco a poco—. Alivio del dolor de los calambres abdominales. Los dolores de cabeza, las náuseas... Demonios, cuando aparezcan la somnolencia y la letargia, podría llenar a Jaan tanto de drogas que sus pies no tocarían el suelo, aunque preferiría no hacerlo porque eso menoscabaría su capacidad intelectual.

—No —dijo Jaan de forma terminante.

—Suponía que no lo querías. Pero la enfermedad misma... lo siento, Jaan, pero tienes que saber que no puede hacerse nada.

—Sí, lo sé.

Wesley los miró a uno y otro con incredulidad.

—¿Qué quieren decir con que nada? Tiene que haber una cura para esta enfermedad.

—No hay cura.

—Una vacuna.

—No hay vacuna —casi le espetó Pulaski, pero se contuvo. Para ella no era más fácil que para ellos hablar del tema, pero tenía que ser la que conservara el control. Además, no estaba dispuesta a comenzar a explicar que no se puede vacunar a nadie contra una enfermedad genética—. Lo siento, Wes... Jaan. Sencillamente, aún no han conseguido desarrollar una. Ése es el motivo por el que cuando los selevianos se casan tengan que someterse a análisis de sangre, pero por desgracia siempre hay un margen de error en esas pruebas.

—¿Lo ves? —dijo Jaan con una alegría que no sentía—. Vuelvo a derrotar a las probabilidades. Naranja. Dos veces. Soy realmente afortunado, ¿verdad?

—¿Así que tú...? —Wesley apenas podía pensar de modo coherente, mucho menos hablar—. ¿Tú... tú vas a morirte? ¿Es eso lo que me estás diciendo? ¿Doctora, es eso lo que va a suceder?

—Wesley, todos nosotros...

—¡No lo diga! —Wesley casi chilló. Retrocedió ante Pulaski como si de pronto le hubieran salido colmillos. La señaló con un dedo índice—. No diga que «todos nosotros moriremos algún día y no deberíamos tener miedo» y que «la muerte es natural». Morir cuando uno es viejo sí que resulta natural. Pero morir cuando uno es joven, cuando es... —No pudo acabar la frase y luego insistió—. ¿Cuánto tiempo?

Pulaski miró el dolorido rostro de Wesley y la estoica expresión de Jaan. Se preguntó brevemente si habría llegado al punto en el que había aceptado lo que estaba sucediendo en el interior de su cuerpo, o si simplemente lo estaba conteniendo todo y era una bomba de tiempo cuyo tictac ya había comenzado.

—Eso depende —dijo la doctora—, del progreso de la enfermedad, de...

—¡Cuánto tiempo!

Era un grito arrebatado de lo más hondo de su interior, y la vociferada pregunta de Wesley hizo detener toda la actividad de la enfermería. Todos lo contemplaban asombrados, y a él no le importaba.

La voz de ella fue tan baja en comparación con la de él, que resultó sedante.

—Entre seis meses y un año.

Él repitió lo que la doctora acababa de decir, formando las palabras con incredulidad. Sacudió la cabeza y pareció que miraba hacia dentro, intentando enfrentarse con lo que acababa de oír. Algo encajó en el mecanismo de su mente.

—Tus padres —dijo—. Hace unas semanas me dijiste que habían muerto en un accidente. En Selevia. Eso era lo que te había hecho salir al espacio, porque querías alejarte de esos recuerdos. —Hizo una pausa sin querer creerlo porque Pulaski había dicho que se trataba de una enfermedad hereditaria y si lo que estaba pensando era cierto, lo confirmaba en contra de toda esperanza—. Eso... eso fue una mentira.

Con lentitud, Jaan asintió.

—Ellos... ellos murieron de esta enfermedad, ¿no?

Exhalando un suspiro, Jaan dijo:

—Mira, Naranja...

—¿Por qué no me lo contaste?

—¿Cómo podía hacerlo? —La calma de Jaan era un pasmoso contraste con el estado de Wesley, pensó Pulaski, en especial si se consideraba que era Jaan quien estaba muñéndose. Aunque, por otra parte, el elfo había tenido tiempo de hacerse a la idea. O quizás aún estaba intentando no pensar en ello—. Mira, Naranja... no es el tipo de cosas que resulta fácil comentar. Y tú ya has pasado bastantes desgracias. Perdiste a tu padre...

—Hace muchos años de eso —replicó Wesley—. Yo era un niño. Está superado.

Katherine Pulaski frunció los labios. Ella ya conocía a Bev Crusher en la época en que su esposo había resultado muerto. Bev había quedado destrozada, y no podía decirse que Wesley hubiera sido precisamente un estoico... no, un momento; se dio cuenta de que sí lo había sido. Su madre se había hecho pedazos, pero el joven Wesley había apretado los dientes y las mandíbulas... el «hombre de la casa», como incontables parientes creían adecuado decir de él. Duro, firme como una columna... Parecía que las noticias referentes a Jaan le habían afectado más que las relacionadas con su padre. O tal vez ella estaba imaginándolo, alejada de los primeros acontecimientos por los largos años pasados.

Inconsciente de lo que pasaba por la cabeza de la doctora, Jaan estaba diciendo:

—Y luego tu madre te dejó...

Wesley resopló a través de los dientes.

—Ella no me dejó, por amor de Dios. Se le presentó una fantástica oportunidad profesional. Sabía que aquí yo estaba en buenas manos, y yo le dije que estaría loca si dejaba pasar la ocasión de llegar a la cúpula médica de la Flota Estelar... —Su voz se apagó y entonces él chasqueó los dedos—. ¡Me comunicaré con mamá! ¡Estará al día de las investigaciones más recientes! Ella...

—Puedo asegurarte —dijo Pulaski apenas sin ofenderse—, que yo estoy al día.

—Bien. Tiene que haber algo.

—No lo hay.

—¡Tiene que haberlo!

—Wesley —replicó ella con voz cansada—, la investigación no es mi fuerte, pero con

gusto pondré a tu disposición todo el conocimiento médico actual. Es obvio que el tiempo que has pasado con tu madre te ha aprovechado. Pareces tener unos conocimientos de medicina que están por encima de los de un lego...

—¿Por qué no iba a tenerlos? —dijo Wesley con amargura—. Ya sabe quién soy. Wesley Crusher, *El Trust Cerebral*. La computadora ambulante de dieciséis años.

—Estás confundiéndote otra vez con Data —comentó Jaan en voz baja—. Escucha, Naranja...

—No, escúchame tú —dijo Wesley, y avanzó hasta cerca de Jaan—. Vencerás esta enfermedad. Lo harás. La vencerás. Doctora, acepto la oferta que me ha hecho sobre las revistas médicas. Resiste, Jaan. Lo haremos entre los dos. Tú y yo. —Dio media vuelta y salió apresuradamente de la enfermería.

Reinó el silencio durante un largo momento, y luego Pulaski dijo:

—Bueno, la verdad es que podría haber salido mejor.

—Naranja es un tipo raro —respondió Jaan—. Lo que es capaz de hacer llega hasta aquí —alzó la mano derecha muy por encima de su cabeza—, y lo que es capaz de controlar llega hasta más o menos aquí —y su mano izquierda quedó a unos veinte centímetros por debajo de la otra—. Así que cuando uno se mete en el área intermedia, bueno... con él pueden pasar cosas extrañas.

—Mm-hmmmm. Pero ahora la pregunta es: ¿Qué va a suceder contigo?

—¿Perdón?

—Tendríamos que trasladarte fuera de la nave de inmediato.

—Pero, ¿por qué? —protestó Jaan.

—Sería contraproducente que te quedaras.

—Usted puede arreglarlo —dijo Jaan—. Mire, doctora... yo vine a esta nave para llevar a cabo mi trabajo de investigación. Para tener la posibilidad de estudiar de primera mano culturas alienígenas. Ya he conseguido escribir varios artículos que me han publicado en mi planeta de origen, y cuando tenga los suficientes los reunirán en un volumen.

—No veo cómo eso...

—Por favor, doctora —dijo él, y si estaba intentando usar *el truco*, ella no pudo percibirlo. Éste era un genuino ruego sentido en el fondo del corazón—. Cuando uno escribe, deja una parte de su persona tras de sí. Cuando uno escribe lo suficiente, cuando escribe algo que realmente causa impacto, puede influir sobre la gente y lo que piensa mucho después de haber desaparecido. Por favor... por favor, no me niegue la inmortalidad que mi cuerpo nunca va a darme. Por favor...

Le temblaron los labios y se llevó las manos a la cara, como si pudiera empujar físicamente las lágrimas de vuelta al interior de sus ojos.

Y si estaba utilizando *el truco*, maldición, a ella no le importaba.

—De acuerdo —dijo en voz baja—. Tendré que informar al capitán sobre tu estado, por supuesto... pero recomendaré que se te permita permanecer en la nave durante todo el tiempo que sea posible.

—Eso está fuera de discusión.

En privado, en la oficina de reuniones, Picard se hallaba de pie; los brazos cruzados, y la postura de todo su cuerpo indicaba que no iba a escuchar ni una sola palabra más respecto al asunto.

—Es importante —dijo la doctora Pulaski. Realizó un esfuerzo consciente de emular la postura de Picard para enviarle un sutil mensaje de que ella no iba a echarse atrás sobre este

tema.

—También lo es el funcionamiento eficiente de una nave estelar. Y una nave estelar no es lugar adecuado para un moribundo.

—Todos nosotros estamos muriéndonos, capitán, desde el momento en que nacemos.

—Eso no es más que una gran tontería, doctora, y usted lo sabe.

Ella suspiró.

—Sí, lo sé. Wesley no creyó en esa línea de razonamiento, así que no tendría que haber esperado que lo hiciera usted.

—¿Wesley? ¿Qué...?

Ella no le dio oportunidad de cambiar de tema.

—Sin embargo, mi recomendación como médico es que se le permita a Jaan permanecer a bordo, al menos hasta que la enfermedad llegue a sus últimas etapas y él quede incapacitado para trabajar. Mientras sea capaz de hacer contribuciones, ¿por qué no habría de permitirselo, capitán? ¿A quién va a hacerle daño?

—Ése no es el tema. Una nave estelar no es lugar para un...

—Miembro de la tripulación que está muñéndose, sí, ya lo sé. Pero él no es un miembro de la tripulación, es un civil, y no ponga esa cara, capitán. «Civil» no es una palabrota.

—¿Qué cara?

—Me refiero a ese tic. Ese pequeño e irritante tic que aparece en torno a sus ojos cada vez que se menciona a los civiles.

Dio la impresión de que a Picard le habían pegado con una barra de hierro a lo largo de la columna vertebral. Pronunciando cada palabra como un proyectil, replicó:

—Yo no tengo ningún tic nervioso.

—Sí que lo tiene.

—Eso es absurdo.

Pulaski hizo una pausa momentánea. Luego, con lentos y medidos pasos avanzó hasta el capitán y se detuvo, las puntas de los zapatos rozando las de él.

—Civil —dijo.

En el rostro de Picard apareció el tic.

—¡Aja!

—Aja, nada.

—Ha tenido un tic. Lo he visto.

—Doctora, sus encantadores esfuerzos por desviar mi atención no van a servirle de nada.

—Dio la vuelta en torno a su escritorio y se sentó tras él, como si la barrera física de éste entre su persona y la doctora Pulaski le proporcionara una cierta seguridad—. Su paciente será devuelto a su planeta de origen.

—Mi paciente posee un nombre. Es Jaan. Jaan Baat-UtuulBayn-Devin. No es tan impresionante como un rango militar, por supuesto, pero tiene derecho a que se refieran a él por su nombre, como lo tiene cualquier civil.

Picard intentó luchar contra el tic y fracasó, para su fastidio y para aparente satisfacción de Pulaski.

—Mi decisión es —dijo él—, que Jaan sea enviado de vuelta a su planeta. Mi autoridad en esta nave es concluyente.

—No cuando se trata de decisiones médicas —dijo ella.

—Ésta no es ninguna decisión médica, es una decisión que afecta a la totalidad de la nave, y ya ha sido tomada.

—Bien. Tome su decisión. —Ella se dejó caer en el asiento que estaba frente a él.

—Está tomada.

—Bien. Presento de forma oficial mi objeción.

—Objeción rechazada.

—De acuerdo. Ahora que usted la ha denegado, apelaré al nivel que está por encima de usted, y al que esté por encima de ése, y hasta todo lo alto que tenga que llegar. —Ella le dedicó esa detestable hermosa sonrisa que era casi tan atractiva como sus ojos («¿y por qué tenía que ser tan condenadamente atractiva?»), y continuó—: Como usted ya sabe, la Flota Estelar permite un dilatado proceso de apelaciones cuando el jefe médico entra en conflicto con el capitán de la nave, a fin de proteger la autoridad de ambos cargos.

—Sí, eso ya lo sé.

—Y también sabe que el proceso de apelación tarda más o menos unos seis meses. Tiempo durante el cual no estará en vigencia su decisión respecto a Jaan. Así que mientras nosotros peleamos a golpes de apelación, a él se le permitirá ser un miembro útil de esta nave.

Picard sintió que la furia aumentaba en su interior y la reprimió, pero no pudo evitar que el enojo aflorara a su voz al decir:

—¡No tolero este desafío a mi autoridad por parte de alguien relativamente nuevo en esta nave!

—¡Así que yo soy nueva! —disparó Pulaski a modo de respuesta—. ¡No sabía que uno tuviera que ser tan veterano como usted para cuidar de las personas! Bueno, le diré una cosa, capitán. ¡A lo mejor tendrá usted suerte! Creo que a Jaan le queda tan poco como seis meses de vida... más o menos el tiempo que dure el proceso de apelaciones. ¡Pero tal vez la suerte lo favorezca a usted, y Jaan caiga muerto antes de eso!

En el momento en que las palabras hubieron salido de sus labios, ella deseó tener la posibilidad de hacerles desaparecer. Fue como si le hubiera cruzado la cara de un golpe al capitán. Por un momento, pareció aturdido.

Ella bajó los ojos, avergonzada de sí misma.

—Lo siento —dijo con auténtica sinceridad—. He dicho algo monstruoso.

El silencio flotaba pesadamente en la sala, y cuando Picard habló lo hizo sin la rigidez autoritaria ni el tono cortante que ella esperaba.

—Haga lo que a usted le parezca conveniente, Katherine —dijo en voz baja.

Ahora ella alzó los ojos hacia los de Picard, y no vio enojo en ellos. Sólo tristeza.

—Lo único que le pido es que me mantenga informado del estado de Jaan.

—Por supuesto. —La doctora hizo una pausa—. Gracias.

Dio media vuelta para marcharse, y se detuvo en la puerta cuando Picard agregó:

—Y, Katherine...

La segunda vez que él utilizó su nombre de pila, ella decidió no pasar por alto la muestra de afabilidad.

—¿Sí, Jean-Luc?

—Por favor, transmítale al muchacho mis... sinceras condolencias. Si hay algo que podamos hacer para que el tiempo que le queda con nosotros le sea más cómodo, no tiene más que informarme al respecto.

Y ante eso, ella sonrió.

—Así lo haré —dijo, y salió de la sala de reuniones.

Riker aminoró su paso vivo corredor adelante cuando la joven Bobbi Chase se le acercó.

—Primer oficial Riker —dijo ella.

Él hizo un ligero asentimiento con la cabeza a modo de acuse de recibo.

—Bobbi.

Y para leve sorpresa suya, ella continuó caminando y pasó de largo junto a él. Sonrió divertido ante la naturaleza cambiante de los apasionamientos adolescentes.

Al momento le llegó la voz de ella que habló a sus espaldas.

—Oh, primer oficial.

«Cañones fásicos al máximo», pensó al tiempo que se volvía.

—¿Sí?

Bobbi avanzó un paso hacia él, agitando las manos con nerviosismo, y dijo:

—¿Ha visto últimamente a Wesley por aquí? Él parpadeó sorprendido.

—¿A Wesley? La verdad es que ahora iba a sus habitaciones para saber de él.

—No se encuentra allí. He llamado y llamado a su puerta, y no hay respuesta.

Riker frunció el entrecejo.

—¿De veras? No se sentirá insultada si lo compruebo por mí mismo, ¿verdad?

—No si usted no se siente insultado porque le pida que me deje acompañarlo.

Él consideró la petición durante un momento. Wesley iba a tener muchas cosas en la cabeza. ¿Le interesaba realmente a Riker tener consigo a una muchacha que sería una distracción para el chico?

¿En qué estaba pensando? Por supuesto que le interesaba.

—Como quiera —dijo. Bobbi sonrió y echó a andar junto a él.

Cuando llegaron a las habitaciones de Wesley, Riker pulsó el llamador y añadió:

—¿Wesley? ¿Está usted ahí?

No le llegó respuesta alguna.

—Ya se lo he dicho —comentó ella. Pero Riker no estaba satisfecho. Dio unos golpes en la puerta con mayor insistencia y dijo en tono severo:

—Wesley, si está usted ahí dentro, le ordeno que abra esta puerta. Y puesto que es usted alférez provisional, si desobedece una orden directa, yo podría verme obligado a someterlo a consejo de guerra.

Para sorpresa de Bobbi, aunque no de Riker, se oyó el sonido de alguien que arrastraba los pies por el interior, y luego la puerta se abrió.

Wesley se hallaba de pie en la entrada. Estaba tan absorto que ni siquiera se dio cuenta de la presencia de Bobbi.

—¿Sí, señor?

—Wesley, ¿le importaría decirme qué diablos está sucediendo?

—¿Sucedendo, señor?

—Sí, sucediendo. ¿O prefiere que llame a Data para que pueda ofrecerle unas cuantas docenas de sinónimos?

Miró por encima del hombro de Wesley al interior de la habitación, y sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa.

—¿Qué ha hecho con este lugar, Wesley?

Avanzó un paso y, al principio, Wesley no se movió del sitio. Pero Riker bajó la mirada hacia él y el chico retrocedió, permitiendo así que Riker entrara. Bobbi lo siguió pisándole

los talones, y Wesley la miró con una especie de vago interés. No dijo nada.

Riker se detuvo en el centro de la habitación y giró sobre sí, porque ése era el único lugar donde quedaba espacio en toda ella. La parte izquierda se encontraba ahora completamente llena de terminales de computadora, todas las cuales tenían diferentes temas en las pantallas. El lado derecho estaba ocupado por equipos médicos y de laboratorio, algunos de los cuales Riker reconoció como procedentes de la enfermería.

—Wesley, ¿qué...? —Hizo un gesto de impotencia—. ¿Qué está haciendo aquí dentro?

—¿Haciendo, señor?

—No empiece otra vez con eso, Crusher. Y ahora, conteste, ¿qué se trae entre manos?

Wesley se apoyó contra una de las mesas.

—Voy a encontrar una cura para *La Podredumbre*, para la enfermedad que está matando a Jaan.

Bobbi profirió una exclamación ahogada.

—¿Jaan? ¿El elfo? ¿Se está muriendo?

—Eso no es asunto de nadie fuera de esta habitación, ¿entendido, jovencita? —se apresuró a decir Riker. Incluso mientras hablaba sabía que era una causa perdida. Dentro de una hora lo sabría toda la nave. El mantener un secreto en una sociedad tan reducida como una nave estelar, era más difícil que limitar a Data a respuestas de una sola palabra.

Ella estaba asintiendo pero, para entonces, Riker había apartado la vista de la muchacha.

—Wesley —dijo, intentando encontrar alguna manera de comunicarse con él—, usted no es un experto en medicina. Los investigadores han estado intentando encontrar una cura para esa enfermedad durante años.

—No, no lo han hecho —replicó Wesley en un tono que indicaba que ya había previsto todo lo que Riker pudiera decir y tenía una respuesta para contrarrestarlo—. He estado haciendo comprobaciones. En los anales médicos de la Federación, *La Podredumbre* recibe sólo una fracción de la atención que han recibido otras afecciones. Están mucho más interesados en dedicar tiempo y atención a otras enfermedades.

—Pero, Wesley, estoy seguro de que le han dedicado todo el tiempo que pueden.

—Todo el tiempo que les queda libre, puede ser, pero eso no es lo mismo.

Y ahora, Bobbi, que había estado mirando sin entender un ensayo sobre los efectos de *La Podredumbre*, dijo:

—Bueno, puedo entenderlo, supongo. Quiero decir, que las epidemias y esas cosas, son ciertamente más importantes que...

—¿Que qué? —dijo Wesley, acalorado—. Que una enfermedad que afecta a sólo un pequeño porcentaje de una sola raza? Tal vez si tú, o yo, o el capitán Picard, y el jefe de la Flota Estelar pudiéramos contraerla, entonces puede que recibiera muchísima atención. Pero, ¿a quién le importa algo que sólo un elfo puede contraer, verdad? ¡Nosotros estamos todos a salvo y él está muriéndose! ¡Y yo tengo que hacer algo al respecto!

Bobbi miró confundida a uno y otro, y Riker dijo, en voz baja:

—Creo que ahora será mejor que se marche, Bobbi.

Agradecida por la oportunidad, ella lo hizo.

Wesley permaneció allí, de pie, desafiante, y Riker comentó:

—Usted y Jaan se han hecho muy amigos desde que su madre se marchó, ¿no es cierto?

Ésa no era la pregunta que Wesley había esperado. Ladeó la cabeza con curiosidad y respondió vacilante:

—Sí... Quiero decir, que antes de eso solíamos vernos por ahí, y hablábamos y esas cosas. Pero después de que mamá se marchara, comenzamos a ser amigos de verdad. Teníamos un

montón de cosas en común.

—¿De verdad?

Wesley frunció el entrecejo.

—Bueno... no un montón. Pero Jaan había perdido a su padre y a su madre, y puede que mamá no esté muerta, pero no puedo precisamente ir a hablar con ella sobre las cosas que me inquietan.

Riker tamborileó con los dedos sobre la cómoda que en ese momento tenía encima varios kilos de aparatos.

—Es extraño. Yo pensaba que a la mayoría de las personas de dieciséis años de edad no les gustaba hablar de sus problemas con sus madres.

—Bueno... es algo como el que la *Enterprise* sea capaz de separarse de la sección del platillo. Uno espera no tener que utilizar esa posibilidad, pero es bueno saber que existe, por si acaso.

—Ya veo. —En su interior, Riker pensó en que era una analogía interesante, y le vinieron a la cabeza observaciones acerca de la «ansiedad de separación». Pero, en cualquier caso, eso pertenecía más al terreno de Deanna—. Mire, Wes...

—No intente convencerme de que lo abandone, señor, porque ya estoy decidido al respecto. Riker, confundido, miró a Wesley. ¿Convencerlo de que lo abandonara? Podía ordenárselo si quería. El hecho de que Wesley no fuera un miembro de pleno derecho de la tripulación, no significaba que no tuviera que someterse a las órdenes del mando, en especial del segundo de a bordo. Y si Wesley le daba problemas, podía hacerlo recluir en sus habitaciones. Excepto que eso era lo que quería el joven Crusher. Podía sacar todas las computadoras y aparatos de la habitación de Wesley. Incluso podía arrojarlo a un calabozo. Pero nada de eso resolvería el problema.

Y el muchacho estaba afligido. Su madre se había marchado hacía poco, y a pesar de que Wes había quedado en buenas manos, eso tenía que haberle causado impacto. Y ahora su íntimo amigo se estaba muriendo.

Sin embargo...

—Wes —dijo con cautela—, como ya he dicho antes... su especialidad no es la medicina. Es la ingeniería.

—Uno no crece siendo el hijo de un médico sin aprender muchas cosas —replicó Wes—. Y lo que no sepa, lo aprenderé.

—Usted no puede alcanzar los años de educación de los científicos que ya están investigando esta enfermedad.

—Yo —declaró Wes con sinceridad—, creo que sí puedo. He salvado esta nave. La he salvado en un par de ocasiones. Eso no fue debido a la suerte. No fue una casualidad. Lo que no sé, puedo aprenderlo.

—Sobre ingeniería, quizá. Pero no...

—Sobre cualquier cosa. —Se dio unos golpecitos en la frente—. Memoria fotográfica.

—¿Qué?

—Memoria fotográfica. Lo que veo, lo recuerdo.

—Wes. —Riker comenzaba a sentirse exasperado—. Una memoria fotográfica no le servirá malditamente para nada si no entiende y comprende la totalidad de lo que ve. Y no tiene usted la preparación para hacerlo.

—Puedo hacerlo. Y si intenta detenerme, estará condenando a Jaan a muerte, además de quién sabe a cuántas otras personas. Y todo porque no me creyó.

Riker lanzó un suspiro.

—De acuerdo, Wesley. No va a creer lo que estoy diciéndole hasta que no lo haya aprendido por sí mismo. Usted gana.

Y dicho esto, dejó a Wesley solo en su habitación.

—Por supuesto que gano —murmuró Wesley—. Yo siempre gano. Soy *El Trust Cerebral*.

Riker le hizo una breve visita a la doctora Katherine Pulaski para confirmar que el material médico y los textos de consulta procedían de ella.

—No vi ningún mal en ello —le dijo.

—Ese crío piensa que él puede curar *La Podredumbre*.

—El joven piensa que puede curarla —lo corrigió Pulaski—. ¿Quién sabe, Will? Puede que tenga razón. Si Mozart con cinco años hubiera acudido a usted a pedirle que le comprara un piano porque tenía ganas de componer una sinfonía, ¿qué le habría contestado?

—Le habría dicho: «Pídeselo a tu padre».

—Habla como un auténtico segundo de a bordo.

La observación de ella había sido hecha sin acaloramiento, pero a pesar de eso los labios de él se tensaron con leve fastidio. Katherine le caía bien, siempre le había caído bien, y siempre sería así. Pero uno de sus secretos deseos era el de una vez, tan sólo una vez, ganarle una discusión. De alguna forma, esa meta aún parecía muy lejana.

Ella le dio unos toques suaves en el mentón cubierto por la barba.

—No esté tan abatido, Will. Si él tiene éxito, usted será el brillante y previsor oficial que le prestó su apoyo. Si fracasa, usted podrá decir: «Ya se lo había dicho».

—Yo no quiero decir: «ya se lo había dicho». Sólo quiero que sea feliz.

—Bien. —Ella hizo una pausa—. Entonces, rece para que pueda ayudar a su amigo.

—Hablando de su amigo... —y Riker recorrió la enfermería con la mirada—, no lo veo por aquí.

—¿Jaan? Le he dado el alta. Oh, lo mantengo bajo control. Pero ¿por qué habría de tenerlo encerrado aquí? —Se encogió de hombros—. Lo que tiene no es contagioso. Y desde luego, si fuera un prisionero de la enfermería iría en contra del propósito por el que se le mantiene a bordo. Con una medicación regular, reposo y controles periódicos, debería estar bien.

—Todo lo bien que puede estar alguien que está muriéndose.

—Eso es.

Tras concluir su improvisada reunión con Katherine, Riker se encaminó ahora a ingeniería. No le llevó mucho rato localizar a Geordi. Se encontraba en la sección que estaba atestada de técnicos que se movían alrededor del aparato que les habían («robado» era una palabra tan fea...) expropiado a los kreel. Riker permaneció de pie en la puerta durante un momento y los observó trabajar.

Parecían hormigas pululando sobre un resto de comida particularmente tentador.

Geordi estaba de pie, en medio de la actividad, pasándole un escáner por encima y moviendo la cabeza pausadamente. Riker lo llamó. Al principio, Geordi ni siquiera respondió. Luego, uno de los técnicos de la tripulación le dio un codazo, y Geordi trotó hasta donde se encontraba Riker, aguardándolo con paciencia.

Geordi le caía bien. Le gustaba de verdad, e incluso ahora tuvo que luchar contra la ocasional tentación de sentir lástima por la ceguera del ingeniero en jefe, en particular debido a que Geordi habría sido el primero en mofarse de cualquier sentimiento por el estilo. Riker había descubierto no hacía mucho que el VISOR que llevaba Geordi era una prótesis en cierto modo dolorosa debido al constante esfuerzo a que se veía sometida su

mente para manejar las entradas visuales que la mayoría de los humanos no podía ni imaginar. La capacidad para soportarlo con estoicismo, sin quejarse... era algo que le reconocía a Geordi. A cualquiera.

—¿Qué clase de arma es, teniente LaForge? —preguntó Riker con la formalidad que siempre empleaba al solicitar un informe.

Y Geordi, que nunca se dejaba impresionar por la formalidad, contestó:

—No va a gustarle.

—Tendré que aceptarlo. ¿Qué ha averiguado acerca de esta arma?

—Nada.

—¿Nada? —Riker no podía creerlo—. Geordi, su gente ha estado estudiando esa cosa durante horas y horas. ¿Necesita ayuda? No me diga —dijo con fingido horror—, que no puede arreglárselas sin Wesley.

Geordi le dedicó una sonrisa torcida.

—No, ni siquiera —y entonces imitó el tono característico del capitán Picard—, el formidable alférez Crusher...

—Que está ocupado en otra cosa —agregó Riker.

—...sería de mucha ayuda —acabó Geordi—. Está desafiando todos nuestros análisis espectrográficos. Hemos probado a sondearla con todo lo que se nos ha ocurrido para obtener lecturas sobre qué forman los circuitos de esta preciosidad. Lo hemos intentado con tricorders, escaners, la hemos bajado a la enfermería...

—Subido a la enfermería.

—Subido a la enfermería —corrigió Geordi—, y echado sobre el banco de diagnóstico. Incluso hemos probado, y pongo a Dios por testigo, los rayos X. ¿Qué le parece eso para una antigualla? Y ni siquiera eso ha dado resultado. Cualquier clase de rayo o luz que se proyecte hacia ella, que intente penetrar en las entrañas, esta cosa la hace rebotar.

—¿Usted puede verla?

Geordi hizo una pausa.

—Ésa es una buena pregunta, ¿verdad? Quiero decir, que al principio me sonó rara, pero eso es razonable. Yo simplemente di como una cosa hecha el que fuera capaz de verla. Sí, puedo verla. Pero sólo percibo su exterior. Ahora bien, resulta obvio que no repele toda la luz. Si lo hiciera...

—Sería invisible —dijo Riker.

—Exacto. Como un dispositivo de camuflaje. Así que pueden suceder dos cosas. O el exterior está hecho de algún metal del que nunca hemos oído hablar... y esta cosa tiene propiedades desconocidas, eso puedo decírselo ahora mismo; es una aleación hecha de metales que no puedo ni imaginar.

—O... —lo instó Riker.

—O bien tiene alguna clase de dispositivo de camuflaje que funciona por debajo de la capa externa, por lo que nuestros sondeos penetran sólo hasta allí y no más al interior.

—Ya veo.

—A mí me gustaría verlo.

—¿Ha aclarado algo sobre su alimentación y poder energético?

—No lo sé. Aún no he encontrado la manera de analizarlo. No sin arriesgarme a volar el flanco de la sección de ingeniería.

—Maravilloso. Al capitán le va a encantar.

—Bueno, pues que él averigüe cómo hacerlo —contestó Geordi, cuya aspereza era el primer indicio de la frustración que sentía—. Ni siquiera puedo desmontarla. Mire esto... —

Y guió a Riker hasta donde estaba el arma—. Excepto por estos dispositivos e inscripciones, carece de juntas. Fíjese... aquí tenía una especie de puerto de entrada, y los kreel le conectaron un circuito improvisado. Lo más disparatado es que funcionó. La suerte del estúpido. Este punto de entrada podría haber sido cualquier cosa, y en lugar de conseguir proveerla de energía, los kreel habrían podido estallar en pedazos.

—Tal vez ellos le caían bien a esta cosa.

—En ese caso, tienen un extraño gusto para los amigos.

Riker miró por encima del hombro y frunció el entrecejo.

—Usted ha dicho que «tenía» un puerto de entrada. ¿Dónde está ahora?

—Sellado.

La boca de Riker se movió durante un instante, intentando pronunciar la pregunta:

—Está... ¿qué?

—Sellado. Quitamos lo que los kreel habían conectado, y sólo tuvimos tiempo de ver cómo se cerraba el agujero.

—¡Eso es una locura! ¿Qué está diciendo? ¿Que esta cosa tiene vida?

—Le aseguro que espero que no la tenga —dijo Geordi—. Porque hemos estado pinchando e incordiando a esta cosa, y si está viva podría enfadarse mucho con nosotros. Y no me gustaría que *Diminuta se* enfadara con nosotros.

—¿*Diminuta*?

—Es el apodo que le he puesto.

—Estupendo. Así que, cuénteme, Geordi —dijo Riker mientras describía un círculo en torno al arma, contemplándola con asombro—, ¿cómo hizo para cerrarse, exactamente?

¿Bajó una pequeña tapa?

—No. Eso lo habría entendido. Sería algo normal. Tendría lógica. En el caso de esta cosa, el metal pareció vibrar durante un momento y luego comenzó a... no sé...

—¿Remodelarse? —sugirió uno de los técnicos.

—Es una palabra tan buena como cualquier otra. Se remodeló en torno al agujero, rellenándolo y alisándolo. Tardó quizá unos tres segundos. Como si el metal fuera maleable. Y en cuanto la modelación acabó, volvió a endurecerse. Quedó tan lisa como el resto.

Riker se reclinó contra una consola mientras sacudía la cabeza.

—Así que lo que tenemos aquí —comentó Geordi con una irónica alegría—, es condenadamente peculiar.

Y Riker se preguntó qué haría el capitán con ese informe.

Worf entró en el simulador. La puerta se cerró a sus espaldas y él recorrió con la mirada la sala sin activar. Era sobria, grande y negra, con una resplandeciente parrilla de cuadrados dorados.

Worf podría haber luchado según un elaborado guión: cualquier cosa que fuera desde el batallar en los parapetos de una fortaleza hasta el luchar por su vida en las llanuras de un desierto alienígena. Pero los klingon no eran muy dados a las extravagancias.

Avanzó con lentitud y dijo:

—Pista de lucha.

De inmediato, un gran cuadrado se definió con parpadeantes líneas. Recordó que durante las prácticas, Tasha siempre había pedido una colchoneta. No quería faltar al respeto a la honorable Tasha Yar, pero la comodidad de una colchoneta resultaba algo inapropiada para un klingon.

Avanzó hasta el centro de la pista y ocupó allí su lugar, con el cuerpo relajado y a punto, los ojos entrecerrados, listo para la lucha.

—Oponentes —dijo—. Cuatro.

En cada esquina del cuadrilátero apareció un enemigo grande y fornido para que Worf luchara. Él frunció el entrecejo. Había algo que no estaba bien.

Luego supo qué quería.

—Remodele —dijo—. Kreel.

Las cuatro formas desaparecieron para ser de inmediato reemplazadas por cuatro guerreros kreel. Permanecieron allí de pie, impasibles, aguardando recibir una orden.

Los klingon, por regla general, no sonreían. No exteriormente. Worf hacía honor a esta regla.

Pero había una cosa que tenía que hacer antes de que comenzara el entrenamiento. La computadora analizaría la pelea a medida que fuera desarrollándose, y si Worf llegaba a encontrarse en grave peligro, la computadora cerraría el programa. Un guerrero no podía dar lo mejor de sí si no había nada en juego.

Sin embargo, Worf había realizado algunas modificaciones en la computadora.

—Anule la desconexión por peligro mortal.

Por primera vez, la incorpórea voz de la computadora habló.

—Obedecido —dijo. Eso significaba que la computadora no interrumpiría el programa ante un ataque mortal.

—Ataque —ordenó él.

Aguardó, con los talones en el aire, las manos ahora delante de sí en una postura «T».

Cuando uno luchaba con creaciones de computadora, hacía mucho más que pelear contra muñecos sin mente. La computadora aprendía con una rapidez extrema, y era capaz de compensar a gran velocidad. Para cada movimiento desarrollaba un contramovimiento. En pocas palabras, uno estaba luchando contra un aparato que pensaba con la misma lentitud que los humanoides sólo si decidía hacerlo así.

El primer kreel se lanzó hacia delante, mientras los otros esperaban a ver qué haría Worf. Puesto que eran más que una simple creación simulada, los kreel atacaron de la forma en que lo hacen los kreel. Sin arte, sin inteligencia, sin estrategia. Cargaban directamente, con los brazos extendidos, los dedos a modo de garras y ansiosos por apresar la garganta del oponente, o sus brazos, o piernas, o cualquier cosa que pudieran romper.

Worf se mantuvo firme, con las rodillas un poco flexionadas, los brazos extendidos y a punto. En el último momento esquivó la acometida, aferrando al kreel por la nuca y la cintura y utilizando contra él su propia velocidad. Con un gruñido arrojó al kreel fuera de la pista, donde quedó tendido e inmóvil, fuera de combate.

Aguardó a que lo atacara el siguiente, o quizá los dos siguientes. En cambio, para su sorpresa, la computadora lo confundió. Le envió al mismo tiempo a los tres kreel que quedaban.

El movimiento lo pilló con la guardia completamente baja, y los tres kreel convergieron sobre él; lo aferraron y lo derribaron. Worf cayó bajo una lluvia de puñetazos.

Atajó los golpes lo mejor que pudo con sus fornidos brazos, y uno de los kreel ya le había sujetado una pierna y estaba a punto de rodeársela con otro miembro en un intento de romperla. Worf, en el suelo, giró sobre sí, puso el otro pie en posición y estrelló la bota contra la cara del kreel. Éste cayó de espaldas con su nariz chorreando sangre simulada.

Worf se zafó de la presa de los otros dos kreel. Uno de ellos intentó pillarlo, pero Worf lo esquivó con facilidad, dándole a su atacante una patada en la garganta. El kreel cayó,

ahogándose, y Worf giró sobre sí y le propinó una patada del revés que rompió la mandíbula del kreen y le hizo saltar varios dientes. El kreen, tremendamente lastimado, se alejó dando tumbos, del klingon, y al hacerlo salió del cuadrilátero y quedó inactivo.

Los dos kreen restantes acometieron contra él, uno intentando agarrarlo por las piernas mientras que el otro se lanzaba hacia su torso. Worf dio un salto atrás y los dos chocaron. Uno se puso de pie con rapidez, pero Worf lo estaba esperando. Golpeó dos veces al kreen en el estómago, y cuando éste se doblaba en dos, Worf lo cogió por los hombros y le dio un rodillazo en el mentón. Fue una maniobra violenta y malintencionada. A Worf le satisfizo.

En ese momento, el otro saltó sobre la espalda de Worf, y le torció uno de los brazos hacia atrás. El klingon usó el brazo libre para arrojar al kreen fuera del cuadrilátero, y volvió toda su atención hacia el que tenía sobre la espalda.

Giró sobre sí, intentando sacudirse aquel maldito ser, pero no quería soltarse. El kreen echó los brazos hacia delante y lo rodeó, y de pronto Worf se encontró con su cuello crujiendo bajo la presa de una llave.

Se dejó caer de espaldas, descargando todo su peso al estrellar al kreen debajo de sí. Y a pesar de eso, la creación de la computadora no lo soltó. Worf agarró los brazos que le rodeaban el cuello, pero no pudo liberarse de la presa de éstos.

Worf gruñó, y la computadora analizó ese ruido y recordó, según sus bancos de memoria, que ése era el único sonido que podría llegar a oírsele proferir a un klingon en apuros. Ante la muerte inminente, un klingon nunca gritaría ni imprecaría ni aullaría. Sólo emitiría una protesta no verbal desde el fondo del pecho.

La computadora instruyó a su creación para que le diese una opción a Worf.

—Ríndete —gruñó el kreen.

—¡Antes la muerte! —le gritó Worf a modo de respuesta, y tuvo la seguridad, toda la seguridad de que ésas serían sus últimas palabras, porque la habitación comenzaba a ennegrecerse y le resultaba difícil respirar...

Las manos del kreen estaban fuera de su vista, trabadas en la parte trasera del cuello de Worf. Sus brazos increíblemente largos, parecidos a los de un gorila, se hallaban ahora extendidos del todo; y de pronto, Worf vio una salida.

Dejó de golpear las manos del Kreen, y en cambio aferró los largos antebrazos que tenía a la vista. Al no continuar luchando contra la presión de las manos, le permitía al kreen ejercer toda su fuerza sobre él, una maniobra que en cuestión de segundos podía dejarlo permanentemente impedido o matarlo.

Agarró el antebrazo izquierdo del kreen, se lo llevó a la boca y lo mordió con toda la fuerza de que era capaz.

Saboreó la sangre kreen cuando su atacante chilló de dolor, y la presa sobre su cuello se aflojó. Mordió con más fuerza y ahora el kreen lo soltó del todo; Worf dio media vuelta y estrelló al kreen contra el suelo valiéndose de una llave de judo. Escupió el repugnante líquido y se dejó caer con ambas rodillas sobre el pecho del kreen. Oyó el satisfactorio sonido de las costillas al romperse mientras agarraba al kreen por su cuello casi inexistente, en el punto en que la cabezota se unía con los hombros. Hundió y clavó los pulgares, haciendo una buena presa.

El kreen emitió gorgoteantes ruidos, y sus ojos de cerdo se abrieron de par en par, y luego dijo algo muy inesperado.

—Clemencia.

La palabra salió en medio de los jadeos ahogados del kreen.

Worf miró con sorpresa a su enemigo caído. Sus manos aún apretaban con fuerza la

garganta de la criatura.

La criatura. A los klingon, ni siquiera los klingon criados durante la mayor parte de sus vidas por seres humanos, no se les educaba para que pensarán en los kreeel como criaturas, como en seres sensibles al igual que ellos. Sólo como chacales, como sabandijas a las que había que eliminar, de la misma manera que si fueran cucarachas que aguardaban la caída de la humanidad para salir y apoderarse del mundo.

—No hay clemencia —dijo Worf.

Apretó sin apenas esfuerzo y el chasquido del cuello roto del kreeel bajo sus manos fue ensordecedor y muy, muy satisfactorio. La sangre salió en un hilillo por la boca del kreeel y cayó sobre las manos de Worf, y Worf hizo caso omiso de ella, regocijado por la gloria de la victoria.

El kreeel yacía laxo sobre el suelo, mientras escapaba de él la vida que nunca había tenido.

Worf se puso en pie con lentitud, contemplando fijamente el cadáver que nunca había vivido. Luego se miró las manos, flexionándolas a modo de prueba, como si las viese por primera vez.

—Finalice ejercicio —dijo.

Sus enemigos desaparecieron como si nunca hubiesen existido. El cuadrilátero se desvaneció. Era como si todo hubiera sido un sueño.

Excepto...

La sangre continuaba allí. Se miró fijamente las manos, las volvió del revés, y no pudo entenderlo. Todavía tenían sangre de la simulación, y no deberían tenerla, no podían tenerla. ¿O sí podían?

Con lentitud, los pasos de sus botas extrañamente ruidosos, avanzó hasta la salida y la puerta se abrió. Al entrar en el familiar pasillo de la *Enterprise* se miró las manos una vez más y esta vez, ahora que estaba fuera del simulador, la sangre había desaparecido.

Sonrió. Para sus adentros, por supuesto.

—Que traigan a los kreeel —dijo.

El puente de un crucero de batalla klingon no era un lugar en que tuvieran lugar muchas charlas innecesarias. De todas formas, cualquier conversación intrascendente que estuviera desarrollándose en él se interrumpió de inmediato al entrar Kobry en el puente de la *Kothulu*. El comandante estaba en ese momento de espaldas a la puerta, por lo que sintió más que vio al intruso. Dio media vuelta y bajó los ojos hasta el klingon enano.

—¿Sí, honorable? —preguntó.

Kobry pareció mirarlo de arriba abajo antes de decir:

—Sentía curiosidad por saber para cuándo estaba previsto el encuentro con la *Enterprise*.

—Dentro de seis horas, honorable. —Hizo una pausa—. ¿Hay algún otro asunto en el que pueda ayudarlo?

Era obvio que a Kobry estaban ocurriéndosele varias respuestas, pero no pronunció ninguna. En cambio, se limitó a decir.

—No. Con eso bastará, comandante. —Dio media vuelta y salió del puente.

El comandante volvió a sentarse en su asiento, sintiéndose poco complacido... sentimiento que era compartido ansiosamente por su segundo al mando.

—Comandante, esto es intolerable —dijo Tron.

El comandante volvió su malevolente mirada hacia Tron. Luego, con sorprendente brusquedad, dijo:

—En mis habitaciones, Tron.

Se puso en pie y salió del puente, dejando a los demás mirándose los unos a los otros con aire confuso. El propio Tron, sin entender nada, siguió a su superior fuera del puente.

Momentos más tarde estaban en las habitaciones del comandante. Era un lugar donde podía mantenerse una conversación privada. En otra época, durante el imperio, lujos semejantes como el «estar en privado» eran inexistentes. La habitación habría estado dotada, como mínimo, con una cámara conectada con seguridad. Esos tiempos ya eran cosa pasada.

El comandante se volvió a mirar a su segundo de a bordo, con los brazos cruzados.

—¿Quiere hacer el favor de ser más concreto, Tron? ¿Qué quiere decir con «esto»?

—A esta... situación. —Hablaba a tal velocidad, con tal violencia apenas reprimida, que las palabras casi tropezaban las unas con las otras—. Usted me ha ordenado que sea uno de los miembros del personal de Seguridad del Honorable Kobry a bordo de la *Enterprise*.

—Correcto.

—¡Kreel!

—No tengo ningún problema auditivo, Tron.

—Comandante... —y los klingon no rogaban, pero si lo hicieran, Tron estaba condenadamente cerca de hacerlo—, me parece que hace muy poco salimos del dique seco tras reparar los daños que esa escoria kreel le infligió a esta nave. Por no mencionar que pusieron en peligro mi vida, las muertes de dos miembros del grupo de descenso en DQN 1196, y la sangre klingon derramada por los kreel desde el primer enfrentamiento.

—¿Tiene algo que ver con esto, Tron?

De ordinario nunca se habría atrevido a decir tantas cosas, a hablar tan sin pelos en la lengua. Pero tenía la sensación de que, por algún motivo, el comandante estaba interesado de verdad en lo que tenía que decir, y no iba a dejar que se le escapara la oportunidad.

—El caso es, señor, que a pesar de que la Federación y el imperio están manteniendo la ficción de que no hay una guerra a gran escala entre nosotros y los kreel, esos animales han

estado echándonos continuamente al cuello desde que descubrieron el depósito de armas en DQN 1196. Pero una vez que comenzamos a devolverles los golpes, todos corrieron a la Federación para que actuase como mediadora. ¿Qué venganza hay en ello? ¿Dónde está el orgullo klingon?

El comandante no respondió de inmediato. En cambio, miró hacia el exterior por la tronera, en apariencia obteniendo algún consuelo en las estrellas que describían gráciles arcos hacia ellos al viajar la nave a velocidad hiperespacial en dirección al punto de encuentro.

—Usted predica las viejas costumbres —dijo al fin—. Las costumbres que regían antes de la época del Gran Despertar. Las costumbres anteriores a que se forjara la alianza entre los klingon y la Federación, que ha traído nueva prosperidad, nuevos adelantos para nuestro pueblo. Y nunca olvide que uno de los forjadores clave de esa alianza está en esta mismísima nave.

—El honorable Kobry —suspiró Tron.

—Correcto. Kobry es uno de los hombres de estado más reverenciados —dijo el comandante—. Pensador, filósofo... Su pasado, su historia, es legendaria. A pesar de eso, antes del Gran Despertar, éramos una raza guerrera, salvaje... muy parecida a los k reel, a decir verdad.

Tron escupió.

—Es algo difícil de admitir —continuó el comandante—, pero es la verdad, como ya he dicho. Lo que usted o yo podamos sentir respecto al actual destino del imperio klingon, es irrelevante. Debemos cumplir con los deseos del emperador, y esos deseos son ahora que la guerra abierta entre los k reel y los klingon debe ser considerada como último recurso. Algo que debe tener lugar sólo si todas las negociaciones quedan en nada; si los k reel demuestran no sentir más que desdén por todo aquello que los klingon reverenciamos y honramos.

—Eso ya lo han demostrado —replicó Tron con impaciencia.

—No lo bastante —dijo el capitán, y ahora hubo algo más en su tono. Algo que no resultaba del todo identificable. Y luego, curiosamente, hizo algo que jamás hacía. Repitió lo que acababa de decir—: Desdén por todo lo que los klingon reverenciamos y... honramos.

Al principio, Tron no lo captó.

—Nosotros honramos la batalla —respondió—, honramos la muerte noble, honramos...

—Personas —dijo el capitán.

Y entonces, con lentitud, lo que estaba diciendo o insinuando, comenzó a penetrar en la mente de Tron. Y, para no poner un punto demasiado sutil en la frase, el comandante dijo:

—Personas... honorables... concretas.

—Como... el Honorable Kobry —comentó Tron con lentitud.

—Como él. —Durante todo ese tiempo, el capitán no miraba a su primer oficial—. Ahora bien, si algo le sucediera al honorable Kobry... algo de lo que fueran responsables los malditos k reel... eso sería un insulto al honor klingon que ninguna negociación podría arreglar.

—Sí... sí, lo sería.

—La guerra abierta sería un hecho. Casi instantánea. Una guerra que sin duda los klingon ganaríamos, con o sin la avanzada tecnología k reel. La guerra es inevitable, ¿sabe? No fue más que una suerte para los k reel el que el Gran Despertar evitara que fueran exterminados hace décadas. Ahora tienen armas que pueden complicarnos la vida. Quién sabe dónde estarán dentro de varias décadas. Mientras nosotros perdemos el tiempo con charlas, haciendo promesas de paz y buena camaradería, ellos pueden armarse aún más, hasta el

punto en que sean invencibles. Ninguno de nosotros quiere eso ¿verdad?

—No, por supuesto que no. —Tron apenas podía comprender la enormidad de lo que se estaba diciendo, o insinuando—. Entiendo plenamente su deducción, señor.

—¿Deducciones? —Y ahora el comandante sí lo miró, con una expresión de inocencia que no parecía natural en un klingon—. ¿Qué deducciones, Tron? Esto no es más que una conversación informal entre superior y subordinado. Yo no afirmo que pueda ver el futuro. No tengo ni idea de qué va a suceder. Y creo con toda certeza que tampoco usted lo sabe.

—¿Cómo podría saberlo? —respondió Tron, cauteloso—. Yo no soy un adivino.

—Tampoco yo —dijo el comandante—. Ni soy un diplomático, ni un sabio, ni ningún gran pensador o filósofo. No soy más que un humilde soldado. Un patriota, que desea ver al imperio avanzando por el camino de su primer y mejor destino. Al igual que usted. Al igual que todos los grandes héroes.

—Me siento honrado, señor, de que piense usted eso de mí.

—No es más que lo que se merece, Tron. En verdad, mi deseo es que todos los klingon reciban exactamente lo que se merecen. —Volvió a apartar la vista de él—. Eso es todo.

Tron dio media vuelta para marcharse, con la mente hecha aún un torbellino con las insinuaciones implícitas. Las amenazas no verbalizadas, las maquinaciones, los acuerdos bajo mano que podrían llevar a la guerra, con bajas que se contarían por millones y el asesinato en masa de un enemigo odiado. Una oportunidad para vivir con dignidad y/o morir con gloria.

Igual que en los buenos viejos tiempos.

—Ya tengo bastante —dijo Jaan—. He terminado. No aguanto más.

Con repulsión, arrojó las cartas sobre la mesa.

—Maldito color. Y... —miró a los otros jugadores que estaban en torno a la mesa—, es todo culpa de ustedes.

Data lo miró fijamente con sus ojos dorados, mientras mantenía las cartas ante sí adoptando un gesto sereno.

—Me temo que no sigo su línea de pensamiento.

Sentados ante la mesa, todos con pilas de fichas de diferente altura ante ellos, se encontraban Data, Geordi y Deanna Troi. Jaan sacudía la cabeza.

—Lo que quiero decir es que... mire a este grupo. El androide que nunca cambia de expresión. Geordi, al que no pueden vérselo los ojos. Y una mujer que puede percibir si estoy o no contento con la mano que me ha tocado.

—Yo nunca utilizaría mis habilidades para hacer trampa —replicó Deanna con rigidez.

—Creo que está bromeando, consejera —dijo Geordi.

A pesar de su misteriosa habilidad para percibir las emociones (o tal vez a causa de ésta), Troi era una de las personas más serias de la tripulación. A veces hacía que Data pareciera una hiena.

—No, no está bromeando —rechazó Troi.

—Sí, estoy bromeando —dijo ahora Jaan, con una sonrisa torcida.

Y entonces Troi lo miró de hito en hito, y no dijo nada, pero lo que estaba pensando era muy claro. «No, no está bromeando.»

—De cualquier forma, me retiro —dijo—. La verdad es que estoy un poco cansado. —Se levantó y salió de la sala.

Momentos más tarde se detuvo en el corredor y se recostó contra la pared. Podía sentir que su corazón latía aceleradamente y se obligó a respirar con lentitud y regularidad. Luego pulsó una unidad de intercomunicación.

—¿Enfermería? —dijo.

—Enfermería, aquí la doctora Pulaski —contestó una voz enérgica—. ¿Eres tú, Jaan?

—Sí. —Se obligó a erguirse un poco más, como si Pulaski pudiera verlo y fruncir el entrecejo ante la postura—. Me siento bastante mareado.

—No me sorprende. Es la hora de tu medicación. Estaba a punto de enviar a un equipo médico a buscarte. ¿Dónde estás?

—Cerca de la sala recreativa D5.

—Enviaré una escolta.

—No —se apresuró a responder él, con un leve toque de enojo—. Puedo ir solo. No voy a ser un condenado inválido al que haya que llevar a todas partes. Estaré allí dentro de poco, por mis propios medios.

Ella pareció dudar, y luego dijo:

—De acuerdo. Te doy cinco minutos. Es tiempo más que suficiente. Pero si para entonces no estás aquí, enviaré a alguien para que te busque y traiga aquí abajo.

—Hecho.

Se alejó del panel del intercomunicador, en dirección al turboascensor. Entonces, a sus espaldas, una voz dijo:

—Jaan.

Él continuó caminando.

—Voy camino de la enfermería, consejera. Me han dado un tiempo límite... el suficiente, supongo. Así que si quiere charlar, tendrá que hacerlo mientras caminamos.

—Bien. —Troi echó a andar junto a él—. Últimamente he estado un poco preocupada por usted, Jaan.

—El capitán le habló de mi problema, ¿no es cierto?

—Como consejera de la nave, soy responsable del bienestar mental de todos los de a bordo.

—¿Es ésa su esquiva manera de decir «sí»?

Ella se aclaró la garganta.

—Sí. Pero yo sólo quería que usted supiera que el capitán no está haciendo correr la voz por toda la nave. —No agregó que Bobbi Chase ya lo había hecho.

De pronto Deanna Troi se detuvo junto a una puerta.

—Resulta, Jaan, que éste es mi camarote. Yo tenía la esperanza de hablar de esto en privado.

Él hizo una especie de gesto vago hacia abajo.

—Me están esperando en la enfermería. Si no me presento allí, enviarán unos sabuesos a buscarme.

Troi lo pensó durante un momento, y luego pulsó su insignia.

—Troi a enfermería.

—Enfermería. Aquí Pulaski. ¿Qué sucede, Deanna?

—Según tengo entendido, están esperando a Jaan en la enfermería.

—Así es.

—Está conmigo, y me gustaría retenerlo durante algunos minutos si a usted no le importa.

—No estoy segura de cuánto le importará a Jaan. Parecía encontrarse bastante mal hace un momento.

—Puedo aguantar unos cuantos minutos más, doctora —dijo ahora Jaan en voz alta. Le dedicó una insinuante sonrisa a Deanna—. Los elfos tenemos unos notables poderes de recuperación.

—Eso he oído. De acuerdo, Deanna, pero es usted responsable de él.

—De acuerdo. Corto.

Ella se volvió a mirarlo y él aún estaba sonriendo y, ¡maravilla!, no se había dado cuenta de lo cautivador que era su rostro.

—Debo confesar —dijo con lentitud—, que no tengo tanta experiencia con los selevianos como debería. Teniendo más de un millar de personas a bordo...

—No hay ningún problema —dijo él. Avanzó un paso hacia Troi—. Ningún problema, en absoluto.

En ese momento su insignia emitió un silbido indicando una llamada. Ella le dedicó a Jaan una media sonrisa de disculpa y volvió a pulsarla.

—Aquí la consejera Troi —dijo.

—Aquí el capitán Picard —contestó la muy característica voz—. Nos hemos encontrado con la nave klingon y estamos preparándonos para recibir al embajador klingon y su grupo. Creo que sería mejor que usted se hallara aquí con nosotros.

—Capitán... —Contra lo habitual en ella, dudó—. En este momento estoy en una conversación privada.

—¿Hay alguna posibilidad de que pueda retrasarla?

Ella alzó los ojos hacia Jaan, a punto de decirle que el capitán parecía muy insistente.

Jaan estaba sacudiendo la cabeza con lentitud y formando con los labios la palabra «No».

Los ojos de él se abrieron, dibujando una expresión divertida.

Y, por supuesto, la respuesta fue no. Al fin y al cabo, tenía delante a alguien que necesitaba de inmediato su ayuda. El capitán era sin duda capaz de manejar sólo cualquier situación que pudiera surgir con los klingon, hasta que ella llegara.

—¿Troi? —dijo Picard después de una pausa de fastidio.

—Creo, capitán, que el retrasarla sería de lo más imprudente.

Prácticamente pudo ver la expresión de sorpresa de Picard.

—Muy bien, consejera —repuso—. Haga uso de su criterio. Sólo le pido que venga lo antes posible.

—Desde luego, señor. Desde luego.

—Muy bien. Corto.

Sin prisas, la mano de ella bajó de la insignia y Jaan la tomó entre las suyas. La proximidad de él le resultaba turbadora.

—Ahora —dijo él con voz musical—, ¿de qué deseaba hablar conmigo?

—Eso ha sido condenadamente peculiar —comentó Picard, en el puente. Se volvió a mirar a Riker—. ¿No se lo ha parecido a usted, número uno? Y, por cierto, señor Riker —prosiguió, sin darle a Riker oportunidad de responder—, ese hábito que ha adquirido es muy fastidioso.

Confundido, Riker preguntó:

—¿Qué hábito, señor?

—El acariciarse repetidamente la barba cada vez que se le formula una pregunta. Hace que parezca que está usted indeciso.

—¿De verdad? —inquirió Riker con inocencia—. Lo siento, señor. Trataré de controlarme. Y en cuanto a su pregunta, bueno... Deanna puede ser muy resuelta cuando cree que la necesitan.

—Desde luego.

—Me gustaría pensar que eso la convierte en una buena consejera.

El turboascensor de popa se abrió, y Geordi y Data, que habían recibido llamadas antes que Deanna, entraron.

Data se encaminó al terminal de observación y se sentó, al tiempo que contemplaba con interés al crucero de batalla klingon que flotaba en su monitor. En otra época, la presencia de una nave semejante hubiera sido garantía de, por lo menos, una situación de alerta amarilla. Eso, sin embargo, había sido antes de los tiempos de Data.

Luego se volvió y miró hacia el terminal de navegación, ahora ocupado por el teniente Marks.

—¿Dónde está Wesley? —preguntó Data.

—Data —dijo Picard—, no vuelva, bajo ninguna circunstancia, a preguntarme dónde está Wesley Crusher.

—Sí, señor.

—Capitán —dijo Worf desde su consola de seguridad—. Estoy recibiendo un mensaje procedente de la nave.

Picard no pudo evitar darse cuenta de que Worf no había especificado «nave klingon», como habría hecho con cualquier otra.

—Les habla el capitán Picard, de la *Enterprise* —dijo.

La pantalla parpadeó, y apareció la imagen del capitán klingon.

—Saludos, capitán Picard —dijo con su voz ronca—. En otra época, habría podido llamarlo

enemigo.

—Una época pasada hace mucho —respondió Picard.

—Estamos preparados para transportar a bordo al embajador y su grupo. Le pedimos que trate con cuidado extraordinario al Honorable Kobry.

—Como lo haríamos con cualquier huésped.

—Pero el Honorable Kobry no es sólo cualquier huésped —replicó el comandante—. Es una de las figuras más reverenciadas de nuestro imperio. Sin duda, los kreeel tienen que estar enterados de eso.

—Estoy seguro de que así es —dijo Picard. Ya tenía sospechas respecto a dónde iría a parar la conversación, pero permitió seguir adelante.

—Su nave albergará a diplomáticos kreeel a los que se les dará rienda suelta. ¿Sabe usted cuál es la definición de los diplomáticos kreeel?

Picard negó con la cabeza, y desde detrás de él Worf habló en voz alta.

—Un kreeel que se ha quedado sin municiones.

El klingon de la pantalla profirió un sonido extraño, y Picard, al principio, pensó que el oficial klingon se estaba muriendo. Luego se dio cuenta de lo que era. Una risa klingon. Una especie de cruce entre aclararse la garganta y sufrir náuseas.

—¡Muy bien! Usted tiene que ser el legendario Worf.

De pronto, Worf se dio cuenta de que había cometido una falta de educación y respeto al mando al hablar sin aprobación del capitán Picard. Había sido algo automático, sencillamente. Ahora permaneció en silencio hasta que el capitán inclinó apenas la cabeza hacia el monitor.

—Soy el teniente Worf.

—¿El primer oficial Worf, no?

Worf hizo una ligera pausa.

—Estas cosas llevan tiempo.

Picard dirigió los ojos hacia Riker, el cual le dedicó una mirada de «¿qué esperaba?».

El capitán klingon aún estaba hablando con Worf.

—Es una gran fortuna tener a un miembro del imperio klingon a bordo de la *Enterprise* para que actúe como seguro adicional.

—Soy el jefe de Seguridad y estoy bajo el mando del capitán Picard, que es muy diligente en dichos asuntos —contestó Worf con rigidez—. En esas circunstancias, me siento más que complacido de cumplir con mi deber. Sin embargo, yo pienso en mí mismo principalmente como ciudadano de la Federación más que como miembro del imperio klingon.

Picard asintió apenas con gesto de aprobación.

El capitán klingon, no obstante, lo miró con escepticismo.

—Teniente Worf... ¿se ha mirado al espejo, últimamente?

—Me temo que yo no...

—Un klingon hace lo que un klingon es, teniente Worf. Obre según le dicte su conciencia, pero nada puede alterar el hecho de que usted es... uno de nosotros. —Volvió a mirar a Picard—. Prepárense para recibir al honorable Kobry.

—Lo recibiremos en la sala del transportador principal —dijo Picard—. Corto. —Se puso de pie y dijo—: Riker, Worf, ustedes me acompañarán. LaForge, queda usted al mando.

Cuando se encaminaban hacia el turboascensor, Picard comentó en tono brusco:

—Espero que la consejera Troi acabe con lo que está demorándola, sea lo que sea. Esta es precisamente el tipo de situación en la que me gusta tenerla con nosotros.

—Puedo hacer discretas averiguaciones referentes a cuánto tardará, y reunirme con usted en la sala del transportador dentro de un momento —ofreció Riker.

Picard asintió.

—Hágalo.

Deanna Troi se obligó a retroceder a un paso del elfo. Le resultaba tan difícil concentrar sus pensamientos, recordar cuál era el tema del que quería hablar con él...

—Quiero... hablar con usted sobre su estado mental.

—Perfecto —respondió Jaan sonriendo—. Me gustan las mujeres que están interesadas en mí por mi mente.

Troi sacudió la cabeza, tanto para aclarar sus propios pensamientos confusos como para cualquier otra cosa.

—Creo que usted... que usted no me entiende.

—La entiendo a la perfección. Usted es la consejera de la nave. Está preocupada por mí. Está realizando su trabajo. Resulta bastante simple.

—Sí. —Ella inspiró profundamente—. Sí, es así de simple.

Él había dejado de acercársele, pero ahora alargó una mano y la posó sobre uno de los hombros de ella. Los ojos de él rutilaron, y por primera vez Troi se dio cuenta de que las pupilas parecían tener pequeñas motas cobrizas que se arremolinaban en el interior.

—Sin embargo —dijo él en voz baja—, yo pensé que tal vez se sentía atraída por mí.

Ella intentó realizar otra inspiración, pero sentía los pulmones pesados, oprimidos.

—He estado sintiendo... cosas relacionadas con usted.

—Y yo con usted —murmuró él.

—No —pero no fue capaz de reunir mucha fuerza—. No, ya sabía que estaba entendiéndome mal.

—¿Ah, sí?

—Estoy recibiendo impresiones de usted...

—¿De qué?

—Miedo. Miedo por su estado de salud, ahora que se ha declarado su enfermedad. Miedo y desesperación que lo impulsarían a hacer... hacer...

—¿Hacer qué, Deanna? —preguntó él. Parecía divertirse mucho.

Ella tenía el pulso acelerado y sentía que la sangre le latía en las sienes. ¿Qué estaba sucediéndole? ¿Qué se estaba apoderando de ella? Comenzaba a sudar.

—Cualquier cosa... —y la palabra fue un gemido bajo.

—¿Usted haría cualquier cosa?

—Sí. No, yo...

—Míreme, Deanna.

Ella intentó apartar la vista, pero él la tomó por el mentón y le volvió el rostro hasta mirarla a los ojos. Le sonrió.

—¿Tengo el aspecto de alguien que está asustado? ¿Alguien que está desesperado?

—No. Pero usted no está... quiero decir, yo... —Ella se interrumpió, con sus pensamientos normalmente ordenados convertidos en una mezcolanza; su autocontrol, evaporado. Se tiró del uniforme ahora empapado de sudor que se le pegaba al cuerpo—. ¿No hace... calor aquí?

—A mí no me lo parece —repuso Jaan con aire inocente.

—Me siento... tan incómoda... con esta ropa.

—Bueno, yo sé cómo remediar eso.

Y sonó el timbre de la puerta.

Jaan sintió deseos de gritar: «¡Ahora no!». Pero al desviarse sus pensamientos durante apenas un instante, lo mismo sucedió con su control, y Deanna quedó en libertad. Sin embargo, continuaba confusa, desorientada, y él aprovechó la oportunidad para decirle, con decisión:

—Estoy bien emocionalmente. No hay necesidad de preocuparse por mí. Ninguna en absoluto.

El timbre sonó una vez más, y él la liberó, física y mentalmente. Ella se apartó de él con el cuerpo laxo, y luego recobró su postura habitual. Sonrió, un poco confundida, pero cómoda consigo misma.

—Consejera —dijo la voz de Riker al otro lado de la puerta—. Detesto molestarla, pero sólo necesito saber cuándo podemos esperar que se reúna con el embajador klingon. No hay prisa, ya me entiende.

—De hecho, creo que aquí ya hemos terminado, Riker —respondió Troi—. ¿No está de acuerdo, Jaan?

—Absolutamente.

La puerta se abrió y Riker la atravesó; sus ojos fueron de Deanna a Jaan y de vuelta.

—Le aseguro que no quiero interrumpir...

—Oh, por supuesto que no —contestó Jaan alegremente—. Pero puedo entender el porqué. La consejera Troi es una mujer atareada. Es una gran injusticia por mi parte el monopolizar su tiempo. —Con gracilidad, tomó una mano de Deanna y le besó los nudillos—. Hasta más tarde, consejera. —Salió del camarote.

Riker estudió a Deanna con atención.

—¿Te encuentras bien, Deanna? —le preguntó, hablándole con la familiaridad que utilizaban cuando no había nadie más.

—Estoy bien, Will. ¿Por qué?

—Pareces un poco acalorada, eso es todo.

—Estoy bien, de veras. ¿Dónde están el embajador y su grupo?

—Entrando en este momento. Si nos damos prisa...

—No digas nada más.

Salieron del camarote y echaron a andar corredor adelante. Mientras caminaban, Riker observó:

—Así que era Jaan tu paciente de emergencia.

—Estoy segura de que no es una sorpresa para ti —comentó Troi con serenidad—. Dado el deterioro de su estado físico, hay que controlar cuidadosamente su estado mental.

—¿Y qué has descubierto...? Si no contraviene la necesaria reserva. ¿Alguna cosa preocupante?

Ella sonrió, divertida por la constante preocupación de Riker de estar siempre al tanto de todo.

—No creo que contravenga la necesaria reserva en este caso —contestó—. Puedo decirte con toda tranquilidad que se encuentra bien emocionalmente. No hay necesidad de preocuparse por él. Ninguna en absoluto.

Los primeros klingon que fueron transportados desde la *Kothulu* eran los guardias de honor... o, más precisamente, los guardaespaldas. Eran ocho, y para Picard tenían un aspecto notablemente similar. Con algunas razas alienígenas, resultaba difícil diferenciar a los individuos. Las facciones parecían confundirse unas con otras. Se preguntó si a los klingon les resultaría difícil diferenciarlo, por ejemplo, a él de Riker. Le echó una mirada a Riker, que estaba atentamente de pie junto a la recién llegada Deanna Troi, y decidió que eso parecía bastante improbable.

A pesar de que los guardaespaldas no tenían desenfundadas las armas, sus manos se hallaban al alcance de las fundas de las pistolas fásicas. Sin moverse de la plataforma del transportador, recorrieron la sala con la vista como si les preocupara que unos asesinos pudieran aparecer en cualquier momento.

Ahora, el klingon que estaba más adelantado avanzó. Sus ropas eran más elaboradas, lindando con la etiqueta, cosa que indicaba un rango considerable.

Se encaminó directamente hacia Worf y dijo:

—Capitán.

Fue la primera vez que Picard, hasta donde podía recordar, veía a Worf sonrojarse apenas. Picard se apresuró a intervenir y dijo:

—En realidad, soy yo quien está al mando de la *Enterprise*. Capitán Jean-Luc Picard a su servicio.

El klingon giró con lentitud hacia Picard.

—Le presento mis disculpas, capitán. Vi un klingon de uniforme y... bueno, ya entiende que es fácil cometer el error. —Le dedicó un rígido saludo klingon.

«Oh, lo entiendo a la perfección —pensó Picard—. Usted sabía condenadamente bien quién estaba al mando.»

—Por supuesto —dijo Picard, sonriendo, y le devolvió el saludo. Ese tipo de gesto no existía en la *Enterprise*, pero cuando se trataba con dignatarios de visita, el protocolo requería que se les saludara de la forma a la que estaban habituados—. Estoy seguro de que su «error» no es más que una predicción de lo lejos que llegará el teniente Worf dentro de la Flota Estelar.

—Ah, sí —contestó el klingon—. Parece como si fuera ayer, capitán, que si un klingon estaba en manos de la Flota Estelar, lo más lejos que llegaría era a un planeta presidio.

—La Federación nunca ha tenido planetas presidio —replicó Picard con tirantez.

—Por supuesto que no —repuso el klingon con tono deferente—. Soy Tron, primer oficial del glorioso capitán klingon con el que usted estuvo hablando anteriormente.

—Primer oficial. Entonces, ¿va a regresar usted a su nave?

—No, en absoluto. Yo fui uno de los pocos klingon afortunados que sobrevivieron a la escaramuza inicial con los kreeel en el planeta DQN 1196. Como tal, mi experiencia es necesaria aquí. Mi comandante tendrá que arreglárselas para salir del paso sin mí.

—¿Y dónde —preguntó Picard—, está el embajador?

—Primero teníamos que comprobar que la nave fuese segura —explicó Tron.

Picard, siempre diplomático, ocultó la amarga sensación que le causó esa declaración, y dijo:

—Le aseguro, y se lo aseguraré en el futuro... que esta nave es segura.

—Eso se debe a que los kreeel aún no están a bordo.

—Será segura en cualquier caso.

—Como usted diga. —Pulsó el comunicador que llevaba en la muñeca—. Aquí Tron. El camino está despejado.

La voz del capitán llegó por el comunicador y dijo:

—Buena caza.

Los otros klingon bajaron de la plataforma y, en pocos momentos, el Honorable Kobry se materializó a bordo de la *Enterprise*. Junto a él había otro miembro de la raza klingon, una mujer atractiva incluso para las pautas humanas. Era alta y delgada, aunque tenía los hombros cuadrados y sus brazos desnudos parecían bastante musculosos. El resto de su cuerpo quedaba oculto bajo cuero negro y marrón. También lucía un jubón dorado. Sus ojos eran almendrados, tanto por forma como por tamaño, y llevaba el cabello suelto alrededor de los hombros.

Sin embargo, a pesar de toda su belleza, era el honorable Kobry quien estaba recibiendo la mayor parte de la atención. Picard fijó los ojos en él de forma abierta durante apenas un momento, impresionado tanto por la avanzada edad del klingon como por su insignificante estatura. «¿Cómo, si puede saberse, ha llegado tan lejos dentro del imperio klingon, alguien tan pequeño, tan débil físicamente?» Era absurdo.

Sin embargo, Picard consiguió una vez más enmascarar sus pensamientos al avanzar con la mano tendida.

—Honorable Kobry.

—Capitán Picard —dijo Kobry, y sonrió.

«¿Ha sonreído?» Picard apenas podía creerlo, y de hecho sintió que Worf profería una exclamación ahogada a sus espaldas.

Estrechó la pequeña mano de Kobry que, para alguien tan diminuto, tenía una fuerza del diablo.

—Es en verdad un honor —dijo Picard.

—Sí, ¿no es cierto? —El embajador rió entre dientes. (¡Rió entre dientes!)—. Perdóneme, capitán. Una pequeña broma. Pero, por otra parte, la mayoría de mis bromas lo son.

Picard se dio cuenta de que éste iba a ser un viaje interesante.

—Ésta —y Kobry hizo un gesto hacia la mujer joven que lo acompañaba—, es mi ayudante, Gava. Gava, el inestimable capitán Picard y sus igualmente inestimables oficiales.

Ella estrechó la mano a cada uno de los presentes, un buen apretón firme, pero se entretuvo más con la de Worf.

—Es un verdadero placer —dijo, en voz baja y gutural, incluso con tono sugerente—. Mucho se ha escrito sobre usted en nuestro mundo. Sin embargo, se me aseguró que una gran parte de ello eran exageraciones.

—Ni una sola palabra —replicó Worf en tono firme.

—Qué fantástico para todos nosotros —dijo ella.

Entonces, el jefe de la sala del transportador intervino.

—Señor... estamos recibiendo una llamada de la *Kothulu*. Desean saber si están todos a bordo.

—Dígales... —y Picard le echó una mirada a Tron—, dígales que todo está controlado. Pueden marcharse cuando les plazca, y les deseamos la mejor de las suertes en su siguiente misión. —Hizo un gesto hacia la puerta—. Les enseñaré las dependencias que hemos dispuesto para ustedes.

La guardia de honor formó al punto un semicírculo en torno a Kobry, manteniéndolo en

medio del mismo. Kobry no pareció hacer el más mínimo caso de esto.

—Abra la marcha, capitán.

Data, sentado ante el terminal de observación, oyó el silbido de su insignia-comunicador. Pulsándolo, dijo:

—Aquí Data.

—Data... —y la voz que le respondió sonaba fatigada y un poco ronca—, aquí Wes. Mire, necesito ayuda.

—¿Se trata de algo relacionado con el motivo por el que usted ha sido temporalmente relevado de sus obligaciones?

La conversación ya estaba atrayendo miradas subrepticias por parte de los que estaban en el puente. Todos sentían una secreta curiosidad respecto a lo que estaba sucediendo con Wesley. Todos pensaban que era precoz; y cuando comenzaba a actuar de una forma abiertamente rara, bueno...

—No he sido relevado de nada, Data —fue la irritada respuesta que recibió—. Sólo necesitaba tiempo para trabajar en otra cosa. Bueno, ¿puede bajar aquí a ayudarme?

—¿Bajar ahí? No —respondió Data con firmeza—. Ahora estoy de guardia. No puedo abandonar el puente.

Y Geordi, que estaba escuchando al igual que todos los demás, intervino para decir:

—Puedo buscarle un sustituto, Data.

—No, Geordi —y Data no se dejó influir—. Es mi responsabilidad. No puedo marcharme. Pero si hay algo en lo que pueda ayudarlo ahora...

—Claro. Claro, de acuerdo, escuche... conoce el... espere. Mire, al menos vaya a la sala de reuniones, para que podamos hablar en privado, ¿de acuerdo?

Data se volvió para dirigirle una mirada interrogativa a Geordi, el cual dijo:

—No abandona exactamente el puente. Si lo necesitamos, llamaré a la puerta.

Momentos más tarde, Data se hallaba de pie en la sala de reuniones, hablando con la imagen de Wesley que aparecía en el monitor.

—¿Qué problema tiene, Wesley?

—¿Conoce usted una enfermedad llamada *La Podredumbre*?

Últimamente, Data había estado trabajando en el empeño de hacer que sus respuestas fueran más sucintas. Sobre algunas cosas no sabía nada, y sobre otras sabía tanto que tenía dificultades para separar las trivialidades de los aspectos importantes. Estaba intentando aprender a diferenciar las dos cosas.

—Sí, tengo conocimiento de ella.

—Bien. Vale, mire, he encontrado esa droga que usaban para destruir el cáncer hace un siglo.

—¿Solicyclin?

—No, la otra.

—¿Nembitol?

—¡Sí! —Wesley parecía estar hojeando frenéticamente unas notas—. He estado leyendo sobre ella, y parece tener propiedades que la hacen increíblemente aplicable a *La Podredumbre*. Es tan perfecta que no puedo creer que no la hayan probado nunca antes. Lo que quería que usted me dijera era si...

—Hace veintitrés años. Resultó ineficaz.

Toda la sangre pareció abandonar el rostro de Wesley.

—¿Está seguro? Quiero decir que si está seguro del todo. He estado peinando las

publicaciones y no he encontrado ni una sola referencia al Nembitol.

—*Revista de Ciencias Aplicadas* —respondió Data con decisión—. Volumen ochenta y tres, ejemplar número nueve, según creo.

Wesley estaba sacando las referencias de Data a una de las pantallas de la computadora. Fijó sus ojos en ella, recorrió el índice, y lo leyó. Luego, Data dio un ligero salto cuando Wesley asestó un golpe con la mano sobre la computadora.

—¡Oh, demonios! ¿Cómo pudo haberseme escapado? —gritó Wesley.

—¿Cómo, desde luego? —preguntó Data—. Sin duda, mediante la interfaz de voz de la computadora podría haber encontrado la referencia de ese artículo.

Wesley, que parecía más desalentado de lo que Data lo había visto jamás, dijo:

—No he estado utilizando la interfaz de voz.

—¿Qué?

—He desconectado la interfaz de voz. Lo he estado buscando todo manualmente.

Data parpadeó, confuso. Eso era una tontería, equivalente a apagar los motores hiperespaciales de la nave y utilizar remos en su lugar.

—Wesley... ¿por qué?

—Estaba dándome problemas el contacto por voz.

—Creo que eso es muy improbable —replicó Data, que sintió una leve punzada. Mientras estaba en la academia de la Flota Estelar, Data había contribuido a la actualización y rediseño del sistema de computadoras utilizadas a bordo de las naves estelares, lo que había incluido una mayor sofisticación en los sistemas de comunicaciones y un incremento de su ya formidable memoria—. La computadora de esta nave es extremadamente..., ¿cómo es ese anticuado término?, cordial para con el usuario.

—Bueno, a mí no me gustaba —replicó Wesley con fastidio—. Le formulaba una pregunta orientada a la investigación, y ella decía: «¿Propósito de la investigación?».

—Está diseñada para hacer eso —dijo Data—, con el fin de ser tan específica como pueda a la hora de responder. Su eficiencia se ve así aumentada.

—Sí. Pero cuando yo digo: «Investigar la cura para *La Podredumbre*, ella simplemente me contesta: «No hay cura en el presente». Ya lo he oído bastante por parte de los humanos. No me hace falta que también me lo digan las máquinas. Si la computadora no va a ponerse de mi parte, no tengo por qué hablar con ella.

Ahora Data supo que había algo que iba gravemente mal.

—Wes... la computadora no puede ponerse de parte de nadie. No es más que una...

Entonces hizo una pausa. Estaba a punto de despachar a la computadora de la misma forma en que la recién llegada doctora Pulaski lo despachó a él cuando surgió el tema de su humanidad. Fue de lo más fastidioso. ¿Era posible que... la computadora pudiera sentirse fastidiada? Ahí estaban las leyendas de una computadora que trescientos años antes se había enfadado con los ocupantes humanos de una nave espacial y de resultados de eso se había puesto desagradable. Además, ¿qué sucedería si la computadora tuviera sentimientos? ¿Ridículo? ¿Más ridículo, se preguntó, que en el caso de sí mismo?

Optando por cambiar rápidamente de tema, Data dijo:

—Wesley, si quiere, estaré encantado de ayudarlo en cualquier cosa que me sea posible cuando ya no me necesiten en el puente.

Wesley le dedicó una sonrisa torcida.

—Gracias, Data. Le doy las gracias. Pero me las arreglaré sin problemas. De verdad.

La pantalla se apagó.

Data no sabía qué característica humana había desplegado Wesley en ese momento... la

mentira o el engaño de sí mismo.

—Espero que este alojamiento sea satisfactorio para usted.

Kobry se detuvo en el centro de la habitación y giró sobre sí pausadamente mientras asentía.

—Los he tenido mucho peores, se lo aseguro.

—Bien. —Picard y Kobry estaban a solas, pues el resto de los klingon había sido llevado a sus habitaciones, cercanas a la que ahora ocupaban ambos. Picard avanzó un paso y dijo—: Necesito hablar con usted sobre un asunto bastante delicado.

—Se supone que ésa es mi especialidad —repuso Kobry.

Llevaba un anillo grande en la mano derecha y ahora, para sorpresa de Picard, había abierto la parte superior del mismo, lo que dejó ver que era hueco. Sacó un frasco pequeño de su maletín, lo destapó y dejó a la vista su contenido de redondas píldoras azules. Colocó unas cuantas en el interior del anillo y alzó la mirada con aire inocente.

—Es para mi salud —explicó Kobry—. Algo de suma importancia para mí. Un klingon no vive hasta llegar a mi edad si la salud no es de importancia suprema.

—Debo admitir que no recuerdo haber visto a un klingon de edad tan avanzada como usted. Kobry volvió a dedicarle su pequeña sonrisa intrigante.

—Es la ventaja de mi estatura, capitán. Soy un blanco más pequeño. Y ahora... ¿de qué tema quería hablarme?

Picard resistió la tentación de inquirir acerca de la estatura de Kobry, bien mirado, estaba fuera de lugar.

—Sí... ese tema. Antes de que los kreeel suban a bordo, voy a solicitar que sus guardias me entreguen las armas para guardarlas en lugar seguro.

Kobry pareció ligeramente divertido.

—Pensaba que podría hacerlo.

—¿Entrañaría un problema?

—Eso depende de cómo defina usted un «problema».

Picard dio las gracias en silencio por el hecho de que en esta oportunidad Data no estuviera en la habitación.

—Usted insinúa que sus hombres pondrán objeciones.

—Para decirlo de modo sucinto.

—Usted podría ordenarles que las entregaran.

—Sí que podría hacerlo. Pero dado que su principal prioridad es la de protegerme, resulta muy probable que vayan a mostrarse... renuentes... a obedecer mi orden.

—De todas formas, tengo que insistir. Una vez que los kreeel suban a bordo, la más ligera discusión podría llevar a que sacaran las pistolas fásicas. Yo preferiría no dejar esa tentación al alcance de la mano.

Sonó el llamador de la puerta y entró Gava. Sonrió a Picard y le dijo a Kobry:

—¿Está cómodo. Honorable Kobry?

—Bastante. El capitán quiere que mis hombres le entreguen sus armas. Estaba informándole de las dificultades al respecto.

—¿Está diciéndome que si usted les ordena entregar las pistolas fásicas, ellos no lo harán? —preguntó Picard.

—Oh, no, no estoy diciendo eso en absoluto. De hecho, es probable que ellos entreguen sus armas dado que ésta es, al fin y al cabo, una misión diplomática.

—Entonces, ¿cuál es la dificultad?

—La dificultad —aclaró Gava—, es que cada uno de esos guardaespaldas klingon, tiene al menos once armas encima.

Los ojos de Picard se abrieron de par en par.

—¿Once?

—Por lo menos —afirmó Gava, alegremente.

—Pero yo sólo he visto las pistolas fásicas.

—Por supuesto —dijo Kobry—. Eso es todo lo que ellos quieren que vea. En el caso de los guerreros klingon, es siempre una cuestión de orgullo el encontrar nuevos e interesantes lugares donde puedan esconderse armas. Quíteles las pistolas fásicas, si eso calma su inquietud, capitán. Gava lo acompañará para hacerles saber que ése es mi deseo. Pero, ¿desarmar a mis hombres? Muy difícil. La única forma que tiene de detectar todas las armas es mediante sensores, y una vez las haya detectado, tampoco conseguirá convencer a mi gente de que se separe de ellas. Antes lucharán hasta la muerte.

—Sí, «antes la muerte» parece ser el grito de ataque en estos días —respondió Picard con tristeza—. Muy bien, entonces. Creo que aceptaré su sugerencia de quitarles las pistolas fásicas. Al menos les hará creer a los kreeel, que no hay ninguna amenaza potencial.

—Como quiera.

—Mi preocupación se debe a los civiles que hay a bordo de la nave. No quiero que estalle un conflicto a bordo de la *Enterprise*.

—Ninguno de nosotros lo quiere, capitán. Bueno..., la verdad es que tendría que limitar esa declaración. Yo no lo quiero. Usted no lo quiere. Con optimismo, al menos uno de los miembros del grupo diplomático kreeel no lo querrá. Aparte de eso —y sacudió la cabeza—, mi gente está deseando la guerra. No haría falta mucho para hacerlos estallar.

Picard se volvió para salir, y luego dio media vuelta para mirar al pequeño klingon.

—Éste va a ser un viaje muy tenso.

Kobry sonrió.

—Estimulante, ¿verdad?

Picard salió de la habitación con Gava pisándole los talones. En el corredor se reunió con ellos Worf, que dijo:

—La guardia de honor se ha instalado en sus camarotes, capitán.

—Excelente, Worf. Y ahora, creo que también en esto voy a necesitar su ayuda. Solicitaré que cada uno de los guardias de honor le entregue su pistola fásica al jefe de seguridad. Es decir, a usted.

Si Worf se sorprendió al oír aquello, no lo demostró.

—Sí, capitán.

—Worf —inquirió Picard tras un momento—, ¿lleva usted once armas encima?

Worf se puso rígido.

—Por supuesto que no, señor.

Picard sonrió.

—Bien. —Luego lo asaltó un pensamiento—. ¿Cuántas armas... lleva encima?

—Catorce.

Picard pareció aturdido.

—Worf... ¿le parece que eso es apropiado? El reglamento...

—El reglamento le concede al jefe de seguridad amplios poderes discrecionales —contestó Worf—. Si tengo libertad de acción para proteger a esta tripulación, dispondré de... seguridad extra..., lo haré.

—¿Catorce? —le preguntó Gava—. ¿Con un uniforme no diseñado para ocultar armas a

diferencia del que llevan los klingon? Impresionante.

—Todo lo referente a mi persona —tronó la voz de Worf—, es impresionante.

«Oh, Dios», pensó Picard.

La doctora Pulaski entró en la enfermería y se encontró con que Wesley salía de la misma con la mitad del laboratorio médico.

—¡Wesley! —Su voz subió media octava—. ¿Qué estás haciendo?

Con un pequeño carro antigraedad, Wesley había recogido una impresionante cantidad de aparatos, principalmente de aplicaciones químicas y varias máquinas de cultivo. Él la miró con los ojos vacíos durante un momento, como si intentara recordar quién era ella. Luego, adoptando un aire algo distante, contestó:

—Necesitaba algunas cosas.

—¡Esto no es necesitar cosas! Esto linda con el robo a gran escala. Ahora, vuelve a dejarlo todo donde estaba. —Lo miró más de cerca. Estaba decididamente pálido, sus ojos inyectados de sangre. Su cabello, de habitual immaculado, estaba enredado y parecía sucio—. Wesley —dijo ella sopesando las palabras—, ¿cuándo fue la última vez que dormiste?

—He estado durmiendo.

—¿Cuántas horas?

—Hasta que me desperté. ¿Puedo pasar, por favor?

—¡No! He dicho que no puedes. No voy a permitir que te largues de aquí con todos estos aparatos. Ya es bastante que te haya permitido el acceso a tantas cosas. Mira, Wes —le dijo en tono amable—, ¿por qué no te echas un rato?

—Estoy bien. De verdad. —Le dedicó una pálida sonrisa—. Ya sabe lo que sucede cuando uno se mete de lleno en algo. Uno continúa avanzando.

Pulaski rememoró sus días de investigación, y antes de eso, los años pasados en la facultad de medicina. Si había una cosa con la que ella se identificaba era la compulsividad. Sin embargo...

—Wesley, la verdad es que no puedo aprobar que te lleves tantos aparatos de aquí. Ahora bien, si necesitas sintetizar algo, me lo pides, me das los datos, y yo lo haré.

—Eso llevará demasiado tiempo —protestó Wesley—. Usted siempre va a tener otras cosas que hacer. Cosas más importantes. Todo el mundo tiene siempre cosas más importantes... ésa es la razón por la que aún no hay una cura para esta enfermedad.

Y en ese momento, entró Data. Se quedó allí de pie durante un instante, bloqueando la puerta, y Pulaski y Wesley lo miraron expectantes.

—Wesley —comentó—. Me complace encontrarlo aquí.

—Por favor, Data —dijo Pulaski, sin molestarse (según le pareció a Data) en recordar que él prefería que su nombre fuese pronunciado con una «a» abierta en lugar de breve—. ¡Vaya! Le complace. —Ella parecía muy divertida, mucho más divertida de lo que lo estaba Data.

—Wesley —volvió a empezar Data, sin permitir que le interrumpieran su línea de pensamiento—. Estoy comenzando a preocuparme por usted. Cuando me llamó hace varias horas, se encontraba en un estado de agitación mucho mayor del que es habitual en usted. Me parece que está esforzándose más allá de su resistencia.

La pura verdad era que Pulaski había tenido los mismos sentimientos... hasta que Data los expresó. Ahora, sin embargo, se oyó decir:

—¿Quién es usted para juzgar cuál es la resistencia del alférez Crusher, Data?

—Soy un amigo.

—Un amigo. Ya veo. —Con los brazos cruzados, lo miró pensativamente—. Escuche,

Data... la diferencia entre las máquinas y los hombres es que las máquinas tienen, en verdad, límites. Límites definidos más allá de los cuales sus capacidades no pueden avanzar hasta que se las rediseña. Los seres humanos poseen la habilidad de superar sus límites de forma constante y fijar unos nuevos. Eso forma parte de la alegría de ser un auténtico ser vivo... algo que no espero que entienda una máquina. Y ni se imagine que usted está vivo. ¿Lo entiende?

—Eh —intervino Wesley de forma abrupta—. No tiene por qué atacar a Data de esa manera.

—No, Wesley —dijo Data. En su voz había un tono cortante y duro—. La doctora Pulaski es libre de expresar sus opiniones. En respuesta a su pregunta, doctora... sí. Lo entiendo. Perfectamente. Lo entiendo, de hecho, más de lo que creo que usted esperaría.

—Bien, perfecto —respondió Pulaski, sonriendo de una forma tal que Data no pudo saber si era sincera o sarcástica. Sin darle oportunidad para decidirlo, Pulaski se volvió a mirar a Wesley y dijo—: En cuanto a los equipos adicionales que necesitas, llévatelos. Sólo prepárate para devolvérmelos de inmediato en caso de que los necesite. Ah, pero no te lleves la cámara de Wasserman. Una impaciente estudiante de medicina llamada Katherine Pulaski sacó una vez un espécimen de una Wasserman apenas cinco segundos antes de tiempo, y voló las paredes del laboratorio.

—Me parece bien —contestó Wesley, y cogió el gran aparato plateado con forma de horno para llevarlo a la parte trasera del laboratorio.

Y en el momento en que estuvo fuera del alcance auditivo, Data dijo, en voz baja:

—Doctora, si tiene usted algún problema conmigo como miembro de la tripulación de esta nave, creo que debería decírmelo. No entiendo por qué siente usted la necesidad de hacer comentarios ofensivos sobre mí.

Ella pareció más divertida que antes.

—No esperaría que usted lo entendiera, Data. Es una flaqueza humana.

Data avanzó un paso hacia ella, y en el movimiento había algo muy elocuente.

—Póngame a prueba. —Cuando ella no respondió de inmediato, él preguntó—: ¿Tiene usted alguna prevención antitécnica?

Los ojos de ella se entrecerraron mientras lo valoraba.

—¿Quiere decir si siento aversión por las máquinas? Ni en lo más mínimo. —Hizo una pausa, como intentando verbalizar por primera vez algo que había sido más que una irritación que flotara en el aire—. Creo que las máquinas son el gran fruto que ofrece la capacidad del hombre para pensar, para planificar, para desafiar y superar al entorno. Las máquinas, como sirvientes del hombre, son algo maravilloso.

Ella permaneció de pie, esperando a que Data criticara lo que estaba diciendo. Él no lo hizo. Se limitó a quedarse ahí, cándido, sin expresión. Esperaba más entradas, por supuesto, comprendió ella. Pulaski suspiró.

—¿No se da cuenta? Las máquinas y los seres humanos... son como las manzanas y las naranjas. Pueden contrastarse, pero no compararse. Así que una máquina que cree que es humana... que camina, habla y pretende ser algo que no es... bueno, resulta absurda. Es ridícula. Una máquina pretendiendo estar viva... ¿cómo puede tomársela en serio? ¿O cómo puede creer que va a ser tomada en serio?

—Ya veo —repuso Data con lentitud—. Usted está, por supuesto, presentando una situación hipotética... es decir, una máquina que cree estar viva.

—Por supuesto —contestó Pulaski con diplomacia.

—Una hipótesis de verdad interesante. Llévemola un paso más allá, si no le importa.

—En absoluto.

—Supongamos que esta máquina ha demostrado estar «viva» según todas las pautas aplicables a los seres humanos. Que esta máquina piensa y siente. Que esta máquina sueña con...

—¿Ovejas eléctricas? —preguntó Pulaski, servicial.

—... ser plena e inequívocamente humana. ¿No indicaría eso algo relacionado con la condición de estar vivo, doctora? ¿Dónde acaba la división entre las máquinas y el hombre?

—Me temo que no lo sé, Data. Me temo que no tengo todas las respuestas. Si yo tuviera todas las respuestas, pues... sería una máquina. —Y le dedicó su sonrisa más encantadora.

En ese momento volvió a entrar Wesley sin la cámara de Wasserman.

—Ah, Data, todavía está aquí.

—Ya me marchaba —dijo Data—. Doctora... ha sido una conversación muy educativa.

—Pues, gracias, Data. Ciertamente espero que pueda archivarla en alguna parte.

—Y yo espero que también usted pueda hacerlo, doctora.

—Bueno, Data, puesto que no soy una máquina, no sabría dónde archivarla. —Se volvió de espaldas para darle un último consejo a Wesley.

Y Data, sin que se le moviera una pestaña, dijo, con inconfundibles inflexión e intención:

—Creo, doctora, que usted sabe dónde puede archivársela.

La mandíbula de Pulaski se quedó desencajada cuando miró a Data, boquiabierta. Wesley quedó igual de pasmado, pero se recobró con rapidez, empujó el carrito y cogió a Data por un codo mientras salían a toda prisa de la enfermería.

—¡No puedo creerlo! —dijo Wesley cuando ambos se hallaron a salvo en el corredor. Y ahora, Wesley comenzaba a reír—. No puedo creer que usted haya dicho eso.

—Iba a sugerirle que se lo archivara metiéndoselo en el...

—Eso lo entendí, Data. Ella también. ¿Pero cómo se le ocurrió salir con eso?

—Recordé algo que Geordi había dicho una vez, y le hice una ligera modificación. Parecía adaptarse a las circunstancias. —Data se detuvo con aire de preocupación—. Le aseguro que espero que fuese algo apropiado de decir.

—¡Fue un insulto!

—¿Ah, sí? —preguntó Data con calma.

—¡Sí!

Data pensó en esto, con su pálido rostro inescrutable.

—¿Está del todo seguro?

—Absolutamente seguro.

Y una lenta sonrisa se extendió por la cara de Data.

—Perfecto.

—Worf, es... enorme —jadeó Gava.

—Sí —tronó Worf con obvia satisfacción—. Lo es, ¿verdad?

—Nunca lo habría creído posible.

—Me proporciona gran placer. —Bajó la voz hasta un tono de confidencialidad—. No se lo mencione a nadie, pero la saco al final de cada turno de trabajo y sencillamente... la miro.

Ella retrocedió un par de pasos para mirarla mejor.

—Debo admitir que en todo el imperio klingon he visto bastantes... y ya sabe cómo los klingon se enorgullecen de este tipo de cosas. Pero jamás he visto una tan grande ni impresionante.

—Gracias —dijo Worf con modestia. Cogió otra medalla de su enorme colección—. El

honor que siento cuando examino todas las condecoraciones que he recibido... es en verdad una de las pocas cosas a bordo de esta nave que me proporciona una auténtica gratificación. Ésta, por ejemplo, por valentía más allá y por encima del requerimiento del deber. Lideré un batallón en Cantos V. Estuve a punto de rechazar la medalla.

—¿Por qué? —preguntó ella con sorpresa.

—No estaba de acuerdo con el concepto de «más allá y por encima». Sea lo que sea que exija el deber, ése es el requerimiento. El deber no tiene límites.

—Interesante punto de vista.

—Gracias. Yo tengo mi orgullo.

—Sin embargo, aceptó esa medalla, de todas formas.

—Está el orgullo —declaró Worf en tono enérgico—, y también está el orgullo necio.

—Ah. —Ella sonrió y se paseó por el camarote, examinando el diseño espartano y sencillo. Worf cerró bien el armario en el que guardaba las medallas y condecoraciones, y se volvió hacia ella—. ¿Cuánto tiempo falta —preguntó Gava—, para el encuentro con la nave kreel?

—Dos días —respondió Worf. Ella asintió.

—Eso nos da mucho tiempo para llegar a conocernos mejor.

—La verdad es que no. Yo paso la mayor parte del tiempo en el puente. Por lo general prefiero trabajar dos turnos seguidos.

—¿Por qué?

Él hizo un gesto que se aproximaba al encogimiento de hombros.

—¿Qué más hay para que haga un guerrero?

—Oh, no lo sé. —Hizo una pausa—. Ha dicho que prácticamente lo único que le causa placer es su colección de honores. ¿Es verdad eso?

—Sí.

—¿Con todas las mujeres disponibles que hay en la nave? Eso me resulta difícil de creer.

—Disponibles para otros. No para mí.

—¿Y por qué, si puede saberse?

—Las relaciones con cualquier mujer que no sea klingon serían... de lo más imprudentes. Para ella. —Hizo una pausa y, para hacer hincapié en el asunto, añadió—: En lo físico.

—Sí, supongo que tendría que haberlo imaginado. —Ella parecía perpleja, y se reclinó contra la pared, estudiándolo con aire pensativo—. Worf... ¿por qué se queda aquí? ¿Por qué sirve a la Federación? Alguien de sus claros talentos disfrutaría de una alta posición en el imperio klingon.

—Tal vez.

—Desde luego, el problema de encontrar compañía femenina no existiría.

—Eso es cierto.

—Entonces, ¿por qué...?

—No soy dado a comentar mis motivaciones personales —contestó Worf con rigidez.

Gava lo miró sorprendida.

—No tenía intención de fisgonear, Worf. Sólo de conocerlo mejor.

—¿Y por qué?

—Porque —respondió ella, flemática—, deseo conocer la naturaleza de cualquiera a quien tengo intención de tomar como amante.

Worf pensó en ello durante un momento o dos.

—Hay dos razones —dijo, respondiendo a la pregunta de la mujer.

Ella ocultó bastante bien el hecho de que le hacía gracia el cambio de parecer de él.

—¿Y son?

—Fui criado por seres humanos —contestó él—. ¿Ha leído acerca del ataque de Khitomer?  
—¿Quién no? —replicó ella—. La primera gran batalla entre los romulanos y los klingon después de romperse la alianza entre ambos. Los romulanos estaban furiosos porque los klingon se habían unido a la Federación, y atacaron y destruyeron el puesto avanzado klingon de Khitomer. Fue una matanza. Todos resultaron muertos.

—No... todos —dijo Worf con lentitud.

Los ojos de ella se abrieron de par en par.

—¿Usted estaba allí? —dijo—. Pero... pero eso no puede ser. Es demasiado joven para haber luchado en Khitomer. Eso sucedió hace años...

—Yo era un niño en aquella época.

— ¡Notable!

—Soy consciente de lo que quiere decir. —Los pensamientos de él volaron hacia el pasado, hasta aquella época espantosa, hacía mucho tiempo pero retenida por su memoria como si hubiera sucedido ayer mismo—. Yo estaba en un refugio acompañado por mis padres. Mi padre estaba disparando con un cañón fásico de tierra a pocos metros de distancia. Mi madre me tenía abrazado para protegerme. Era una idea absurda, en realidad. Si el refugio se derrumbaba, ¿qué protección podría haberme proporcionado el cuerpo de ella? O al menos eso pensaba yo.

—¿Qué... sucedió?

—Un impacto directo de una nave de ataque romulana. —El tono de la voz de Worf era cuidadosamente modulado y neutral—. El refugio se derrumbó. Mi padre murió de forma instantánea, mi madre momentos más tarde. Y el cuerpo de ella me protegió de todo daño.

—Sacudí la cabeza, como si le resultara difícil creerlo—. Recuerdo que después de eso pareció que pasaban horas, horas de un silencio de muerte. Yo gateé y gateé hacia arriba, librándome del cuerpo de mi madre. A través de las rocas y escombros. Cuando mi mano salió al exterior en busca de aire, oí que una voz gritaba: «¡Aquí hay uno!». Otra mano sujetó la mía y me sacó de allí. Era como si hubiese vuelto a nacer. Como si me hubieran dado otra oportunidad. Y lo primero que vi fue que el hombre que me había rescatado de los escombros llevaba puesto un uniforme. —Se dio unos golpecitos en el pecho—. Este uniforme.

—Para un niño, eso puede ser una imagen perdurable —comentó Gava.

—Una que puede orientar una vida —asintió Worf.

—Sorprendente... —dijo ella—. Usted y el honorable Kobry tienen mucho en común.

—¿De veras?

—También él era residente de un puesto avanzado, aunque ya era adulto por entonces. Pero a causa de su estatura y apariencia, lo trataban mal; su crecimiento intelectual estaba tan atrofiado como el de su cuerpo. Lo consideraban un imbécil.

—Eso me resulta difícil de creer.

—Usted lo conoce ahora. No lo conoció entonces. No tenía nombre.

Worf se quedó pasmado.

—¿Que él no tenía nombre? ¿El klingon más honrado por todos no tuvo nombre en otra época?

—Asombroso, ¿verdad? En cualquier caso... también su hogar fue destruido. También él fue encontrado por miembros de la Federación. Lo reeducaron, y en esas circunstancias salió a flote su formidable inteligencia. Años después, cuando el imperio klingon estaba en un estado caótico, él regresó. Fue el embajador perfecto entre los klingon y la Federación, en particular debido a que tiene sangre humana.

—¿Es un mestizo? ¿Kobry es un mestizo? No sabía que hubiese ningún klingon con una herencia en parte humana.

—Hay al menos dos, que yo sepa —informó ella con aire pensativo—. Kobry ascendió a una posición de poder y prominencia y se convirtió en uno de los principales arquitectos de la alianza entre la Federación y los klingon, aunque él le quitará importancia a su papel, si se le pregunta.

—Impresionante.

—Sí. —Y ahora Gava se había aproximado mucho a Worf y, con un dedo, le recorría con gesto perezoso la prominencia de la frente. Worf permaneció completamente quieto, sin dar indicios externos (según era la costumbre entre los varones klingon) de lo que estaba agitando en su interior. Se suponía que los varones klingon debían permanecer inalterables en todo momento. Casi en todo momento.

—Una pregunta —dijo ella con voz acaramelada.

—¿Ahora? —inquirió él con una voz que lindaba con la incredulidad—. ¿Ahora va a hacerme más preguntas? Sabe sobre mí más que nadie de esta nave.

—Espero saber aún más —replicó ella mientras le acariciaba la barba—. En cualquier caso, siento curiosidad. Usted ha mencionado dos razones para servir a la Federación en lugar de al imperio.

—¿Ah, sí? Oh... sí. —Con un esfuerzo, volvió a centrar sus pensamientos—. La otra razón es que, en el imperio, yo sería uno entre muchos. Aquí... soy único. Puedo ofrecer destrezas y aptitudes únicas. Aquí soy necesario.

—¿De verdad?

—Sí.

—Worf, yo opino que independientemente de dónde estuviera, sería usted un espécimen sobresaliente. Pero tal vez tenga razón. Los seres humanos, a pesar de lo lejos que han llegado, todavía consideran que la guerra es algo que debe evitarse a toda costa. Consideran que la batalla es la última opción. He leído su filosofía. No se dan cuenta de que poner la otra mejilla da como único resultado el que uno acabe con contusiones a ambos lados de la cara.

—El educarlos es una tarea interminable —comentó Worf con aspereza—. Sin embargo, tengo que admitir que, en el presente, mi mente no está realmente concentrada en conversaciones filosóficas.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Le importaría decirme qué tiene en mente?

—Preferiría demostrárselo.

La sala *Diez-Cuatro* estaba ahora más tranquila de lo habitual. Esto era sin duda debido al grupo de alrededor de media docena de klingon que se hallaban reunidos en un rincón bebiendo lo que decididamente no era sintehol durante más de tres horas y sin presentar signo alguno de ebriedad. Conscientes de que la *Enterprise* sólo tenía sintehol, los klingon había llevado consigo su propio refresco líquido, el cual les estaba sirviendo Guinan.

Otros miembros de la tripulación de la *Enterprise* los observaban desde sus mesas, con todo el disimulo que les era posible, hablando con lo que parecía un zumbido bajo en lugar de la habitual charla bulliciosa.

Riker, en la barra, estaba haciéndose llenar el vaso una vez más.

—La última antes de entrar de servicio, Guinan. —Le sonrió.

—Como quiera, oh, Adonis barbado —replicó ella.

Él le dedicó una sonrisa.

—Tiene buen aspecto, ¿verdad?

—Bueno, la cara a la que está pegada sin duda ayuda. —Guinan sonrió—. ¿Es imaginación mía, o todos los de la nave están un poco nerviosos, estos días?

—Desde luego que no es imaginación suya. —Riker bajó la voz—. Los klingon forman ahora parte de la Federación. Y estamos todos bastante habituados a tener a Worf por aquí. Pero a pesar de eso, la alianza es todavía demasiado reciente como para que todos se sientan completamente a sus anchas. Y tal vez el saber que los krel van a subir a bordo, es algo así como esperar otro aldabonazo.

—Puede que tenga razón. —Ella consideró la respuesta durante un momento—. Ya sabe que no me corresponde a mí dar consejos...

—Ah-hah —moduló Riker, que no creyó sus aparentes intenciones.

—Pero siempre he pensado que una fiesta es una buena forma de hacer que la gente se conozca. Conseguir que se sientan más cómodos los unos con los otros.

Él dejó el vaso sobre la barra.

—Vaya —dijo—, ésa es una idea excelente. Se la comentaré al capitán.

—Asegúrese de decirle que procede de mí —le advirtió Guinan—. De esa forma, conseguiré que se lleve a la práctica.

Riker se echó a reír.

—¿No cree que vaya a aceptarla si procede de su primer oficial?

—Bueno... —Guinan le dedicó una encantadora sonrisa—. ¿Por qué correr riesgos?

Riker volvió a coger el vaso y acabó la bebida.

—¿Sabe? —dijo con aire meditabundo—. Una persona con la que de verdad debería consultarlo es Worf. Él sabrá mejor cómo reaccionarían los klingon ante algo como una fiesta. —Pulsó su insignia-comunicador—. Riker a Worf.

Se produjo una pausa prolongada, como si por alguna razón, Worf tuviera dificultades para encontrar su comunicador. Eso, por supuesto, era absurdo dado que lo llevaba prendido al uniforme. Pasado un rato, sin embargo, la grave voz del klingon respondió.

—Aquí Worf.

Riker tuvo la misma extraña sensación que había tenido al llamar a Deanna horas antes. La sensación de que su llamada era algo inoportuna.

—Worf... ¿qué le parecería una fiesta?

—¿En este momento en particular?

—No, quiero decir más tarde. Una fiesta en honor del embajador y su grupo, para que nos conozcamos mejor.

—El conocernos mejor sería una idea excelente.

Riker creyó oír algo entonces, una risa grave... ¡vaya sorpresa! ¿Femenina? Con lentitud, dijo:

—De acuerdo, Worf. Voy a recomendárselo al capitán. Corto.

Se volvió a mirar a Guinan.

—¿Ha tenido alguna vez la sensación de no estar segura de qué está sucediendo a su alrededor?

Guinan lo pensó. Se sirvió una bebida en silencio, frunció los labios, y pareció estar repasando mentalmente toda la historia de su vida para examinarla.

—Nunca —repuso al fin.

—¿Cómo que nunca?

Ella sonrió.

—Bueno, casi nunca.

En la habitación de Worf había trece armas desparramadas por el suelo.

Worf estaba ahora recogiénolas y metiéndolas en los escondrijos de su uniforme. Cerca de él, Gava se miraba en el espejo y se componía el cabello.

Los klingon no eran dados a las charlas intrascendentes, por lo que Worf dijo en tono animado:

—Te veré otra vez cuando acabe mi servicio. —Luego hizo una pausa y agregó, como si fuera una ocurrencia de última hora—. Si tú quieres.

Ella se volvió poco a poco y sonrió.

—Por supuesto que quiero.

—Excelente. —Él se encaminó hacia la puerta y se detuvo—. Una pregunta.

—¿Qué pregunta?

—Antes has dicho que sabías de dos klingon con sangre humana. Uno de ellos es Kobry, por supuesto. Pero me interesaría conocer al otro en algún momento futuro, si eso fuera posible.

Apoyando el mentón en una mano, ella preguntó:

—¿Por qué?

—Al haber sido criado por seres humanos, a veces me resulta agotador equilibrar los instintos de ellos con los míos propios. Sería beneficioso conocer a cualquier otro klingon que tenga el mismo problema.

—De acuerdo. Eso puedo arreglarlo con mucha facilidad. Ese klingon está en esta nave. Las cejas de Worf se alzaron.

—¿Es uno de los guardias de honor de Kobry?

—No. «Ese» klingon soy yo. —Se puso de pie y le dio un beso ligero a Worf en una mejilla.

—La sangre humana fluye por mis venas, al igual que por las de Kobry.

—¿Hablas en serio?

—Siempre.

—Entonces, ése es el motivo por el que fuiste elegida para ser la ayudante del Honorable Kobry.

—Ése, entre otros motivos. Tal vez ése sea el porqué de que me sintiera tan inmediatamente atraída por ti, Worf. Percibí esa influencia humana en ti, y una cierta afinidad. Aunque puede que «afinidad» sólo roce lo que quiero decir. Será mejor que te marches al puente.

—Tienes razón... por supuesto. —Dio media vuelta y la puerta se abrió lanzando un silbido. Entonces él se detuvo. Arrastrando las palabras, dijo—: Tú no sientes ese mismo tipo de afinidad... con el Honorable Kobry, ¿verdad?

—¡Claro que no!

Él sintió alivio. Lo que ella hubiera hecho antes de conocerlo a él, o lo que hiciera después, no era asunto de Worf. Pero el imaginársela con el Honorable Kobry era algo un tanto excesivo como para que él lo aceptara.

—Aprecio que me digas eso.

—Me alegro de que lo aprecies —repuso ella en tono divertido—. No, la afinidad que siento por Kobry es de una naturaleza completamente diferente.

—De verdad.

—Oh, sí.

—¿De qué naturaleza es?

—Vaya... ¿es que no te has dado cuenta? El Honorable Kobry es mi padre.

Picard, desde el asiento de mando, alzó la mirada hacia Riker.

—¿Una fiesta?

—Sí, señor. El tipo de reunión que propicia que la gente se conozca mejor. Para que todos se sientan cómodos.

Deanna Troi, sentada a la izquierda del capitán, comentó:

—Podría ser bueno para la moral de la misión, señor.

Con aire pensativo, Picard miró al frente.

—No sé si eso sería prudente. Tal vez lo mejor para esta misión sería el mantener toda la distancia posible entre nuestra gente y las delegaciones diplomáticas.

—Hum —fue el comentario de Riker.

—¿Está en desacuerdo, número uno?

—Bueno, eso es obvio, capitán, puesto que yo lo he propuesto. Si está en contra de ello, por supuesto que no hay nada más que decir. Sin embargo, creo que debería saber que ha sido una sugerencia de Guinan.

—¿De verdad? —Picard alzó la mirada.

—Sí, señor.

—Ah. Muy bien, entonces. Puede que una fiesta de conocimiento mutuo sea algo adecuado. Organícela.

Riker oyó una risilla sofocada proveniente de la dirección en que se encontraba Geordi. Hizo caso omiso de la misma Y dijo:

—Sí, señor. Hablaré de ello con el embajador Kobry.

—Muy bien. —Se removió inquieto en su asiento—. Worf, ¿ha habido algún problema con alguno de los tripulantes klingon?

—Ninguno en absoluto, señor —respondió Worf—. Sin embargo, tengo grupos de seguridad en estado de alerta. Tengo intención de que permanezcan así hasta que haya concluido la misión.

—Excelente idea, Worf. Y usted mismo, ¿está llevándose bien con los otros klingon?

—Sí —fue la muy sucinta respuesta.

El ascensor delantero se abrió, y en la puerta apareció el Honorable Kobry. A cada lado de él había un klingon, ambos estudiando con atención al personal del puente.

—Capitán —dijo Kobry—. Abrigaba la esperanza de que se me permitiera entrar en el puente.

—Por supuesto, embajador. —Hizo un gesto para indicarles que entraran—. Siéntase en libertad de hacerlo.

Kobry caminó morosamente, mirando en torno suyo, asombrado.

—Maravilloso —comentó Kobry—. Simplemente maravilloso. —Avanzó hasta el puesto de observación y se asomó por encima de un hombro de Data—. Todos paneles lisos.

—Son sensibles al tacto —explicó Data—. Si usted quiere, puedo explicarle en detalle sus funciones...

—Oh, no, no, así está bien. Usted continúe con lo suyo. No permita que yo lo interrumpa.

—Se alejó de él y, al volverse, vio a Worf—. Buenos días, jefe de Seguridad. Espero que se encuentre bien.

Al principio, Worf no dijo nada mientras intentaba deducir por Kobry cuánto sabía éste. Pero la pequeña cara klingon se mostraba decididamente impasible.

—Muy bien —respondió Worf con cautela.

—Embajador Kobry... —comenzó Picard.

Uno de los guardias klingon intervino, con tono tenso:

—Honorable Kobry.

—Vamos, vamos, Bors, cualquier cosa que diga el capitán es del todo aceptable —le dijo Kobry.

Pero Picard le dedicó una amable sonrisa cortés y, aceptando la corrección, comentó:

—Honorable Kobry... se me ha sugerido que celebremos una especie de reunión con el fin de que nos familiaricemos los unos con los otros.

Kobry adoptó una expresión de leve escepticismo.

—Los klingon no somos criaturas especialmente sociables, capitán. No sé si ésa sería la mejor forma de proceder. Yo, por supuesto, estoy acostumbrado a ese tipo de encuentros, pero mis guardias, bueno... —Su voz se apagó al tiempo que él hacía un pequeño encogimiento de hombros.

Riker, que se hallaba de pie junto a Worf, se volvió a mirarlo.

—Usted dijo que pensaba que estaría bien —susurró.

—No tenía la mente en la conversación —le disparó Worf a modo de respuesta.

—Por supuesto —dijo Kobry con sus maneras más diplomáticas—, no deseo desairar a nadie, capitán.

—Oh, no se preocupe —contestó Picard—. A decir verdad... no fue idea mía. De hecho...

—miró a Riker—, se le ocurrió a mi azafata de la sala *Diez-Cuatro*.

Y los dos klingon dijeron de forma simultánea:

—¿Guinan?

—Pues... sí —contestó Picard con sorpresa.

—Bueno, si ha sido idea de Guinan, no debería de haber ningún problema —decidió Kobry.

Picard y Riker se miraron el uno al otro. Riker no podía reponerse. ¿Qué tenía esa mujer? Picard la había llevado a la nave. Tenía que saber más de lo que decía. Algún día tendría que intentar que le contara algo en concreto.

—De hecho, capitán, yo le sugeriría que lo retrasase un poco —comentó Kobry tras pensar durante un momento.

—¿Retrasarlo hasta cuándo, emb... Honorable Kobry?

—Hasta que los kreeel estén a bordo y nos aproximemos a la órbita en torno a DQN 1196, o estemos ya en ella.

—Ah, ya comprendo —dijo Picard—. Asociación positiva subliminal.

Entonces intervino Data.

—Señor, me temo que yo no lo entiendo del todo.

—Nuestra llegada a DQN 1196 será un momento más bien tenso —explicó Picard—, como lo será el examen de éste por parte de la Federación. Tanto los klingon como los kreeel lo reclaman como propio, y los ánimos podrían enardecerse. Si la llegada al planeta se percibe como un momento de celebración, eso sólo podría beneficiar a nuestra misión.

—Bien expresado, capitán —comentó Kobry en tono de aprobación.

—Ya veo. —Data hizo una pausa meditativa—. Sin embargo, ¿qué haremos si los kreeel no están interesados en asistir a ninguna función de ese tipo?

—Haremos que hablen con Guinan —fue la respuesta de Picard.

—Espléndido —opinó Kobry. Subió y dio la vuelta por la parte superior del puente. Manteniendo las manos cogidas a la espalda, se acercó a Worf y se detuvo junto a él. La

cabeza de Kobry apenas sobresalía por encima de la barandilla cuando miró hacia fuera—. Espléndido —repitió—. Bueno, no vamos a ocupar más su tiempo, capitán.

No tuvo que hacerles gesto alguno a los guardias. En el momento en que se encaminó hacia el turboascensor, ellos estuvieron justo detrás de él. Los tres entraron y fueron llevados lejos del puente.

—Vaya —dijo Picard—, eso sí que ha sido curioso. Crusher, cuánto falta para... —Entonces se detuvo y miró el puesto de navegación, que estaba ocupado por otro miembro de la tripulación, el alférez Tom Chafin.

Riker sabía lo que vendría a continuación.

—Número uno, ¿durante cuánto tiempo más estará Crusher excusado del cumplimiento de sus deberes?

—No mucho más, capitán.

—¿Qué problema tiene?

—Todavía está ayudando a la doctora Pulaski en un proyecto de investigación.

—¿Todavía?

—Sí, señor.

Picard sacudió la cabeza y se volvió a mirar a Geordi.

—LaForge, usted ha trabajado con Crusher más que cualquiera de nosotros. En su opinión, ¿es adecuado que aplique sus talentos en la investigación médica?

Geordi consideró la pregunta con cuidado. Su reacción inmediata fue la de pensar que no lo estaban, que el primer y mejor destino para Wesley era la ingeniería. Pero Geordi se había enterado, a través de sus propias fuentes, de qué era lo que en verdad estaba haciendo Wesley, y él no iba a ser el que le cerrara la puerta al joven Crusher.

—Creo que los talentos del alférez Crusher son formidables, independientemente de en qué los aplique, señor —dijo Geordi—. Sus talentos para la investigación no están por debajo de ninguno... bueno, por debajo de los de Data, supongo, pero eso es natural.

Picard se detuvo, intentando decidir si debían retirarse a la sala de reuniones antes de que él dijera lo que le andaba por la cabeza. Luego lanzó la pregunta.

—¿Saben todos los aquí presentes de qué estamos hablando?

Lentamente, todos asintieron.

—Es una nave pequeña, capitán —comentó Troi.

—Bueno pues, puedo ser franco. ¿Crusher está desperdiciando su talento al intentar encontrar una cura para esa enfermedad?

—¿A quién se lo está preguntando, señor? —inquirió Riker.

—A todos ustedes. Siéntanse en libertad de decir lo que piensen.

—Yo creo que es idiota —replicó Chafin.

—Nadie se lo ha preguntado —le espetó Geordi.

—Pero...

—Yo creo que Wesley está perdiendo el tiempo, sí, capitán. —Era Data quien había hablado—. Sin embargo, creo que debe permitírsele continuar.

—¿Por qué?

—Porque podría tener éxito.

—Y —intervino Deanna—, porque es un joven que se niega a creer que pueda ser incapaz de conseguir cualquier cosa que se proponga.

—Ya veo —dijo Picard—. Así pues, o fracasará, se dará cuenta de sus limitaciones y se sentirá desdichado, o bien tendrá éxito en contra de toda probabilidad y se volverá insufriblemente confiado en sus capacidades para hacer cualquier cosa. ¿Lo resume eso?

—Yo no habría empleado el término «insufrible» —comentó Deanna—, pero aparte de eso, es una valoración acertada.

Y Worf dijo:

—Por supuesto, usted podría ordenarle que lo dejara.

—En cuyo caso —dijo Riker—, cuando su amigo muera, él lo culpará a usted.

—Vaya, ése es el argumento más irracional que haya oído en toda mi vida —le espetó Picard.

—Sí, señor. Pero nadie ha dicho nunca que los muchachos de dieciséis años sean racionales.

—Podría cumplir con sus obligaciones aquí, y concentrarse en otras actividades durante su tiempo libre —sugirió Data.

Picard negó con la cabeza.

—Eso sería lo último que me faltaría. Un adolescente preocupado por otras cosas en el puesto de navegación. Bien. Dejemos las cosas como están, por ahora. Pero cuando acabe la presente misión, tendremos que tomar una decisión con respecto al señor Crusher, en uno u otro sentido.

El llamador de la puerta sonó varias veces antes de que Wesley lo oyese siquiera.

—Váyase —espetó.

—Naranja. Soy yo.

Wesley se apartó de la pantalla de la computadora. Se frotó los ojos, cerrándolos al hacerlo, naturalmente. En el momento en que los cerró, sintió que su cerebro hambriento de sueño comenzaba a desconectarse, y de inmediato los obligó a abrirse otra vez.

—Adelante.

Jaan entró, recorriendo la habitación con los ojos, pasmado. El deterioro del alojamiento de Wesley corría en paralelo con el deterioro del propio joven. No había ningún orden. Las notas escritas a mano estaban desparramadas por todas partes, pilas y pilas de ellas. Recogió algunas y las leyó. Notas escritas con premura, recordatorios sobre ciertas drogas que había que examinar, pensamientos a medio completar sobre nuevas combinaciones...

—¿Qué, en el nombre de Kolker, es esto?

—Estoy trabajando, Jaan. ¿Qué quieres?

—¿Qué es esto? Naranja, ¿por qué estás haciendo todo esto?

—¡Para ayudarte, maldición! —Agitó un puñado de notas ante Jaan—. ¡Todo esto! Es por tí. Tú no vas a marchitarte y morirte sin más, no mientras yo esté por aquí.

—Naranja... Wes... aprecio tu preocupación, pero...

—El aprecio no significa nada. Sólo los resultados tienen significado. Y yo voy a obtenerlos. —Estaba frotándose la frente—. Me estalla la cabeza. Pero creo que estoy sobre algo. Hay otra raza con una biología similar a la de los selvianos... al menos, creo que es semejante. ¡Hay tantas cosas que asimilar! Algunos órganos están en lugares diferentes, pero la composición de la sangre es parecida. Y ellos tenían...

—Wes, por piedad, haz el favor de dominarte. —Tomó el rostro de Wesley en sus manos—.

—Estás destrozándote por... por...

Miró los ojos de Wesley. Los decididos, inflexibles ojos de Wesley...

Y lo supo. Se dio cuenta de qué había sucedido.

*El truco. Su truco.*

Él estaba haciendo que Wesley llevara a cabo esto.

No había sido intencionado. Su propia ansiedad había provocado el hecho de que sus

poderes de sugestión envolvieran por completo a Wesley. No había sido intención suya. ¿O sí lo había sido? Ahora no estaba seguro. Al fin y al cabo, él no había perdido el control. ¿Estaba haciendo Wesley, de hecho, exactamente lo que Jaan quería que hiciese? Permaneció en silencio durante un momento, inseguro respecto de qué hacer. Había influenciado a Troi de forma deliberada, eso era seguro. Troi había estado haciendo acusaciones, lanzando indirectas veladas. Podría haberle dado a Picard un informe que lo instara a expulsar a Jaan de la nave. Además, era una mujer condenadamente atractiva. Atractiva, y últimamente insegura respecto al valor de su capacidad. Con todo eso, él había tenido varias razones para no sentir ningún reparo en estimular un poco a Deanna Troi. En realidad, habría estado encantado de estimularla un poco más si no hubiese aparecido Riker.

Pero este asunto con Wesley no era intencionado. Excepto que...

Excepto que *el truco* no era una especie de poder de control mental. Lo único que hacía era conferirle una cierta prioridad a pensamientos y sentimientos que ya existían. Deanna lo encontraba atractivo. En realidad, Deanna no quería tener que recomendar que lo enviaran a su planeta de origen. Así que resultó fácil convencerla. Y Wesley... él no estaba obligando a Wesley a hacer nada. Wesley quería ayudarlo. Wesley quería salvarlo.

Así pues, *el truco* estaba haciendo que Wesley se comportara de forma compulsiva al respecto. ¿Y qué? En realidad, ¿qué mal había en ello?

Eso que había dicho Troi, referente a que Jaan estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para vivir, eso era perverso. El no mataría para vivir. El no sacrificaría a otra persona, ¿correcto? Pero esto no era malo. Esto era sólo darle a Wesley el impulso adicional para que alcanzara la grandeza que sin duda ya estaba en él.

Eso era todo. No tenía nada de malo.

Se dio cuenta de que Wesley lo miraba con rostro inexpresivo. Posó una mano a cada lado de la cara de Wesley y dijo con suavidad:

—Está bien, Wes.

—¿Ah, sí? —preguntó Wesley.

—Claro, Naranja. Mira... entiendo qué estás haciendo. Entiendo por qué. Nunca he tenido un amigo como tú, y sé que nunca más lo tendré.

—Oh, tendrás montones de amigos, Jaan. Yo voy a salvarte. Y vivirás durante años y años.

—De acuerdo, Naranja. Tú continúa con ello. Volveré a visitarte de vez en cuando para ver cómo estás.

—Claro, Jaan.

Jaan se puso en pie y salió del alojamiento de Wesley Crusher. Cuando se cerró la puerta, Jaan apoyó la espalda contra la pared del corredor y dejó escapar un tembloroso suspiro, mientras se preguntaba qué cantidad de su alma acababa de vender por la esperanza de vivir.

Por toda la galaxia, como pecios y restos de echazón intergalácticos, hacía mucho tiempo que aparecían objetos misteriosos. Por aquí un trozo de maquinaria, por allá un artefacto que desafiaba toda descripción e insinuaba la existencia de civilizaciones muy avanzadas y desaparecidas mucho tiempo antes. Durante años, varios arqueólogos y naves habían estado tropezando con los hallazgos, debatiendo sobre ellos, catalogándolos. Formulándose preguntas, pero, en el fondo, considerando que aquello era escoria.

Con mucho, el más grande de esos hallazgos era el de DQN 1196. Era el que se encontraba en el espacio más exterior. Presentaba una capacidad ofensiva que superaba todo lo imaginable. Y de momento tenía a los k reel pululando por él, continuando el trabajo realizado por el primer grupo explorador.

Ningún klingon se había atrevido a acercarse al planeta, y los k reel se apoderaron alegremente de las armas que habían encontrado y salieron a acosar a los klingon. El problema era que los klingon habían estado respondiendo a los ataques y, por desgracia, esas armas que los k reel habían encontrado, aunque maravillosas y abundantes, no podían estar en todas partes. Por mucho que los k reel habían perjudicado al imperio klingon, de la misma forma los klingon arrasaron aquellos puestos avanzados y naves k reel que aún no estaban equipados.

Lo que necesitaban los k reel era tiempo. Tiempo para vencer la gran desventaja de las armas.

Y una fuente energética.

Mientras estaban en el planeta, las armas funcionaban bien; pero, al parecer, tenían unas reservas de energía mínimas, y cuando se las sacaba del planeta, esa energía se agotaba en un plazo de tiempo muy corto. DQN 1196 parecía actuar como una especie de gigantesca batería. Sacar las armas de allí significaba tener que encontrar fuentes alternativas, y la cantidad de energía que requerían las armas era descomunal. Cuando las montaban en las naves k reel, éstas absorbían prácticamente todo lo que tenían al dispararlas. De hecho, ocho naves habían estallado durante ataques a los klingon, sin que los klingon hubieran efectuado un solo disparo.

De ahí la oferta... la oferta de paz para ganar tiempo. Tiempo para dominar el pleno potencial de las armas.

Un equipo científico k reel (frase que cualquier klingon hubiera calificado inmediatamente como incongruencia), estaba atareado en continuar el trabajo iniciado por el primer grupo de descenso. Exploraron la instalación subterránea de DQN 1196, sala por sala, examinando con cuidado cada arma y descubriendo qué utilidad tenía.

El planeta había estado en manos de los k reel desde el principio, y varios intentos de los klingon de apoderarse de él, con número creciente de naves, fueron rechazados por disparos de tierra de un alcance destructivo inimaginable. Una nave de guerra klingon podía arrasarlo todo el planeta, pero sólo si conseguía acercarse lo suficiente. Las defensas planetarias (que si los klingon hubieran sabido que su número se reducía a un arma, con toda probabilidad el resultado habría sido un suicidio en masa), eran devastadoras.

Intentaron rodear el área para evitar que las naves k reel entraran y salieran con las armas, pero tenían que permanecer a una distancia tan grande para evitar que los alcanzaran los disparos del planeta, que no servía para nada. Las naves k reel se limitaban a escabullirse al hiperespacio como por una puerta trasera.

El resultado fue que los klingon abandonaron con reticencias DQN 1196 y se concentraron en devolver los ataques contra otros puntos más vulnerables.

Sin embargo, justo antes del encuentro de la *Enterprise* con la delegación diplomática k reel (para los klingon otra incongruencia), tuvo lugar una pequeña desgracia. Sucedió como sigue:

Un grupo científico de seis miembros experimentaron con las armas. Ese número se vio reducido a cinco cuando uno de ellos realizó otro intento de atravesar la enorme puerta dentada que había derretido al fallecido y no lamentado Budian. Éste estaba seguro de haber descifrado el código con su computadora y trató de teclearlo en el panel multicolor. Su confianza se evaporó junto con el resto de su persona.

Así que habían sido cinco los científicos que descubrieron un arma de aspecto particularmente intimidatorio en una de las salas inferiores. Era la única arma que había allí, y la sala tenía unas inscripciones que les resultaban del todo ilegibles. Esto no les disuadió de sacar el arma al exterior, montarla sobre un trípode y probarla. Si hubieran sido capaces de leer las inscripciones que decían, a grandes rasgos, «Arma notablemente estúpida. No usar», es probable que de todas formas la hubiesen probado.

La prueba era bastante simple. Escogieron una montaña pequeña a varios cientos de kilómetros de distancia, apuntaron el arma, encontraron el disparador e hicieron fuego.

Al principio pareció funcionar muy, pero que muy bien. Un mortal rayo azul salió de las entrañas del arma y, en el lapso de un segundo, había abierto un agujero a través de la montaña.

Entonces, el rayo, desafiando a la lógica de la forma más absoluta, se pegó a la curvatura del planeta y continuó viajando.

El resultado inmediato fue que cuando los científicos k reel estaban felicitándose los unos a los otros por haber descubierto el arma más mortal de todas, el rayo, en poco menos de un instante, completó su circuito y los alcanzó por detrás. El rayo atravesó a dos de los científicos que estaban en su camino, alcanzó el arma y la hizo estallar. La explosión resultante borró a los científicos restantes del planeta, por no mencionar de los anales de la ciencia k reel. El incendio que se produjo a continuación tardó un día en extinguirse.

El resultado final fue que el planeta, por primera vez en un mes, quedó completamente desocupado por los k reel. Dado que el arma de tierra nunca había sido ajustada en automático, DQN 1196 estaba ahora desprotegido por completo. Si en aquel momento hubiera llegado una nave exploradora klingon, podrían haber ocupado el planeta y todo habría acabado. Pero los klingon evitaban DQN 1196, puesto que el acercarse a pársecs<sup>3</sup> del lugar habría significado un suicidio.

Lo anteriormente relatado proporcionó tres lecciones: No disparar nunca un arma si las instrucciones resultan incomprensibles; si uno tiene que disparar un arma semejante, hacerlo desde una cierta distancia; nunca confiar en un planeta desconocido, porque puede suceder cualquier cosa.

Así, después de un mes de bélicas actividades, el planeta estaba ahora en calma. Pero, tras haber mostrado sus secretos, el planeta parecía estar esperando a que algo ocurriese. Como si previera que una siempre postergada negociación estuviera a punto de celebrarse.

---

<sup>3</sup> Como recordará el lector un pársec es una unidad de medida del espacio interestelar equivalente a 206,265 veces el radio de la órbita de la Tierra, o a 3,26 años luz, o a 30,9 trillones de kilómetros. (N. de la T.)

Se oyó el otro aldabonazo.

Llegaron los k reel.

Picard se mostró muy cauteloso en el primer contacto que la *Enterprise* mantuvo con la nave k reel. Pero el cuidadoso sondeo de sensores realizado por Worf no mostró indicio alguno de la tecnología extraordinaria que llevaba la nave con la que se habían encontrado anteriormente. Así que había sido con una actitud un poco más relajada, pero de todas formas cautelosa, que la *Enterprise* bajó los escudos y se preparó para transportar a bordo a la delegación diplomática k reel.

Picard se aseguró a conciencia de recibir a los k reel de la misma forma en que había recibido a los klingon.

Hubiera sido aconsejable un grupo de seguridad, pero los k reel habrían visto como un signo de debilidad por parte de Picard el que aquí, en su propia nave, sintiera la necesidad de protegerse con guardias armados. No obstante, Picard tenía un grupo así rondando a unos treinta metros de distancia... sólo por si acaso.

Riker y Deanna estaban a su lado, mientras el jefe del transportador centraba su atención en las coordenadas de la nave k reel. El único que faltaba del grupo de recepción que había estado allí la vez anterior era Worf, por razones obvias.

—No se les ocurra —había dicho Picard—, bajo ninguna circunstancia, interrumpir el contacto ocular mientras se encuentren cara a cara con ellos.

Riker asintió.

—Sí, he oído hablar de eso. Ellos lo considerarían un signo de debilidad.

—Están hablando ustedes como si estuvieran trazando una estrategia de confrontación —comentó alarmada Troi.

—Es una valoración bastante ajustada a la realidad, consejera. Muy bien, jefe de sala del transportador... tráigalos a bordo.

De pronto, Riker decidió que se encontraba un medio metro demasiado cerca del transportador, y retrocedió. Nunca se permitía olvidar que lo que estaba sucediendo dentro de los parámetros del campo del transportador implicaba la desintegración molecular de cualquier cosa (sobre la plataforma), y su subsecuente reintegración en un punto específico. Era un proceso formidable.

Riker recordó la ocasión en que, estando en la academia de la Flota Estelar, un muy detestado instructor estaba a punto de ser transportado al cuartel general para aceptar una condecoración que nadie pensaba que merecía. Así que Riker y uno de los fenómenos en computadoras habían hecho algunos cambios en la consola del transportador. Había sido de una sencillez asombrosa. Minutos antes de que el instructor fuese enviado al cuartel general, el transportador fue programado para extraer de la mezcla molecular todas las moléculas que no tenían base biológica. Las sintéticas, por ejemplo.

El resultado fue que cuando el instructor se materializó al otro extremo para ser recibido por un comité de bienvenida compuesto por veinte personajes distinguidos, sus ropas no lo acompañaron.

Fue un escándalo bastante considerable y se amenazó con castigos ejemplares, pero los estudiantes cerraron filas y el director de la academia (que en secreto pensaba que la travesura era de lo más brillante, por no hablar de merecida por parte del instructor), abandonó por fin el asunto.

Pero Riker siempre se aseguró de tratar con respeto todo lo relacionado con el transportador.

Así que permaneció a una distancia prudente mientras los kreeel se materializaban.

Aparecieron sobre la plataforma, con sus abultados músculos, sus cuerpos mínimamente vestidos e imponentes. Miraron en torno de sí con la clara curiosidad de los no acostumbrados al transportador. Eran diez en total, el mismo número que el grupo klingon. Con lentitud y cautela, bajaron de la plataforma y uno de ellos se acercó a Picard. Era alrededor de media cabeza más alto que el capitán de la *Enterprise*, y daba la impresión de ser capaz de partirlo en dos.

Picard se preguntó de forma fugaz si, consideraciones raciales aparte, no habría sido una buena idea tener a Worf a mano, de todas formas.

—Soy Aneel —dijo.

—¿Es usted el embajador?

Su sonrisa dejó al descubierto afilados dientes un par de los cuales, en el lado derecho, estaban rotos.

—Ése es el rango al que se me ha ascendido, sí.

—Soy el capitán Jean-Luc Picard.

—¿Está usted al mando?

—Ése es el rango al que me han ascendido, sí —respondió Picard con sequedad.

—Excelente. ¿Dónde está ese puerco de klingon?

Picard apretó la mandíbula durante un momento.

—El embajador klingon está en su camarote, y desea reunirse con usted cuando le resulte conveniente.

—Ah, ¿de veras?

Los otros profirieron un bufido a modo de risa despreciativa.

—Ahora, escúcheme usted, capitán —dijo Aneel, y cogió bruscamente por los hombros a Picard con sus manos de tres dedos.

Eso fue todo lo que hizo, porque al segundo siguiente el puño de Riker se estrelló contra un flanco de su cabeza. Aneel soltó a Picard, se volvió hacia el primer oficial, y Riker lo arrojó hacia atrás con una patada bien aplicada. Retrocedió tambaleándose y fue cogido por otro kreeel del grupo.

Picard pulsó su insignia-comunicador y espetó:

—Picard a seguridad.

Y los kreeel se echaron a reír.

Era un sonido desagradable, como el de una manada de perros salvajes. Picard, que se encontraba detrás de Riker, contempló con asombro a los enviados kreeel reír entre sí.

—Excelente —dijo Aneel—. ¡Excelente! Este digno caballero, capitán... ¿es él su jefe de seguridad?

La voz de Worf llegó por el comunicador; sonaba preocupada de verdad.

—Aquí seguridad.

—Esperen —dijo Picard prudentemente—. Embajador...

—Aneel —le rectificó el otro mientras se sacudía la ropa—. Simplemente Aneel. Nosotros los kreeel no somos tan aficionados a los títulos como parecen serlo la Federación y los klingon —todos escupieron.

Picard salió de detrás de Riker, haciendo caso omiso del brazo del primer oficial que intentaba detenerlo. Se encaminó directamente hacia el kreeel.

En unos términos muy firmes, y mirando al kreeel de forma directa a los ojos, dijo:

—Nadie va a escupir en mi nave. Y, misión diplomática o no, si no puede confiarse en ustedes, no habrá libertad ninguna para su delegación en mi nave. ¿Queda eso entendido? Aneel volvió a dedicarle su dentada sonrisa.

—Perfectamente, capitán.

Como si hubiera sido olvidado el maltrato al que había sometido al capitán momentos antes, presentó con indiferencia a los otros miembros del grupo. A Picard le dio la impresión de que mientras que los klingon que acompañaban a Kobry habían formado su guardia de honor, los kreen que se habían materializado con Aneel parecían sus compañeros de francachela. Aneel podría haber sido el embajador, pero el resto de ellos daban la impresión de no ser otra cosa que alborotadores.

Picard decidió no correr ningún riesgo. Mientras que en el caso de los klingon había esperado hasta poder hablar del asunto en privado con Kobry, en el caso de los kreen lo mejor sería actuar de inmediato.

—Necesito que me entreguen sus armas para ponerlas en lugar seguro.

De inmediato, ellos dejaron las risillas y la actitud de estar divirtiéndose. Aneel frunció el entrecejo.

—¿Por qué? —inquirió en tono amenazante.

—Porque quiero asegurarme de que nadie le vuele su necia cabeza a otro mientras estén ustedes en mi nave —fue la concisa respuesta.

—¿Y si nos negamos?

—Entonces los enviaremos de vuelta a su nave.

En ese momento, el jefe de sala del transportador dijo:

—Capitán, la nave kreen ya ha salido del radio de alcance del transportador.

—¿Y ahora, si no queremos entregarle nuestras armas? —dijo Aneel, dedicándole una sonrisa feroz.

Picard se acercó más hasta quedar prácticamente nariz contra nariz con el kreen, aunque Picard tuvo que echar la cabeza hacia atrás.

—En ese caso, se irán a casa a pie.

Durante un momento reinó un tenso silencio.

Aneel sacó un enorme disruptor, y de inmediato Riker comenzó a avanzar hacia él, dispuesto a sacar al capitán de un tirón de la línea de fuego. Pero Aneel, con bastante calma, le dio la vuelta al arma, ofreciéndole a Picard el extremo de la culata.

—Estoy a su disposición.

Riker suspiró de alivio, mientras Picard, al tomar el arma, respondía:

—Están invitados a ser nuestros huéspedes. Mientras se comporten con unos modales acordes con la condición de huéspedes.

Aneel les hizo a los otros un gesto para indicarles que debían entregar sus armas al igual que él, aunque de hecho fueron Riker y el jefe del transportador quienes se encargaron de recoger las armas. Aneel hizo una media reverencia, desplegando una gracia que parecía completamente inapropiada para él.

Mientras Picard contemplaba todo esto, la voz de Worf llegó por el comunicador.

—Capitán... seguridad está esperando.

—Todo en orden. Tenemos las cosas controladas. Corto. —Cerró la comunicación antes de que el kreen pudiera darse cuenta e identificar la voz que hablaba por el comunicador como perteneciente a un klingon.

—Lo único que deseamos es llevar a cabo negociaciones fructíferas y pacíficas —dijo Aneel. Volvió a sonreír, con la misma sonrisa desagradable.

—Ésa es exactamente la misma postura que tengo yo —repuso Picard.

—Bien. Y ahora... ¿dónde está ese puerco de klingon?

Picard suspiró para sus adentros. «¿Para qué...?»

—Sígame —dijo en voz alta, y los condujo fuera de la sala del transportador.

Formaban una procesión grotesca. Picard y Aneel al frente, un grupo de kreeel con poca ropa detrás de ellos, y Riker y Troi cerrando la retaguardia, Riker cargado con un surtido de armas de mano kreeel. Atraían la atención de todos aquellos con los que se cruzaban, y Riker se sentía tan cohibido que estaba comenzando a hacerse una idea de cómo se había sentido el instructor de la academia.

—Una nave verdaderamente magnífica, capitán —dijo Aneel.

—Gracias.

—A pesar de nuestros recientes adelantos, los kreeel no tenemos nada que pueda compararse con esto. Ni, ya que estamos, con ese maravilloso transportador. Es una pena que la tecnología no sea compartida por todos, ¿no le parece?

—La tecnología —respondió Picard, las manos cogidas a la espalda—, por lo general es desarrollada por un pueblo cuando está preparado para manejarla. Antes de eso, no.

—Ésa es la conveniente excusa dada por todas las culturas avanzadas para asegurarse de que los menos afortunados continúen así.

—Eso, sencillamente no es verdad. En nuestra historia se han dado muchos casos de pueblos que avanzaban antes de estar preparados, debido a una interferencia exterior.

—¿Como en nuestro caso?

Picard miró por el rabillo del ojo mientras continuaban caminando.

—Usted lo ha dicho, no yo. A donde quería llegar, Aneel, es a que nosotros estamos sujetos a una directriz que nos obliga a no interferir en el desarrollo de una cultura. Eso sería hacerles a ustedes un flaco favor.

—Bonitas palabras. Los kreeel no somos muy dados a las palabras. Preferimos los resultados.

—Aneel... déjeme que le explique una cosa. Hubo una época, hace tan sólo unos siglos, en que la gente de la Tierra tenía una actitud muy parecida a la de ustedes. La forma de pensar ante cualquier adelanto era averiguar cuál sería el modo de que sirviera mejor a las actividades militares. Incluso al principio del programa espacial, la tecnología que finalmente dio como resultado lo que ve a su alrededor, se la concibió en términos militares. En lugar de dedicar todo el dinero y las investigaciones a crear estaciones espaciales en las que la gente pudiera trabajar, experimentar y aprender, los gobiernos estaban sólo interesados en crear armas que pudieran ponerse en órbita.

—¿Y?

—¿Y? —preguntó Picard con incredulidad. Se volvió y dejó de caminar, encarándose al kreeel—. Y esas amadas armas en órbita le proporcionaron a la humanidad las herramientas para desatar la Tercera Guerra Mundial. Estuvimos a punto de no llegar aquí fuera a causa de la cortedad de visión, la maldad y la estupidez.

—Pero ¿qué tienen de malo las aplicaciones militares? —exigió saber Aneel.

—Lo que tienen de malo es esto: si alguien hubiera llegado a la Tierra desde otra cultura más avanzada en aquella época y le hubiera ofrecido a nuestros ancestros la tecnología del transportador, digamos..., habría sido mal utilizada. Usada de forma monstruosa. Lo más probable es que la primera cosa que nuestros ancestros hubieran hecho, sería utilizar los transportadores para materializar bombas en lugares seleccionados, y no habríamos conseguido progresar realmente.

Y Picard se felicitó para sus adentros por haber pensado, antes de que los kreenl subieran a bordo de la nave, en desviar los bancos de la computadora y poner una clave de confidencialidad temporal en toda la información perteneciente a la tecnología que los kreenl no poseían. No podrían, por ejemplo, pedir artículos de investigación ni especificaciones sobre el funcionamiento del transportador.

En ese momento, giraron en un recodo y se tropezaron con cuatro klingon.

La reacción fue automática. Todos tendieron las manos hacia sus armas.

Por fortuna, las armas no estaban presentes. Otra previsión de Picard.

—Deduzco que ya se conocen los unos a los otros —comentó Picard, lacónico.

—Demasiado bien —replicó Aneel con lentitud.

El klingon que anteriormente se había presentado como Tron, miró a Aneel y entornó los ojos.

—A usted lo recuerdo. Sólo oí su maldita voz, pero no podría olvidarla. Usted estaba en DQN 1196.

—¿También estaba usted?

—Yo formaba parte del grupo de descenso klingon que ustedes atacaron.

—¿De veras? —Aneel sonrió con malicia—. ¿Y todavía está aquí para contarlo? Tengo que mejorar mi puntería.

Tron se lanzó hacia Aneel, y los demás comenzaron a avanzar los unos hacia los otros.

Riker, tras arrojar los disruptores en los brazos de Troi, agarró a Picard para evitar que sufriera daños y poder intervenir él mismo. Pero Picard se zafó y, para sobresalto de Riker, se arrojó entre Tron y Aneel, que en ese momento ya estaban enzarzados en una pelea. Haciendo gala de una fuerza que Riker no le hubiera atribuido a Picard, los apartó a ambos de un empujón.

—¡Ya basta! —tronó con una furia tal que hizo que todos se detuvieran—. Ésta es una misión diplomática, maldición, y si se produce aunque sea un alboroto más, por insignificante que sea, ¡los haré cargar a todos de cadenas! ¿Queda eso entendido?

La hirviente cólera entre los dos grupos era algo que casi podía tocarse, pero la presencia de Picard había establecido entre ambos una barrera que ninguno estaba dispuesto a romper. Al menos no de momento.

—Lo único que los kreenl han querido siempre —replicó Aneel con calma—, es respeto. Lo único que los klingon han querido siempre, son kreenl muertos.

—Lo único que los klingon han querido siempre —adujo Tron—, es que los kreenl dejen de actuar como los parásitos que son.

—¿Parásitos?—preguntó Aneel, acalorado—. ¡Parásitos!

—Caballeros —el tono de Picard era peligroso—, estoy a punto de ordenar que preparen las cadenas.

—Capitán —estaba diciendo Aneel al tiempo que se volvía hacia Picard—, se supone que aquí somos sus huéspedes. Sin embargo, estas... personas... nos insultan con impunidad.

—Nadie puede insultar a un kreenl —retrucó Tron con total tranquilidad.

Riker tendió la mano hacia su insignia-comunicador, preparado para llamar a seguridad. No había querido una táctica de mano dura en un punto tan temprano de la partida, pero la integridad física de Picard era ahora la consideración de mayor importancia. También advirtió, para su fastidio, que otros miembros de la tripulación estaban curioseando, como si no tuvieran conciencia del peligro de la situación. Y en ese mismo momento, una voz baja y ligeramente sorprendida, preguntó:

—¿Hay algún problema?

Los mirones se separaron y entre ellos pasaron el Honorable Kobry y Gava.

Aneel le echó una mirada a Kobry y se puso a reír. Una risa escandalosa, estridente y repulsiva, y los otros lo imitaron. Los klingon montaron en cólera, furiosos por este irrespetuoso tratamiento dado a uno de los personajes más honrados entre ellos.

Los kreen reían con tanta fuerza que Aneel y varios otros se aferraban el estómago a causa de los espasmos que los sacudían. Picard y Riker miraban de uno a otro grupo y se sentían mortificados por el pequeño diplomático klingon. Picard incluso avanzó un paso, pero Deanna Troi le posó una mano sobre un antebrazo y dijo en voz baja:

—No, capitán... no hay problema. El Honorable Kobry está... en paz consigo mismo.

Y, en verdad, Kobry no se acobardó ante la risa histérica que provocaba su apariencia. Se limitó a sonreír con aquella misma sonrisa enigmática que a Taka Nagai le había resultado tan intrigante, y avanzó morosamente hacia los kreen que reían, justo hasta quedar ante Aneel, que estaba doblado en dos.

Y esperó. Con los brazos cruzados, el rostro sereno, sencillamente esperó.

Los klingon se miraron los unos a los otros, inseguros de qué hacer. Si los kreen hubieran atacado a Kobry ellos habrían tenido el derecho de defenderlo... que es lo que ellos querían. Pero mientras los kreen no hicieran movimiento alguno, y mientras Kobry se encontrara en la escena y se negara a ordenarles que lo hicieran, los klingon no tenían posibilidad de actuar.

Y, tal y como Kobry sabía que iba a suceder, los kreen acabaron por agotar la risa.

Cuando se hubo calmado la situación, y los kreen hubieron reído todo lo que pudieron, se quedaron ahí preguntándose qué hacer a continuación.

Kobry no les dio tiempo para pensar. Se limitó a decir:

—Si desean reír un poco más de mi deformidad, yo puedo esperar.

Aneel sacudió la cabeza mientras lo miraba extrañado.

—¿Quién es usted?

—Me llaman el Honorable Kobry. —Se dio un puñetazo en el pecho y lo tendió, con los nudillos hacia abajo—. ¿Es usted Aneel?

—Sí.

—Y el que estaba con usted en el grupo original que exploró DQN 1196... ¿también él se encuentra aquí?

Cerca de ellos, Deni alzó a medias una mano.

—Ya veo —Kobry hizo una pausa momentánea—. Cuentan con mi compasión por la pérdida de vidas kreen en este conflicto sin sentido.

Esto pilló desprevenido a Aneel. Dicho por cualquier otro, habría parecido una especie de admisión de debilidad. Pero Kobry parecía tan seguro de sí mismo, tan aplomado, que la debilidad parecía fuera de discusión.

—Mi... compasión por la pérdida de vidas klingon, también —dijo Aneel con lentitud, sin creer del todo lo que estaba diciendo. Tampoco podía creerlo ninguno de los otros kreen. Miró a Kobry de hito en hito—. ¿Quién... es usted? —preguntó.

Kobry hizo una ligera reverencia.

—Un humilde servidor del emperador, al igual que lo somos todos nosotros. Ésta es mi ayudante, Gava.

Aneel la miró apreciativamente. Arriba y abajo. Luego profirió una carcajada áspera.

—Me recuerda usted a una mujer klingon a la que violé una vez.

«Oh, mierda», pensó Riker.

Tron se lanzó hacia delante en el momento mismo en que Riker se arrojaba contra el

klington para contenerlo.

—¡Miente!

—¡Tron, quédate quieto! —le espetó Kobry.

—¡Tiene razón, estoy mintiendo! —gritó Aneel—. ¡En realidad, fue más de una vez! ¡Y hacia el final, ella estaba implorando más! ¡Le encantaba! Ella...

Con eso bastó.

Tron arrojó a Riker a un lado como si fuera una ficha de póquer, estrelló al primer oficial contra la pared, y arremetió contra Aneel. Picard llamó a seguridad. Kobry gritó, intentando hacerse oír. Y los kreen y los klington se estrellaron los unos contra los otros, formando una gigantesca masa de puños en acción.

En apariencia procedentes de la nada, los otros klington de la guardia de honor aparecieron y se pusieron a luchar contra los kreen. Lo único que evitó que la pelea se transformara en un baño de sangre fue que estaban apretujados en el corredor, sin apenas espacio. Fueran las que fueren las armas que los klington pudieran tener ocultas, no fueron sacadas porque no había siquiera sitio como para sacar un cuchillo de una bota.

—¡Deténganse! ¡Es una orden! —gritó Picard, y entonces fue empujado a un lado y casi pisoteado por frenéticos civiles que en realidad no lo vieron sino que estaban concentrados sólo en alejarse de allí. Gava cayó hacia atrás, y Deanna Troi ayudó a retirarla de la pelea.

Uno de los kreen consiguió escapar del grupo y vio a la consejera betazoide que aún tenía los disruptores que Riker le había entregado. Se lanzó hacia ella, gruñendo. Gava se interpuso entre ambos y, sin vacilar, le propinó al kreen una patada en la entrepierna. Él se desplomó, ahogándose.

Entonces, Gava gritó:

—¡Kobry! —El diminuto klington acababa de ser arrastrado al centro de la refriega.

Riker se levantó y sacó a Picard de la escena de un tirón. Luego, dijo con voz tensa:

—Capitán, permiso para...

—Sí —asintió Picard.

Riker sacó su pistola fásica y comenzó a disparar a bulto hacia el centro del grupo.

Los klington y los kreen caían en una pila, desplomándose los unos sobre los otros. Al cabo de unos momentos, toda la turba que peleaba había caído en la inconsciencia.

Reinó el silencio, y luego se oyó un gemido bajo procedente del medio de la pila.

—Kobry —dijo Picard, y de inmediato él y Riker se encaminaron hacia la pila, arrojando los cuerpos inconscientes a un lado para rescatar al embajador klington.

Lentamente, Kobry emergió, sacado por el capitán y el primer oficial. Al haberse encontrado por debajo del nivel del rayo, Kobry no había sido alcanzado. Pero todos los cuerpos habían caído sobre él.

En ese momento llegó corriendo un pelotón de seguridad, con Worf a la cabeza. Alzó una mano y el pelotón se detuvo en seco.

Gava, que se hallaba cerca de él, comentó:

—Te lo has perdido.

Kobry sacudía la cabeza.

—Supongo que es posible que las cosas hubiesen tenido un comienzo peor, aunque la verdad es que no sé cómo.

Gava se arrodilló junto a su padre.

—Esto no va a resultar.

Y Picard dijo:

—Nuestro deber es conseguir que resulte, por mucho que nos desagrade la posición en la

que nos han colocado.

—El capitán tiene toda la razón, Gava —remachó Kobry—. Nuestros gobiernos cuentan con nosotros para evitar una guerra a gran escala. Se ha acordado un cese el fuego mientras esta misión parezca tener una posibilidad de éxito. Pero si nosotros veinte no podemos vivir los unos con los otros durante el tiempo que tardemos en llegar a DQN 1196, ¿cómo podemos esperar que nuestros dos pueblos puedan coexistir?

—Buena pregunta —comentó Worf.

Kobry se puso de pie y se sacudió la ropa.

—Capitán, necesito sentarme y hablar con el embajador kreel a solas.

Picard asintió con la cabeza.

—Teniente Worf —ordenó Picard en tono energético—, haga llevar a los klingon a las instalaciones de detención de la cubierta 2, bloque A. Haga llevar a los kreel a las instalaciones de detención de la cubierta 18, bloque Z.

—Eso está en lados opuestos de la sección del platillo —dijo Worf.

—Precisamente. Van a estar tan lejos los unos de los otros como sea posible hasta que consigamos encauzar las cosas.

—¿Cuándo será eso? —le murmuró Gava a Worf.

—Cuando el infierno se congele —contestó él, en voz demasiado baja como para que Picard pudiese oírlo.

O al menos eso supuso él. Pero Picard se volvió y dijo:

—Esperemos, teniente, que pueda ser un poco antes de eso.

Jaan avanzaba corredor adelante, camino de visitar a la doctora Pulaski para recibir más tratamiento, y aminoró el paso al percibir el cambio que parecía haber tenido lugar en los corredores.

Por lo general, la gente lo saludaba de inmediato con la mano o una sonrisa —en especial las mujeres—, y ni siquiera había tenido que utilizar *el truco* para conseguirlo. La gente simplemente se sentía atraída hacia él. Eso le gustaba, le hacía bien.

Pero ahora le parecía que todos lo evitaban. O que los que estaban cerca de él le dirigían miradas de compasión o le preguntaban, solícitos:

—¿Cómo está?

Y todos tenían expresiones tristes reflejadas en la cara.

Se sentían tristes por él. ¡Por él! Resultaba humillante. Él no quería compasión ni tristeza. Quería continuar con su trabajo. Quería continuar viviendo. («No era demasiado pedir, ¿verdad?») Y poco a poco comenzó a sentir resentimiento hacia las demás personas de la *Enterprise*: por su actitud, por su detestable sentimiento de lástima, por sus vidas. Las vidas que ellos continuarían teniendo, y él no tendría.

En ese momento se le acercó Bobbi Chase, la preocupación dibujada en el rostro.

Esto lo irritó. Sabía qué iba a decir ella. Iba a pronunciar palabras sin sentido sobre que esperaba que él se sintiera bien, y que si había algo que ella pudiera hacer tenía que decírselo, y todo eso.

Si él no hubiese estado enfermo antes, ciertamente ese tratamiento lo habría puesto nervioso.

A pesar de que Bobbi no era una persona que ofendiera a los demás, él decidió decirle cuatro verdades. Ella comenzaría con todas las tonterías compasivas, y él destrozaría el santurrón parloteo de ella. Y luego, cuando la hubiera reducido a las lágrimas, bueno... puede que le sugiriese a la muchacha otras cosas.

Sí. Sí, eso sin duda sería divertido...

Después de todo, un elfo nunca debía dejar escapar una oportunidad.

Ella se le acercó y dijo:

—Jaan, tengo que hablar contigo de una cosa.

Él se reclinó contra la pared y se forzó a sonreír.

—¿Qué problema hay?

—Se trata de Wesley.

Él la miró sin entender durante un momento.

—¿Wesley?

—Sí. ¿Sabes?, yo creía de verdad que le gustaba, y sé que él me gusta, pero últimamente se ha vuelto tremendamente obsesivo. Es un poco atemorizador, ¿sabes?

—¿Es por Wesley que estás preocupada? —Se sintió picado—. ¿Y qué hay de mí?

Ella bajó la mirada durante un momento.

—Yo... estoy preocupada por ti, Jaan. Eso ya lo sabes. Pero... —Lo miró a los ojos—. A mí me pareces el tipo de persona que no quiere que le tengan lástima. Así que decidí no tenértela.

Ella estaba en lo cierto, por supuesto. Pero el oírlo expresar así, de una forma tan natural..., eso lo enfurecía más de lo que él hubiese creído posible.

Estaba comenzando a sudar cuando le espetó:

—¡Ah!, ¿es eso lo que piensas? Bueno, pues no sabes nada. ¡Nada de nada!

—Pero...

—¡Cállate! ¡Simplemente, cállate! ¡Sólo... déjame en paz! ¡Vete a ver a tu precioso Wesley!

Los otros estaban mirándolo fijamente y él no podía soportarlo, así que pasó con brusquedad ante Bobbi y corrió a ciegas...

Y se estrelló contra Aneel.

El guardia de seguridad que escoltaba a Aneel había estado de pie justo detrás del kreeel, por lo que se hallaba en una posición desfavorable para ver a Jaan. Aneel le prestó poca atención al obstáculo que se interpuso en su camino. Mediante un balanceo de su poderoso brazo barrió a Jaan hacia un lado y lo envió resbalando por el suelo en la dirección opuesta. Jaan se puso trabajosamente en pie y sintió que sus piernas comenzaban a ceder. «No me desmayaré», pensó con rabia y se tambaleó hacia el turboascensor que lo llevaría hasta la enfermería.

Aneel lo observó marcharse.

—¿Eso era un elfo?

—Sí —repuso el guardia de seguridad—. Vamos.

—¿Qué le sucede?

Y Bobbi, al oír esto y aún confundida y violenta por lo que había sucedido, le espetó:

—¿Que qué le sucede? Que está muriéndose, ¿vale? ¡Está muriéndose a causa de *La Podredumbre* y eso es injusto!

—¿Y de dónde saca que la vida sea justa? —replicó Aneel, pero en realidad no estaba pensando en su respuesta. Meditaba sobre lo que acababa de oír.

Conocía a los elfos. Los conocía bastante bien. Había capturado a unos cuantos en el pasado, y se había divertido mucho jugando con ellos, hasta que los había dejado en libertad... babeando y barboteando. Resultaban atractivos y tenían un cierto grado de gracia, pero no eran la más fuerte de las razas, ni física ni mentalmente. Lo cual resultaba curioso considerando lo que eran capaces de hacer con sus mentes.

Todo lo cual puso a Aneel en un intrigante sendero de pensamientos.

—¿Cuándo llegaremos a la sala de reuniones? —preguntó.

—Dentro de un rato —replicó el guardia de seguridad—. Pero se me ha dado orden de hacer otra parada antes.

Dado que se suponía que era una reunión diplomática, el personal había sido mantenido al mínimo. Picard estaba allí, por supuesto, al igual que Troi. A él le habría gustado contar también con la presencia de Riker, pero prefería que su segundo de a bordo permaneciera en el puente.

También estaban presentes Kobry y Gava. El resto de los klingon y los kreeel, excepto Aneel, que llegaría en cualquier momento, estaban seguros en las instalaciones de detención.

—¿Cree que tendrá la posibilidad de conseguir algo, Kobry... Honorable Kobry? —se corrigió Picard.

Kobry hizo un gesto con la mano para apartar el tratamiento.

—Por favor, siéntase en libertad para pasar por alto lo de «Honorable». Se tarda demasiado en decirlo. En respuesta a su pregunta... sé que podré hacerlo.

—¿Cómo?

—Tengo que saberlo. —El klingon le dedicó una débil sonrisa—. Con que sólo piense de

esa forma, seré capaz de hacerlo. Tengo que convencerme de que será así. —Miró su cronómetro—. Creo que Aneel estará a punto de concluir su escala.

—Sí, esa pequeña táctica ha despertado mi curiosidad —comentó Picard—. ¿Se trata de una maniobra corriente en diplomacia?

—Más común de lo que usted imaginaría.

Como de acuerdo con el cálculo, las puertas se abrieron con un silbido y Aneel entró, aún escoltado por el guardia. El k reel estaba de muy buen humor.

—Siéntese, embajador —indicó Picard, y Aneel lo hizo, tomando asiento al otro lado de la mesa, frente a Kobry. Se dejó caer en la silla y miró alegremente ante sí—. Cuénteme, señor —continuó amablemente Picard—, ¿qué le ha parecido la sala Diez-Proa?

Aneel le dedicó su sonrisa dentada y asintió.

—Eso —contestó con voz profunda—, es una hospitalidad que está casi a la par con la que los k reel somos capaces de ofrecer.

—Tomo sus palabras como un gran elogio —dijo Picard—. Ahora... embajador..., el Honorable Kobry ha solicitado esta reunión. Yo, personalmente, preferiría sacarlos a todos de mi nave, pero todos hemos de vivir con las solicitudes de nuestros respectivos gobiernos. El Honorable Kobry piensa que tiene una solución para todo esto.

Aneel se volvió y miró a Kobry con ojos algo turbios. Aneel no se encontraba en absoluto borracho, pero lo que sí estaba era relajado. No obstante, quedaba en él más de la suficientemente afamada franqueza k reel.

—¿Espera en serio que yo haga tratos con usted?

—Sí —respondió Kobry con calma.

Picard dirigió sus ojos hacia Troi, con la intención de obtener una valoración silenciosa por parte de ella respecto a cómo era probable que se desarrollaran los acontecimientos. Ella se encogió de hombros. Era como un juego a cara o cruz.

—Es ridículo —declaró el soldado k reel convertido en embajador—. Yo podría matarlo de un pisotón. ¿Cómo es posible que sea el supuesto mediador klingon?

Kobry sonrió.

—¿Sabe?, la mayoría de mi gente solía ser muy parecida a usted. Tampoco ellos me tomaban en serio.

—Ah, ¿de veras? —inquirió Aneel, fingiendo sorpresa.

—De veras —afirmó Kobry—. Pero, verá..., así es cómo me las arreglé para sobrevivir en el imperio klingon. Una jerarquía famosa por ascender mediante las puñaladas por la espalda, el asesinato y la doblez. Yo dejé el imperio durante un tiempo y fui educado por la Federación. Regresé en una época en la que mi pueblo estaba destrozado por una guerra de aniquilación mutua.

«Comencé a reunir seguidores, personas que estaban influidas por mis palabras en lugar de por mi aspecto. Los que estaban por encima de mí... éstos no me concedían importancia alguna. Nunca contemplaron con seriedad ninguna de mis actividades. Se limitaron a continuar como hasta entonces, conspirando los unos contra los otros y planeando, siempre planeando. Eran tan buenos conspirando y planeando que consiguieron eliminarse mutuamente. Nadie advirtió que los que estaban por encima de mí iban cayendo, uno tras otro, y que yo continuaba estando allí. Y cuando el emperador miró a su alrededor, descubrió de forma repentina que todos sus consejeros habían desaparecido. Destruídos los unos por los otros.

—Lo que usted está diciendo se llama progresar por aniquilación del adversario.

Kobry se reclinó en la silla al tiempo que tamborileaba con los dedos sobre el brazo del

asiento.

—En otra época, ése habría sido el caso. En otra época..., antes de que nos diéramos cuenta de la naturaleza destructiva de esa forma de hacer las cosas. Pero, ya no. Sin embargo, ésta es la razón por la que el presente viaje hacia DQN 1196 resulta tan importante. Por cierto capitán, ¿cuánto falta para que llegemos allí?

—A factor hiperespacial seis, unos cinco días —repuso Picard—. Sólo desearía, por el bien de ustedes, que pudiera ser antes.

—No —dijo Kobry—. No, es probable que sea mejor así. Embajador Aneel, el viaje a DQN 1196 es importante por dos razones. —Las contó con los dedos—. Primera, era necesario conseguir que dos delegaciones de nuestros pueblos se reunieran durante un período de tiempo ininterrumpido con el fin de entablar un diálogo abierto. Para demostrar que podemos mantener buenas relaciones. Reconozco que no hemos tenido un buen comienzo, pero no hay razón para dar por sentado que es imposible. La segunda razón es nuestra disputa por ese planeta. Las armas que hay en él son poderosas más allá de toda comprensión. Los científicos de ustedes, sin ánimo de ofender, se encuentran desbordados a la hora de examinarlas. Si a los kreeel se les concede libre acceso a las mismas, eso lo sabe, acabaremos en una guerra a gran escala en el mejor de los casos. En el peor, significará el exterminio de ambas razas.

—O el exterminio de los klingon —dijo Aneel saboreando las palabras.

—O —replicó Kobry—, el exterminio de los kreeel. ¿Está dispuesto a correr el riesgo? ¿A perderlo todo? Según tengo entendido, los kreeel luchan por obtener respeto. Así que dígame, aquí y ahora, como representante de su raza... ¿qué es más importante, el respeto o el genocidio?

Kobry había violado, al decir esto, una de las principales reglas de la diplomacia, en realidad de la vida: a saber, nunca formular una pregunta de la que uno no conozca ya la respuesta. El kreeel era todavía un factor desconocido, y sus respuestas capaces de decantarse en una u otra dirección.

No obstante, aguardó pacientemente la respuesta.

Aneel lo estudió durante largo rato, y luego miró a los demás presentes en la sala. Le gustaba la manera en que estaban mirándolo: con preocupación por lo que iba a decir, con un cierto grado de miedo. Se daba cuenta de que él, Aneel, tenía en sus manos la clave de la dirección en la que fueran a encaminarse las cosas.

Y lo mejor de todo era que lo que dijese ahora no tenía tanta importancia, porque ya había planes trazados en su mente. Definitivamente, eso era lo mejor de todo.

—¿Qué tiene usted en mente? —preguntó astutamente Aneel, a su vez.

—¿Un tratado? —preguntó Tron con incredulidad.

Los klingon que se hallaban en la sala de detención se encontraban en torno a Kobry en un amplio semicírculo. Como precaución por parte de Picard, Worf estaba justo fuera de la celda. El campo de fuerza que los retenía en el interior había sido apagado a petición de Kobry, de forma que se sintieran un poco menos prisioneros.

Gava se había quedado atrás, y estaba de pie junto a Worf. Él sintió que los dedos de ella le rozaban de forma «accidental» una pierna, y se apartó medio paso. Ahora, desde luego, no era momento para distracciones.

—Sí —respondió Kobry—. He firmado un tratado con el embajador kreeel...

Varios klingon escupieron.

—¡Basta ya! —exclamó Kobry desplegando el primer arrebato de enojo auténtico que

cualquiera de ellos podía recordar—. ¡Por el emperador, es igual que tratar con niños! Nadie volverá a escupir cuando se mencione ese nombre. ¡Y esto es definitivo! Ahora bien, he firmado un tratado con el embajador kreeel... —Hizo una pausa momentánea para asegurarse de que su orden antiexpectación era obedecida, y luego prosiguió—. Se le entregará una copia del mismo a cada uno de ustedes. Esboza las líneas de cooperación entre los dos grupos, y designa de manera específica a la *Enterprise* y el planeta llamado DQN 1196 como zonas neutrales. No zonas de conflicto. ¿Lo entienden? Por muchas provocaciones que surjan, no debe haber batalla alguna dentro de estas áreas.

—¿Y cómo —preguntó Tron con desdén—, han accedido los kreeel a respetar este tratado?

—Por su honor.

Se oyeron bufidos de incredulidad procedentes de los klingon.

—¿Honor? —dijo uno de ellos—. Los kreeel sólo saben que el honor es algo que tienen los demás y que ellos pueden utilizar en su propio beneficio.

—Los kreeel —replicó Kobry con tirantez—, tanto si los encontramos personalmente repulsivos como si no, se sienten agraviados por cosas que piensan que deben ser respondidas, de la misma forma que nosotros. Estos agravios deben solucionarse, de la misma manera en que la Federación y el imperio klingon lo hicieron con los suyos. Pero antes de que pueda solucionarse algo, o hablar de ello, tenemos que ser capaces de mirarnos sin intentar asesinarnos mutuamente. Ahora bien, los kreeel han prometido no proferir insultos y no llevar a cabo ninguna agresión abierta contra nosotros.

—¿Actuar como perfectos pequeños caballeros? —inquirió Tron en tono sarcástico.

—Es una forma de expresarlo. Y, en consecuencia, nosotros nos comportaremos del mismo modo. A menos, por supuesto... —e hizo una pausa—, que los klingon sean incapaces de comportarse de forma tan civilizada como los kreeel.

Worf sintió un alto grado de admiración por la forma en que el honorable Kobry había expresado aquello. Naturalmente, dicho comentario estaba destinado a herir en lo vivo a cualquier klingon.

Sin duda, funcionó en este caso. Casi como uno solo, los klingon cuadraron los hombros, picados en su orgullo.

—Cualquier cosa que el más grandioso de los kreeel sea capaz de hacer, puede ser equiparada por el más bajo de los klingon —replicó uno de los guardias en tono terminante.

—Yo no he traído conmigo a los más bajos de los klingon —observó Kobry con voz suave al tiempo que se miraba las uñas de las manos—. He traído a los mejores. ¿Están a la altura del desafío?

Se miraron entre sí y Tron, avanzando un paso, declaró:

—Un klingon se supera con los desafíos. Si los kreeel pretenden tener un código de honor, nosotros podemos demostrarles qué es un verdadero código de honor.

—Perfecto —comentó Kobry—. Tengo autorización del capitán para que, en caso de que consientan ustedes en obedecer los términos del tratado, se les devuelva la libertad de movimiento por la nave.

—Eso es una suerte —dijo uno de los klingon, un tipo particularmente fornido de nombre Sklar—. Estábamos preocupados por el hecho de que el honorable Kobry anduviera caminando por la nave sin protección.

Kobry suspiró.

—No lo estén. —Se volvió a mirar a Worf—. Me gustaría regresar a mi alojamiento, teniente. Me siento un poco fatigado.

Tron intervino en tono enérgico.

—Nosotros lo acompañaremos, señor.

—Oh, creo que estoy lo bastante a salvo con el teniente aquí presente. No me interpreten mal... si él no fuera klingon, naturalmente que necesitaría una escolta. Pero puesto que lo es, y que nos encontramos en su territorio, estoy seguro de hallarme a salvo en sus manos. ¿Correcto, Worf?

Worf asintió mientras estudiaba a los klingon que se encontraban en la sala de detención. Intentó hacerse una idea de qué estaban pensando, pero ellos lo ocultaban bastante bien. Tuvo la clara impresión de que Tron, por lo menos, no estaba satisfecho con lo que se había decidido en ese día.

El honorable Kobry dio media vuelta y echó a andar hacia su alojamiento, con Worf a la izquierda y Gava a la derecha. Los tres klingon caminaban a paso regular, Gava y Kobry mirando resueltamente al frente mientras que Worf escudriñaba el corredor en todas direcciones. Esperaba que hubiera problemas. Siempre estaba esperando problemas, incluso cuando parecía haber pocas probabilidades de que surgieran. Uno nunca podía ser sorprendido por algo que estaba esperando de forma constante.

—Tron hizo una observación acertada —dijo Worf—. Usted no debería ir sin escolta en ningún momento. Kobry hizo un gesto de rechazo con la mano.

—Teniente, yo sobrevivía muchísimo antes de tener guardia de honor de ninguna clase. Me he acostumbrado, y con cierto éxito. ¿Sabe cuál es la clave de mi supervivencia?

—No, señor.

—Es doble. Primero, soy un blanco pequeño, como ya he comentado antes. Segundo, siempre estoy enterado de lo que sucede a mi alrededor.

—Ya veo.

Avanzaron algunos pasos más.

—Tengo entendido que usted y mi hija son amantes —comentó el Honorable Kobry.

La sencilla declaración hizo que tanto Gava como Worf perdieran el paso. Worf miró fijamente a Gava que le hizo un gesto de desamparo, con lo que quedó claro que ella no le había contado nada a su padre.

—¿Puedo preguntar... cómo ha sabido eso, señor? —inquirió Worf.

—¿Es que no estaba poniendo atención a lo que acabo de decir? —preguntó Kobry, un poco divertido—. ¿Sobre el estar enterado de todo lo que sucede a mi alrededor?

Worf volvió a mirar a Gava, y esta vez ella dijo:

—Yo no he comentado nada al respecto, padre. Me enorgullezco de ser discreta. ¿Cómo...?

—Si contara con que siempre me lo dirían todo, habría desaparecido hace ya mucho tiempo

—contestó Kobry—. Los asesinos raras veces dicen: «Tengo intención de matarlo dentro de uno o dos días». Uno tiene que ser capaz de percibir lo que no se dice. Lenguaje corporal, un gesto aquí, una mirada allá. Detectar lo implícito. Ésa es la clave de la supervivencia, hija mía.

—¿Desaprueba el Honorable Kobry mi relación con su hija? —preguntó Worf con rigidez. Al oír aquello, Kobry rió de verdad.

—El Honorable Kobry piensa que no es asunto suyo. Supongo que no es algo que tenga lugar en contra de la voluntad de ella y, dado que es usted un varón klingon, sin duda que tampoco va en contra de la suya.

Habían llegado al alojamiento de Kobry y la puerta se abrió deslizándose de lado. Kobry se volvió para encararse con ambos.

—Mi hija es bastante selectiva —comentó Kobry—. El hecho de que lo haya escogido como amante habla muy en su favor, Worf. Ciertamente confirma la primera opinión que

me formé acerca de usted.

—Gracias, Honorable Kobry —replicó Worf.

—Para una mujer como Gava —y le dirigió una afectuosa mirada a su hija—, resulta difícil encontrar a alguien a quien pueda respetar.

—Es verdad —asintió Gava. Ella sonrió de la misma forma que lo había hecho Kobry—. Siempre estoy comparándolos con mi padre.

—Es una competencia realmente injusta —se lamentó Kobry—. Comparado con mi persona, cualquiera está condenado a no dar la talla. —Desapareció tras la puerta.

Gava y Worf se miraron atentamente el uno al otro.

—Tengo deberes que atender en el puente —dijo él.

—Por supuesto. Pero espero que me reserves a mí tu tiempo después del trabajo.

—Puedes descansar tranquila, así será.

—Mi intención no era la de descansar.

—¿Cuál es su pronóstico, doctora?

Jaan se sentó y bajó las piernas del banco de diagnóstico. Pulaski estaba mirando los resultados del examen.

—Jaan...

—Uh-uh.

Ella sujetaba los resultados del examen contra su pecho.

—¿Uh-uh? ¿Puedes saber ya lo que voy a decirte?

—Es por la forma en que ha dicho mi nombre... en el mismo tono con que saludaría a alguien que se presentara inesperadamente en una fiesta. Por cierto, he oído decir que puede que de hecho hagan una fiesta para los klingon y los kreeel cuando lleguemos al planeta al que nos dirigimos.

—¿Una fiesta? —Ella sacudió la cabeza—. ¿Los klingon y los kreeel intentando divertirse? No puedo imaginármelo.

—Tengo entendido que fue idea de Guinan.

—Ah. En ese caso, está bien —dejó caer Pulaski—. Y ahora... Yo creo, Jaan, que deberías intentar descansar un poco más.

—¿Por qué?

—Porque ésta es mi primera experiencia con esta enfermedad...

—También la mía.

—...y —prosiguió ella con valentía—, está progresando a una velocidad mayor de lo que a mí me gustaría.

—Voy a convertirme en un inválido, ¿es eso lo que está diciéndome?

—No, eso no es lo que estoy diciendo, Jaan. Sólo que... te lo tomes con calma.

—Acaba de decir que está avanzando a mayor velocidad. ¿Cuánto mayor? ¿Lo de los seis meses era demasiado optimista?

—No estoy segura —dijo Pulaski—. Tal vez. No quiero alarmarte.

—¿Alarmarme? —dijo él, y por primera vez ella percibió una sensación de furia apenas reprimida—. ¿Alarmarme? —Y Jaan barrió el aire con un brazo y derribó una mesa de instrumentos de diagnóstico. El ruido trajo corriendo a los ayudantes del laboratorio médico, pero Katherine les hizo un gesto para que no intervinieran—. ¡Cómo puede alarmármese! —gritó él—. ¿Sabe cuánto tiempo vive mi pueblo? ¿Lo sabe? ¡Cerca de dos siglos! ¡Tenemos tiempo para todo!

—Jaan... —dijo ella.

Pero la furia de él, contenida durante mucho tiempo, salía a borbotones.

—¡Pero yo no! ¡No, Jaan Baat-Utuul-Bayn-Devin, no! ¡Yo sólo tengo una apestosa fracción de eso porque mis condenados padres tenían una condenada enfermedad! ¡Yo nunca tendré hijos, doctora! ¡Nunca dejaré nada tras de mí!

—¿Qué hay de tus escritos? —Ella intentó acercársele lo bastante como para tocarlo, para consolarlo—. Tú dijiste que tus escritos serían...

—¡Al infierno con ellos! ¿Cree usted que las palabras sin vida pueden compensar los años que estoy a punto de perder? ¡Al menos a Naranja le importa! Al menos él está intentando hacer algo para ayudarme. ¿Por qué usted no está intentando encontrar una cura para esto?

—Porque otras personas, con más talento para la investigación del que yo tengo, han estado intentándolo durante años y no han obtenido ningún resultado positivo —replicó Pulaski—.

¡Yo no puedo curarlo todo! Nadie puede. Yo sé qué es lo que tú quieres, Jaan. Quieres que yo, o Wesley, revisemos todo el trabajo que se ha llevado a cabo y nos demos una palmada en la frente y digamos, «¡Por supuesto! ¿Cómo pudo alguien haber pasado eso por alto? ¡Es tan simple!», y sinteticemos para ti una cura con penicilina y aceite de coco. ¡Las cosas no funcionan de esa manera! Yo lo sé. Wesley aún lo ignora, pero se dará cuenta de ello con bastante prontitud.

Ella esperó que la furia de él continuara en ascenso, hasta el punto en que tendría que ser sedado, incluso atado a una mesa. Pero no sucedió. En lugar de eso, para sorpresa de Pulaski, él se rehízo, se dominó. Se obligó a calmarse, cerró esos maravillosos ojos suyos y, cuando los abrió, había recobrado del todo la compostura.

—Le pido disculpas por el estallido, doctora —dijo Jaan—. Intentaré tomármelo con más calma. Lo que usted diga.

Katherine sintió que la inundaba el alivio, pero eso fue rápidamente borrado por otra sensación, más fuerte, de que tal vez la reacción de furia de Jaan era la mejor. Lo que manifestaba de forma abierta era algo que podía verse y hacerle frente. Pero, lo que en realidad parecía estar sucediendo, era que él luchaba para reprimirlo todo.

¿Cuánto tiempo pasaría, se preguntó, antes de que hiciera erupción?

¿Habría tenido razón, Picard? ¿Tendría que haberse sacado inmediatamente a Jaan de la nave? Pero, no, ella no podía recurrir ahora a Picard. Después de todas las molestias que se había tomado, después del abierto enfrentamiento al que ella había sobrevivido y en el cual había ganado, no podía recurrir a estas alturas a Picard y decirle: «Capitán, puede que usted tuviera razón». Si no era de absoluta necesidad, no.

Rogó para que no estuviera cometiendo una equivocación.

En ese momento, la puerta de la enfermería se abrió. Pulaski se volvió y contempló sorprendida al recién llegado.

—¿Sí? —inquirió con incertidumbre—. ¿Puedo ayudarlo?

—¿Es usted la doctora?

—Sí. La doctora Katherine Pulaski. ¿Y usted es...?

Él sonrió.

—El Honorable Kobry. —El klingon de media talla le tendió una mano—. Hay algo de importancia que necesito comentar con usted.

Dos días habían pasado desde la firma del Pacto de la *Enterprise*, como pronto se dio en llamarlo. Durante ese tiempo, los klingon y los kreeel habían realizado un consciente esfuerzo por esquivarse todo lo posible los unos a los otros. Aunque ninguno de los dos bandos se mostraba abiertamente emocionado con el acuerdo, estaban intentando vivir según el mismo..., los klingon porque lo exigía el honor, los kreeel porque querían demostrar que ellos eran tan buenos como los klingon, o mejores.

No obstante, Picard se aseguró de que, en todo momento, los hombres de seguridad o los oficiales superiores constituyeran una presencia visible con el fin de reforzar el pacto.

La primera prueba importante del mismo se suscitó, como era bastante natural, en la sala Diez-Proa. Era uno de los lugares preferidos tanto por los kreeel como por los klingon, pero hasta ese momento se las habían arreglado para no encontrarse.

En este día en particular, Deanna Troi acababa de regresar de una conversación frustrada con Wesley Crusher. Nunca había visto al muchacho más necesitado de ayuda... ayuda que ella se encontraba incapaz de proporcionarle. El muchacho estaba consumiéndose ante sus ojos.

Su deterioro físico era pronunciado. Sus ojos aún tenían esa expresión de ardiente determinación, pero mostraba marcadas ojeras. Ahora hablaba con frases bruscas y escuetas, como si no quisiera malgastar su tiempo hablando. Cuando Deanna había llegado con comida, tuvo que repetir la amenaza de hacerlo confinar en la enfermería a menos que empezara a comer. Había acabado con lo que le llevó mientras ella se encontraba presente, por lo que al menos tenía la seguridad de haber conseguido algo bueno, por pequeño que fuese.

Ahora, mientras avanzaba por el corredor, una media docena de kreeel se acercaron a ella desde uno de los pasillos laterales. Al frente marchaba el llamado Aneel, e incluso en el caso de que ella no hubiese sido una empata, habría sabido lo que el kreeel estaba pensando mientras la recorría con la mirada.

La alcanzaron y continuaron caminando junto a ella.

—Usted es la betazoide de la que he oído hablar, ¿eh? —comentó Aneel.

La voz del kreeel, sus toscas emociones, le hicieron daño, pero ella no estaba dispuesta a dejar entrever sus propias emociones.

—Así es. ¿Está usted disfrutando de su estancia en nuestra nave? —preguntó Troi, realizando un esfuerzo para mostrarse cortés.

—Podría estar disfrutándola más. —Aneel le dedicó su ofensiva sonrisa—. Pero me conformo. Todos lo hacemos, ¿verdad?

Los otros gruñeron a modo de asentimiento, y Deanna se encontró deseando que apareciera Riker. A pesar de que sabía que no se encontraba en un peligro real, le desagradaba la sensación que recibía de ellos.

—Voy de camino al puente —mintió.

—Bueno...

Aneel se detuvo al descubrir de pronto, delante de ellos, a aquel seleviano que había visto varios días antes. El elfo estaba aguardando pacientemente ante una gran puerta doble, y entonces ésta se abrió y, para sorpresa de Aneel, dos personas salieron por ella vestidas con ropas de invierno. Unos copos de nieve parecieron pasar volando junto a ellos, y se desvanecieron en cuanto se posaron sobre la cubierta. El seleviano los saludó con un gesto

de la cabeza y atravesó las puertas que se cerraron tras él.

—¿Qué es ese lugar? —preguntó Aneel.

—¿Eso? Es el simulador. Las creaciones realistas de computadora le permiten a uno vivir prácticamente cualquier cosa que pueda imaginarse.

—¡Qué interesante! —Señaló hacia el fondo del corredor—. ¿Ese turboascensor nos llevará a la sala Diez-Proa?

—Oh, sí —contestó Deanna, sin estar segura de haber conseguido que el alivio que sentía no se manifestara en su voz.

—Bien. Vamos.

Deni y los otros kreeel reaccionaron con cierta sorpresa ante la ansiedad de su líder por llegar a la sala *Diez-Cuatro*. Pero no dijeron nada, sino que apresuraron el paso para seguir a Aneel mientras éste avanzaba a toda prisa por el corredor con sus musculosas piernas.

—¿Qué prisa hay? —inquirió Deni.

—La prisa que hay —replicó Aneel—, es que se me ha ocurrido algo que no quería que la betazoide supiera. ¿Qué has averiguado sobre ella, Deni?

Y Deni, que había estado haciendo discretas investigaciones sobre todo el personal clave, replicó:

—No tienes por qué estar preocupado. Ella no puede leer el pensamiento. Sólo percibe emociones.

Otro de los kreeel profirió una risilla tonta y dijo:

—Apuesto a que estaba percibiendo algunas maravillosas por mi parte.

Los otros se pusieron a reír a carcajadas, lo cual continuó hasta que llegaron a la sala *Diez-Cuatro* y entraron.

En el interior había la habitual variedad y número de parroquianos. También había seis klingon sentados en torno a una mesa.

Las charlas de la sala *Diez-Cuatro* comenzaron a acallarse lentamente cuando los ocupantes de la misma se dieron cuenta que allí había potenciales problemas. Seis klingon. Seis kreeel. Veinticuatro puños.

La situación no se presentaba halagüeña.

El klingon de más alto rango que estaba presente era Sklar, y los otros lo miraron de inmediato en busca de una dirección que seguir. Sklar, por su parte, no se movió. Sabía lo que había acordado el Honorable Kobry, y lo que esperaba de ellos. De la misma forma, él respondía ante Tron, y sabía qué sentía Tron por los kreeel... un sentimiento que él y los demás de la mesa compartían. Había que considerar el honor, por supuesto, pero, ¿eran los kreeel lo bastante maduros para comprender cabalmente el honor?

Sklar y los otros permanecieron sentados y rígidos, como atornillados a las sillas. Estaban en una postura que les permitía ponerse rápidamente de pie en caso necesario, atacar de forma letal si la situación lo requiriera. Sklar dejó que su mano derecha, que había estado debajo de la mesa, derivara hacia la parte superior de su bota donde se escondía un cuchillo. Junto a él, el subteniente Derl estaba preparado para sacar el que llevaba escondido en la hebilla del cinturón.

Pavoneándose, completamente confiado, Aneel avanzó despacio hacia ellos, balanceando los brazos relajados. Mostraba una burlona sonrisa torcida que Sklar estaba seguro de que indicaba un total desprecio. Sklar escogió un punto a un medio metro de distancia que, si el kreeel lo traspasaba, Sklar consideraría eso como un acto de agresión y sacaría el cuchillo. Defensa propia, por supuesto. Pacto o no pacto, él no iba a permitir que una escoria kreeel se le acercara a una distancia sofocante.

Como si actuara, calculadamente, el kreel se detuvo justo antes de esa línea de conflicto mentalmente trazada.

Aneel cruzó los brazos sobre su pecho de tonel. Estaba mirando directamente a Sklar con aquellos ojos porcinos que tenía, y Sklar esperó a que él hiciera algo.

Desde la barra, Guinan llamó en voz alta a los recién llegados.

—¿Puedo ayudarlos, caballeros?

Aneel hizo una pausa y dijo con lentitud, no a Guinan sino a Sklar:

—Yo le invitaré a usted y su gente... si usted nos invita a mí y a mi gente.

Sklar parpadeó con sorpresa. Esto no era para nada lo que él había estado esperando. No podía decirse que aquello fuese una violación del tratado suscrito por ambos contendientes. Miró a los otros klingon, pero ellos estaban igual de sorprendidos que él.

—¿Y bien? —preguntó Aneel—. ¿Van a demostrar ustedes que son menos hospitalarios que nosotros?

Los labios de Sklar se tensaron, su pesada frente se frunció, y luego llamó a Guinan con voz grave.

—Camarera... bebidas para los kreel.

Y Aneel respondió de inmediato:

—Camarera... bebidas para los estimados klingon.

—Por cuenta de la casa —dijo Guinan.

Normalmente, los klingon preferían algo un poco más dentro de la línea de los licores fuertes, como la bazofia que habían llevado a bordo, pero en esta ocasión Guinan echó mano de la discreción y escanció sintehol.

El líquido comenzó a manar.

—¿Hora estimada de llegada a DQN 1196, señor Data?

Data se volvió desde *su* puesto de observación y le dirigió a Picard una mirada de curiosidad.

—Precisamente treinta y dos minutos menos que la última vez que lo preguntó, capitán.

Picard se recostó en su asiento de mando y suspiró.

—Cuando antes termine este asunto, más feliz seré. Me siento como si tuviera un puño cerrado en el estómago.

—Hasta ahora todo va bien, capitán —comentó Riker.

—No, número uno, querrá decir que hasta ahora nadie ha muerto. —Picard sacudió la cabeza—. Tengo una sensación extremadamente desasosegante.

De pronto, una voz llegó por el intercomunicador, exclamando:

—¡Seguridad a puente!

La cabeza de Worf giró bruscamente, y se adelantó a la respuesta de Picard.

—Puente, aquí el teniente Worf.

—Hay un alboroto, señor. Sala Diez-Proa. Están lanzando cuchillos. Ahí abajo hay un gran revuelo, creemos que los kreel y los klingon están involucrados.

—¡Maldición! —imprecó Picard—. ¡Worf, número uno, acudan ahí abajo!

—¡Equipo de seguridad, reúnanse conmigo en la sala Diez-Proa! —ladró Worf al tiempo que corría hacia el turboascensor, con Riker pisándole los talones.

Parecía siglos atrás cuando, en este mismo decorado arbóreo, Jaan y Wesley se habían dedicado a tontos juegos de escondite.

Ahora Jaan atravesaba el bosque, pistola física en mano, compitiendo contra el enemigo

creado por la computadora. No había querido molestar a Wesley... Wesley, que era su única esperanza. Wesley, que era su único amigo.

Por enésima vez consideró de alguna forma el intentar deshacer el daño que *el truco* le había causado al joven genio. Pero no tenía sentido hacerlo. Que Wesley continuara intentándolo. Podía conseguirlo. E incluso si no lo hacía...

Sus pensamientos se volvieron oscuros. Incluso si no lo conseguía, ¿a quién le importaba, en realidad? Wesley perdería un poco de sueño. ¿Y qué? Él, Jaan, era lo que contaba. Él era lo que importaba. Él quería vivir. En la mayoría de las culturas, eso no sería considerado un crimen.

Y la Federación —¿qué había hecho por él?— no había hallado la cura para *La Podredumbre*. Bueno... habían estado trabajando en ello, o eso decían. Pero sin duda tenían cosas más importantes de las que preocuparse, como construir naves estelares más grandes y mejores. ¿A quién le importaba una sola vida?

—Al infierno con ellos —dijo, y en ese momento un rayo fásico lo alcanzó de lleno en el pecho.

Él perseguidor creado por la computadora lo había encontrado, y Jaan fue arrojado hacia atrás, pillado completamente por sorpresa. Un árbol detuvo su vuelo de espaldas, pero se golpeó contra él y el mundo comenzó a girar a su alrededor.

Se deslizó al suelo y quedó allí tendido, indefenso, sintiéndose humillado. En otra época había sido el mejor en este juego. Ni siquiera las creaciones de computadora podían hacer frente a su rapidez, su cautela. Ahora, le faltaba concentración, los movimientos de su cuerpo eran rígidos y torpes. La enfermedad estaba avanzando dentro de él, carcomiendo su sistema nervioso.

Él humano generado por computadora se erguía por encima de él, sin moverse, sin hacer ruido alguno. ¿Por qué iba a hacerlo? No era más que un cascarón sin vida.

Lo mismo que iba a ser él.

—Maldito seas —gruñó e intentó levantarse. Sus piernas no tenían fuerza, el estómago se le acalabró una vez más. Las náuseas se apoderaron de él.

Tendría que haber escuchado a Pulaski. Tendría que habérselo tomado con calma... pero ¿para qué? ¿Para prolongar esta no vida?

El rostro se le bañó en lágrimas. Era poco varonil... inapropiado. Pero no podía evitarlo, y el humano de computadora permaneció como testigo impassible ante él.

— ¡Márchate! —ordenó Jaan con voz entrecortada.

Obedientemente, el contrincante de computadora enfundó la pistola fásica y se alejó de él.

Entonces Jaan se dejó caer al suelo al tiempo que se frotaba el dolor sordo del pecho donde lo había alcanzado el rayo fásico.

¿Por qué le estaba sucediendo esto a él? ¿Por qué? ¿Qué había hecho? ¡Era tan condenadamente injusto! Había intentado llevar una vida buena y honrada, y ésta era la recompensa. El ser arrebatado de la existencia cuando no estaba siquiera en la flor de la vida. La flor de su vida estaba aún a años de distancia.

Suspiró, e incluso eso le hizo daño. No tenía sentido quedarse ahí sentado como un zoque en bosques simulados por computadora. Se puso de pie, disponiéndose a salir.

Y fue entonces cuando una figura que había estado observándolo salió de las sombras de los árboles.

Jaan oyó las ramitas que se partían y se volvió con rapidez, tan velozmente que estuvo a punto de perder el equilibrio y caer. Pero se recuperó de inmediato, lanzando los brazos a ambos lados para evitarlo. Miró con sorpresa al recién llegado.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó.

El recién llegado sonrió y dijo:

—Creo que podría tener algo para ofrecerle.

—¿Como qué?

—Vida.

Worf y Riker marchaban por el corredor, estableciendo nuevas marcas de velocidad mientras corrían hacia la sala *Diez-Cuatro*. Incluso antes de llegar, oyeron gritos y chillidos, desafíos que se lanzaban y se devolvían, todo en las muy características voces de los klingon y los kreeel.

Un grupo de seguridad de cinco miembros estaba esperando, con las pistolas fásicas preparadas, y cuando Worf y Riker llegaron, el primero dijo:

—Pistolas fásicas ajustadas para desmayar. A mi señal... ¡adelante!

Las puertas se abrieron y ellos irrumpieron, con las pistolas fásicas apuntando ante sí, y fueron asaltados por un alboroto abrumador, con la diferencia de que parecía que a las voces klingon y kreeel se habían sumado otras.

Al principio no pudieron ver nada. Los miembros de la tripulación de la *Enterprise* habían creado una sólida pared de espaldas, como si estuvieran mirando alguna clase de acontecimiento deportivo. Sonaban lo que ahora parecían gritos de aliento, y Riker podría haber jurado que incluso oyó que se hacían apuestas.

«¿Qué demonios...», pensó.

—Apártense del camino —gruñó Worf, y ni siquiera esperó a que la gente obedeciera, sino que se abrió paso a empujones seguido por Riker y el ahora completamente confundido grupo de seguridad.

Cuando las personas de la multitud se dieron cuenta de quién estaba intentando pasar, hicieron todos los esfuerzos posibles por apartarse a un lado. Al fin, los oficiales consiguieron abrirse camino hasta el frente del gentío. Entonces se detuvieron y quedaron boquiabiertos.

Colgada de la pared, pegada allí quién sabe cómo, había una de las casacas de cuero que formaban parte del atuendo típico de los kreeel. En el centro de la misma se habían trazado círculos concéntricos, y clavada en el centro del blanco, apenas un poco a la derecha del mismo, había una daga.

A treinta pasos de distancia, un kreeel de torso desnudo a quien sin duda pertenecía la casaca, estaba haciendo puntería con otra daga. Se hallaba rodeado por escandalosos kreeel que lo animaban, y por klingon igualmente vociferantes que afirmaban que de ninguna manera podría realizar un lanzamiento comparable.

Worf y Riker se miraron el uno al otro, enmudecidos. Habían esperado encontrarse cadáveres por el suelo. Esto no.

El kreeel, al que Riker ahora reconocía como el llamado Deni, lanzó. La daga salió en línea recta y certera, y se clavó en el centro preciso del blanco.

Se levantó un clamor, y de inmediato todos se pusieron a gritar y discutir. Los klingon querían una revancha. Los kreeel estaban gritando que «ésta era la revancha pero que claro, por qué no», y aquello era un manicomio. Sencillamente un manicomio.

Y con toda la fuerza de sus pulmones, Riker gritó:

—¡Cállense todos!

De inmediato se hizo el silencio en la sala. Paso a paso, Riker avanzó hacia el blanco, sacudiendo la cabeza con absoluta incredulidad. Arrancó las dagas de la casaca y la levantó.

La pared estaba acribillada de marcas, donde las dagas lanzadas con anterioridad habían penetrado en el cuero y lo habían traspasado. También advirtió que la casaca había sido pegada a la pared con la substancia como masilla que se empleaba para sellar las botellas de sintehol.

Derl, de los klingon, el lanzador de cuchillos contrincante de Deni, dijo, sin el más ligero rastro de remordimiento sino como mera explicación:

—Intentamos proteger la pared.

Riker dio media vuelta y los miró fijamente, luego miró fijamente a la tripulación.

—Ustedes han perdido el juicio —dijo sin llegar a creer lo que estaba viendo—. ¡Están lanzando dagas! ¡Alguien podría haber resultado herido! Además, están dañando una propiedad de la Federación. ¡Están alterando la tranquilidad de toda la nave con este peligroso juego! Veamos —y su tono de enojo dejó claro que estaba a punto de tener lugar un ajuste de cuentas—. ¿Puede saberse de quién fue esta brillante idea?

Y todos los klingon y kreeel, junto con todos los miembros de la tripulación, señalaron en la misma dirección y dijeron lo mismo a coro:

—¡De Guinan!

Riker se volvió y miró a la camarera para encararse con ella. Desde detrás de la barra, ella sonrió, dedicándole su expresión más inocente.

—Ah —dijo Riker. Y se encogió de hombros—. Entonces, está bien.

Se levantó un clamor de vítores y Riker se apresuró a decir:

—De todas formas... —Y cuando el nivel de ruido hubo descendido a un índice de decibelios normal, continuó en voz más baja—. Sin embargo... estas dagas son ahora propiedad del primer oficial. A saber, yo. Si todos ustedes quieren entretenerse, me parece espléndido. Intenten hacerlo con objetos menos afilados. ¿Queda entendido?

Se produjeron intermitentes asentimientos de cabezas, aunque los kreeel no asintieron ni con media inclinación de la misma debido a su relativa carencia de cuello. Interpretando esto como un signo de comprensión por parte de todos, Riker y Worf abandonaron la sala, con el equipo de seguridad tras ellos.

Los klingon y los kreeel se miraron entre sí.

—Se han llevado los cuchillos —dijo Deni.

—No importa —señaló Sklar. Levantó un brazo, y la manga retrocedió para dejar a la vista un par de dagas metidas en ceñidas vainas que llevaba sujetas al antebrazo—. Tenemos muchas más.

Entretanto, Worf y Riker regresaron al puente, donde el capitán Picard no parecía nada complacido mientras ellos le explicaban la situación.

Deanna Troi no pudo evitar observar que:

—Es mejor eso que no el que intenten matarse los unos a los otros, capitán.

—Eso me proporciona poco consuelo —replicó Picard—. Aunque usted tiene cierta razón. Esperemos que las cosas continúen sin problemas a partir de aquí.

Así pues, el lanzamiento de cuchillos continuó en la sala *Diez-Cuatro*, como Worf y Riker imaginaron secretamente que sucedería. Entretanto la *Enterprise* se acercaba más a DQN 1196.

Y ninguno de los participantes se dio cuenta de que Aneel había desaparecido de la sala Diez-Proa en el calor de la competición.

Jaan alzó la mirada hacia el inesperado intruso, un fornido miembro del contingente kreeel llegado recientemente a la *Enterprise*. Se sentó y se sacudió la tierra de la ropa.

—¿Vida? —bufó Jaan.

—Correcto.

—No me hable de vida.

—¿Por qué no? —preguntó el kreeel al tiempo que avanzaba contoneándose hacia él—. Por cierto, me llamo Aneel.

Se trataba de un kreeel típico, pensó Jaan. Ofensivo, despótico, e increíblemente seguro de sí a pesar de que no tenía razón para ello.

—Eso es bastante sencillo de recordar. Bueno el que no quiera hablar de ella no le incumbe en lo más mínimo.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

El kreeel se sentó en el suelo delante de él, equilibrándose con sus enormes brazos.

—¿Podría tener algo que ver con *La Podredumbre*?

Jaan le lanzó una mirada que era puro veneno.

—¿Cómo, en el nombre de Kolker, sabe usted eso?

—Oh, hay formas de averiguar las cosas —dijo Aneel, mientras daba las gracias en silencio por la charlatana muchacha del corredor.

—Fantástico. Bueno, si usted conoce mi problema, entonces seguramente podrá imaginarse que no estoy del mejor de los humores. —Jaan se puso de pie para marcharse, y el dolor le atravesó el pecho dejándolo sin respiración. Él se tambaleó, gimió y cayó de espaldas. El kreeel no hizo ningún esfuerzo para cogerlo ni ayudarlo de forma alguna.

—¿Siente que su cuerpo está apagándose? —dijo Aneel sin rastro alguno de compasión—. ¿Que la sangre no es bombeada de la forma en que solía serlo? ¿Los brazos y las piernas olvidan cómo obedecer las órdenes?

—Cállese.

—¿Le está resultando difícil ver, últimamente, verdad?

—¡Cállese! —dijo Jaan con una furia que lo dejó casi agotado—. Haga el favor de dejarme en paz.

Aneel, por supuesto, no se movió.

—¿Sabe una cosa? —gruñó—, yo fui uno de los primeros en investigar *El Pozo del Infierno*.

—¿Qué? —dijo Jaan, cansado y sin interés.

—*El Pozo del Infierno*. Ah, la designación oficial es DQN 1196. Pero nosotros lo llamamos *El Pozo del Infierno*. El lugar en el que fueron halladas todas las armas avanzadas.

—¿Y?

—Y... eso es lo que la Federación y los klingon creen que ha sido encontrado allí, puesto que eso es lo único que han visto.

Jaan sacudió la cabeza sin comprender.

—¿Y? —volvió a preguntar.

—Y... ¿qué le parece si yo le dijera que eso no fue todo lo que encontramos?

—No creo que pudiera sentirme más interesado.

—¿Y si yo le dijera que nosotros podemos curar *La Podredumbre*?

Hicieron falta uno o dos segundos para que lo que estaba diciendo Aneel penetrara en la mente de su interlocutor.

—¿Cura para...?

—*La Podredumbre*, sí.

Jaan no podía creerlo.

—Eso... eso es ridículo.

—¿Por qué ridículo?

—Ustedes... —sacudió la cabeza—, ustedes encuentran por casualidad un puñado de armas, y mientras están ahí se topan por pura casualidad con la cura de la enfermedad que por casualidad padezco yo. Debe de pensar que soy idiota.

—Yo no he dicho que hubiéramos encontrado una cura sólo para lo que tiene usted. Hay curas para prácticamente todas las enfermedades conocidas. Una de ellas es para cualquier enfermedad que ataque al sistema nervioso central y al sistema respiratorio, como sucede con *La Podredumbre*. Pero —se encogió de hombros—, puede no creerme, si quiere. Para mí tiene poca importancia.

Se puso en pie y comenzó a alejarse, y llegó hasta doce pasos de distancia antes de que Jaan dijera:

—Espere.

«Lo tengo», pensó Aneel, antes de volverse.

—¿Sí?

—¿Qué quiere?

—¿Querer? —preguntó Aneel.

—Sí, ¿qué quiere? —respondió Jaan con impaciencia—, y no intente jugar al inocente conmigo. No funciona.

—Hablando de juegos —replicó Aneel y, de pronto, aferró a Jaan por la pechera y lo puso en pie de un tirón. Durante un momento, el miedo lo recorrió mientras el kreeel le gruñía a la cara—: No se moleste en intentar conmigo ese pequeño truco de la influencia mental. En una ocasión ayudé a diseccionar a un selelviano, así que sé todo lo que pueden hacer. No puede obligarme a que le entregue la cura si no quiero, y si lo hace, le abriré una segunda sonrisa justo debajo de la barbilla. ¿Lo ha entendido?

Paralizado, Jaan asintió.

Aneel sonrió y soltó a Jaan.

—Bien. Y ahora, en respuesta a su pregunta... sólo queremos una cosa. Algo en lo que creo que usted puede ayudarnos.

—Y... si los ayudo en eso, luego...

—Luego, cuando lleguemos a *El Pozo del Infierno*, yo le daré la cura para *La Podredumbre*. ¿Hacemos un trato?

Jaan tragó saliva. No se fiaba del kreeel ni por un momento. Pero estaba ofreciéndole a Jaan más de lo que nadie le había ofrecido —excepto el ahora obsesionado Wesley—, a saber, esperanza.

¿Y si me está mintiendo? Pero ¿y si está diciéndome la verdad?

Jaan tenía todo que ganar y nada que perder. Cuando uno está muñéndose, ciertas prioridades se reordenan.

—De acuerdo —aceptó Jaan—. ¿Qué tengo que hacer?

—Dejémoslo por ahora. —Geordi suspiró.

Data bajó la mirada para contemplar el arma alienígena, compadecido de su amigo. El resto de los técnicos ya se habían dispersado y vuelto a sus puestos de trabajo habituales.

—Tal vez —dijo Data como pensando en voz alta—, no estamos destinados a averiguar el funcionamiento de esta arma.

—Lo siento, Data, pero yo no creo en eso de que «hay algunas cosas que los hombres no están destinados a saber». —Geordi sacudió la cabeza—. Cualquier cosa que queramos

saber, cualquier cosa que queramos hacer, tenemos que ser capaces de saberla y hacerla. El resto no es más que poner excusas, eso es todo.

—No, no me entiende, Geordi. Quiero decir que tal vez alguien...

—O algo —agregó Geordi—. No se puede rechazar esto último, siempre se ha de considerar.

—Muy bien —asintió Data—. Alguien o algo no quiere que descubramos cómo funciona esta cosa. Quiere hacernos regresar a su planeta de origen para que encontremos las respuestas. Tal vez... con el fin de establecer contacto.

Geordi negó con la cabeza.

—¿Por qué? ¿Por qué tomarse tantas molestias?

—No lo sé —dijo Data—. Lo que sí sé es esto: ha habido muchos «cabos sueltos», si quiere llamarlo así, en nuestra exploración de la galaxia. —Se paseó por la cubierta de ingeniería de un modo evidentemente humano—. Artefactos, descubrimientos, e incluso algunos de nuestros propios recientes contactos con entidades que estaban fuera de nuestra comprensión. Todo lo cual parecerían indicios de una especie de raza superior, que tal vez deja pistas para que nosotros las sigamos.

—O que simplemente se dedican a sus asuntos sin que realmente nosotros les importemos —replicó Geordi—. No se adentre demasiado en las cosas, Data. Quienesquiera que sean esa raza «omnisciente» suya, tal vez se enfurezcan cuando alguien se pone a buscarlos.

—O, tal vez —dijo Data—, todo esto ha sido alguna clase de prueba.

—Oh, Dios, no diga eso —gimió Geordi—. Después de lo de Q y de todo por lo que hemos pasado, una prueba es decididamente lo último que necesitamos.

El alférez Tom Chafin, que se había mostrado muy expresivo respecto a su opinión de que Wesley Crusher era un idiota, había sido trasladado. Picard, tras decidir que el miembro de tripulación de opiniones estrechas necesitaba un cambio de escena, lo envió a seguridad bajo la amable dirección de Worf. Worf, por su parte, tenía otras cosas que hacer que entrenar a un nuevo recluta, por lo que le había asignado un puesto que era nominalmente importante pero lo bastante seguro como para que no pudiera meterse en líos.

Estaba de guardia en la armería. La puerta había sido codificada especialmente para que respondiera sólo a la voz de él —aparte de las voces de Picard, Riker y Worf—, y Chafin lo consideraba un puesto de mucha responsabilidad. Permanecía allí de pie, sonriéndoles a todos los miembros de la tripulación que pasaban, y sintiéndose muy orgulloso de sí mismo.

Por lo general, la sala de armas no requería la presencia de un guardia, pero considerando la actitud guerrera de las dos delegaciones presentes en la nave, era una precaución extra; una que valía la pena tomar.

Así que Chafin estaba allí, sintiéndose importante, y Jaan se acercó a él y lo saludó, saludo que él le devolvió con humor alegre.

Jaan no perdió tiempo. Se acercó más a Chafin, con los ojos brillantes.

—¿Sabe, Tom?... ¿recuerda aquella encantadora joven de la que usted y yo hablamos hace un mes, más o menos?

—¿Amy? —Las cejas de Chafin se alzaron un punto—. ¿Qué pasa con ella?

—Yo le he hecho una visita. —Jaan bajó la voz—. Lo quiere a usted, Tom.

—Usted... usted está bromeando.

—No estoy bromeando.

—Oh, Señor, yo estaba rezando para que ella se fijara en mí.

—Lo ha hecho —le aseguró Jaan. Se acercó un paso más a Chafin—. Voy a decirle lo que usted va a hacer. ¿Está escuchándome?

—Estoy escuchando, Jaan.

—Irá usted a su alojamiento. Le dirá que sabe que ella ha estado deseándolo. Apuesto a que tendrá suerte.

—¿Usted... usted lo cree de veras?

—Se lo garantizo.

—Pero... —Su devoción al deber estaba haciéndole titubear—. Pero yo no puedo abandonar mi puesto...

—Voy a hacerle un gran favor, Tom. Voy a quedarme aquí y vigilar su puesto por usted.

—¿De verdad?

—¿Para qué están los amigos?

—Oh, Jaan, esto es... —Embargado por la emoción, Tom lo abrazó—. Usted es el más grande. En serio que lo es.

—Ya lo sé. Ah, por cierto... ¿cómo hago para abrir la puerta?

—Bueno, eso es fácil —respondió Chafin y, en voz alta, dijo—: Compute código de voz y compare. Abra la puerta de la armería.

La puerta se abrió obedientemente y Chafin, ansioso por marcharse, comentó:

—¿Ve? Por supuesto, sólo responde a mi voz y a la de un par de oficiales superiores.

—Oh, por supuesto —repuso Jaan, mientras traspasaba con indiferencia la entrada. Su presencia interrumpió el rayo de luz del ojo electrónico y la puerta, diseñada para proporcionar seguridad a los miembros de la tripulación, no se cerró.

—¡Bueno, fantástico! ¡Le veré luego, entonces! —Con gran júbilo, Chafin se alejó corriendo por el pasillo.

Desde el recodo del extremo opuesto se acercó Aneel. Miró la silueta de Chafin que se alejaba y preguntó:

—¿Qué ha hecho?

—Concertarle una cita a ciegas. Vamos —lo instó Jaan, con prisa—. Coja lo que necesite.

Aneel llevaba un pequeño saco que con facilidad podía transportarse sobre el hombro sin levantar sospechas. Entró en la armería y sonrió.

Pistolas fásicas. Eran pequeñas. Eran elegantes. Eran mortales. Eran lo que él estaba buscando.

Metió una docena en el saco, mientras Jaan continuaba de pie en medio de la puerta para impedir que se cerrara.

—¡Dése prisa! —le urgió en un susurro—. ¡Rápido!

—¿Tiene miedo, elfo? —preguntó Aneel, burlón, mientras cerraba la boca del saco. Salió de la armería y Jaan se apartó del camino de la puerta, la cual quedó cerrada.

Avanzaron apresuradamente por el corredor, llegaron a un turboascensor, y al cabo de unos momentos se encontraban en el camarote de Jaan; éste se hundió en un blando sofá y dijo:

—Lo hemos conseguido.

—Por supuesto. Y para cuando Chafin regrese a su puesto...

—Estará más confundido que otra cosa —acabó la frase Jaan—. Ni siquiera recordará con claridad que yo he estado allí. Me he asegurado de ello. La que va a tener que dar algunas explicaciones es la muchacha tras la cual va él. No tendrá ni idea de qué lo ha seducido. A la larga, tampoco la tendrá él. —Y ahora Jaan estaba sacudiendo la cabeza—. No lo entiendo. ¿Para qué necesita las pistolas fásicas?

—Porque su amado capitán nos quitó nuestras armas, y eso nos deja en desventaja. Y, si

nos armamos por nuestra cuenta, es mejor tener algo pequeño y discreto. Al fin y al cabo, no queremos que sepan que estamos preparados para el caso de que haya problemas.

—Pero... ¿eso es todo?

—Por supuesto —respondió Aneel fingiendo alegría—. Sólo somos cautelosos, eso es todo. Nosotros no queremos problemas. Incluso firmamos un tratado. Sólo nos estamos preparando, eso es todo. No tiene nada de malo estar preparado, ¿verdad?

—No. No, supongo que no. ¿Y cuando lleguemos a DQN 1196...?

—No lo he olvidado —le dijo Aneel—. La cura estará esperándolo allí. Y casi no ha tenido que hacer nada a cambio. Su suerte está cambiando, elfo. —Y le dedicó su horrible sonrisa.

Los días sucesivos pasaron en una calma sorprendente. Las relaciones entre los kreen y los klingon todavía estaban lejos de ser idílicas, aunque a estas alturas ambos grupos se mostraban cordiales, puesto que cada uno quería que fuese el otro quien lanzara el primer insulto. No obstante, ninguno de ellos se atrevía, por lo que no les quedaba otra elección que actuar con cierto grado de educación.

Sin embargo, al aumentar la proximidad de DQN 1196, también lo hizo la tensión. Incluso el anuncio de la propuesta de la fiesta que se celebraría al llegar, hizo muy poco para aliviar el ambiente. Ambos bandos expresaron reservas acerca de dicha celebración, aunque los dos se volvieron más dóciles al ser informados de que era idea de Guinan.

El rumor de última hora que corría por la nave era que Worf tenía una novia. Esta noticia llegó después de que un miembro de la tripulación que estaba de guardia viera salir a Gava del camarote de Worf, con una sonrisa muy complacida en la cara.

—De unas pruebas tan pobres es de donde nacen los rumores —tronó Worf, y el hecho de que ese rumor fuera del todo verdadero no cambió ni una jota a su valoración.

Un día, después de la partida de Gava, justo antes de que Worf comenzara su turno de trabajo y con la llegada a DQN 1196 a apenas pocas horas de distancia, la puerta de Worf silbó. Worf supuso que se trataba de Gava, y estaba acabando de ponerse la bota izquierda cuando exclamó:

—¡Adelante!

Lo primero que lo alertó de su error fueron las pisadas mucho más pesadas. Alzó la mirada y allí, de pie justo en la puerta, estaba Tron.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Worf, visiblemente molesto.

Tron ladeó levemente la cabeza.

—Usted dijo que podía entrar.

—Sí —fue la escueta respuesta.

Pasaron un momento, midiéndose mutuamente.

—Gava es muy atractiva —comentó Tron.

—Sí.

—¿Cuan leal le es usted?

—Métase en sus propios asuntos —contestó Worf mientras se ponía la otra bota. Luego se puso de pie y se encaró con Tron, al que sobrepasaba en estatura por varios centímetros—. Si tiene algo en mente, sea directo.

—Estoy meramente interesado.

—En asuntos ajenos.

—No. En la opinión de usted. Y en sus puntos de vista. —Tron estaba hablando con mucha lentitud, mucha cautela, como si tuviera miedo de expresar lo que de verdad tenía en la cabeza—. Usted fue criado por humanos, según tengo entendido.

—¿Tiene eso algo que ver? —preguntó Worf con impaciencia.

—Un klingon criado por humanos. Así pues... ¿usted se considera leal a los klingon o a los humanos?

—Creo que ya he respondido a esta pregunta —dijo Worf—. No veo necesidad alguna de abordarla otra vez.

—Ah, sí. Usted es leal a la Federación.

—Como ya he dicho, y demostrado. Y ahora, tengo que marcharme.

—¿Y los kreeel?

Worf se detuvo.

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Es usted leal a ellos?

Worf se volvió lentamente hacia Tron.

—¿De qué está hablando?

Tron se acercó más a él; su voz era dura, la cólera se le evidenciaba en los ojos.

—Estoy hablando de la tolerancia que se exhibe en esta nave para con esos animales — replicó desplegando casi toda su furia—. Estoy hablando de que mis propios hombres estén confraternizando con ellos. Estoy hablando de que hay algún klingon que es tan débil de mente y espíritu que olvida quienes son sus enemigos. ¿Lo ha olvidado usted, Worf?

Worf se quedó allí, clavado en el sitio, mientras su mente regresaba a toda velocidad a las más horribles horas de su vida. Aquellas horas pasadas debajo del refugio derrumbado, con sólo el cuerpo aplastado de su madre entre él y una muerte segura.

A Gava no se lo había contado todo. No le había hablado del puro horror que había llenado cada uno de los momentos, del ser enterrado vivo, atrapado con un mínimo de aire enrarecido que conseguía descender hasta él. No le había contado que, al principio, sus esfuerzos por abrirse camino al exterior se habían interrumpido al oír la risa regocijada y monstruosa de los que habían llegado a última hora al destruido puesto avanzado de Khitomer.

Como hienas, los kreeel se habían desplegado por el planeta. Habían entrado después de la devastación llevada a cabo por los romulanos, descendiendo sobre el planeta como las moscas sobre un cadáver. Tal vez incluso los romulanos les habían anunciado el golpe que tenían intención de asestar, para añadir al crimen insulto.

El niño que había sido Worf había permanecido allí, enterrado bajo los escombros, con los oídos invadidos durante interminables horas por las brutales carcajadas, los groseros chistes y las nauseabundas voces de los kreeel. En un momento dado, mientras los kreeel revolvían los alrededores por encima de él, no había deseado nada más que abrirse camino con las uñas hasta el exterior, coger un cuchillo y una pistola o una roca, cualquier cosa, o simplemente aplastarle la cabeza al kreeel más cercano. Los romulanos habían permanecido en sus naves, en lo alto e intocables. Lo habían arrasado todo y se habían marchado lejos de su alcance. Pero los kreeel, los kreeel estaban allí, grandes y vivos, algo que él podía odiar y pensar en matar.

Y sin embargo, para posterior vergüenza suya, cuando el ser descubierto por los kreeel pareció realmente un hecho él se había enterrado más, con miedo, retrocediendo hasta lo que parecía la seguridad del cuerpo de su madre. Eso fue, según pensó él más tarde, pura cobardía. El hecho de que lo más probable fuera que lo hubiesen matado en caso de descubrirlo, carecía de importancia. El que él tuviese apenas unos pocos años de edad y estuviera del todo indefenso no era relevante. Lo único que él recordaba era que temblaba de miedo y rabia mientras los kreeel saqueaban lo que quedaba de su hogar. Era una vergüenza que había llevado consigo hasta este día, y ni todos los años que habían pasado ni todas las medallas adquiridas podían hacérselo olvidar.

—No siento gran afecto por los kreeel —fue la cautelosa frase de respuesta.

Tron asintió.

—Tampoco yo, camarada klingon. Y ahora, el Honorable Kobry ha establecido su detestable tratado. Kobry está apoyado por la Federación.

—Y por el imperio klingon —se apresuró a recordarle Worf.

—Y por Gava —comentó Tron con irónico énfasis—. No olvidemos las prioridades.

—¿Qué quería decirme, Tron?

—Lo que quería decirle es: ¿hasta dónde y por cuánto tiempo es usted capaz de enterrar sus instintos? ¿Cuántas cosas han de pasar antes de que el guerrero klingon que lleva dentro grite: «¡Basta! ¡Ya he tenido bastante!»?

—Me desagrada el giro de esta conversación —dijo Worf en tono amenazante.

—Esto no es una conversación. Esto es una advertencia de un klingon a otro.

—¿Está amenazándome? —fue la gélida pregunta.

—En absoluto. No se trata de eso. Si quiere, tómelo como un aviso al jefe de seguridad.

—¿Y el aviso es...?

Tron estaba rozando el arma de doble hoja que se hallaba montada en la pared del camarote de Worf.

—El aviso es que resulta peligroso hacer caso omiso de los propios instintos. Y sus instintos klingon, al igual que los míos, gritan que no puede confiarse en los kreeel. Y sin embargo, aquí estamos, actuando en contra de esos instintos, intentando hacer caso omiso de la advertencia que nos proporciona nuestra herencia. Se traen algo entre manos, puedo sentirlo.

—¿Tiene alguna prueba?

—¿Prueba? Más de un siglo de agresiones, calumnias y disparos por la espalda, de alimentarse como parásitos de la suerte y el infortunio de los klingon. Ésa es mi prueba. Espero que sea suficiente para usted. Le aseguro que lo es para mí.

Y tras haber aumentado con éxito la fundamental preocupación de Worf respecto a la situación, Tron se marchó.

Fue suficiente para impulsar a Worf a contactar con el puente e informar que entraría a su turno con algunos minutos de retraso. Había un asunto concerniente a seguridad que tenía necesidad de comprobar. Y luego se encaminó directamente hacia el alojamiento del Honorable Kobry.

—Acercándonos a DQN 1196, señor —dijo Data en tono animado.

Picard suspiró de alivio para sus adentros. En ningún momento había pensado que llegarían tan lejos sin que hubiera derramamientos de sangre. Pero, maldición, Kobry había estado absolutamente pasmoso. Había conseguido que los klingon y los kreeel se llevaran bien entre sí. No podía decirse que fueran los mejores camaradas, pero al menos la temperatura ambiente no caía veinte grados de golpe cada vez que se encontraban dos de ellos.

Además, según tenía entendido, Kobry y el embajador kreeel, Aneel, habían estado manteniendo largas conversaciones sobre los agravios mutuos, y estaban colocándose los cimientos para una paz a largo plazo. Ahora, Picard tenía pocas dudas respecto a la sinceridad de Kobry; el diminuto klingon parecía ser siempre veraz. Si el kreeel era digno de confianza, bueno..., ésa era una cuestión completamente distinta. Pero Kobry parecía pensar que había que correr el riesgo, ¿y quién era él, Picard, para contradecirlo?

—Órbita estándar, Data —dijo—. Abra una frecuencia de llamada, Marks.

Marks, que substituía a Worf, ocupado en otro lugar, así lo hizo. Intentaron contactar con el planeta y no recibieron respuesta alguna. Continuaron haciéndolo durante varios minutos. Finalmente, Picard miró a Riker con curiosidad.

—Se supone que tiene que haber kreeel ahí abajo, pero no contestan. ¿Qué saca usted de eso, número uno? ¿Un preludio de hostilidades?

—Lo dudo, señor. Si quisieran ser hostiles, podrían haber atacado antes de que nos

acercáramos a su planeta.

—Sí, según tengo entendido es así como están destruyendo a la mayoría de las naves klingon. Muy bien, prepare un grupo de expedición.

—De acuerdo. Data, Geordi, vengan conmigo.

—Bien —comentó Geordi—. Estoy deseando ver este lugar de cerca. *Diminuta* —dijo, utilizando el apodo cariñoso de la gran arma insondable—, ha estado poniéndome de un humor de perros.

Data se levantó del puesto de observación y fue de inmediato reemplazado por Marks.

—Yo aconsejaría que llevaran al menos un guardia de seguridad —dijo Picard.

—Ya he decidido eso, señor.

—Pero no...

—A Worf... sí, señor, ya lo sé. Si ahí abajo hay kreeel ¿por qué descender con un miembro de la tripulación que podría hacerlos estallar de forma inmediata?

Se miraron de hito en hito durante un momento. Riker nunca habría desafiado a Picard, al menos no dentro de los confines del puente o del despacho del capitán. Sin embargo, le estaba enviando un silencioso mensaje. «Puedo escoger sin problemas a los miembros de mi propio grupo de expedición, capitán. Gracias por sus contribuciones, pero son innecesarias. Tengo el asunto bien controlado.»

—Haga lo que mejor le parezca, número uno.

—Gracias, señor.

—No necesita darme las gracias —replicó Picard con sequedad—. De todas formas lo habría hecho así.

—Es cierto, señor. —Riker le dedicó una desenvuelta sonrisa—. Pero prefiero contar con el apoyo de mi superior.

—Cuenta, por supuesto, con mi pleno apoyo.

—Lo aprecio de verdad, Worf —dijo el Honorable Kobry.

Worf, Kobry y dos guardias se encontraban en la sala de observación. Kobry estaba mirando por la ventana con aquella curiosa sonrisa suya.

—Siempre he disfrutado con sólo mirar las estrellas —comentó Kobry—. Resulta consolador que le recuerden a uno lo pequeños que somos todos nosotros en el espacio, por muchas pretensiones que tengamos en sentido contrario.

—Es verdad —observó Worf en tono neutral—. Sin embargo, yo...

—Guardias —dijo Kobry bruscamente—. Deseo hablar con Worf en privado. Tengan la amabilidad de marcharse.

Los dos klingon se miraron entre sí con incertidumbre.

Kobry suspiró.

—Somos los únicos que se encuentran aquí, caballeros —señaló—. Quédense en el exterior de la puerta, si lo desean, para poder controlar quién viene y va. Pero estoy completamente seguro de estar a salvo.

Renuentes, los klingon se retiraron al corredor al que daba la sala de observación.

—¿De qué deseaba hablar, Honorable Kobry? —preguntó Worf cuando los otros quedaron fuera del alcance auditivo.

—De nada, en realidad.

—¿Entonces, qué...?

—Pensé que usted podría desear hablarme de algo aparte de las preocupaciones acerca de los kreeel.

—Nada que me venga ahora mismo a la cabeza —dijo Worf.

—Ah, sí. Los klingon nunca han sido muy dados a comentar sus preocupaciones más íntimas. —Hizo una pausa—. Gava me ha dicho que usted y yo tenemos mucho en común.

—Gava habla demasiado —replicó Worf con acritud.

Eso provocó una carcajada.

—Habla usted con auténtico tacto klingon —dijo Kobry—. Pero, hablando en serio, ambos somos huérfanos, usted y yo. O al menos eso tengo entendido. Ambos vinimos al mundo en épocas de dificultades.

Worf no dijo nada. No parecía necesario decir nada.

—Los klingon no perdonamos —dijo Kobry—. Tampoco olvidamos. Una de nuestras principales motivaciones es la venganza.

Worf continuó sin hacer ningún comentario.

—Eso es algo inútil —prosiguió Kobry—. La venganza no acaba nunca. En algún momento hay que cederle paso al perdón.

—Para algunos actos no puede haber perdón.

—Es verdad. Pero la ausencia de perdón no va obligatoriamente de la mano con la necesidad de venganza.

—Para los klingon, sí —dijo rotundamente Worf, mirando a Kobry con escepticismo.

—No tiene por qué. Ciertos actos no tienen perdón, eso está bien. Eso debería engendrar la cautela. Pero no hay necesidad de que a eso siga la venganza.

—La noche siempre sigue al día.

—Ah, ahora lo ve, Worf. Ésa es la diferencia que hay entre nosotros. Para usted, la noche siempre sigue al día. Para mí, el día siempre sigue a la noche.

Worf profirió un bufido.

—Es un juego de palabras.

—Para usted. Para mí es filosofía. Usted mismo necesita adoptar una filosofía, Worf.

—¿La suya? —inquirió Worf con tono escéptico.

Kobry se encogió de hombros.

—Usted no es yo. Puede que tengamos cosas en común, pero, le repito, usted no es yo. De la misma forma que usted tiene cosas en común con los otros klingon que se encuentran en esta nave, pero usted no es ellos. Tampoco es usted humano, Worf, por muy loable que sea la lealtad que siente hacia ellos. Usted es único.

—En eso estamos de acuerdo.

—Sin embargo, permítame que le haga una observación. Los humanos están mucho más adelantados en el arte de vivir sin tomar venganza, de lo que lo están los klingon. Por lo menos eso tiene que haberlo asimilado usted en el tiempo que ha pasado entre ellos.

—Sí —concedió Worf con lentitud.

—Esa actitud inclinada hacia la moderación sin duda estará en conflicto con sus instintos klingon.

Worf dudó. Kobry tenía, por supuesto, una razón absoluta, pero nadie se lo había dicho nunca de esa manera.

—Es posible.

Hablando de una forma profundamente seria, Kobry dijo:

—No piense que tiene que negar el lado más moderado de su educación. La fuerza es maravillosa. Es la forma de sobrevivir. Pero a veces la fuerza más grandiosa puede ser la compasión por los enemigos de uno.

—La compasión puede hacer que uno acabe con un cuchillo clavado en la espalda.

Kobry sonrió.

—He dicho el ser compasivo. No estúpido. Cualquiera que le vuelva la espalda a un enemigo se merece lo que le pueda suceder.

Cuando la *Enterprise* entró en órbita alrededor de DQN 1196, Picard informó a los kreeel y los klingon de que habían llegado a destino. Esto obtuvo como resultado la inmediata petición por parte de ambas delegaciones de bajar a la superficie del planeta, pero Picard se mantuvo firme en la idea de que, puesto que la Federación actuaba como mediadora en esta disputa, un grupo de la Federación bajaría antes para comprobar que todo fuera correcto. Nadie quería poner en peligro la inestable paz que se había establecido, a causa de una desenfadada carrera hacia las avanzadas armas que el planeta tenía para ofrecer.

En cambio, Picard había sugerido, que ahora sería el momento perfecto para celebrar la fiesta que había sido sugerida —por parte de Guinan, se apresuró a agregar—, idea que fue bien recibida de forma unánime, aunque algo cautelosa, por parte de todos. Se decidió que el lugar ideal para celebrar la fiesta era la sala Diez-Proa. La ubicación tenía un hermoso simbolismo filosófico: era el lugar de la nave que estaba más a proa. También tenía una atmósfera muy relajante. Y, lo mejor de todo, Guinan, que poseía una increíble destreza para hacer que todos se sintieran cómodos, se encargaría de servir las bebidas.

La incapacidad de la *Enterprise* para entrar en contacto con alguno de los kreeel que se encontraban en la superficie del planeta, le fue debidamente transmitida a Aneel, pero éste expresó una total carencia de preocupación al respecto.

—Tiene usted que entenderlo, capitán —le explicó—, nosotros no llevamos esos maravillosos dispositivos de comunicación transportables, como hacen ustedes. Tenemos sólo un área de comunicaciones instalada en el planeta, y si resulta que nadie se encuentra cerca, no obtendrá respuesta.

—También hemos realizado un barrido con los sensores —le dijo Picard—. No podemos detectar ninguna lectura de vida.

—Ahí tiene la prueba, entonces. Es probable que se encuentren debajo de la superficie del planeta, enfrascados en sus exploraciones. Recuerde que la totalidad del planeta se mostró extremadamente resistente a los sensores.

Así pues, a pesar de sentir recelos acerca de la situación, Picard había resuelto no preocuparse más por el asunto.

Deanna Troi aminoró el paso al acercarse a la sala Diez-Proa. La fiesta ya estaba en plena marcha y podía oír charlas a voz en grito.

Las fiestas siempre hacían que la consejera de la nave se sintiera incómoda. En cualquier gran reunión, su capacidad empalica siempre le daba la sensación de estar siendo atacada, como si una radio tuviera el volumen demasiado alto y ella se viera como asaltada por el sonido. Su capacidad empática estaba siempre activada. Tenía que realizar un esfuerzo concentrado para dejar fuera los sentimientos de los demás..., un procedimiento sencillo para un betazoide puro, pero más bien agotador para alguien de sangre mezclada como ella. Una fiesta era como el reventar de una presa de sentimientos, y ella tenía que tapar la brecha del dique para no acabar totalmente inundada.

Habría preferido saltarse dicho acontecimiento. Pero, como consejera de la nave, debía, al menos, hacer acto de presencia, y también estar disponible para su gente en todo momento.

No obstante, con un cierto grado de alivio se encontró con que uno de los klingon del grupo de Kobry la llamaba por señas. Se hallaba solo en el corredor, sorbiendo con calma una

bebida, y la verdad es que pareció alegrarse de verla. «Vaya, ¿cuál de todos ellos sería éste...?»

Fue como si él pudiera leer la pregunta que le pasaba a ella por la cabeza.

—Sklar —dijo.

—Honorable Sklar —saludó ella.

Él sacudió la cabeza.

—El mero «Sklar» ya está bien. ¡Qué fortuna la mía!

—¿Por qué lo dice?

—No me gustan las fiestas. Hay demasiadas oportunidades para que a uno le metan un cuchillo entre las costillas.

Bueno, eso explicaba la sensación de ansiedad sin causa aparente que estaba captando de él. ¡Vaya una forma de pensar!

—También yo me siento incómoda en las reuniones de este tipo —admitió ella—, aunque no por las mismas razones. La verdad es que tendría que entrar, de todas formas...

—¿Por qué apresurarse? —preguntó él—. Va a continuar durante bastante rato. Yo no tengo oportunidad de conocer a muchas otras razas. Ésta es mi primera misión fuera de la nave desde hace bastante tiempo. Por favor, hágame el honor de hablar durante un rato aquí fuera, donde al menos podemos oírnos el uno al otro.

Ella sonrió. Era extremadamente bien hablado para ser un klingon.

—Muy bien —aceptó Deanna, amablemente—. Al menos por un rato.

—Gracias. Admitiré una cosa, con franqueza. Usted es muy atractiva y... —bajó los ojos—, las mujeres atractivas me ponen nervioso.

Ella lo miró fijamente con incredulidad. Eso sin duda explicaba la ansiedad que aún percibía de él, pero...

—¿Está seguro de que es un klingon?

Él alzó los ojos y dijo, en un tono que no contenía incertidumbre alguna:

—Completamente klingon.

En el interior, la fiesta se desarrollaba en un ambiente bastante tranquilo. Los krel y los klingon se mantenían a saludable distancia los unos de los otros, pero no parecía haber mucha tensión en la sala. Guinan, detrás de la barra, llevaba puesto un sombrero del tamaño de Canis Mayor y se encargaba alegremente de mantener llenos los vasos de todos. Estaba claro que se encontraba en su elemento.

Geordi, que junto con Data, Riker y un miembro de seguridad llamado Tuttle, descendería a la superficie del planeta, estaba conversando con Aneel.

—¿Hay algo con lo que tenga que tener cuidado mientras estemos ahí abajo?

Aneel recorrió, mentalmente, las cosas que había encontrado. De inmediato pensó en la puerta que había matado a Budian.

Miró a Geordi y decidió que no le gustaba nadie cuyos ojos no podía ver.

—Nada de lo que haya que preocuparse, en realidad —dijo—. No apunte a nadie con nada.

—Buenas palabras por las que regirse en la vida.

Desde el otro extremo de la sala, Jaan observaba a Geordi absorto en la conversación con Aneel.

Cuando Aneel había mencionado por primera vez la cura, Jaan sopesó la idea de limitarse a contárselo al capitán y asegurarse de que fuera la primera cosa que buscara el grupo de expedición cuando bajara a la superficie. Aneel había desbaratado ese pensamiento con gran premura.

—Nosotros la encontramos por pura y estúpida suerte —le había dicho el kree!—. Una probabilidad entre un millón. No hay ninguna garantía de que, sin ayuda, nadie más pueda encontrarla. Nunca. No antes de que usted esté pudriéndose en la tumba. Ahora bien, si le menciona esto a alguien, puedo asegurarle que los kree! no le prestarán ayuda ninguna. De hecho, yo incluso negaré que exista. Por supuesto, si quiere correr el riesgo, adelante. Pero ¿cuántas oportunidades cree que le quedan?

Había sido un argumento que Jaan fue incapaz de rebatir. Así que había guardado silencio y rezado para que las acciones emprendidas por él para salvar su vida, no tuvieran consecuencias graves.

Pero ¿cómo podían tenerlas? Todos parecían llevarse muy bien. Era cierto que ahora los kree!s tenían armas fásicas ocultas en los calzones, pero nadie tenía por qué saberlo. Las cosas avanzaban como la seda. Parecía imposible que alguien tuviera que sacar arma alguna. Nadie había echado en falta las pistolas fásicas hasta el momento, y la última vez que había pasado ante Chafin, el joven se encontraba ante la armería, aún con expresión perpleja por lo sucedido. Cuando había mirado a Jaan, lo hizo con el mismo tipo de mirada semiausente que tiene uno cuando no está seguro de si algo sucedió de verdad o si sólo fue un sueño.

Jaan miró hacia el otro extremo de la sala, y allí estaba Data hablando con el embajador klingon... ¿cómo se llamaba?

—Honorable Kobry —estaba diciendo Data—. Me gustaría hacerle una pregunta si no le importa.

—Desde luego, joven.

Data se animó.

—Es usted la primera persona que me llama de esa forma. Todos los demás parecen ser capaces de darse cuenta por mi coloración de que soy un androide.

—¿De verdad lo es? —preguntó Kobry con suavidad—. Yo nunca doy nada por supuesto, siempre recuerdo que hay albinos. Pero, excúseme por un momento. —Dejó el vaso sobre la mesa, abrió su gran anillo, sacó de él una píldora y se la tragó.

Picard, que se encontraba cerca, avanzó hasta ellos y dijo:

—¿Todavía tiene problemas de salud, Honorable Kobry?

—Oh, no, capitán. Como ya le he comentado, es sólo una medicina que tomo con las comidas y las bebidas. Facilita la digestión. Los muchos años. Ya me entiende.

—Por supuesto —dijo Picard.

—Y ahora, joven... su pregunta.

—¿Por qué siempre se dirigen a usted como «Honorable»? —inquirió Data.

—¡Data! —exclamó Picard—. Creo que podría haber formulado la pregunta con un mayor tacto de lo que lo ha hecho. Parece estar insinuando que el Honorable Kobry no es digno de ese apelativo.

—¿Eso estoy haciendo? —preguntó Data—. No era mi intención. Pero a usted, señor, nadie se dirige como «Honorable capitán», ni al comandante Riker como «Honorable Riker», ni a Geordi como...

—Percibo lo que quiere decir —se apresuró a interrumpirlo, Kobry—. Debe usted entender que, para los klingon, los apelativos son muy importantes. Los que son altamente respetados, como yo, siempre tienen títulos como «Honorable» que van delante del nombre cuando uno se dirige a ellos de forma directa. A otros, que se han distinguido en la batalla, o que han alcanzado rangos extremadamente altos, se les concede el máximo honor de que sus nombres no sean mencionados en absoluto cuando se les habla de forma directa. Al

menos no cuando lo hacen otros klingon.

—¿Y por qué eso es un honor? —preguntó Data. El propio Picard sentía curiosidad sobre ese punto.

—El pronunciar el nombre de alguien implica establecer un cierto grado de familiaridad —explicó Kobry—. Le otorga a uno un cierto poder sobre la persona con la que está hablando, ya sea porque lo eleva a uno al nivel de ellos o porque los hace descender a ellos hasta el de uno. Es algo que se hace en esta nave hasta cierto punto. Usted se dirige por el nombre de pila a quienes considera sus iguales, pero ni soñaría con dirigirse al capitán por el nombre de Jean-Luc, ni yo tampoco.

—¿Por qué? —preguntó Data—. ¿Porque no quiere elevar al capitán al nivel de usted, o porque no quiere descender usted al suyo?

Y Kobry, el diplomático y gran pensador se quedó ahí, con la boca abierta, detenido de forma temporal por la inocente pregunta. Picard intervino hábil y cortésmente:

—Porque eso implicaría un grado de familiaridad que no existe.

—Gracias, capitán —dijo Kobry experimentando alivio.

—Yo he tratado con él durante más tiempo que usted y siempre le he llamado capitán.

—Así que, verás, Data —prosiguió Kobry, intentando encauzar la conversación de nuevo—, a nuestro emperador se le llama simplemente emperador, aunque desde luego su nombre está registrado en nuestra historia. Al comandante klingon que estaba al mando de la nave que me trajo aquí... un guerrero de alto rango y muy respetado, los demás se dirigían sólo como comandante. Ningún miembro de la tripulación se habría atrevido a pronunciar su nombre completo. De la misma forma, el más grande castigo que se le puede infligir a un klingon es el de quitarle completamente su nombre. ¿Tiene la más mínima idea, Data, de lo que es no tener nombre?

Data lo meditó durante un momento y Picard temió la respuesta. Cualquier respuesta.

—Sería terrible —dijo Data.

—Absolutamente —asintió Kobry, y Picard suspiró aliviado—. Verá...

—Para empezar, uno no podría recibir correspondencia alguna.

«Oh, Señor, ya empezamos», pensó Picard.

—Nadie podría jamás enviarle a uno invitaciones para fiestas —continuó Data—. Y si uno estuviera siendo atacado en un planeta, no podría decir «Fulano de tal a *Enterprise*, transpórtenme a bordo», cosa que podría ser fatal.

Kobry comenzaba a tener la apariencia de alguien que sufriera el síndrome de bombardeo.

—Y, por supuesto, impide la conversación. Por ejemplo, si alguien quiere decir...

—Data, cállese —le ordenó Picard.

Data le sonrió con afabilidad.

—Gracias, señor. Es un ejemplo excelente. Supongamos que el capitán quiere decir, «Data, ¡cállese!». Si yo no tuviera nombre, él no podría dirigir el comentario a mi persona y yo no sabría que quería que yo me callara.

—Data, tiene usted nombre, y sin embargo no ha servido para nada —dijo Picard.

Data miró fijamente a Picard, procesando lo que acababa de decir, y la idea comenzó a penetrar en su cerebro.

—Ah —dijo con una voz casi inaudible—. ¿Me he enrollado otra vez?

—Como una persiana —dijo Picard.

—No se preocupe por ello, joven —intervino Kobry—. La raza klingon puede ser a veces un poco demasiado impasible. Su entusiasmo resulta refrescante, para variar.

Data sintió que le tocaban un hombro y Geordi dijo:

—Vamos, Data. Riker dice que es hora de marcharse.

—El Honorable Riker —lo corrigió Data.

Geordi sacudió la cabeza sin fingir ni siquiera saber de qué estaba hablando Data. Tras despedirse de los otros, salieron de la sala Diez-Proa junto con Riker, y se encaminaron hacia la sala del transportador.

—Bueno —comentó Kobry—, esto ha sido tonificante. —Alzó la mirada—. Tron, ¿está disfrutando de la fiesta?

Tron, que había permanecido de pie cerca de ellos, asintió levemente.

—Pues no lo parece —repuso Kobry—. Con los klingon nunca lo parece —le confió a Picard antes de volverse.

—¡Caballeros! —dijo Picard en voz alta y, como siempre, su tono de mando captó la atención de todos los presentes en la sala. Levantó su vaso—. Me gustaría proponer un brindis.

Kobry volvió la cabeza y recogió su bebida de donde la había dejado. En toda la sala, los demás estaban también levantando sus vasos.

—Por una nueva era de paz entre los klingon y los kreeel...—e hizo que su vaso describiera un leve arco—, entre los kreeel y los klingon —continuó, siempre atento al orgullo de ambas razas—. Estamos complacidos más allá de toda medida porque dos razas famosas por sus hazañas en la batalla estuvieran dispuestas a acudir a la Federación y solicitar ayuda para evitar una guerra que no habría servido a ningún propósito. Hemos llegado hasta aquí, y hemos conseguido alcanzar este punto gracias a nuestra diligencia, inteligencia y dedicación a un bien mayor.

—¡Muy bien, muy bien! —fue el rumor que recorrió toda la sala *Diez-Cuatro*.

—A la tripulación de la *Enterprise* y a sus invitados, les digo... ésta es una señal más de que lo mejor aún está por venir.

Inclinó el vaso y bebió, como lo hicieron los demás.

Se produjo un estallido de aplausos, y Picard sonrió al tiempo que inclinaba ligeramente la cabeza. A sus espaldas, Kobry dijo:

—Bien dicho, capitán. Usted sería un diplomático excelente.

—Una parte tan grande de mi trabajo es la diplomacia, Honorable Kobry, que eso no implicaría un esfuerzo demasiado grande, se lo aseguro.

—Recuerdo mis primeras épocas —comentó Kobry—, Yo...

Kobry se tambaleó, intentando de pronto aferrarse al borde de la mesa. Dejó caer el vaso. El sonido del choque apenas resultó audible en el bullicio de la fiesta.

—¿Honorable Kobry? —dijo Picard—. ¿Qué le sucede?

Gava se hallaba a pocos metros de distancia, hablando con Worf, pero por algún sexto sentido se volvió de forma repentina y vio a su padre.

—¡Kobry! —gritó.

Eso atrajo de inmediato la atención. Toda charla se interrumpió mientras el pequeño klingon perdía todo control de sus músculos y caía, ahogándose y aferrándose la garganta. Su cuerpo temblaba y él intentaba decir algo, pero ni una palabra podía salir de sus labios.

—¡Kobry! —volvió a gritar Gava, mientras corría hacia él y se dejaba caer—. ¡Padre!

—¡Picard a enfermería! —gritó Picard por su intercomunicador—. ¡Doctora Pulaski, emergencia! ¡Sala *Diez-Cuatro*!

Los pálidos ojos de Kobry se pusieron vidriosos, y pareció estar mirando a través de su hija. Su boca se movió pero de ella no salieron palabras.

Worf recogió el vaso caído y lo estudió. Vio un residuo apenas visible en uno de los bordes.  
—Veneno —dijo.

La cabeza de Picard giró bruscamente. Con una voz que era un susurro ronco, escupió:

—¿Está seguro?

Worf asintió sin decir una palabra. Pulaski entró a toda velocidad, con una camilla y dos ayudantes técnicos sanitarios tras de sí.

—¡Fuera de mi camino! —espetó, agachándose junto a Kobry y apartando a Gava de su lado prácticamente de un empujón. La mujer klingon retrocedió dando traspiés, y luchando contra las lágrimas porque los klingon no lloraban ocurriera lo que ocurriese. Se apartó y quedó contra un pecho sólido y reconfortante y supo sin mirar que era el de Worf, pero él no le dijo nada, no hizo ningún gesto consolador. Su mente corría a toda prisa hacia el futuro, comprendiendo la trascendencia de esta repentina e impresionante escena.

Kobry había dejado de moverse, de respirar. Pulaski estaba pasando un tricóder médico por encima de él y, dijera lo que dijese el aparato, no podía ser bueno, porque de inmediato ella sacó una hipodérmica de su maletín. La inyectó; el silbido de la hipodérmica fue el único sonido de una sala que antes había resultado ensordecedora.

Por el extremo opuesto, Deanna Troi entró; había estado en el corredor con Sklar cuando Kobry cayó. De inmediato, la consejera de la nave fue asaltada por una oleada tras otra de preocupación, pánico, enojo, furia, todas indistinguibles las unas de las otras.

Pulaski pasó el tricóder una vez más por encima de Kobry y la sangre le abandonó el rostro. Pálida, con lentitud, se volvió a mirar a Picard.

—Está muerto, Jean-Luc.

William Riker, Geordi LaForge, Data y el miembro de seguridad, Tuttle, se materializaron en el planeta que los kreen habían bautizado como *El Pozo del Infierno*. De inmediato se les hizo evidente por qué lo llamaban así.

—Qué agradable es esto —comentó Riker sarcástico. Recorrió los alrededores con la vista y no vio señal alguna de que estuviera habitado—. ¿Estamos seguros de que son éstas las coordenadas del lugar en el que los kreen encontraron el depósito de armas?

—Completamente —respondió Geordi. Luego señaló con una mano—. Allí.

—¿Dónde? Yo no veo nada.

Geordi sonrió.

—Es una lástima que no tenga mis ojos. Allí. Veo señales de fuego. Restos de carbón. Se encaminaron en esa dirección y pronto llegaron a un desolado espectáculo. Sin duda, allí había habido un incendio, uno particularmente horrible: toda el área estaba abrasada y chamuscada. Riker miró a sus espaldas y vio que habían dejado una pista de huellas en la ceniza.

—Esto sí que es horripilante —comentó Geordi.

Data estaba agachado junto a una pequeña pila de metal y recogía un fragmento al que miraba con curiosidad.

—Geordi, échele un vistazo a esto —dijo, al tiempo que le tendía el fragmento al ingeniero jefe.

Geordi se lo acercó a la cara y realizó un análisis espectrográfico completo del mismo. Luego asintió.

—Es la misma extraña aleación que presenta el arma que tenemos en ingeniería. No cabe duda de que éste es el lugar.

—¿Pero dónde están los científicos? —preguntó Riker. Luego alzó la voz para gritar—: ¡Hola! ¿Hay alguien aquí? ¡Somos de la *Enterprise*! —Hizo una pausa—. Deberían estar esperándonos.

Su voz resonó y finalmente menguó hasta el silencio.

—Es inútil —dijo Riker.

Data estaba estudiando su tricóder, y entonces señaló hacia un punto.

—Estoy recogiendo lecturas procedentes de aquella dirección. A unos quinientos metros, justo al otro lado de la colina.

—Entonces iremos hacia allí —decidió Riker, al tiempo que se encogía de hombros. Se pusieron en marcha.

—No veo por qué teníamos que hacer esto ahora —refunfuñó Geordi—. Podríamos haber esperado hasta que acabara la fiesta.

—¡Ustedes, bastardos kreen! ¡Ustedes lo envenenaron! —aulló Tron. Apenas pareció moverse, pero de pronto apareció en su mano una pequeña arma explosiva de aspecto desagradable—. ¡Muerte a los kreen!

—¡NO! —gritó Picard.

Y los kreen, sólo Dios sabía cómo, sacaron pistolas fásicas.

De inmediato la sala se llenó de alaridos e insultos, y Guinan se agachó detrás de la barra mientras se preguntaba si la idea de la fiesta no habría sido un poco impulsiva, después de todo.

Con un aullido que helaba la sangre, Aneel gritó:

—¡Muerte a la escoria klingon!

Y el infierno se desató.

Los kreeel y los klingon comenzaron a dispararse los unos a los otros, y la gente salió en estampida hacia las puertas. Era un completo caos... Picard no sabía hacia dónde mirar primero. Había sido su peor pesadilla, y allí la tenía. Sin importarles quién estaba en el camino ni quién resultaba herido, los kreeel y los klingon se atacaban con saña.

Tardaron sólo segundos en darse cuenta de que había demasiada gente para disparar con acierto, así que los dos grupos cargaron el uno contra el otro, empujando furiosamente a todos los demás fuera de su camino. La sala aparecía ahora abarrotada de personas frenéticas que caían las unas sobre las otras sólo por la ansiedad de salir.

Worf intentó formar un pelotón de seguridad para interrumpir el tumulto, pero llegó demasiado tarde. Los superaban en número y en armas, por no mencionar su preocupación por la seguridad de los miembros de la tripulación, cosa que a los klingon y los kreeel no les preocupaba en lo más mínimo.

Gava se acuclilló junto al cuerpo inmóvil de su padre, y Katherine Pulaski le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia sí. Con la otra mano dio un golpe a su insignia-comunicador y gritó:

—¡Sala del transportador! ¡Tres para ser transportados directamente a la enfermería! ¡Deprisa!

El transporte por el interior de la nave era peligroso, pero Pulaski suponía que la sala iba a ponerse aún más peligrosa.

Al cabo de segundos, el gemido del transportador llenó la sala. Picard se volvió y vio que la doctora y los dos klingon desaparecían. «Rápida reacción», pensó, y entonces el cuerpo volante de un klingon lo derribó de espaldas.

Apartó al klingon de encima de sí con un empujón y gritó:

—¡Worf! ¡Deténgalos!

Worf, sin embargo, estaba teniendo sus propios problemas, pues dos de los kreeels lo habían atacado por la espalda y le habían golpeado la cara contra el suelo. El dolor lo atravesó y enfureció. Se puso de rodillas, aferró a un pataleante kreeel con cada mano, y los arrojó contra una pared lejana.

La sala *Diez-Cuatro* comenzaba a quedar vacía, y Picard se dio cuenta, para su horror, de que no sólo los civiles habían desaparecido, sino que también lo habían hecho los integrantes de las dos belicosas razas.

—¡Dios mío! ¡Están continuando la pelea por los corredores!

Y, en efecto, oyó el sonido de los disparos fásicos procedente del exterior, y el sonido de gritos y pies que corrían.

Una pesadilla.

Tenía que hacerse con el control de inmediato. Tenía que hacer algo. Lo primero era lo primero.

—¡Worf! —gritó—. ¡Coja a su gente de seguridad! ¡A todos los hombres capaces que tenga! ¡Aprese a esos lunáticos y arrójelos a los calabozos. No me importa cuántas armas lleven encima los klingon. ¡Desnúdelos si tiene que hacerlo, pero acabe con esto ahora mismo!

Worf dio media vuelta, se llevó a cinco hombres de seguridad, y salió corriendo de la sala. Picard se llevó a otros dos y se encaminó hacia el puente.

Lo que quedó atrás fue un área de desastre con muebles volcados, rotos..., como si hubiese

pasado un tornado. Los vasos rotos se hallaban esparcidos por todas partes...

Y lentamente, el sombrero de Guinan apareció, seguido de Guinan. Sus grandes ojos recorrieron todos los destrozos que le llevaría siglos limpiar.

—Última ronda antes de cerrar —dijo.

El grupo de expedición se encontraba ante el enorme agujero que servía de entrada al subterráneo. Se miraron entre sí durante un momento, y luego Geordi hizo un gesto destinado a Riker para cederle la delantera. Riker se inclinó ligeramente y entró, seguido por los demás en fila.

Siguieron el mismo camino que el grupo original k reel, y finalmente llegaron a la misma bifurcación de corredores.

—Bien —dijo Riker—. Data, usted venga conmigo. Geordi, usted llévase a Tuttle.

—¿Dónde cree que están los científicos? —preguntó Geordi, completamente ignorante de que los varios montículos chamuscados ante los que habían pasado, le habrían dado la respuesta a esa pregunta.

—Eso es lo que estamos intentando averiguar —contestó Riker—. Que todos se mantengan en comunicación. Nada de sorpresas. Se supone que hay un alto el fuego, pero nunca se sabe. Podría pasar cualquier cosa.

—¡Atención a todo el personal! —resonó la voz del capitán por toda la nave—. ¡Estamos en situación de emergencia! Todas las familias deben permanecer en sus alojamientos, sus vidas podrían estar en peligro. ¡Acudan de inmediato a sus alojamientos y permanezcan dentro! ¡Hay guerreros klingon y k reel luchando por toda la *Enterprisel*

En toda la nave, estuviera donde estuviese la gente, se produjo una loca carrera por entrar en sus habitaciones y escapar del peligro. Las salas y departamentos generales no eran seguros, pero los alojamientos privados podían ser cerrados.

En ingeniería, la primera ayudante La Velle oyó el comunicado y se preguntó qué condenado problema había. Volvió a su trabajo justo a tiempo de ser alcanzada por un rayo fásico perdido.

El pánico cundió por toda la sección de ingeniería cuando un guerrero k reel entró a la carga con dos klingon pisándole los talones. El teniente Palmeiro, que estaba trabajando en lo alto, cerca de los escudos de cristalización de dilitio, vio lo que estaba sucediendo y gritó por su insigniacomunicador:

—¡Ingeniería al puente! ¡Están aquí! ¡Están...!

El soldado k reel oyó esto y se tomó un breve momento para efectuar un disparo perfecto que derribó a Palmeiro y lo hizo caer tres pisos hasta aterrizar con un horrible crujido en la cubierta. Después, el k reel se lanzó de cabeza por encima de un tablero de circuitos, mientras los klingon abrían fuego con sus armas explosivas.

Luego le tocó el turno al k reel. Los klingon se refugiaron tras las ventanillas de la cámara de dilitio, pero el rayo fásico las hizo añicos, rociando a los enfurecidos guerreros con una lluvia de plasticene.

Mientras intentaba buscar refugio, uno de los klingon, que resultó ser Derl, dijo:

—Yo soy ingeniero.

El otro klingon, que no acababa de entenderlo, preguntó:

—¿Y?

—Que si he calculado bien el trazado de este lugar, el bastardo k reel está escondido detrás de la consola que canaliza los circuitos del transportador hacia la fuente energética. Si

conseguimos volar eso, no sólo acabaremos con él, sino que nos aseguraremos de que ninguno de sus amigos se las ingenie para escapar.

El otro klingon asintió.

—Estoy contigo.

De mutuo acuerdo, los klingon saltaron fuera de su refugio y cargaron contra el escondido kreeel, aullando con toda la fuerza de sus pulmones y disparando con furia.

Las miniarmas explosivas que llevaban lo klingon no eran tan letales como las pistolas fásicas, pero de todas formas podían ser devastadoras. Varios disparos acertaron en el centro mismo de la consola, haciéndola saltar en pedazos. El guerrero kreeel que había estado oculto detrás salió disparado de espaldas, y al aterrizar profirió un alarido porque un pedazo de metal se le había clavado en una pierna.

Volaron chispas y los circuitos quedaron al descubierto mientras los klingon se acercaban al ahora indefenso kreeel, y en ese momento entró a la carga un equipo de seguridad a la cabeza del cual marchaba Worf.

Los klingon se volvieron bruscamente, y Derl gritó:

—¡Worf! ¡Tenemos a uno de los bastardos que han envenenado al Honorable Kobry! ¡Ayúdenos a matarlo!

Worf apuntó con su pistola fásica y disparó. El rayo les acertó a los dos klingon y los derribó, reducidos a la inconsciencia.

Worf se acercó apresuradamente y golpeó con la pistola fásica al indefenso kreeel en la cara. Pensó en el cuerpo inmóvil de Kobry y en Gava, transida de dolor, y dijo, sucintamente:

—Si no estuviera indefenso ahora mismo, estaría muerto. —Luego se volvió y se alejó del kreeel mientras pulsaba su insignia-comunicador—. Worf al puente. —Sin aguardar acuse de recibo, continuó—: Un kreeel, dos klingon fuera de combate. Vamos a buscar más.

Desde el puente, Picard dijo:

—Excelente, Worf. Continúe en ello. Entretanto, quiero asegurar el puente. Que nadie suba ni baje. Voy a cerrar los turboascensores desde aquí. Eso sólo dejará como acceso la escalera de emergencia que desemboca en la cubierta de aquí abajo. Aposte dos hombres allí con un generador de campo de fuerza portátil. Lo último que nos interesa es que alguno de los combatientes consiga hacerse con el control del puente.

Mientras hablaba, avanzaba hacia el puesto de ingeniería, donde Marks estaba ayudándolo a llevar a la práctica sus intenciones.

—Maldición. Necesito a Geordi de vuelta aquí arriba. Esto está llevando demasiado tiempo. ¡Picard a grupo de expedición! ¡Respondan!

En la superficie del planeta, Riker se detuvo en seco. El interés de Data se había despertado a causa de una inscripción que se hallaba en la puerta de una sala vacía ante la que pasaron, emplazada en uno de los niveles inferiores.

Riker pulsó su insignia-comunicador.

—Grupo de expedición. Aquí, Riker.

—Riker, voy a traerlos a los cuatro de vuelta a la nave. De hecho, directamente aquí, al puente.

—¿Qué sucede, señor?

—Demasiado para explicarlo en este momento, número uno. Sala del transportador... fije sobre grupo de expedición y active.

Riker aguardó la conocida sensación de ligera desorientación, seguida de su aparición en el puente. Pero no pasó nada.

—Riker al puente. ¿Qué está sucediendo ahí arriba?

Oyó una blasfemia bastante inesperada proferida por su capitán, y luego Picard respondió:

—Estamos teniendo problemas con los transportadores, número uno. Me temo que tendrán que quedarse ahí abajo durante un rato.

—Capitán, si hay algo que yo pueda hacer...

—Me temo que la respuesta es no. No se preocupe, número uno. Conseguiremos controlar la situación. Corto.

Riker nunca se había sentido tan impotente como ahora. Su lugar estaba a bordo de la nave, no aquí, revolviendo unas ruinas polvorientas.

Data se volvió a mirar a Riker y dijo:

—Puede que le interese echarle una mirada a esto. Los signos de la pared son idénticos a los que se encontraron en una excavación arqueológica similar hace décadas. Al principio correspondían a notas musicales, pero finalmente una sencilla aplicación alfa-beta...

—¿Puede saltarse todo eso, Data?

—Si usted quiere, señor.

—¿Puede leer la inscripción? ¿Qué dice?

—Dice algo más o menos como «Arma notablemente estúpida. No usar».

Riker lo miró de hito en hito.

—Está bromeando.

—¿Eso estaba haciendo? ¡Espléndido! —dijo Data.

Mientras, por otro corredor, Geordi y Tuttle habían avanzado con una rapidez algo mayor, pero el resultado era que habían llegado a un callejón sin salida.

—Vaya, eso es impresionante —dijo Tuttle.

Estaba señalando las dos enormes puertas que se unían en un dibujo de zigzag... como puertas dentadas. Junto a la puerta había un tablero multicolor. Sobre el suelo no se veía ni el más mínimo rastro de las dos pilas de substancia pegajosa que habían estado allí en momentos diferentes.

Geordi se le acercó. No manifestó reacción ninguna. A diferencia de todas las otras puertas que habían visto, ésta no parecía interesada en lo más mínimo por abrirse.

—¿Me pregunto por qué no se abrirá? —comentó Geordi. Pasó una mano sobre el liso metal, maravillado por su perfección—. Detrás de esta puerta tiene que haber algo realmente importante.

—Hay una sola manera de averiguarlo —dijo Tuttle. Desenfundó su pistola fásica—. Retírese, señor. Voy a abrirla de un disparo.

Desgraciadamente, los individuos que podrían haberle dicho a Tuttle lo desastroso de esa idea, estaban en ese momento corriendo por la *Enterprise* con la intención de matar a los klingon. Y otro de estos individuos —el que había perdido una mano en el fracasado intento de abrir la puerta—, había sido reducido a una de las anteriormente mencionadas pilas de substancia pegajosa. Así que no iba a resultarle de gran ayuda.

Tuttle apuntó.

—Maldición —refunfuñó Picard, hablando con Deanna—. También yo tuve la idea perfecta. Podríamos haber realizado un barrido con los sensores por el interior de la nave, recogido las lecturas de vida de los krell y los klingon, y transferirlos a todos a una sala de transporte con un grupo de seguridad esperándolos dentro. Peligroso, pero eficaz. Sin embargo... —Se volvió a mirar a Dykstra, que ocupaba el puesto de observación mientras Data estaba en el planeta—. Observación. Localice y siga a todos los klingon y krell. Deje

fuera el perfil biológico del teniente Worf. Lo mínimo que podemos hacer es prestarle alguna ayuda diciéndole dónde debe buscar.

Jaan estaba escondido en su alojamiento, temblando de miedo.

¿Qué había hecho? En el nombre de Kolker, ¿qué había hecho? Había parecido algo tan inofensivo... Nada del otro mundo. Pero le había salido el tiro por la culata de una forma muy, muy horrible.

De pronto, el fuerte sonido de un golpe sonó en la puerta. Jaan vaciló, y el sonido volvió a oírse. Una voz bronca, dijo:

—¡Seguridad!

A toda prisa, Jaan se acercó a la puerta y soltó el cierre. La puerta se deslizó de lado.

Y Aneel, Deni y otros dos kreeel entraron empujándolo a un lado.

—¡Salgan de aquí! —chilló Jaan.

Aneel arrojó al elfo contra la pared.

—Cállate —le gruñó—. Tú vas a ayudarnos a tomar el puente.

—¡Ni hablar!

Aneel tiró de él y volvió a estrellarlo contra la pared con tal fuerza que la cabeza le zumbó.

—¡Y ahora, escúchame, pequeña babosa! Estás tan metido en esto como nosotros. ¡La Federación querrá saber de dónde hemos sacado las pistolas fásicas, y si no nos ayudas ahora, se lo diremos!

—¡Usted... usted no lo hará!

—¿Y qué iba a impedírmelo, eh? ¿La conciencia? ¿La compasión? —preguntó en tono de mofa—. ¿Qué te crees que soy?

—Yo... —Jaan intentó recobrar su valor—, yo le diré lo que es... —e intentó infiltrarse en la mente de Aneel.

Y sus pensamientos se tocaron, y Jaan retrocedió con un alarido, de tan abrumadoramente feroz que era el kreeel.

—No, yo te lo diré —replicó Aneel, haciendo caso omiso del dolor de Jaan—. Soy la única oportunidad que tienes..., la única posibilidad de no ser juzgado y condenado por la Federación y pasar el poco tiempo que te queda pudriéndote en una prisión. La única posibilidad de vivir más que los insignificantes pocos meses que te ha concedido tu enfermedad. ¡Me necesitas, y si no te das cuenta de eso, yo muy bien podría poner fin a tu sufrimiento ahora mismo!

Allí estaba. Una última prueba para el carácter de Jaan. Una oportunidad de compensar lo que había hecho enfrentándose osadamente con sus captores.

—¡De acuerdo! —aulló Jaan—. Pero... ¡no dispare!

—¿Por qué no debería disparar? —preguntó Tuttle.

—Porque —contestó Geordi con paciencia—, no debe dañar este metal. Además, no tiene sentido. Si es sólo lejanamente tan resistente como el arma que tenemos a bordo de la *Enterprise*, no hay manera de que su pistola fásica consiga atravesarlo.

—¿Y qué hacemos?

—Bueno, siempre podemos intentar abrirla con la cerradura de combinación.

—¿La qué?

—Esta cosa —dijo Geordi mientras señalaba el panel—. Es probable que si pulsamos los colores en un cierto orden, la puerta se abra.

—¿Cómo sabemos cuál es el orden?

—No lo sabemos —dijo alegremente, Geordi—. Requerirá un poco de experimentación, pero tenemos tiempo. —Se volvió e inclinó la cabeza sobre el panel—. Al fin y al cabo, ¿qué es lo peor que puede suceder?

Cinco minutos antes de que la mano de Geordi se cerniera sobre la muerte, Wesley Crusher flotaba saliendo y entrando de la consciencia. Lo único que quería era dormir, pero no podía hacerlo. Tenía que continuar adelante, acabar lo que había empezado.

Y estaba tan cerca... Tan cerca... Estaba allí, casi a su alcance. Fórmulas que no acababa de entender, teorías que danzaban apenas más allá de su capacidad de asimilación. Con que sólo pudiera reunir los hilos sueltos, lo conseguiría.

Sólo descansar. Pero no había tiempo.

Algo lo despertó. No sabía qué era. ¿Sonaba como lluvia? ¿Trueno? ¿Una tormenta, dentro de la nave? No parecía probable. Profirió una media risilla para sí en medio del delirio. Se había predicho tiempo despejado.

Luego lo recordó. Había oído algo. La voz del capitán Picard. ¿Algo referente a que la gente se quedara dentro? ¿Estaba lloviendo realmente? «¿Permanezcan dentro para no mojarse?»

Wesley cogió unas notas que había escrito. Cuando las había garrapateado, en su momento, parecían tener un sentido perfecto. Ahora, sin embargo, alguien las había reemplazado por basura. Contempló las notas... confuso. Un galimatías. Un galimatías con su propia letra.

¿Quién había hecho esto? ¿Quién estaba intentando sabotear su trabajo? ¿Y por qué le resultaba tan condenadamente difícil pensar con claridad?

Se rascó la cara y quedó atónito al encontrarse con que tenía la barba crecida. Pero, eso era ridículo. Sólo tenía dieciséis años y el vello apenas le crecía. Le hacía falta casi toda una semana para adquirir una ligera sombra en la cara. No podía haber pasado tanto tiempo sin afeitarse. Sólo había estado trabajando en la investigación, ¿cuánto, dos días? ¿Tres como mucho? ¿Cuánto?

—¿Cuánto? —oyó Wesley que graznaba su voz.

Oyó más carreras y más gritos.

Una emergencia. Había una emergencia en la nave.

Se puso de pie, balanceándose. ¿Qué estaba haciendo allí dentro, escondido, si había una emergencia? Lo necesitaban, maldición. Era alférez provisional. Y ya era hora de que comenzara a actuar como tal.

Avanzó tambaleándose hasta el baño, se inclinó sobre la pila y dejó que el chorro de agua le golpease la cara. Se apartó, chorreando agua, con el pelo y la parte delantera del uniforme ahora empapados.

—Ve a ayudarlos —se dijo—. Tengo que llegar al puente. Me necesitan.

Se lanzó al interior de la habitación y cayó, golpeándose contra una consola. Gritó e intentó cogerla al caer ésta al suelo y estrellarse contra el mismo, y oyó que algo se rompía en el interior. Oh, muchacho, Pulaski iba a matarlo. Pero eso no importaba.

Se apartó. Nada de esto importaba... sólo tenía importancia salvar la nave. Ése era su cometido. Para eso le pagaban un pastón. Rió con regocijo ante una expresión que había perdurado a pesar de que ya no tenía sentido alguno.

Se detuvo en el exterior de la puerta de su camarote, aún riendo entre dientes para sí, y le atropellaron.

El generador portátil de campo de fuerza había sido creado por Wesley Crusher. En una ocasión, ya se había utilizado con bastante eficacia para mantener fuera de la sección de

ingeniería a la tripulación de la *Enterprise* cuando todos los tripulantes fueron víctimas de un ataque de furor violento. Desde entonces se le habían hecho ligeras modificaciones y ahora era la herramienta preferida por el personal de seguridad en las situaciones de este tipo.

El grupo de seguridad formado por Meyers y Boyajian, grupo cuyos antepasados se remontaban a la *Enterprise* Modelo NCC 1701-A, había sido escogido para encargarse de la escalerilla que constituía la única forma de llegar al puente.

Los turboascensores habían sido desactivados, según la orden dada por Picard. La escalerilla servía sólo en casos de emergencia, pero siempre tenía el acceso franco. A nadie se le había ocurrido nunca la posibilidad de que alguien pudiera querer incomunicar el puente.

Así pues, Meyers y Boyajian se habían apostado al final de la escalerilla, agachados en el suelo, donde el escudo creado por el generador les proporcionaba una protección más que suficiente. Desde donde estaban, tenían un claro campo de visión en ambas direcciones del pasillo. Cualquier disparo efectuado contra ellos rebotaría, inofensivo, en el campo de fuerza. Por contra ellos podrían devolver los disparos con absoluta impunidad; su campo no era obstruido en lo más mínimo por el escudo transparente.

Al principio, los corredores estaban repletos de personas frenéticas que corrían. Ahora, sin embargo, la acción había disminuido y parecían haber pasado largos minutos desde las tumultuosas carreras.

Y entonces una figura salió de un recodo.

Boyajian la vio primero, y levantó su arma al tiempo que gritaba:

—¡Alto! ¡No se acerque!

—Espera —le dijo Meyers—. Es el elfo.

En efecto, con las manos cogidas a la espalda como si estuviera dando un ocioso paseo de domingo, Jaan avanzaba silbando por el corredor.

—¿Es que no ha oído al capitán? —le gritó Meyers—. ¡Quédese en su alojamiento!

—Estamos en situación de alerta roja —agregó Boyajian.

Jaan se detuvo a unos pasos de distancia y los miró directamente a los ojos.

—¿No se han enterado?

—¿Enterado de qué? —preguntó Meyers con lentitud.

—Oh, por el amor de... ¡No puedo creer que no los hayan informado! ¡Ya ha terminado! ¡Los han detenido a todos!

—¿De verdad? —preguntó Boyajian—. Yo... —(¿y por qué estaba resultándole difícil concentrarse?)—. Esperaba que lo hicieran, pero...

—Bueno, por supuesto —dijo Jaan mientras se acercaba un poco más y les sonreía de forma cordial—. Me sorprende que no les hayan informado. Todo ha vuelto a la normalidad.

Meyers se sentó sobre los talones y dejó escapar el aire entre los dientes.

—Ufff... Eso es un verdadero descanso.

—Me alegro de que esté arreglado —dijo Jaan.

—¡Y yo! Gracias. Tenemos que haber parecido unos idiotas, agachados aquí detrás.

Meyers se puso en pie y estiró las piernas, y Boyajian bajó una mano y apagó el generador de campo de fuerza.

En el momento en que lo hizo, Jaan golpeó el suelo.

—¿Se encuentra bien? —comenzó a preguntar Meyers, y luego tanto él como Boyajian fueron derribados mientras los rodeaba el gemido agudo de las pistolas fásicas. Cayeron,

arañando el aire al ser reducidos a la inconsciencia.

Aneel se acercó a ellos junto con los otros k reel, mientras agitaba la pistola fásica, irritado.

—Creía que finalmente había conseguido ajustarla para matar —dijo—. Pensé que lo único que había que hacer era girar este botón. Debe tener que hacerse algo también con el nivel de energía. Bueno... —y agitó la pistola fásica en dirección a la escalerilla—. Vamos.

—He hecho todo lo que me pidió —dijo Jaan.

—Hasta ahora. Puede que continúes siendo valioso, elfo, así que vas a acompañarnos.

—¡Basta! —replicó Jaan, furioso—. He venido con ustedes hasta aquí, pero...

—Siempre es fácil decir que uno va a llegar hasta un determinado punto y no más allá, ¿no es cierto? —se burló Aneel—. Otro paso fácil más por la carretera que va hacia el infierno, y cuando uno se da cuenta está llamando a la puerta. ¡Ahora, si quieres la cura, sube ahí!

Jaan se quedó de pie, rígido durante un momento, pero al cabo de poco su resolución falló, se volvió y comenzó a subir por la escalerilla.

Tron caminaba con cautela corredor adelante buscando cualquier refugio que pudiera encontrar.

Un rayo fásico pasó cerca de él, casi rozándole un hombro. Él se dejó caer al suelo, sacó una estrella arrojadiza de dentro de su fajín y la lanzó sin ni siquiera pensarlo. Oyó el satisfactorio alarido y se volvió justo a tiempo de ver a un k reel que retrocedía dando traspies con la estrella arrojadiza clavada en la frente. Le chorreaba sangre por el rostro, y era milagroso que el k reel estuviese con vida, o por lo menos en pie.

Tron avanzó lentamente hacia él, sonriendo, y aferró al k reel agonizante cuyos ojos porcinos ya estaban desenfocados, y le gruñó a la cara:

—Esta noche duermes en el infierno, bastardo.

El k reel lanzó la cabeza hacia delante, con la estrella arrojadiza aún sobresaliéndole de la frente.

Tron profirió un alarido al rasgarle un ojo la estrella arrojadiza, lanzó al k reel de espaldas y se llevó las manos a la cara, agarrándose la ahora destruida cuenca ocular derecha. Un dolor tan penetrante como nunca habría imaginado amenazó con aplastarlo. La estrella arrojadiza repiqueteó contra el suelo, las sangres klingon y k reel se entremezclaron, y Tron se tapó el ojo herido con una mano y avanzó tambaleándose.

Tropezó con el cadáver del k reel, que lo había precedido en la muerte por meros segundos. Pero los klingon, se juró Tron, no morían con tanta facilidad. Se lanzó hacia delante, recogiendo de paso la pistola fásica del k reel, y entró en el turboascensor dando traspies.

—Enfermería —gimió, pues ése era el único lugar al que se le ocurrió acudir. «¡Los malditos kreels! ¡El maldito Kobry! ¡Que todos sean condenados al infierno!»

Mientras el turboascensor salía disparado hacia lo alto, él se arrancó un trozo de la casaca al tiempo que intentaba no pensar en lo que estaba haciendo, y se lo metió dentro del agujero que había ocupado el ojo para detener la hemorragia. Jadeaba y su mente intentaba desconectarse a causa del dolor, pero él no se lo permitiría. Él... no se... lo permitiría.

Era un klingon, y mientras un sólo k reel respirara, él haría lo que fuese necesario.

El turboascensor se detuvo y la puerta se deslizó hacia un lado. Tron se puso en pie, tambaleándose y salió dando traspies al corredor.

No había nadie por los alrededores. Y allí, justo delante, estaba la enfermería.

Corrió hacia las puertas y se estrelló de cabeza contra ellas.

¡No se habían abierto! ¡Las malditas puertas no se habían abierto! ¡Bueno, pues no lo dejarían fuera! Levantó la pistola fásica y disparó a quemarropa abriendo en las puertas un

enorme agujero humeante y provocando en el interior un alarmante grito.

Entró por él, chillando:

—¡Doctora! ¿Dónde está la maldita doc...?

Y entonces quedó congelado en medio de un paso. Allí, de pie junto a una mesa camilla, estaba Gava. Allí, sobre la misma, se encontraba el Honorable Kobry. Sentado. Mirándolo de hito en hito. Vivo.

«Vivo.»

—Usted... esto... no puede ser —tartamudeó Tron, confundido—. Yo...

—¿Me envenenó? —dijo Kobry, que todavía hablaba con voz débil. Pero estaba vivo. Imposiblemente vivo—. ¿No es eso lo que usted iba a decir?

—No —dijo Tron—. No, yo... yo no...

—Después me di cuenta de que había sido lo bastante tonto como para dejar mi vaso sobre la mesa cuando usted se encontraba cerca —dijo Kobry, claramente enojado consigo mismo—. Y eso que había estado hablando de no volverle la espalda a un enemigo.

—¡Esto es un truco! —chilló Tron.

—Alguien debería hacerse cargo de ese ojo —comentó Kobry con suavidad.

—¡Lo que yo voy a hacer es encargarme de usted! —vociferó Tron, y levantó la pistola fásica, apuntándola hacia el embajador klingon que yacía indefenso a sólo unos dos metros de él.

Gava saltó sobre la cama, preparada para interceptar el rayo con su propio cuerpo.

Y en ese momento, una cámara Wasserman de diez kilos de peso llegó volando por el aire desde el laboratorio médico II, estrellándose contra Tron y lanzándolo hacia atrás. Golpeó contra la pared y el mundo, que ya era poco sólido para él, comenzó a girar a su alrededor.

De pie, en la entrada, con la adrenalina corriéndole por la sangre, la doctora Katherine Pulaski reunió toda la furia e indignación de que era capaz.

— ¡Lárguese de mi enfermería! —aulló, al mismo tiempo que le daba un golpe a su insignia-comunicador—. ¡Seguridad! ¡Hay un lunático en mi enfermería! ¡Atrápenlo!

Aferrándose el ojo sangrante, Tron se lanzó al corredor. Oyó ruido de pasos que corrían en dirección a él desde un extremo, así que se encaminó hacia el opuesto.

Ahora la sangre comenzaba a fluirle al otro ojo. Alzó una mano, intentó secarse la sangre y, por un momento, quedó totalmente ciego.

Ése resultó ser el momento en que Wesley Crusher salía de su alojamiento.

El klingon chocó contra Wesley y, si el klingon hubiera poseído toda su fuerza y concentración, Wesley habría salido volando como si careciese de peso. Según estaban las cosas, los dos cayeron al suelo en un enredo de brazos y piernas.

—¡Quítate de encima! —aulló Tron mientras apartaba a Wesley de un empujón.

Wesley ya había salido por completo de su confusión y letargo, aunque ahora se encontraba mirando al extremo por el que disparaba una pistola fásica.

Tron se había puesto trabajosamente de rodillas y gruñó:

—Estoy dispuesto a matar cualquier cosa, y eso eres tú.

Un pie enfundado en una bota golpeó a Tron en el pecho.

—¿Todavía desea saber dónde tengo puesta mi lealtad?

Reconoció la voz de inmediato.

—¡Worf! Tiene que ayudarme.

—Cállese —le espetó Worf, y le cruzó la cara al klingon de un puñetazo. Gracias a la misericordia, Tron cayó en la inconsciencia.

Echándose a Tron encima de un hombro, Worf se puso en camino hacia la celda más

cercana.

—Worf, ¿qué está sucediendo por aquí?

—Las delegaciones kreeel y klingon están intentando matarse entre sí. —Eso era todo lo que Worf estaba interesado en decir. Cuando llegó a la celda arrojó al klingon dentro y activó el escudo energético.

—Pero... ¡pero, Worf! —dijo Wesley—. ¡Está sangrando!

—¿Y qué? —replicó Worf mientras pulsaba su comunicador—. Worf al puente.

—Aquí Picard.

Y, de pronto, Wesley dijo:

—¡Ya sé qué hacer! —El furioso entrecejo fruncido de Worf ni siquiera comenzó a silenciarlo—. ¡Podemos hacer un sondeo interno con los sensores, encontrar a los klingon y los kreeel, transportarlos todos a una sala de transporte, y usted los detiene a todos!

Picard oyó esto por el comunicador y respondió con voz tirante.

—Gracias por su perspicacia, señor Crusher. ¡Qué agradable es que haya vuelto a reunirse con los vivos, aunque sea de modo temporal! Sin embargo, los transportadores no funcionan. Los circuitos de transmisión energética de ingeniería han sido destruidos.

De inmediato, Wesley evocó mentalmente los esquemas del transportador.

—Muy bien —dijo, y fue como si sus pensamientos estuvieran a millones de kilómetros de distancia—. Muy bien... déme cinco minutos y podré rehacer el cableado de la consola del transportador. Un transportador de carga sería mejor. Tiene un panel de circuitos más grande. Es lo más fácil para trabajar. Y tiene la máxima capacidad, que es lo que nos interesa.

—Capitán, ¿ha oído eso? —preguntó Worf.

Se produjo una pausa momentánea y luego, con gran renuencia, como si se doblegara ante lo inevitable, Picard dijo:

—Sí, lo he oído. Worf, ¿puede llevarlo hasta allí?

—Por supuesto —repuso el klingon. Se volvió a mirar a Wesley y dijo de forma escueta—: Tiene usted un guardaespaldas. Vamos.

En el puente, Picard estaba sacudiendo la cabeza y se volvió hacia Deanna Troi, que había llegado hacía escasos minutos.

—Eso era lo último que nos faltaba —dijo—. El señor Crusher salva la nave... otra vez.

—Ciertamente será algo de lo que la doctora Pulaski sabrá sacar el máximo partido —asintió Deanna—. Pero es mejor que...

De repente, la cabeza de ella se volvió bruscamente hacia un lado y su espalda se arqueó en el asiento. De inmediato, Picard se halló de pie.

—¡Consejera!

—¡Vienen hacia aquí! —chilló Deanna—. ¡Los siento! ¡Repugnantes! ¡Monstruosos!

—¿Quién viene hacia aquí, Deanna? —gritó Picard—. ¡Quién!

En ese momento, desde el puesto de observación, Dykstra dijo:

—¡Capitán! ¡He localizado a otros tres kreeel! Están...

—En el puente.

Aneel había completado la frase. Él y los otros kreeel tenían las pistolas fásicas desenfundadas y apuntaban directamente a Picard y su tripulación.

—Retrocedan —dijo Aneel.

Blandió su arma fásica en dirección a los oficiales que estaban sentados ante los puestos de navegación y observación. En su honor, hay que decir que miraron a Picard en busca de una

orden. Él les hizo un gesto sutil para indicarles que debían levantarse y retroceder, cosa que hicieron.

—¿Qué quiere? —preguntó Picard con lentitud.

—Queremos su nave.

—Es lo que querían desde el principio, ¿verdad?

—Sí, capitán. Exactamente lo que queríamos. Es el tipo de tecnología que puede hacernos grandes.

—El tipo de tecnología para la que no están preparados.

—Oh, ¡qué amable por su parte el preocuparse por nosotros! —La voz de Aneel destilaba sarcasmo—. Pónganse las manos detrás de la cabeza. Muy bien. Así está mejor. —Contempló a Troi en particular mientras ella hacía lo que había ordenado, y le dedicó aquella sonrisa de dientes rotos.

—Quiero que salgan de mi puente —dijo Picard con una furia apenas controlada.

Aneel no se quedó en absoluto impresionado.

—Apuesto a que sí —replicó—. Apuesto a que sí.

Pero ahora, Picard no estaba mirando a los kreeel. Su atención fue atraída por un joven alto de aspecto etéreo que se encontraba de pie en el fondo del puente, temblando de mala conciencia.

—¿Jaan? —dijo—. ¿Qué diablos está haciendo aquí?

—Ah, ¿él? —contestó Aneel como sin darle importancia—. Se ha vendido a nosotros, un pequeño trozo cada vez. No se preocupe. No le ha dolido. —Estudió con cuidado el pequeño grupo de humanos—. Le prometimos una cura para su enfermedad a cambio de ayuda.

Jaan cerró los ojos a causa del dolor. Allá iba toda esperanza que pudiera tener de reemprender alguna vez su vida. Aunque, por otra parte, ¿qué había para reemprender?

—Pobre patético bastardo —dijo Aneel—. ¡Trabajó con tanto ahínco para conseguirla! Creo que debería entregarle su cura ahora mismo.

Hizo girar la pistola fásica hacia Jaan y apuntó.

A Jaan le hizo falta un segundo para darse cuenta de lo que sucedía. En ese instante, Picard se lanzó hacia el kreeel, sólo para que Deni lo derribara de un golpe. Troi intentó gritarle una advertencia.

El rayo fásico salió disparado y rodeó a Jaan. Mientras esto sucedía, en un último esfuerzo, él intentó llegar hasta Aneel. No había dado ni medio paso cuando Jaan, profiriendo un chillido agonizante, vio que el mundo se partía en dos.

No hubo nada, ningún sonido que no fuera la corriente de aire que acudió a llenar el vacío dejado por el seleviano.

Aneel profirió un gruñido satisfecho.

—Vaya, así es como «matar» funciona en esas cosas. ¿Alguien más quiere?

—Usted... ¡monstruo! —gritó Picard, enfurecido.

—¿Todavía dice eso? Me insulta usted, capitán. Lo único que tenían era un apestoso traidor entre ustedes. Yo he ayudado a detectarlo y eliminarlo. La verdad es que ni siquiera le mentí. Él quería una cura para *La Podredumbre*. Bueno, pues la muerte lo cura todo, ¿no es cierto? —Y profirió una grosera carcajada.

Y en ese momento, una voz conocida llegó por el comunicador.

Inconsciente de la situación crítica del puente, la voz de Worf salió por el altavoz, diciendo:

—Worf al puente. Adelante, capitán.

Picard vaciló, pues se daba cuenta que el silencio atraería a un escuadrón de seguridad al

punte a toda velocidad. Vio que Aneel lo apuntaba severamente con la pistola fásica, y luego, éste hizo girar el arma de forma brusca y apuntó a Deanna Troi. Su intención era inconfundible, como lo era su expresión.

—Aquí Picard —respondió con cautela—. ¿Sí, teniente?

—Hemos llegado a la sala del transportador C de carga, señor. Wesley está trabajando ahora en los circuitos del transportador. Dentro de pocos minutos, si todo sale bien, nos prepararemos para transportar aquí a los klingon y los kreeel. Eso debería acabar con la situación de emergencia.

—Buen trabajo, teniente —repuso él—. Corto.

Y cortó la conexión antes de que Worf, por inadvertencia, pusiera algo más en conocimiento de los kreeel que estaban en el puente.

Sin embargo, ya era demasiado tarde. Aneel giró sobre sí y les gruñó a los otros:

—¡Vosotros quedaos aquí! ¡Yo bajaré a la sala del transportador y pondré fin a esto! —Sonrió—. Worf. ¡Qué maravilloso! He querido un trozo de ese bastardo klingon pagado de sí mismo desde el momento en que subí a esta nave.

El jefe del transportador sacudía la cabeza lleno de asombro mientras Wesley trabajaba debajo de la consola, recanalizando las conexiones de forma que pudieran saltarse completamente los circuitos inutilizados de ingeniería.

—Asombroso —estaba diciendo.

—¡Silencio! —le espetó Wesley, que estaba intentando mantenerlo todo correctamente ordenado en la cabeza. Había estado murmurando de forma casi constante desde el principio, intentando no perder el hilo de nada mientras trabajaba. Si eso sucedía, el resultado sería seriamente desagradable.

En ese momento, un repentino grito de alarma llegó por el intercomunicador. Wesley se sentó con tal rapidez que se golpeó la cabeza contra la consola.

—¡LaForge a transportador! ¡Transpórtennos a bordo! ¡Rápido!

Worf pulsó de inmediato su comunicador y dijo:

—LaForge, el transportador está apagado. Estamos trabajando en su reparación. ¿Qué sucede?

No hubo respuesta.

—¡Geordi! ¡Adelante! —Éste era Wesley, que le gritaba con voz apremiante al hombre que se había convertido en su mentor—. ¡Estamos intentando arreglarlo! ¿Puede aguantar unos pocos minutos más?

No hubo respuesta.

—Oh, Dios —gimió Wesley, y volvió a meterse debajo de la consola. Y ahora sus dedos parecieron volar por los circuitos con vida propia. Al cabo de dos minutos, gritó—: ¡Vale! ¡Pruébalo ahora!

—Estoy probando superficie a nave —le gritó el jefe del transportador—, pero no obtengo suficiente amplificación. La señal no es lo bastante estable para modularla.

—Poco a poco —le disparó Wesley a modo de respuesta—. Pruebe nave a superficie. Transporte al planeta.

El jefe del transportador invirtió el rayo y esta vez, Worf, que estaba a un par de metros de distancia, creyó que el rayo parecía más fuerte, más estable.

—Eso es —dijo Worf en voz alta—. Eso está mejor. Es...

La entrada del kreeel fue tan rápida, tan salvaje, que incluso a Worf le pilló desprevenido. La puerta fue abierta de un disparo y el giro del jefe del transportador para gritar una

advertencia se interrumpió de forma repentina al alcanzarlo un rayo fásico de lleno y reducirlo a la nada.

El k reel atravesaba corriendo la sala en el mismo momento en que Worf se daba la vuelta y disparaba. El rayo hizo volar limaduras y trozos de la pared cuando el k reel se lanzaba tras la consola del transportador. Los rayos aún estaban activados, parpadeantes luces azules ondulaban sobre la plataforma, proyectados hacia la superficie aunque no había nada en ellos que transportar.

Worf se lanzó hacia un lado y disparó mientras aún estaba en movimiento. Su pistola fásica (por desgracia, según vería) no estaba ajustada para matar. Sólo para desmayar. Le dio en un brazo al k reel, arrancándole al horrible alienígena la pistola fásica de la mano, la cual salió volando, mientras que el k reel mismo caía detrás de la consola del transportador. Worf vio que la pistola fásica resbalaba por el suelo, bien lejos del alcance del k reel, y se felicitó por el excelente disparo.

No podía ver al k reel desde el otro lado de la consola, pero eso no importaba. Avanzó hacia él, gritando con su profunda voz:

—Ríndase.

—¡Antes la muerte! —replicó la voz del k reel y luego, de forma repentina, saltó a la vista. Tenía un brazo en torno al cuello de Wesley. El otro estaba contra la cabeza del muchacho, preparado para empujarla.

—Ahora, ríndete tú, klingon. Antes de que los hombros de este muchacho sientan añoranza de su cabeza.

—Suelte al muchacho —dijo Worf a modo de advertencia sin que su pistola fásica vacilara ni por un momento—, y retroceda despacio, o lo lamentará.

—No tanto como lo lamentará él —contestó Aneel—. ¿No es cierto, muchacho?

Apretó un poco, y Wesley gimió atemorizado.

—Worf —dijo entre jadeos—, cárgueselo.

Pero Worf no consiguió moverse. Su pistola fásica continuó sin vacilar, pero él no se acercó.

—Un solo paso —dijo el k reel—. Da un solo paso y, «crack», estará muerto. Así de sencillo. —Se movió de manera que Wesley quedara entre él y Worf—. ¿Crees que estoy impotente porque no tengo una pistola fásica?

—Creo que está impotente porque necesita un muchacho para ocultarse tras él —replicó Worf dibujando su boca una mueca burlona.

—¿De verdad? Bueno, pues debo advertirte, maldito klingon, que hoy ya he matado a un muchacho. Un segundo costará menos.

Se hizo un silencio mortal en la sala del transportador, roto solo por el zumbido de los rayos transportadores.

—¿A qué... muchacho? —preguntó Worf amenazador, muy peligrosamente.

—El elfo —rió Aneel.

Wesley se quedó helado.

—Está... está mintiendo.

—El elfo —repitió Aneel—. El que se llamaba Jaan. Yo mismo lo borré del mapa; disfruté viendo su cara mientras desaparecía. Y tú serás el siguiente, muchacho, si te mueves. Ahora, klingon... tira tu arma.

—Está... mintiendo.

—Cállate, muchacho. No estoy hablando con...

—¡Está mintiendo!

Furioso, horrorizado más allá de todo lo imaginable, Wesley plantó de pronto los pies contra la consola del transportador y empujó hacia atrás con todas sus fuerzas... fuerzas aumentadas por una abrumadora necesidad de ponerle al kreeel las manos encima, arrancarle la confesión de que estaba mintiendo, de que Jaan estaba vivo, de que estaba sano y salvo, de que todo no había sido inútil. ¡Tenía que ser una mentira. Tenía que serlo!

Fue como si de pronto a Wesley lo hubieran electrocutado. Con la fuerza que le confería la histeria, comenzó a luchar como un loco en la presa del kreeel, indiferente por completo al peligro y dolor. Pisó con fuerza, pateó, estrelló su cabeza contra la cara del kreeel, hizo todo lo que podía hacer, mientras gritaba una y otra vez:

—¡Está mintiendo! ¡Está mintiendo! —Una y otra vez, como una letanía.

Worf intervino al instante mientras Aneel se encontraba, para su asombro, con que ya no podía sujetar al muchacho. Y ahora ya no había tiempo, porque Worf estaba encima de él. Ya no había tiempo para recuperar el control sobre el muchacho, así que hizo lo único que podía. Aferró a Wesley por un brazo y lo lanzó con todas sus fuerzas contra la pared del otro lado. Wesley chocó contra ésta y se desplomó en el suelo.

Aneel apenas tuvo tiempo para levantar un brazo con el fin de defenderse, cuando Worf chocó contra él, lanzándolo de espaldas de tal manera que se estrelló contra la pared. El kreeel levantó los pies, se contrajo como un resorte y los plantó contra el pecho de Worf. Luego se estiró, e hizo retroceder al klingon que se tambaleó, gruñendo. Dio dos pasos y saltó; cubrió la distancia que mediaba entre ambos, cogió a Worf por la garganta, y lo derribó.

La pistola fásica de Worf salió disparada de su mano, voló por la sala y cayó en los rayos del transportador. Se desvaneció de inmediato, proyectada a la superficie del planeta que estaba abajo.

Worf lanzó su puño y lo estrelló repetidamente contra la cara del kreeel. El primer golpe rompió la nariz del kreeel, y el segundo y el tercero hicieron que apareciera un chichón por encima del ojo derecho del kreeel. Esto no calmó a Aneel en lo más mínimo, mientras golpeaba a Worf con toda su fuerza.

Lucharon, lograron ponerse en pie, arrojando todo su peso el uno sobre el otro, cada uno intentando derribar a su contrincante. De pronto, Worf rodeó por detrás una pierna del kreeel con una suya, moviéndola luego hacia atrás y haciendo que la rodilla del kreeel se doblara hacia delante. El kreeel cayó pesadamente al suelo, y fue soberbio: su sangre guerrera se encendía y él hundía los dedos en lo más parecido al cuello en un kreeel. Con los tensos músculos marcándose, Worf comenzó a apretar el cuello del autoproclamado asesino, del enemigo de los klingon, del apestoso bastardo kreeel.

Los ojos porcinos del kreeel se salieron de sus órbitas a causa de la alarma cuando ya no pudo obtener bastante aire para respirar. Worf ejerció presión sobre él y no había lástima alguna en sus ojos. Tenía los dientes apretados y sentía que el pulso le latía en la cabeza, el latido de la venganza exigida, venganza por sí mismo, por sus padres, por Jaan y Wesley, y quién sabía quién más.

Y el kreeel consiguió gruñir una sola palabra.

—Clemencia —dijo.

El klingon quedó inmóvil. La sangre de los capilares rotos en el cuello del kreeel ya comenzaba a salirle por la boca, cubriendo las manos de Worf. Aneel se ahogaba, se atragantaba bajo la presa de hierro de Worf.

¡Era tan fácil! Sólo un poco más de presión. Igual que en el simulador. ¿Recuerdas lo satisfactorio que fue aquello? Esto lo sería aún más.

Era... tan fácil...

Y, para asombro de Worf tanto como para el de Aneel, la presión comenzó a ceder sobre la garganta del kreen.

—Clemencia —dijo Worf como si estuviera probándose un zapato nuevo para ver si le quedaba bien—. Clemencia.

En el instante en que fue capaz de respirar una vez en profundidad, el kreen lanzó un puño directo al rostro de Worf.

La cabeza de Worf salió disparada hacia atrás como si fuera de goma, y la sangre le manó a borbotones de la nariz. Otro golpe en el pecho y Worf cayó de espaldas a varios pasos de distancia de la plataforma del transportador.

El kreen se levantó trabajosamente y saltó hacia él, cayendo de rodillas sobre el vientre de Worf y dejándolo sin aliento. Worf, a quien el mundo le daba vueltas alrededor, intentó parar la lluvia de furiosos puñetazos que le propinaba el kreen sobre la desprotegida cabeza.

—¡Esto es por los años de opresión! —aullaba Aneel en un estado de furioso paroxismo—.

¡Esto por mis compañeros asesinados! ¡Esto por nuestra gente asesinada! ¡Y esto! ¡Y esto!

Rasgó el fajín de Worf, y de su escondite cayó una daga. Casi incapaz de creer en su suerte, Aneel se apoderó de la daga e intentó clavársela a Worf en el cuello. Worf apenas la vio a tiempo de detener su avance con el antebrazo. Aneel continuó empujando, poniendo en juego toda su fuerza, mientras la punta del cuchillo se acercaba más y más a la garganta de Worf.

A través de los dientes apretados, el kreen dijo:

—Tendrías que haberme matado cuando tuviste la oportunidad, bastardo.

Worf, de espaldas, desplazó ligeramente una pierna y luego levantó la rodilla con todas sus fuerzas contra la entrepierna del kreen. Se oyó un espantoso crujido y el kreen chilló mientras Worf, con toda su fuerza, lanzó al kreen de cabeza y por encima de su cuerpo en un último esfuerzo por sobrevivir.

Para su sorpresa, de pronto, Aneel dejó de forcejear. Así de simple. El grito de dolor también había cesado con la misma rapidez.

Se quitó de encima al cuerpo inmóvil del kreen y se puso en pie. Y entonces lo vio, y apenas pudo creerlo.

La cabeza del kreen había desaparecido.

Su cabeza y la parte superior de sus hombros habían desaparecido... «chas», así. Y entonces se dio cuenta de qué había sucedido. El kreen había sido lanzado de cabeza al interior de los rayos transportadores activados. Y los rayos transportadores, en su eficiencia ciega, enviaban al exterior cualquier cosa que entrara en su campo.

Habitualmente, por supuesto, no había problema ninguno, porque la gente que estaba a punto de viajar se aseguraba de estar toda ella de pie sobre la plataforma. Aneel, sin embargo, no lo estaba.

Worf se sacudió la ropa. Luego, cogió el resto del cuerpo, lo arrojó hacia los rayos, y siguió el mismo camino que la cabeza hasta la superficie.

Luego se encaminó hacia la consola del transportador.

Los kreen del puente comenzaban a ponerse un poco nerviosos.

—¿Cuánto crees que va a tardar Aneel? —preguntó Deni.

En ese momento, todos los del puente desaparecieron.

Prácticamente en el mismo momento, se materializaron en la sala del transportador. Cuando, pasados los instantes que necesitaban, los kreen se dieron cuenta de lo que estaba

sucediendo, ya era demasiado tarde. Picard y Marks empujaron entre ambos a los kreen fuera de la plataforma del transportador, y Worf, que había recuperado la pistola física que dejó caer el fallecido Aneel, les disparó y los redujo a la inconsciencia.

Picard vio que Wesley estaba tendido sin conocimiento, y acudió de inmediato junto a él. Se arrodilló, alzó los ojos hacia Worf y preguntó:

—¿Se encuentra bien?

—Ha recibido una buena, pero creo que se pondrá bien.

—¿Qué hay del otro kreen? Iba a bajar aquí.

—Ah, él. —Worf hizo una pausa—. Perdió por una cabeza.

El resto no requirió más de cinco minutos.

Worf, desplegando una precisión digna de encomio, envió al resto de la tripulación del puente de vuelta a su punto de origen. Dykstra localizó rápidamente al resto de los klingon y los kreen que andaban al acecho por los corredores de la *Enterprise*, y le envió la información a Worf. Para asombro de todos ellos, en un momento se encontraban trabados en una lucha de vida o muerte por una nave de clase «Galaxia», y al siguiente estaban en una sala del transportador, retenidos a punta de pistola por un grupo de seguridad de aspecto extremadamente irritado.

Las cosas comenzaban a calmarse.

—Ahora —dijo Picard desde su asiento de mando—, restablezcan contacto con el grupo de expedición. Díganles que...

Y Deanna Troi profirió un grito ahogado.

—¿Consejera? —preguntó Picard.

De hecho, Deanna pareció encogerse en su asiento mientras señalaba en dirección a la pantalla principal, tartamudeando, incapaz de formar siquiera una sílaba.

—¿Consejera Troi! —dijo Picard, alarmado—. ¿Qué le sucede? ¿Qué...?

Y entonces lo vio, al igual que todo el resto de la tripulación del puente.

Las estrellas estaban moviéndose.

De forma imposible, disparatada, todas las estrellas que había en la pantalla comenzaron a reunirse. Meteoros, asteroides, todos los fenómenos astrológicos se unían, girando y haciendo remolinos en un ballet incomprensible para la física. Fuera de la comprensión de los cuerdos.

Allí, en la lejanía, el espacio fluctuó y onduló al comenzar las estrellas a reunirse en nuevas configuraciones. Comenzaron a colocarse como si fueran una escultura. ¡Pero eso era absurdo! Las estrellas que estaban viendo eran la luz de las estrellas no como eran, sino como habían sido, dado que la luz necesitaba tiempo para viajar. ¡No podía existir un fenómeno semejante que afectara a todas las estrellas al mismo tiempo!

—¡Grupo de expedición! —gritó el capitán—. ¡Adelante!

Y oyó que Riker gritaba:

—¡Capitán!

—¡Prepárense para ser transportados! ¡Los haré traer directamente al puente! ¡Sala de transporte, activación!

Y Worf, en la sala de transporte, actuó según las órdenes.

Y allí, en el puente, se materializaron Riker, Data y Tuttle... pero no Geordi.

—¡Número uno! ¿Dónde está LaForge?

—¡Ha desaparecido, capitán! Él... —Entonces vio lo que estaba sucediendo.

Las estrellas estaban adquiriendo forma. Moldeaban las líneas de una cara. Una cara

humana que se hallaba a años luz de distancia, que ocupaba toda la pantalla. Que estaba a millones y más millones de kilómetros de ellos y al tiempo se encontraba tan cerca que uno podía tender la mano y tocarla.

La cara flotaba allí, en el espacio, relumbrando con la luz de millares de millares de estrellas. Meteoros conformaban los ojos, cometas formaban el pelo.

Los miraba a ellos.

Y entonces sonrió.

—Oh, Dios mío —dijo Riker.

—Ah —dijo Data, que ahora lo entendía—. Así que es eso.

—¿Qué es lo peor que podría suceder? —había preguntado momentos antes, Geordi, lo que sin duda cayó dentro de la categoría de las famosas últimas palabras.

Alargó una mano hacia el panel, oyó a Riker y Data que los llamaban desde algún punto cercano.

—¿Por qué no va usted a ver qué quieren? —dijo Geordi a Tuttle—. Tráígalos aquí. Mientras tanto, me quedaré trabajando en esto.

Tuttle se alejó y Geordi procedió a pulsar botones a modo experimental, sólo para ver si había algo que pudiera detectar en la escala infrarroja o ultravioleta.

Oyó un débil zumbido, que pronto se convirtió en un gemido agudo. Como si algo estuviera siendo activado.

«¿Qué demonios?», pensó.

Entonces bajó la mirada.

Entrecruzados por encima de sus pies había rayos de luz que estaban fuera del espectro visible. No habían estado allí antes. Acababan de comenzar a ser proyectados desde la pared, a unos quince centímetros del suelo. Eran finos como lápices y se entrecruzaban de tal forma que, por milagro, Geordi se encontraba de pie justo en medio de ellos. Medio paso a la izquierda, a la derecha, hacia delante o atrás, y habría coincidido con una de las trayectorias. Y luego...

¿Luego qué?

De repente, tuvo la clara sensación de que sería mejor si no lo supiera. Levantó uno de sus pies para intentar pasar por encima de ellos, sin tocarlos.

Los rayos comenzaron a ensancharse.

De inmediato, Geordi hizo lo único que podía. Saltó hacia arriba y mientras los rayos se ensanchaban él se sujetó por encima de ellos, apoyándose con las piernas contra un lado del estrecho corredor y los brazos contra el otro. Ahora estaba suspendido a más de un metro del suelo, donde se mantenía por pura fuerza muscular y pánico.

—¡Data! —gritó—. ¡Riker! ¡Tuttle!

A una cierta distancia, los otros tres miembros del grupo de expedición reaccionaron con sorpresa, en especial porque estaban avanzando en una dirección diferente.

—Tuttle, pensé que había dicho que Geordi estaba por aquí —le espetó Riker.

—Yo... yo pensé que lo estaba —respondió Tuttle, confuso.

—Data, ¿dónde está?

Data ya había consultado su tricóder. Cada insignia-comunicador contenía información biológica individual que hacía que resultase fácil encontrar a su portador. Fácil a menos que lo desviara un hombre de seguridad confundido.

—Sígueme —dijo Data.

Entretanto, las manos de Geordi comenzaban a sudar y vio que todo el suelo era ahora una masa de rayos de alrededor de un metro cuadrado. No podía ir a ninguna parte.

Se arriesgó a caer en ellos para pulsar su insignia-comunicador y, de hecho, estuvo a punto de venirse abajo antes de volver a sujetarse.

—¡LaForge a transportador! ¡Transporténnos! ¡Rápido!

La pausa fue breve y luego oyó nada menos que la voz de Worf.

—LaForge, el transportador está apagado. Estamos trabajando en su reparación. ¿Qué sucede?

¿Apagado? ¿Ahora estaba apagado?

Al darse cuenta de que la *Enterprise* no le sería de ninguna ayuda, intentó volver a pulsar la insignia para establecer contacto con Riker. Esta vez, sin embargo, fue demasiado brusco, de manera que el comunicador cayó hacia los rayos.

Se disolvió.

Geordi sintió que las manos le resbalaban, que las botas eran incapaces de mantener su apoyo contra la pared. Intentó asegurar su posición y eso no le sirvió para nada. Y gritó con todo el poder de sus pulmones la única cosa que el kreen nunca había dicho:

—Ayuudaaa. Por favor.

Y una cortés voz femenina preguntó:

—¿Ayuda solicitada?

Parecía provenir de todas partes y de ninguna. Geordi, frenético, miró en torno suyo mientras respondía:

—¡Sí! ¡Ayuda solicitada!

—Especifique —pidió ella con calma.

—¡Apague los rayos!

—Como usted desee.

Los rayos se apagaron de inmediato.

Geordi apenas podía creerlo. No podía haber sido tan sencillo. A modo de ensayo descendió y, en efecto, continuaba estando de una pieza.

—¿Necesita más ayuda?

—Sí —repuso Geordi—. Quiero pasar por esta puerta. Por favor.

—Como usted desee. Pasó al otro lado.

Geordi giró con brusquedad y miró tras de sí. La puerta había desaparecido. Sencillamente él se hallaba al otro lado.

—Esto... esto es una locura —declaró Geordi casi tartamudeando—. ¿Lo único que tenía que hacer para escapar a esa trampa mortal... y pasar al otro lado de la puerta... era pedirlo con educación?

La incorpórea voz respondió, con tono remilgado:

—Los buenos modales nunca hacen daño.

—Sí, pero...

—Es un indicio de inteligencia. Y de madurez.

—De acuerdo.

Geordi miró en torno de sí para ver la sala que había estado guardada tan celosamente. La sala que había estado a punto de costarle la vida.

Estaba vacía.

Había un mínimo de luz procedente de una fuente que Geordi no pudo localizar. Por supuesto, él no necesitaba luz. Recorrió el entorno con los ojos, intentando calcular las medidas.

No pudo encontrar nada. Comenzó a caminar hacia lo que suponía que era una pared y, tras varios minutos que parecieron horas, comprendió que no iba a llegar a ella.

—¿Usted... todavía está ahí? —preguntó.

—Sí.

—¿Quién es usted? —preguntó Geordi.

—¿Quién es usted? —preguntó a su vez la voz.

—El teniente Geordi LaForge. Ingeniero en jefe. Nave estelar *Enterprise*.

—Lo saludo, teniente. Yo soy.

—¿Usted es...?

—Sí.

—Ah. —Aquello no lo ayudaba en lo más mínimo. Era como intentar mantener una conversación con Data en uno de sus días.

¡Data! ¡Por supuesto! Esta cosa era una máquina.

—¿Es usted una máquina?

—Si sirve de algo el describirme de ese modo.

Geordi suspiró.

—¿Cómo se describiría usted a sí misma?

—¿En términos que usted pueda entender? —La voz hizo una pausa—. El comité de bienvenida.

—¿Les dio usted la bienvenida a los kreen?

—No. Ellos eran meramente un medio para lograr un fin. No estaban preparados para conocernos. Pero ellos lo trajeron a usted hasta aquí, y así sirvieron a nuestro propósito.

—¿Sirvieron a su propósito? —preguntó Geordi con incredulidad—. ¡Ellos se apoderaron de las armas de ustedes y se volvieron locos con ellas! ¡Han costado vidas!

—Las vidas no pueden ser un coste —repuso la voz—. Sólo son diferentes formas de energía, y la energía no puede destruirse.

—Oiga —dijo Geordi, intentando abordar el tema desde un ángulo diferente—, ¿qué tiene de tanta importancia esta sala? ¿Por qué todos esos dispositivos de protección y demás para una sala vacía?

—Esta sala no está vacía.

—Bueno, ¿pues qué hay en ella?

Ella habló con una voz tremendamente pacífica al decir:

—Todo.

—¿Qué?

—Esta sala no tiene límites. Continúa indefinidamente, hacia todas partes, hasta el infinito. Ésa es la razón por la que revestía tanta importancia que usted entrara aquí. Usted, Geordi LaForge, puede ver las cosas como en verdad son.

—Ahh-hah —dijo Geordi con lentitud, sin entender—. ¿Y?

—Otros entrarían en esta sala y verían las cosas como ellos creen que son. Eso los volvería completamente locos.

—Sí. Bueno, mire, debo admitir que en este preciso momento yo mismo no me siento muy equilibrado. ¿Querría decirme al menos a qué propósito está sirviendo el hecho de que yo me encuentre aquí?

—Eso es sencillo.

—Me alegro de que algo lo sea —dijo Geordi, y suspiró.

—Cuando usted entró en la sala, sirvió para convocarlos.

—¿A quiénes?

—A los escientes.

El rostro de estrellas flotaba delante de la *Enterprise*, gigantesco, más allá de toda medida.

—Le habla... —Picard se humedeció los labios, se aclaró la garganta, y volvió a empezar —: Le habla el capitán JeanLuc Picard de la nave estelar *Enterprise*. Por favor, identifíquese.

Se produjo una larga pausa. Y cuando el rostro habló lo hizo sin palabras, y sin embargo todos le entendieron.

«Tenemos una variedad de nombres. Nosotros preferimos simplemente el de escientes.»

—¿Quiénes... son ustedes?

«Somos los que han estado esperándolos a ustedes. Nosotros creamos este planeta, con todas sus armas, como prueba para ver cómo manejarían ustedes las hostilidades entre dos razas. Para ver con cuánta eficacia podían impartir las lecciones que han aprendido.»

—¡Ah! —comentó Data en tono animado—. ¡Una prueba! ¡Yo tenía razón! A Geordi no va a gustarle nada.

—Oh, no —gimió Picard—. Una prueba no.

—Oh, sí, señor —contestó Data—. Yo estaba muy seguro de que...

—Cállese, Data.

—Sí, señor.

—¿Está diciéndome —comenzó Picard mientras el enojo aumentaba progresivamente en él—, que todo esto, todas las muertes, toda la destrucción y sufrimiento, ha sido una prueba para mantenerles entretenidos?

«No sólo esta prueba. Ha habido otros casos de muertes, destrucción y sufrimiento. Siempre se han producido para que ustedes aprendiesen y crecieran.»

—¿Qué? —preguntó Picard, incrédulo—. ¿Ustedes han... hecho cosas como ésta antes?

«Siempre por una razón.»

—Las razones de ustedes.

«Sí. Con el fin de que ustedes pudieran crecer. Y ahora, sus pruebas han concluido. Ahora nosotros estamos aquí para tomarlos de la mano. Para...»

Todo cayó sobre Picard como una avalancha. Toda la tensión, todo el enfado, toda la furia, y ahora esto... esta detestable actitud altiva por parte de una raza que se suponía juez de la humanidad.

—¡No! —gritó Picard—. ¡Ya he tenido suficiente! ¡Hemos tenido suficiente! ¡Estamos asqueados hasta más no poder de misteriosas razas alienígenas que creen saber más que nosotros! ¡Que piensan que somos conejillos de Indias que pueden hacer correr por laberintos para su entretenimiento!

»¡No somos sujetos de prueba! ¡No somos cobayas! Ustedes, todas ustedes, malditas razas «superiores», tienen la desfachatez de organizar estas pruebas dementes y actuar como si la capacidad de maltratarnos los hiciera mejores que nosotros. ¡No es así! ¡Nosotros hemos llegado hasta donde estamos, no gracias a seres como ustedes, sino a pesar de todos ustedes! A pesar de todos los que a lo largo de la historia nos han llamado bárbaros y han intentado juzgarnos. Hemos llegado hasta aquí, y conseguiremos ir aún más lejos.

»¡Y pueden guardarse sus manos para ustedes, y pueden guardarse para ustedes sus pruebas! ¿Queda eso entendido? ¡No permitiremos que nos obliguen a hacer nada! No saltaremos a través de aros, y no seremos, repito, no seremos sujetos de prueba nunca más. ¿Me ha entendido? ¡Basta... de... pruebas!

La cara de estrellas guardó un prolongado e inquietante silencio.

Y luego, sonrió.

«Felicitaciones. Habíamos esperado que dijera usted eso. Ésa... era la prueba final.»

Picard y Riker se miraron entre sí con incredulidad.

—No creo que haya logrado hacérselo entender, señor —comentó Riker.

Picard se volvió bruscamente y se encaró una vez más con la pantalla.

—¡Vamos a ver, espere un minuto!

—¡Capitán!

El grito de alarma procedió de Data, que ocupaba el puesto de seguridad.

—Los sensores están detectando una... ¡una rasgadura!

—¿Qué?

Delante de ellos, más allá del planeta designado como DQN 1196, el tejido del espacio pareció rasgarse, un fino rasgón horizontal que de hecho tenía años luz de largo.

Y comenzó a arrastrar a la *Enterprise* hacia sí.

Y a lo lejos, el rostro del esciente formado por estrellas, estaba riendo.

Geordi sintió que la sala comenzaba a estremecerse bajo sus pies. Miró, nervioso, en torno suyo.

—¿Qué está sucediendo?

—Nos vamos a casa. —La voz suspiró—. Ha pasado tanto tiempo...

—¡Pero, mi nave! ¡La *Enterprise*! ¡Tengo que regresar a ella!

—Bueno —repuso la voz—, debería estar por aquí, en alguna parte. Todo lo demás lo está. Tal vez consiga usted encontrarla. Tal vez no. Ahora tengo que marcharme.

—¡Espere! —gritó Geordi. Pero no obtuvo respuesta.

Geordi comenzó a correr.

—¡Inviertan propulsión a plena potencia! —gritó Picard—. ¡Sala de máquinas, pongan en juego todo lo que tengan!

Los motores hiperespaciales de la potente nave se encendieron, y la alejaron del rasgón parcial; toda la nave se sacudió a causa del esfuerzo, mientras las barquillas hiperespaciales empujaban la nave en una dirección, y unas fuerzas que no podían comprender luchaban por arrastrarla en la opuesta.

Debajo de ellos, el planeta comenzó a romperse. Enormes bloques de su masa salieron volando, describiendo giros y espirales hacia el gigantesco abismo que había aparecido. Y debajo de los lugares en que al planeta se le habían saltado trozos, brillaban enormes áreas metálicas que destellaban a la luz producida por el rostro de un millón de estrellas.

Y ahora, también la cara estaba rompiéndose. Las estrellas se separaron de su conformación y comenzaron a regresar a las posiciones galácticas donde siempre tenían que haber permanecido, porque sin duda aquello había sido una gigantesca ilusión.

—¡Están arrastrándonos! —gritó Marks.

—No. Nosotros lo conseguiremos —contestó Picard con una calma increíble.

Allí, allí tenía algo que entendía. La *Enterprise* librando una batalla de voluntades, de fuerza..., una batalla que ganaría con toda seguridad.

Ahora, la superficie del planeta había desaparecido por completo y quedó al descubierto su verdadera naturaleza. Una sólida esfera de metal, relumbrando, hermosa en el espacio, y luego también ésta fue atraída hacia el agujero. No opuso resistencia ninguna, como contenta de ir camino de su hogar.

Geordi LaForge corría, corría como si su propia vida dependiera de ello. Sintió que algo se le aproximaba por detrás, y dio un desesperado salto hacia la oscuridad que se abría delante de él.

Atravesó la oscuridad y se vio rodeado de luz.

Se estrelló de cabeza contra el escudo protector que rodeaba el mezclador de materia/antimateria.

—¡Señor LaForge!

Alzó la mirada y quedó atónito, aunque de alguna forma no demasiado, por encontrarse en

la sala de ingeniería. Los motores funcionaban a plena potencia.

—¿Qué está sucediendo? —exigió saber.

—Estamos funcionando a plena potencia con motores invertidos —informó el ayudante ingeniero—. Tenemos problemas.

—¿Y qué más ocurre? —preguntó Geordi.

El brillante planeta desapareció de la vista y el rasgón se ensanchó más, ¿como para recibirlo?

No. Como para proporcionarles una última visión de lo que había al otro lado.

Se quedaron boquiabiertos al tener un atisbo, sólo un atisbo de una belleza que superaba todo lo imaginable. Ciudades que flotaban y brillaban en el espacio, circundadas por naves grandes como planetas y sin embargo espléndidas y gráciles. El futuro, la gloria que se le deparaba a la humanidad, allí, para quien lo quisiera, allí, para tocarlo...

Y desapareció.

En un momento estaba allí, y al siguiente... había desaparecido. El rasgón se había cerrado, y todos los secretos, todas las maravillas que se encontraban al otro lado permanecerían allí. Intocables e imposibles de conocer.

Picard se dejó caer en su asiento, el rostro carente de toda emoción.

—Dios mío, número uno... ¿qué he hecho?

Riker lo consideró detenidamente.

—Ha hecho una de dos cosas, o quizá las dos... ninguna de las cuales es tan de lamentar.

Picard alzó la mirada; Riker nunca lo había visto tan impresionado ni vulnerable.

—Y son...

—Una sería evitar que llegáramos a poseer algo para lo que no estábamos preparados... y usted mismo ha manifestado los peligros que existen cuando ocurre algo semejante.

Picard asintió con tristeza.

—No importa lo mucho que avancemos, demasiado a menudo nos tropezamos con lo poco que hemos aprendido. ¿Cuál es la otra posibilidad, número uno?

—Bueno... puede sonar extraño... pero es probable que acabe usted de rechazar a nuestros padres.

—Espejos, capitán. Lo hice todo con espejos.

Se habían reunido en la enfermería: Picard, Riker, Troi, Data y Worf, todos en torno al klingon de notable capacidad de recuperación conocido como el Honorable Kobry. Gava estaba cerca, de pie, sonriendo con dulzura.

—En serio, Kobry —dijo Picard—. ¿Cómo...?

—¿Sobreviví? Honradamente, capitán, uno no llega a mi edad sin aprender algunas cosas.

—Levantó una mano—. Este anillo, por ejemplo.

—Con las píldoras —comentó Picard—. Las píldoras para su salud.

—Son para mi salud, ya lo creo que sí. Son antitóxicos. Existen seis venenos que son particularmente populares en el imperio klingon. Una sola de estas píldoras los contrarresta todos.

—¿Y Tron utilizó uno de esos venenos?

—No —suspiró Kobry—. Por desgracia, él usó uno de los otros ciento treinta y siete. Uno no puede estar preparado para todas las eventualidades. Pero incluso en un caso como ése, mis píldoras, que las tomo siempre que voy a comer, como recordará, me proporcionaron la defensa suficiente para que la espléndida doctora Pulaski pudiera reanimarme.

—El Honorable Kobry fue lo bastante amable como para advertirme con antelación sobre las precauciones que había tomado —comentó Pulaski—. También sugirió que, en caso de que surgiera la situación, yo lo declarara muerto, sólo para evitar otro ataque contra su persona mientras él estaba relativamente indefenso.

—Sí, lo entiendo, pero la próxima vez apreciaría que me transmitiera las confidencias y precauciones de ese tipo. ¿Queda comprendido, doctora? —dijo Picard en tono rígido.

Para su sorpresa, la doctora se limitó a inclinar la cabeza y responder:

—Sí, capitán.

—La verdad, capitán, debo culparme a mí mismo —comentó Kobry con tristeza—. No creí ni por un momento que mi aparente muerte provocaría un enfrentamiento. No tuve en cuenta que Tron pudiera incitar a mi gente. Por supuesto, a Tron se le arreglarán las cuentas..., y sospecho que su comandante tendrá que responder también de algunas cosas. De hecho, me gustaría ver a Tron dentro de un rato, si eso le parece bien a la doctora.

Pulaski asintió; aún parecía un poco distraída.

—¿Y ahora, qué pasa? —preguntó Riker—. El planeta ha desaparecido, así que eso ha quitado de en medio el principal punto del contencioso entre los klingon y los kreeel. Y dudo de que vayan a continuar los ataques con las armas avanzadas. Geordi... —Riker sacudió la cabeza, sin acabar de creer aún que LaForge estuviera de vuelta y preguntándose cómo había regresado—. Geordi me mostró *Diminuta*. Después de desaparecer DQN 1196, se partió como un huevo. En el interior no había nada.

—¿Nada? —Picard casi se echó a reír—. ¿Por qué será que no me sorprende?

—No lo sé, señor —dijo Data—. ¿Por qué no?

—Uno pensaría —declaró Kobry—, que con la desaparición de las armas y de su origen, ya no queda nada de qué hablar. Sin embargo, los kreeel aún se sienten agraviados. Tienen que ser escuchados. No deberían tener que «patalear» para que se les atienda. El precio ha sido alto, pero de todas maneras yo intentaré mejorar las cosas para los kreeel. Por cierto, consejera, siento curiosidad por saber por qué, con su capacidad empática, usted no detectó las intenciones asesinas de Tron en la fiesta.

—No estaba allí —dijo Deanna—. Me mantuvo ocupada y distraída un kreel llamado Sklar.  
—Ah. Es obvio que a Tron le preocupaba que usted se diera cuenta, y trató de mantenerla alejada hasta que el hecho quedara consumado. Un buen intento, la verdad. Sólo que... insuficiente, fallido.

—Capitán —dijo de pronto Katherine Pulaski—, ¿puedo hablar un momento con usted y con Data? ¿En privado?

Momentos después, en la oficina de Pulaski, ella dijo:

—Sólo quiero admitir mi estrechez de miras en ciertos asuntos.

—Doctora, no creo que eso sea necesario —replicó Picard.

—No. Lo es. Me temo que todo el asunto relacionado con Jaan y Wesley se escapó un poco de las manos y... fue mi deseo de ver colmadas las necesidades de ambos lo que me impulsó a pasar por encima de sus objeciones.

—Doctora. —Picard sonrió—. Si usted pasó por encima de cualquier objeción o certidumbre, no fue algo que hiciera en contra de mi voluntad. Yo podría haber hallado formas para denegar su solicitud, usted lo sabe. La formidable Katherine Pulaski puede ser vencida. Si erramos al intentar conseguir algo beneficioso, le aseguro que ésa no es la peor forma de hacerlo.

La boca de ella se frunció en un gesto pensativo.

—Supongo que tiene razón. Pero hay algo que debo decir. Data, ¿usted me preguntó donde acaba la línea divisoria entre el hombre y las máquinas?

—Sí.

—Todavía no tengo la respuesta para eso. Pero le diré dónde, en mi opinión, comienza a desdibujarse. Es cuando un ser humano siente la necesidad de decirle a una máquina... que lo lamenta.

—Ése —dijo Data—, es un excelente punto de partida.

Tron, a solas en su celda, miró hacia lo alto con su único ojo sano. El otro quedaba oculto por un parche.

El Honorable Kobry se encontraba allí, apoyado en un bastón.

—Usted está destruyendo el imperio klingon y todo lo que nos hace fuertes —dijo Tron.

Kobry se limitó a mirarlo fijamente y luego dijo sólo cuatro palabras.

—Usted no tiene nombre.

Dio media vuelta y se alejó, y el grito que le invadió los oídos fue como música para éstos. Tal vez, el concepto de venganza tenía un algo, después de todo.

—¿Vas a marcharte con tu padre? —preguntó Worf.

—Por supuesto.

—Hay un lugar para ti en la Federación.

—Mientras mi padre me necesite, no. Sin embargo... la galaxia es pequeña —comentó Gava con una sonrisa—. Nuestros caminos podrían volver a cruzarse.

—¿Cuándo?

Ella hizo una pausa.

—¿Qué tal ahora?

—No puedo. Voy a comenzar mi segundo turno. Así que... —Se puso en pie y asintió una vez—, será más tarde. —Salió del alojamiento de ella.

Gava suspiró y se reclinó.

Worf volvió a entrar, y mientras la puerta se deslizaba para cerrarse tras él, dijo:

—Siempre podré trabajar mañana tres turnos.

Wesley se hallaba solo, sentado en su camarote, y contemplaba la pared con ojos fijos. Había sido retirado todo el material, al igual que las revistas y el equipo experimental, todo. Wesley, que para empezar ya era delgado como un palillo, había perdido seis kilos. Necesitaba ponerse en remojo en una bañera durante dos días por lo menos. Tenía la cara del color de la leche cuajada y sus ojos habían perdido vigor. Necesitaba, más que cualquier otra cosa, un sueño profundo.

—Adelante —dijo con tono lánguido al sonar el llamador de la puerta.

Picard entró y recorrió el camarote con la mirada.

—Ha vuelto a la normalidad, por lo que veo.

—Sí, señor.

—Alférez Crusher —comenzó el capitán y se sentó delante del muchacho—, tiene que rehacerse.

—Yo le fallé.

—Usted no le falló. Jaan se falló a sí mismo.

—No, señor, yo le fallé. Yo dije que encontraría una cura para su enfermedad. Ni siquiera me aproximé a ello. No hice más que rascar la superficie.

—No debería haber hecho promesas que estaban fuera de su alcance.

—No estaba fuera de mi alcance —replicó Wesley, un poco molesto—. O al menos yo no pensaba que lo estuviese.

—Crusher... Wesley... ¿no se da cuenta de lo lejos que ha llegado? ¿Cuántos otros jóvenes han logrado las cosas que ha conseguido usted? No tienen ni una fracción de su talento, de su inteligencia...

—No es suficiente —dijo él, malhumorado.

—¡Es más que suficiente! Wesley, ¿es que no lo entiende? Jaan estaba impulsándolo a intentar algo en lo que usted apenas tenía posibilidad.

—No, no estaba haciéndolo.

—Era esa habilidad suya que la doctora Pulaski denominó *el truco*. Ésta...

—¡No fue *el truco*! —Por primera vez en la vida, Wesley le alzó la voz a Picard—. ¡Yo fui quien lo hizo! ¡Yo quería hacerlo! ¡Quería ayudarlo! ¡Podría haberlo ayudado! Si hubiera trabajado con más ahínco, durante más tiempo...

—Se habría matado usted, hijo mío.

—¡No me llame así! ¡Yo no soy su hijo! ¡No soy el hijo de nadie!

Picard lo miró, conmocionado.

—Wesley...

—Tenía que hacerlo, ¿es que no lo ve? Tenía que encontrar una cura. Tengo que ser capaz de hacer cualquier cosa en la que ponga a trabajar mi mente. ¿Es que no se da cuenta? ¡Cualquier cosa!

—Wesley, nadie puede hacer cualquier cosa.

—¡Yo tengo que poder! ¡Voy a ser capaz de poder hacerlo! ¡No sólo en ingeniería! Eso es fácil para mí. Demasiado fácil. Eso lo consigo sin esfuerzo. Tengo que continuar intentándolo, trabajando con más ahínco, abarcarlo todo. No dejar nada al azar. —Las palabras salían por sus labios con más y más rapidez, tropezando las unas con las otras—. Suceda lo que suceda, yo estaré preparado. Lo sabré todo. Seré capaz de manejarlo todo. Yo regresaré. Sea cual sea la misión, independientemente de lo que suceda, yo siempre conseguiré regresar.

—Por supuesto que conseguirá regresar, Wes —dijo Picard, presa de la confusión, mientras deseaba con toda su alma haber obligado a Deanna a hacer esto—. Por supuesto que conseguirá...

— ¡Él no lo consiguió!

—¿Quién?

—¡Mi padre! ¡Él no consiguió regresar!

Picard lo miró de hito en hito, impresionado.

—Wesley, su padre era un buen hombre. El mejor. Su muerte... fue un accidente.

—¡Eso no me lo creo! ¡Puede evitarse cualquier accidente si uno sabe qué hacer! ¡Él no supo qué hacer! ¡Sucedió algo y él no estaba alerta, no estaba preparado y no regresó! ¡Éso no va a sucederme a mí! Yo...

La voz se le ahogó en la garganta y lágrimas de agotamiento y pesar comenzaron a resbalarle por las mejillas.

—Yo no voy a... a tener una esposa y un hijo y luego salir de misión y que acaben matándome... no conseguir... regresar...

Y Wesley Crusher, *El Trust Cerebral*, el chico que había salvado la nave una y otra vez, se derrumbó. Comenzó a sollozar lastimosamente, lágrimas y pesar que habían estado reprimidos durante años, y él repetía una y otra vez:

—¿Por qué no regresó? ¿Por qué?

Y Jean-Luc Picard, que supuestamente odiaba a los niños, él, que había llevado de vuelta el cadáver del padre de Wesley, ahora rodeaba con los brazos el tembloroso cuerpo de Wesley Crusher.

Picard no sabía qué decirle. Él se hallaba en la nave cuando murió el padre de Wesley. Sabía que no había nada que se hubiese podido hacer. Era la idea del «hacer lo correcto», que se remontaba a las primeras épocas de la aviación. Si alguien moría al estrellarse su avión, los otros pilotos intentaban averiguar que había hecho mal, para consolarse con la idea de que eso nunca les sucedería a ellos..., que el «hacer» del hombre muerto no había sido lo bastante «correcto».

Y Picard se dio cuenta de que no tenía que decir nada, que sólo tenía que estar allí... estar allí como no podían hacerlo ni el padre ni la madre de Wesley. Estar allí... por ahora. No causaría ningún daño. No perjudicaría a su reputación ni minaría su capacidad para tomar decisiones.

Y lo tuvo entre los brazos, sin decir nada, sencillamente estando allí, hasta que Wesley sucumbió al total agotamiento y se quedó dormido.

Levantó al muchacho y lo llevó hasta la cama, al tiempo que sacudía la cabeza ante la absoluta carencia de peso. En cuanto Wesley despertara, lo que con toda probabilidad sucedería al cabo de un día, más o menos, Picard haría que Pulaski lo sometiera a un chequeo completo. Y Deanna Troi, a quien por el aspecto que presentaba últimamente le vendría bien un caso en el que tuviera éxito, pasaría tiempo con él para ayudarle a superar todo lo que había pasado.

Y, con suerte, era probable que Wesley nunca recordara esta crisis de llanto que acababa de tener. Él, desde luego, esperaba que Wesley no recordase que él, Picard, lo había tenido entre sus brazos, como lo tenía ahora.

En voz baja, dijo:

—Espero verlo en el puente dentro de setenta y dos horas, alférez Crusher.

Y desde algún punto de la profundidad del sueño, Wesley respondió.

—Sí, señor.

Picard asintió y dio media vuelta para salir. Era exactamente el tipo de respuesta que había abrigado la esperanza de obtener.  
Al fin y al cabo, debía mantenerse el debido respeto a la jerarquía.

